FRANCINE JC



Besos a una Mentirosa

Besos a una mentirosa

Francine J. C.

Título: Besos a una mentirosa

©Todos los derechos reservados. Bajo la sanción establecida en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización estricta del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

© Francine J.C.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Sello: Independently publised

Quiero dedicar esta novela a mis lectoras, gracias a ellas me decidí a escribirla.

Capítulo 1

Dejo la mirada perdida en el horizonte, donde la línea del Mediterráneo y el cielo se juntan. Esto es lo único que voy a echar de menos de este lugar: el mar. Todo lo demás me importa un comino. Dicen que esta ciudad es preciosa con todos sus monumentos romanos, museos, sus playas y su fantástico clima. Pues a mí me aburre. Estoy cansada de ella, de su gente y, sobre todo, de mi familia. Se me queda pequeña. Necesito perderme entre mareas de personas desconocidas, donde sus caras me resulten irreconocibles. Que todo a mi alrededor sea nuevo y desaparecer por avenidas interminables.

Y en casa... ya no aguanto el acoso al que me someten mis padres. No me dejan hacer nada, ¡todo les parece mal! Siempre me dicen lo que tengo que hacer, con quién les gustaría que me relacionara, qué debo ponerme... Tengo veintiséis años y, si fuera por ellos, aún me peinarían con coletas y vestirían de color rosa. No respetan mi opinión y echan por tierra cualquier proyecto que quiero emprender. No puedo más. Si quiero vivir mi propia vida, debo marcharme y crear una nueva yo. Vamos, que me he escapado sin que se enteren.

Esta misma mañana ni siquiera sabía que tomaría una decisión tan drástica. Me levanté como cada día sin ningún objetivo y, cuando me quise dar cuenta, estaba paseando sin rumbo por la ciudad. No aguanto las peroratas de mi madre y mi abuela nada más levantarme, cualquier sitio es mejor que quedarme en casa escuchándolas. No prestaba atención a nada hasta que oí a unas chicas reír al salir de un salón de estética. Llevaban el pelo de colores: una azul y la otra rosa. Se las veía tan felices que envidié su alegría. Pensé en lo mucho que me gustaría poder sentirme

como ellas, aunque solo sea un poco. Y sí, tuve la estupenda idea de entrar para teñirme. No soy tan atrevida como para ponerme todo el cabello de un tono tan llamativo, pero un mechón... Pedí que me colorearan una pequeña porción de pelo de detrás de mi oreja. Sé que no parece gran cosa, sin embargo, para mí fue como tomar la decisión de raparme la cabeza al cero. Me hizo sentir eufórica. Hasta que llegué a casa, claro. Intenté ocultarlo, pero fue imposible que no vieran el rosa brillante que destacaba de entre mi oscura melena castaña. Mi madre se puso histérica, tratándome de loca y descabellada. Justo en ese momento tomé la decisión de irme.

Como cada viernes, mi madre se iría al salón de belleza y mi padre la recogería después para irse juntos al bingo con los amigos. No volverían muy tarde, pero tendría el tiempo suficiente para hacer mis maletas y huir sin levantar sospechas.

Y aquí estoy yo en el andén de la estación, con dos maletas, una mochila, dos bolsos y solo dos manos, esperando al tren con rumbo a Madrid.

Cuando me quiero dar cuenta, ya estoy acomodada en mi asiento y con los nervios apoderándose de mi estómago. Esto va en serio, en pocas horas estaré en la capital de España empezando una nueva vida.

Con la excitación del momento, el teléfono ha empezado a sonar y me ha sobresaltado tanto que he soltado un pequeño grito y me he puesto en pie, ante las miradas de asombro de los demás pasajeros.

—Perdón —me disculpo con las personas que me observan extrañadas—. El móvil me ha asustado. —La gente empieza a negar con la cabeza para luego ignorarme—. ¡Laura! ¿Vas a poder venir a recogerme? —contesto la llamada.

—Sí, Gina, allí estaré —responde con voz cansina, aunque termina soltando una risilla.

—No sabes cuánto agradezco tu ayuda. No seré una carga para ti, lo prometo.

—Tranquila, lo sé. —La oigo resoplar—. ¿Estás segura de que

quieres hacer esto?

—No he estado más segura de algo en toda mi vida —le garantizo. Me aterra la idea de que ahora cambie de opinión y me vea sola al llegar—. Mientras no encuentre trabajo, no tendrás que preocuparte de la casa; yo limpiaré, sacaré la basura, cocinaré...

—¡Ah, no! Eso sí que no. No quiero morir envenenada, guapa. —Suelta una carcajada—. Una mano con la casa no me vendrá mal, pero no pienso comer nada de lo que tú cocines. Ya lo hice una vez y no pienso repetir la experiencia. Aún me duele la tripa solo con acordarme.

—Eres una exagerada —le reprocho, aunque también me río entre dientes al recordar la indigestión que le provoqué. De pronto se me corta la risa al pensar en la opción de que ahora ella pueda tener pareja. —Laura, ¿tienes novio?

—¿Y me lo preguntas así, a bocajarro? —Se carcajea—. No, Gina. Estoy más sola que la una.

—¡Bien! Cuánto me alegro.

—Pero bueno... —se queja mi amiga.

—No te lo tomes a mal, es solo que me alegra el saber que no te voy a cortar el rollo con ningún tío.

—Pues no tienes por qué preocuparte. Desde que lo dejé con Marcos, no he vuelto salir con ningún chico. Y tú ¿qué me cuentas? ¿Dejas a algún pobre hombre lloriqueando por las esquinas?

—Nada serio. Ya sabes que voy de flor en flor, probando, pero sin quedarme con nadie.

—Ya entiendo... ¡Lo que quieres decir es que no hay Dios quien te aguante!

—. Ríe con ganas.

—Básicamente, sí. —Me uno a sus risas—. Mira, te voy a tener que dejar. El tren va a empezar a pasar por túneles y se va a cortar la comunicación.

Cuando falte poco para llegar, te vuelvo a llamar.

—Está bien, Gina. Nos vemos luego.

—Lo estoy deseando. ¡Hasta pronto!

Antes de meter el teléfono en el bolsillo, conecto los auriculares y pongo un poco de música para que me ayude a entretenerme y no acordarme de lo que estoy haciendo. Sé que parece ridículo que una chica de mi edad tenga miedo de irse de casa, pero es que no he tenido opción. Mis padres se han dedicado a programarme la vida desde que se enteraron de que había consumido un poco de cannabis. ¡La que montaron! Tenía diecisiete años, estaba en una fiesta con unas amigas del instituto, cuando a alguien se le ocurrió la genial idea de pasarme un porro. Di tres caladas seguidas, porque Adri, el malote y guapo de la pandilla, me estaba mirando y quise aparentar que tenía mucha experiencia en el tema. Lo que pasó después apenas lo recuerdo. Me contaron que me puse a reír como una loca y a beberme hasta el agua de los floreros. Tuvieron que avisar a mis padres para que vinieran a recogerme. Cuando llegaron tenía la cabeza metida en el váter y lloraba amargamente, vete tú a saber por qué. Pasé la noche en urgencias. Después de este suceso comenzó mi infierno. Empezaron las prohibiciones, los interrogatorios, la hora de llegada restringida y, lo peor de todo, los médicos. Me obligaban a ir al psicólogo dos veces en semana y me analizaban la orina cada quince días. Pasé de ser una excelente estudiante a abandonarlo todo. Ya no me importaba nada. Lo que sí consiguieron es que me volviera dependiente de ellos, porque ni terminaba los estudios ni trabajaba. Empecé infinidad de cursos y no aprobé ninguno. En la vida laboral, más de lo mismo. La mayoría de las entrevistas no las superaba debido a mi escasísimo currículum. Solo he trabajado como azafata en algunos eventos; no tenía más que sonreír y aguantar todo el día de pie sobre unos zapatos de tacón. Aunque ya hace muchos meses que no han vuelto a llamarme. Así que aquí estoy yo, rompiendo con todo y buscado una alternativa a mi ineficaz existencia. Puede que de un modo un poco cobarde, al no enfrentarme a mi familia, pero es que la valentía no es lo mío.

Con el estómago revuelto por la incertidumbre y el temor recorriéndome las venas, me arrellano en mi asiento e intento dormir un rato.

Capítulo 2

Alguien me golpea en la cabeza al bajar su mochila del estante superior y me despierta del placentero sueño que estaba teniendo. Tardo unos segundos en darme cuenta de dónde estoy. Me froto los ojos un par de veces y compruebo que la gran mayoría de los pasajeros ya se han apeado. Eso me alerta y miro con desesperación por la ventana.

—¿Dónde estamos? —le exijo saber a una mujer que pasa por el pasillo.

—En Chamartín —responde a regañadientes y se marcha farfullando lo mal educada que soy.

El corazón me da un vuelco y salto de mi asiento. ¡Me he pasado la parada! Miro el reloj y veo que son más de las doce de la noche, a las once y media tendría que haberme reunido con mi amiga en Atocha. Recojo todas mis maletas y salgo del vagón lo más rápido que puedo. Intento llamar y me doy cuenta de que me he quedado sin batería. Estoy tan aturdida que no me paro a pensar en lo que hago y corro desesperada para salir de la estación y buscar un taxi que me lleve junto a Laura, que debe estar muy preocupada. Por más que quiero correr no lo consigo. Tropiezo a cada paso con las maletas, se me resbala la mochila de los hombros y el sudor me cae a raudales por la espalda del esfuerzo. Cabezota como una mula, sigo en mi empeño de seguir adelante y logro llegar al exterior. Soy tan miedica que me entra el pánico al darme cuenta de que estoy en Madrid, de madrugada y en un barrio que no conozco. Así que arranco a correr hacia un taxi que veo en la calle de enfrente sin buscar otra alternativa o mirar a mi alrededor. Paso entre dos coches y, cuando voy a salir a la carretera, tropiezo y me cae una maleta al suelo seguida del bolso

que llevo en ese mismo brazo. Malhumorada, me agacho a recoger mis bártulos cuando, de repente, algo me golpea con fuerza en la nariz y veo las estrellas. Y no es una frase hecha, es literal. Todo se vuelve negro y aparecen ante mis ojos un millar de estrellitas acompañadas por un dolor espantoso. Por si eso no fuera poco, pierdo el equilibrio y caigo de culo en el asfalto, rodeada de todo mi equipaje.

—¡Oh! ¡Perdona! ¡Cuánto lo siento! —la voz de un hombre me sorprende—.

¿Te encuentras bien? —pregunta mientras intenta inspeccionar mi cara.

—¡No! Me duele muchísimo la nariz... —Lloriqueo.

—No sabes cuánto lo siento. Deja que te vea. —Me aparta las manos de la cara y toca la zona dolorida.

—¡Ay, Dios! ¡que me haces daño! —protesto, apartándolo de un manotazo.

—Solo quería ver si estaba rota, pero creo que no. Tampoco te sangra, así que, como mucho, espero que todo quede en un antiestético hematoma.

Sus últimas palabras me llaman la atención e intento enfocar a la persona que tengo delante. Es un chico vestido con ropa de deporte, empapado en sudor y ¡¡está buenísimo!!

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso eres médico? —mis palabras suenan a reproche, pero es que me he puesto muy nerviosa al verlo.

—Bueno... Sí, lo soy. —Sonríe como si recordara un chiste—. Te ayudaré a levantarte. —Agarra mis manos y me pongo en pie—. ¿No te mareas?

—No, creo que no—. Vuelve a obsequiarme con una amplia dentadura perfecta y yo me derrito al verla.

—¿Hacia dónde ibas? ¿Al taxi? —Empieza a recoger mi equipaje y lo carga.

—Sí. Por cierto, ¿con qué me has golpeado? —Me echo al hombro los bolsos mientras cruzamos la calle hacia el vehículo.

Él levanta la mano y se señala los nudillos con una mueca de

disgusto en la cara.

—Iba corriendo y no te vi venir —se justifica.

—Tranquilo, si la culpa es mía por salir de entre los coches con la cabeza por delante —bromeo, y él suelta una risilla que me hace sentir cosquillas en la piel.

—¿Seguro que te encuentras bien? —insiste, mientras le entrega las maletas a la taxista.

—Sí. Ahora ya no duele tanto —le miento y me coloco un mechón tras la oreja. Me mira extrañado y después toquetea mi pelo.

—Un color muy llamativo. Me gusta. —Suelta mi cabello y me guiña un ojo. Y yo le sonrío como una boba sin entender de qué diablos me está hablando—. Me voy. Adiós, guapa. —No soy capaz de articular palabra y me despido con un gesto de la mano.

Entro en el coche y me quedo mirando cómo se aleja ese culo perfecto. Acaricio mi melena allí donde él ha tocado y enredo mis cabellos entre los dedos, hasta que veo el color rosa. ¡Se refería a eso! Ya ni me acordaba que me había teñido esa porción. Ese hombre me ha dejado aturdida y no precisamente por el golpe.

Cuando me quiero dar cuenta, la taxista está mirándome con las cejas arqueadas a la espera de que le diga de una vez a dónde tiene que llevarme. Le doy las indicaciones y nos ponemos en camino.

—¡Llevo dos horas esperándote! —es lo primero que me dice mi amiga al verme. —¿Por qué no contestas al teléfono? Estaba muy preocupada. —Me arrebata de las manos una maleta y yo, ignorando su enfado, tiro todo al suelo y la abrazo con efusividad.

—¡Cuánto te he echado de menos! —susurro entre besos.

—¿¡Cuánto te he echado de menos!? ¿Eso es lo único que se te ocurre decir? Estaba a punto de llamar a la policía... —Se ablanda un poco y besa mi mejilla.

—Lo siento, de veras. Me quedé dormida escuchando música y se me acabó la batería del móvil. Cuando desperté, estaba en Chamartín.

—Tienes la nariz roja, ¿has estado llorando? —Me mira con preocupación.

—¡No! Soy una miedica, pero no lloraría por verme sola en Madrid de madrugada. —«Solo correría como una posesa por sus calles», pienso avergonzada—. Me golpeó un tío con el puño.

—¿¡Qué!? ¡¡Dios mío!! ¿Qué te ha pasado? —grita alarmada.

—No es lo que piensas. Fue sin querer. Además, es el chico más guapo que he visto en mi vida, ¿te lo puedes creer? —Sonrío entusiasmada.

—Gina... acabas de llegar y ya me estás volviendo loca. —Se frota la sien y señala hacia donde está su coche—. Vamos. Trabajo de mañana y ya debería estar acostada.

—Me alegro mucho de poder estar contigo. —La vuelvo a abrazar —. No te lo haré pasar mal otra vez, lo prometo.

—¡Eso espero! —Reímos las dos—. Yo también te he echado de menos — termina por confesar.

Antes de llegar al vehículo, mi querida amiga ya no se acuerda de lo mucho que la he hecho esperar.

—Tienes que explicarme eso de que un tío te ha pegado sin querer —se interesa una vez que tenemos los cinturones abrochados.

—Era tan guapo... —Suspiro al recordarlo—. ¡Y muy fuerte! Tiene unos puños de puro hierro, te lo puedo asegurar. —Me acaricio la nariz enrojecida. Laura suelta una carcajada—. Tropezó conmigo porque me agaché en el peor sitio posible, él no me vio y su mano chocó con mi cara. Estaba corriendo. Es médico, ¿sabes? Aunque no sé si lo dijo en serio...

—No sería tan descabellado. No estabas muy lejos de zonas residenciales acomodadas, es posible. —Se encoje de hombros.

—Por mí, como si es un camarero, ¡me da igual! Ese chico era un encanto y su culito era espectacular.

—¿¡Su culito!? —grita, sonriente.

—Sí, has oído bien. Llevaba un pantalón deportivo ajustado.

—Será mejor que empieces a pensar en otra cosa o no vas a poder dormir pensado en tu Romeo —se mofa de mí.

—No tengo más remedio, no creo que vuelva a verlo —digo entristecida—.

¿Cuántos millones de personas hay en Madrid?

—Más de tres.

—¡Imposible! Como para toparme con él de nuevo. Ni siquiera sé su nombre...

—Nunca se sabe. La esperanza es lo último que se pierde. —Pero veo cómo se muerde los labios para no reírse y le doy un pequeño capón—. ¡Ay! Lo digo en serio.

—Eres mala.

—Bueno, está bien. Va a ser muy difícil que vuelvas a verlo, pero... te voy a presentar un montón de tío buenos que te harán olvidar a Romeo.

—No es mala idea, aunque antes tengo que encontrar trabajo.

—No te preocupes, te ayudaré. —Se queda mirando mi mechón rosado—. En buena hora te me vuelves tú modernita... Si quieres un trabajo serio y duradero, ni *piercings* ni colorines en el pelo. Deberías teñírtelo de tu color.

—¿En serio? Es un trocito de nada. Me lo acabo de hacer hoy mismo. Lo dejaré unos días, si me da problemas, lo quito. —Me acaricio el cabello con mimo.

—De acuerdo, tu verás. ¿Tienes hambre?

—Mucha.

—Te he preparado tu lasaña favorita, aunque llegamos tan tarde que debe estar ya helada.

—¿¡Lasaña!? —Salto sobre ella para abrazarla—. ¡Eres la mejor amiga del mundo!

—¡Quita de encima! —protesta, sin embargo, sonríe satisfecha —. Tienes que prometerme que nos acostaremos nada más cenar.

—Te lo juro.

Capítulo 3

Qué poco vale mi juramento. Nos pasamos charlando hasta cerca de las cinco de la mañana. La pobre Laura apenas durmió un par de horas que ya tuvo que levantarse para ir a trabajar. Yo ni me he enterado. He dormido a pierna suelta hasta bien entrada la mañana. Lo sé porque me ha dejado una nota amenazante en la que me explicaba que me iba a matar al volver por no haberla dejado dormir.

Sé que debería encender el teléfono y comprobar las llamadas, pero no lo hago. Prefiero desayunar y darme una larga ducha antes de enfrentarme a mis padres. No sé qué les voy a decir, así que lo alargaré todo lo que pueda.

Cuando salgo del cuarto de baño, arrugada como una uva pasa y con la toalla por turbante como si fuera la mismísima Mata Hari, oigo una vocecilla crispada que suena como si estuviera dentro de una olla. El sonido proviene del salón y voy hacia allí para ver qué sucede. Se trata de la voz de Laura que suena a través del contestador telefónico.

—¡Quieres hacer el favor de coger el maldito teléfono de una vez! ¡Estoy perdiendo la hora de la comida intentando hablar contigo! —resuena su voz por toda la estancia y corro a descolgar el aparato.

—¿Laura?

—¡Maldita sea! ¿Quién quieres que sea?, ¿el papa? —responde con enfado —. No acabaré de despertar a su real majestad, ¿verdad? — pregunta mordaz.

—No, ya hace mucho rato que me levanté y me estaba dando una

ducha —le miento para intentar amansar a la bestia—. ¿Qué pasa?

—Me acaban de decir unas compañeras de trabajo que buscan una dependienta en la perfumería que hay aquí al lado de la clínica. Así que prepara un currículum y ponte tu mejor vestido, porque paso a recogerte en veinte minutos. Necesitan a una chica con urgencia y puede que mañana ya sea tarde, ¿me oyes?

—¿Veinte minutos? —Toco mi cabello empapado, con preocupación.

—Sí. Y prepárame un bocadillo, porque voy a quedarme sin comer.

—¡Oh, claro! No te preocupes, estaré lista y con el bocadillo en la mano para cuando tu llegues. ¡Adiós! —Corto sin esperar contestación.

Tropiezo con todo lo que tengo a mi paso de camino al cuarto de baño. ¡No voy a lograrlo! Suelo necesitar media hora solo para secarme el pelo. Mi ropa está todavía en las maletas y estará arrugada. ¡Yo no funciono bajo presión! Me pongo a dar saltitos, sin lograr hacer nada, entre el baño y la habitación, dejando el tiempo correr y con Laura de camino. Ella confía en mí y está invirtiendo su preciado tiempo de la comida para que yo consiga un trabajo. Me doy una colleja mental y me pongo manos a la obra. Abro mi equipaje y saco un vestido en blanco y negro de Armani. Está confeccionado con un tipo de tela que parece que no se arruga nunca, ¡menos mal! Busco la ropa interior apropiada y me la pongo. Cuando ya estoy vestida, seco mi cabello lo suficiente como para poder recogerlo en un moño alto y suelto unos cuantos mechones. Me maquillo con celeridad y, sin reparar más en mí, corro a la cocina a preparar un bocadillo de lo primero que pillo en la nevera. Agarro una manzana del frutero, cojo uno de mis bolsos y, cuando ya me estoy poniendo los tacones, llaman al timbre. ¡Lo logré! No puedo estar más orgullosa de mí misma.

—Madre mía... ¡estás preciosa! —me piropea mi amiga al verme y sonrío de satisfacción—. ¿Has conseguido hacerme un bocadillo? Me muero de hambre.

—Aquí lo tienes. —Le ofrezco el paquete envuelto en papel de aluminio y la fruta—. Por cierto, me encanta el modelito que llevas.

¿Te obligan a ir vestida así? —Me hace gracia su atuendo. Lleva un uniforme de enfermera de lo más cursi, en blanco y rosa claro.

Laura me echa una mirada asesina e ignora mi pregunta. Muerde tres veces seguidas el bocadillo, engulle lo que tiene en la boca, enciende el motor del coche y se incorpora al tráfico. Por su forma de actuar, no debe hacerle mucha gracia su ropa y por ese motivo intento no burlarme de ella. Está tan mona... Sin dejar de mirarla, veo por el rabillo del ojo una cosa blanca sobre el asiento trasero. ¡Es una cofia! Abro la boca para soltar una de las mías cuando la voz de mi amiga me interrumpe.

—Como se te ocurra decir algo sobre eso —señala con un gesto de cabeza hacia atrás—, juro que te estrangularé con mis propias manos.

Enderezo la espalda y fijo la vista hacia delante. Qué miedo me da oírla hablar en ese tono. Será mejor que no la cabree o me voy a ver de patitas en la calle.

—Mira... la perfumería está muy cerca de donde yo trabajo— farfulla con la boca llena de comida y como si ya se le hubiera olvidado su pequeño enfado —. Sería estupendo que te cogieran. Podríamos vernos en los descansos. Puede que incluso a la hora de la comida. Quizás hasta algunos días coincidamos en los horarios y compartamos el trayecto en coche. ¿No sería genial? —Sonríe entusiasmada.

—Sería estupendo. —Fuerzo una sonrisa que parece más una mueca.

—A ver... ¿qué pasa? ¿Qué me he perdido?

—Tienes mucha fe en mí, pero, si no me han cogido en ningún trabajo en mi ciudad, ¿por qué habría de resultarme tan fácil aquí? Llevo cerca de un año en las listas del paro.

—Porque creo en ti, sé cómo eres y cómo vistes, y estoy más que convencida de que vas a encajar a la perfección en una perfumería de esa categoría. Cuando la veas me vas a entender. ¿Cuántas chicas crees que se van a presentar a la entrevista con un vestido de marca como el tuyo? —Me encojo de hombros como respuesta

—. ¡Cero! Tienes clase, Gina, y en los comerciosde ricachones buscan eso. Así que levanta bien alto la barbilla y entra ahí como si el puesto solo fuera para ti, ¿entendido? —Aparca el coche y me señala con el dedo.

Giro la mirada hacia donde me indica y quedo petrificada, y no por el comercio, que parece de lo más exclusivo, sino por la larga cola de chicas que esperan en la acera y se pierden hasta torcer la esquina.

—No te preocupes por esas, no tienen nada que hacer contra ti. ¡Vamos! — Me da un fuerte beso en la mejilla y me empuja para que baje del vehículo. —¿Sabrás volver sola a casa? —Hago un gesto afirmativo y salgo con las rodillas temblorosas.

Una vez que estoy fuera, me quedo plantada, absorta en la cantidad de chicas que hay esperando por el mismo puesto de trabajo. El claxon del coche de Laura me sobresalta. Me giro para verla marchar y la veo sonriente y agitando la mano a modo de despedida. Le intento devolver la sonrisa y camino hacia el final de la larga cola. Cuando por fin llego y me pongo tras las últimas jóvenes, estas me miran de arriba abajo, como si no se pudieran creer que estuviera allí con el mismo objetivo que ellas. Al final, dejan de hacer aspavientos por mi llegada y procuran ignorarme.

Tras quince minutos de espera, la puerta del comercio aún queda bastante lejos y los pies ya me están matando de dolor. Por si eso fuera poco, se están acercando unas nubes de color plomizo que no auguran nada bueno. Miro dentro de mi bolso para comprobar si tengo mi pequeño paraguas plegable y no lo llevo. Aunque eso no es lo peor, la carpeta donde se supone que debería llevar mi currículum ¡tampoco está! El corazón me late desbocado y miro a ambos lados buscando no sé qué con exactitud, pero ¡necesito ayuda! Me he confundido con las prisas y me he llevado el bolso que no era. He de volver cuanto antes al piso de Laura y hacer el cambio. Llamaré a un taxi y en unos minutos estaré de vuelta, seguro que me guardan el sitio. Me giro hacia la chica que tengo a mi espalda y esta me mira con una ceja arqueada y cara de pocos amigos. Su expresión me indica que, antes que guardarme la plaza, va a preferir que me parta un rayo. No importa, tengo

tiempo suficiente antes de que cierren. Iré, volveré y empezaré de nuevo. Salgo de la cola y oigo algunos suspiros de alivio con mi partida. Las ignoro.

No hay ni un solo taxi por ningún lado, ¿por qué siempre ocurre esto? Cuando no los necesitas, están por todos lados y, si los necesitas, no hay ni uno. Tendré que llamar a la centralita para que vengan a recogerme. Además, está empezando a llover. Con una sensación muy parecida al de meter los dedos en un enchufe, recuerdo que mi teléfono no tiene batería. ¡Mierda! Un poco más adelante hay una parada de autobús y corro hacia ella. Intento aclararme con los paneles informativos y no lo consigo. Pregunto a una señora y me indica a cuál debo subirme. ¡Lo conseguiré, seguro que lo conseguiré! He de llegar a tiempo antes de que cierren.

Menuda odisea para encontrar la casa de mi amiga y, cuando por fin llego, no tengo llaves. ¡Esto es de locos! Pero ¿por qué no me he dado cuenta antes? ¿¡Qué puedo hacer!? Me desespero buscando una solución. Cuando ya lo doy todo por perdido, recuerdo que tengo el currículum subido en la nube. Si encuentro un ciber o copistería donde me lo puedan imprimir, ¡estará resuelto! Pero como con los taxis, ¡igual! ¡Nadie sabe dónde se encuentra un lugar donde pueda imprimir!

Entro en un bar mojada y a punto de echarme a llorar, buscando tomar una bebida que me caliente el cuerpo y calme la desazón que me embarga. ¿Es que no soy capaz de hacer algo a derechas? El camarero me sirve el café con leche que le pido y agarro la taza con ambas manos para caldearlas. Me quedo mirando la espuma, que con tanto esmero han decorado formando hojas, hasta que la imagen se me distorsiona al humedecérseme los ojos.

—¿Te encuentras bien? —pregunta el camarero. Me apresuro a secar las lágrimas que pugnan por salir.

—Sí, gracias —contesto con un puchero involuntario.

—Ya veo... —Ríe ante mi infantil respuesta—. Si me cuentas cuál es el problema, quizás pueda ayudarte.

—No encuentro ningún sitio en el que poder imprimir.

—¿Son muchas páginas? Porque, si son pocas, podría hacértelo yo mismo. Tengo una pequeña impresora en la oficina de atrás.

—Solo una. Pero necesitaría abrir el correo electrónico para poder hacerlo

—digo esperanzada.

—Pues acábate el café y vamos a ello.

No me lo puedo creer, este chico que no conozco de nada me saca del atolladero y, por si fuera poco, al ver qué es lo que necesitaba y que estoy buscando trabajo, no me cobra ni por el café. Tengo clarísimo que voy a ser una clienta asidua de este bar a partir de ahora.

Algo más tranquila, vuelvo a subir en el autobús y bajo en la parada donde todo este embrollo empezó. Meto la mano en el bolso y voy sacando mi carpeta, cuando queda mi tacón atascado en la reja de una tapa de alcantarilla, pierdo el equilibrio y caigo hacia adelante y sale volando el portafolios, que va a parar a un charco. Sin poder creer lo que me acaba de ocurrir, me levanto con rodillas y manos magulladas, empapada por la lluvia y sin un tacón, recojo el folio que tanto me ha costado conseguir, que ahora está más mojado que yo. Al levantar la cabeza, veo cómo están saliendo de la perfumería para cerrarla y sin pensármelo dos veces corro para impedir que se vayan sin que haya cumplido mi objetivo.

—¡¡Esperen, por favor!! —les grito a la carrera. Las dos mujeres se abrazan asustadas al verme llegar—. Disculpen el retraso, es que he tenido un percance, bueno... varios. Solo quería dejarles esto y que me tuvieran en cuenta. Sé que ahora no tengo muy buen aspecto, pero les aseguro que hace un rato estaba impecable. Les ruego que me den una oportunidad.

Mi mano ha quedado suspendida en el aire con el papel goteando ante las señoras que me miran con espanto. Con el ego por los suelos, dejo caer el brazo.

—Siento mucho haberlas alarmado. Adiós. —Me doy media vuelta y me alejo de ellas mientras las escucho murmurar que les he dado un susto de muerte y que pensaban que las iba a atracar.

Capítulo 4

Nunca he pasado tanta vergüenza como hoy... Por si no fuera bastante todo lo que me ha ocurrido, me pido un capuchino para llevar, en un Starbucks Coffee y, como siempre, le quito la tapa para saborearlo, y una señora me ha echado una moneda dentro y me ha dicho que no me drogue. Al principio he pensado que la mujer no debía estar bien de la cabeza, pero, en cuanto me he visto reflejada en un escaparate, me he dado cuenta de por qué me lo decía. ¡Doy pena! Estoy mojada; mi precioso vestido de Armani, sucio de barro; manos y rodillas magulladas y un zapato roto. En mi vida me hubiera imaginado verme en mitad de la calle en este estado, y me resulta muy embarazoso entrar en un bar así. Al ser Madrid una ciudad tan cosmopolita con tal variedad de gente de toda etnia y condición, pensé que pasaría desapercibida entre el tumulto. Y sí, me he vuelto invisible. La gran mayoría de las personas pasan por mi lado haciendo un gran esfuerzo por ignorarme, no vaya a ser que les pida ayuda. Qué triste...

Con la moral por los suelos, voy a refugiarme en unos soportales que hay enfrente de la vivienda de mi amiga. No tengo ni idea de cuándo volverá y no me queda más remedio que esperar. Con las lágrimas surcando mis ojos, me dejo caer en el escalón de un portal, cuando noto que una gran mano se apoya en mi antebrazo.

—¿Te encuentras bien, niña? —Mi sobresalto es mayúsculo al escuchar la voz cascada del hombre que me está tocando. Tiene aspecto de vagabundo.

—Yo... Yo... —balbuceo e intento apartarme de él.

—No te asustes. No quiero hacerte daño. —El olor de vino rancio que sale de su boca inunda mis fosas nasales—. ¿Te han pegado, criatura?

Su hedor, el aspecto y la mano amarillenta de uñas ennegrecidas me indican que debo huir lo más lejos posible, sin embargo, su pregunta formulada con tanta preocupación hace que me quede.

—No, me he caído —respondo temblorosa. No termino de fiarme de él.

—Ya veo... —Mira con pesar mis heridas superficiales—. Deberías curarte esos arañazos.

—En cuanto llegue mi amiga podré entrar en casa y será lo primero que haga. Porque va a venir enseguida, ¿sabe? —digo con voz aguda, como si quisiera asegurarme de que sepa que van a venir a por mí en breve. Qué ridícula me siento en cuanto termino de hablar.

—¿Tienes hambre? Tengo un par de bocadillos que me han dado las monjas y no creo que sea capaz de comerme los dos.

—¿No prefiere guardarlo para mañana? —El hombre ríe y me enseña su sonrisa desdentada.

—No, niña. Para mañana estará el pan duro y no podré mascarlo.

—Por mí no se preocupe, ya comeré luego. —Miedo me da lo que me pueda ofrecer.

—Toma, ya verás cómo está rico. —Saca de la mochila que lleva a la espalda la comida envuelta en papel de aluminio y cubierta por una bolsa de plástico. —Toma, que aún está calentito y tienes cara de no haber comido en todo el día. —Me tiende un bocadillo que me veo obligada a coger, con un poco de asco, para qué negarlo.

No sé cómo hacer para no ofender al pobre hombre. ¡No pienso meterme en la boca nada que provenga de esa mochila! En cuanto tengo el pan entre mis manos, noto que todavía está tibio y un agradable olor a tortilla hace rugir mis tripas. La verdad es que el hombre tiene razón, no he comido en todo el día. Retiro el envoltorio y, no sé si es por el hambre que tengo, pero tiene muy buen aspecto. Doy un tímido mordisquillo.

—¡Está rico! —me sorprendo yo misma al decirlo en voz alta. El señor asiente satisfecho y comienza a masticar con tranquilidad a mi lado.

Y en un agradable silencio, nos tomamos nuestra cena.

—Me llamo Juan, aunque todo el mundo me llama Juanillo —me comenta cuando ya hemos acabado.

—Yo soy Virginia, pero todos me llaman Gina. Un placer. —Le tiendo la mano que el hombre no duda en estrechar. No sé por qué, pero ahora ya no me desagrada su contacto.

—Sea lo que sea que te haya pasado hoy, no te preocupes que no te volverá a ocurrir, ya verás. —Me palmea el hombro.

—Yo no vivo en la calle, lo sabe, ¿verdad? —El hombre asiente.

—¿Crees que no huelo tu perfume caro? —Pone los ojos en blanco—. Mi olfato ya no es lo que era, pero no estoy ciego del todo y veo que estás asustada, niña. Tú no has vivido en la calle ni lo harás nunca. —Suelta una carcajada que se me contagia.

—¿Gina? —Oigo como me llama alguien y levanto la vista.

—¡¡Laura!! —grito de contenta al ver quién es—. ¡Cómo me alegro de verte! —Me echo a sus brazos.

—Cariño..., ¿qué te ha pasado? ¿Y por qué estás con ese hombre? —me susurra al oído mientras mira con recelo a la persona que me acompaña.

—Oh... Es muy largo de explicar. Será mejor que nos vayamos a casa y te lo cuente con calma. —Acabo de recordar que tengo que decirle que no he podido hacer la entrevista por la cual ella se ha preocupado y esforzado tanto en proporcionarme. Seguro que se enfada conmigo cuando lo sepa—. Gracias por la cena, Juanillo. Ya nos veremos otro día. —El hombre responde con un movimiento de cabeza y se arrebuja dentro de su chaqueta.

—¡Por el amor de Dios, Gina! ¿Se puede saber qué hacías con ese vagabundo? —me susurra con enfado una vez que estamos dentro de su escalera, como si el hombre pudiera alcanzar a oírla.

—Ese señor tiene nombre —respondo entristecida.

—¿No me digas? —replica sarcástica—. ¡Mira! Me da igual lo que hicieras con él. —Se pasa los dedos por el pelo, exasperada—. ¿Qué demonios te ha pasado? —Cierra la puerta de su casa de un portazo en cuanto estamos dentro. La miro a los ojos y veo que

está muy preocupada. Estoy muerta de miedo. ¿Y si se enfada conmigo al contarle la verdad? Y si no se la cuento y después se entera, seguro que pillará un cabreo de órdago. Mientras me debato entre lo que le voy a decir o no, las lágrimas surcan mi cara y la mirada de mi amiga se dulcifica.

—No he podido entregar el currículum. Con las prisas me lo he dejado en casa y quise volver a por él. Al llegar aquí me di cuenta de que no tenía las llaves. Conseguí imprimirlo en un bar cercano y, cuando estaba a punto de llegar a la perfumería, me caí al quedarse atrapado mi tacón en una alcantarilla. Toda yo era barro y magulladuras. Las señoras del establecimiento pensaron que las iba a atracar cuando me acerqué a ellas. No quería defraudarte, Laura. Lo he intentado con todas mis fuerzas. Pero he fallado, como siempre... —Sollozo desconsolada.

—A mí no tienes que demostrarme nada, Gina. —Me estrecha entre sus brazos—. Esto lo tienes que hacer por ti y para ti. Yo tengo parte de culpa de lo sucedido. Apenas te he dado tiempo para organizarte y no te he avisado de que tenías un juego de llaves en el recibidor. Siento mucho todo lo que te ha pasado. No volveré a presionarte, ¿de acuerdo? —Asiento con energía—. Mañana será otro día y empezaremos a planificar las cosas con calma. Vamos a tener que esperar a que se te curen esas heridas, no puedes presentarte a ninguna entrevista de ese modo. Aprovecharemos estos días para organizar tus posibles citas, familiarizarte con el transporte público y el entorno, ¿te parece bien?

—No te merezco como amiga... —le respondo entre hipadas. Ella sonríe y pone los ojos en blanco.

—¡Anda! Ve tú primero a darte una ducha que la necesitas más que yo y después nos preparamos algo de cena.

—Acabo de comerme un bocadillo y no tengo mucha hambre, pero te acompaño.

—¿De verdad te has comido lo que te ha dado ese hombre? —Me mira horrorizada—. ¡Mejor no me lo digas!

—Aunque no te lo creas, estaba bueno.

—¡Cállate! No quiero oírlo.

—Te lo digo en serio. Y la tortilla estaba en su punto.

—¡Cállate!¡Cállate!¡La, la, la, la, la, la! —Se aleja tapándose los oídos y termina por asomar una sonrisa a mis labios por su reacción.

Mientras el agua de la ducha cae por mi cuerpo, no puedo evitar pensar en la suerte que tengo de tener a Laura. Aunque su mal genio aflora a veces, es la persona más buena que he conocido en mi vida. La aprecio mucho y no puedo convertirme en una lacra para mi amiga. Tengo que espabilar. Si no soy capaz de hacerlo por mí, lo haré por ella.

Capítulo 5

Ya hace tres días que llegué a Madrid. Con todo este tiempo he tenido más que suficiente para memorizar dónde está cada lugar. Ahora ya sé encontrar las bocas de metro y distinguir sus colores y recorridos. Desplazarse en este transporte es mucho más rápido y efectivo. De hecho, ahora ya sé que el día que llegué a Chamartín lo más lógico hubiera sido coger el cercanías y no salir como una loca al exterior en busca de un taxi. Lo que hace la ignorancia... Lo único bueno es que por mi estupidez conocí a mi hombre misterioso, a Romeo, como lo llama Laura. Cuando camino por la calle aún guardo la esperanza de toparme con él. Sé que soy una ilusa, pero la esperanza es lo último que se pierde, porque si no, yo sería una causa perdida.

Parece ser que el puesto de trabajo en la perfumería era el chollo del siglo y yo lo dejé escapar, porque no hay manera de encontrar un empleo decente en esta ciudad. A ver, que de haber los hay, pero de empleada de hogar interna, de niñera, cuidando ancianos por las noches... vamos, ese tipo de trabajos de los que no me veo para nada capacitada ni titulada. Y, aunque no me pidan la formación, ¿cómo voy a ser capaz de atender a alguien si no sé cuidar de mí misma? Por otro lado, he encontrado algún que otro restaurante que buscan camareras, con experiencia, claro. Imagino que no tendrán ganas de que les tire a los clientes la comida en el regazo. Estoy desesperada. La paciencia no es lo mío.

Ya es por la tarde y pronto llegará mi amiga a casa. Le tengo todo preparado para que no se tenga que preocupar por nada. La ropa lavada y planchada, suelos relucientes, la cena en el horno (precocinada, claro), la mesa puesta y adornada con unas flores frescas que he comprado en el Mercado de San Fernando. Todo

sería perfecto y podría relajarme si hubiera llamado a mis padres, pero aún no lo he hecho. Y aquí estoy, sentada en el sofá, con el teléfono entre mis dedos dándole vueltas sin parar. Ya tiene la batería cargada, solo tengo que presionar el botón de encendido y comprobar si tengo llamadas pendientes. Reúno el valor suficiente y pulso la pequeña clavija. En cuanto introduzco la contraseña, el aparato parece cobrar vida y empieza a pitar sin parar dando aviso de múltiples llamadas y mensajes. Leo algunos de los whatsapps y después escucho el buzón de voz. La he liado bien gorda. Están buscándome con desesperación. Tengo que hacer algo pronto y, sin pensarlo mucho, marco el teléfono de mis padres.

—¡¡Virginia!! ¡¡Hija!! ¡¿Eres tú?! ¿Dónde estás...? —Los chillidos de mi madre casi me dejan sorda.

—¡Deja de gritar, mamá, o no podré contestar! —alzo la voz para que me escuche entre tanto alboroto.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! Creo que me voy a desmayar...

—¡Mamá, por favor, cálmate! Estoy bien.

—Pero ¿dónde estás? ¡Por todos los santos!

—Estoy en Madrid, buscando trabajo. —El silencio más absoluto se hace presente—. Mamá, ¿estás ahí?

—Sí, sí, aquí estoy. ¿Lo has hecho por voluntad propia? ¿Nadie te ha obligado?

—Lo he hecho yo sola y porque he querido. Siento haberlo hecho de este modo, sin avisar, pero, si te lo hubiera dicho, no me habrías dejado.

—Dime en qué hotel te alojas —exige en tono autoritario.

—No estoy en un hotel y no te voy a decir dónde vivo.

—Virginia..., tienes que decírmelo. Hay que comunicárselo a la policía y que ellos vayan a por ti. Hemos puesto una denuncia por tu desaparición y el robo del dinero. Porque te lo has llevado tú, ¿verdad?

—¿De qué dinero me hablas? ¿Ese que guarda papá en la caja del despacho? ¿Ese que no se puede ingresar en el banco ni declarar? Espero que no hayáis tenido la genial idea de denunciar un dinero

que se suponía que no estaba en casa.

—¿¡Cómo se te ocurre hablarme en ese tono!? —contesta exasperada—. Tu padre lo ha ganado honradamente, no es ilegal. Al menos en parte...

—Muy bien, mamá. Y ¿de cuánto es la parte que se supone que me he llevado?

—Hemos dicho que siete mil euros.

—Entonces, mañana me presentaré en la comisaría de policía más cercana y entregaré hasta el último céntimo de esos siete mil euros. Les diré que nadie me ha secuestrado y, como soy una mujer adulta, no podrán obligarme a volver con vosotros ni a deciros dónde me encuentro.

—Pero ¡si es mucho más!

—¡Oh, perdón! ¿Quieres que les dé el total de lo que me he llevado?

—¡¡No!! ¡Claro que no! Lo que tienes que hacer es traerlo y volver a casa. No estás bien, tienes que seguir haciendo terapia con tu médico. ¡Y te has ido a Madrid! Sabe Dios lo que harás por ahí tirada. ¿Qué vas a hacer cuando se te acabe el dinero? No sabes hacer nada, estás acostumbrada a que te lo hagan todo. Acabarás mal si no vuelves con nosotros...

—¡¡Te equivocas!! —Se me irrita la garganta con el grito—. ¡Acabaré como una cabra si no me alejo de vosotros! Necesito vivir, mamá... Tengo que conocerme a mí misma para saber quién soy, qué puedo hacer y qué no. Fracasar si es necesario y aprender de los errores. ¿No te das cuenta de que no me pasa nada malo? Por favor, por una vez, escúchame. Necesito que lo entiendas y que dejéis de buscarme. Cuando esté preparada para ir a veros, lo haré, te lo prometo. Y ese día, te sentirás orgullosa de mí.

—Me cuesta mucho creer lo que me dices. Voy a hablar con tu padre y le pediremos a la policía que te busquen por Madrid. No puedo permitir tanta tontería de niña consentida.

Sus palabras me duelen tanto que ya no puedo seguir conteniendo las lágrimas. ¿Por qué no es capaz de ponerse en mi lugar?

—No sabes cuánto siento que esto tenga que ser así. Adiós, mamá. Estaré bien.

—Ni se te ocurra colgarme el teléfono porque te...

Corto la comunicación y lloro con amargura. A los pocos segundos, el móvil comienza a sonar con insistencia. Ya no tengo nada que hablar con ella. Apago el aparato, extraigo la tarjeta sim y la tiro a la basura. Nada más hacerlo, me inunda un sinfín de dudas y preguntas que me aterrorizan. Sin embargo, no me voy a dejar vencer por el miedo, ya he vivido demasiado tiempo asustada por todo. Con esa determinación siento que he derribado una gran barrera, la primera de muchas que pretendo abatir en mi intento de salir victoriosa en la gran andanza que va a ser mi vida.

Con manos temblorosas, agarro una servilleta de papel de la cocina y me limpio la cara, convencida de que voy a lograrlo. Laura está a punto de llegar y no quiero que sepa nada de lo que me ha ocurrido. Es problema mío y lidiaré con él como pueda, ella ya hace demasiado al acogerme en su casa. Con esa decisión tomada, escucho la llave en la cerradura y mi amiga entra en el apartamento.

—¡Hola! Huele de maravilla. ¿Eso es porque tengo un hambre que me comería cualquier cosa o es que has aprendido a cocinar? —suelta con cara de pilla.

—No tienes tanta suerte... Lo compré en una tienda de comida precocinada. Pero tiene buena pinta, ¿verdad? —Le señalo el horno con la mejor de mis sonrisas.

—Mmmm... se me hace la boca agua. —Se relame los labios y se frota la barriga.

En cuanto mi amiga se ha dado su merecida ducha, nos hemos zampado la cena en un santiamén. La verdad es que creo que voy a ir muy a menudo a este establecimiento de comidas. Ya me llamó el agradable olor desde la calle, pero sabe mucho mejor de lo que huele. Qué suerte he tenido, porque lo de morir envenenadas, si cocino yo, no es una broma.

Con esa agradable sensación de saciedad, nos apoltronamos y ponemos una película. Como no tenemos televisión de pago nos

conformamos con lo que echan en alguno de los canales. Laura siempre me deja elegir, porque la mayoría de las veces se queda dormida, aunque hoy no. Me ha quitado el mando de las manos en cuanto ha visto que acababa de comenzar su peli favorita, *El guardaespaldas*, protagonizada por Whitney Houston y Kevin Costner. Al ser de principio de los noventa la encuentro un poco desfasada, pero para ella es de lo más romántica. Al verla tan atenta, abrazada a un cojín y con la sonrisa en los labios, no puedo más que ser feliz por ella y presto atención a la pantalla.

—Yo quiero un guardaespaldas en mi vida... —me confiesa al acabar la película.

—Seguro que algún día lo encontrarás. —Le tiendo una mano para que se levante del sofá y nos vayamos a dormir.

—Ya, seguro... —Suelta un fuerte suspiro—. Como tú con tu Romeo. —Le echo una mirada envenenada—. Gina, no te enfades, ¡es la pura realidad! Aunque en mi caso es aún más difícil. ¿Dónde voy a encontrar a un Kevin Costner tan guapo y joven como cuando hizo el rodaje?

—Yo no sé si volveré a ver a aquel chico de nuevo, pero que encontraré a uno que esté hecho a mi medida, estoy convencida de ello. ¡Y tú deberías pensar igual! —Me marcho hacia mi habitación, enfurruñada.

—Está bien, ¡lo siento! Soy una cascarrabias. Es que llevo mucho sin echar un polvo y mis neuronas ya patinan. —No puedo evitar reírme por su comentario.

—Pues yo ya ni me acuerdo de cómo se hacía —respondo con picardía. Ambas soltamos una carcajada.

—Está bien —dice con aire de misterio—. Mañana saldremos a cenar y después a tomarnos un par de copas, y con un poco de suerte... nos ligaremos a un tío bien dotado que nos saque de este sinvivir. —Pone los brazos en jarra y afirma con energía.

—¿¡Las dos con el mismo!? —pregunto alarmada.

—¡No, mujer! —Pone los ojos en blanco—. Tú uno y yo otro. Aunque te puedo asegurar que conmigo acabaría en un minutillo y podrías quedártelo. — Hago una mueca de asco y rompe a reír con

mi reacción.

Capítulo 6

¡Qué mal llevo esto de madrugar! Ya que todavía no he encontrado trabajo, procuro levantarme cuando lo hace Laura y así voy acostumbrándome a un horario más laboral y menos como el de un oso hibernando. Además, hoy tengo que comprar una nueva tarjeta para el móvil, ya que la mía la he tenido que tirar a la basura. No podía permitir que mi madre siguiera inmiscuyéndose en mi vida. Y un teléfono de contacto es imprescindible hoy en día para todo. Así que dejaré todas las tareas de casa hechas y luego saldré a por ella.

Cuando lo tengo todo listo y estoy a punto de salir, el teléfono fijo empieza a sonar y por un momento se me pasa por la cabeza el ignorarlo, hasta que me doy cuenta de que podría ser mi amiga.

—¿Diga?

—¡Gina, gracias a Dios que estás en casa! —Y, como no podía ser otra, es Laura la que llama y, por cierto, muy alterada—. Tienes que venir cuanto antes, la recepcionista ha tenido un accidente y se necesita una suplente — suelta de modo atropellado, como si le faltara el aire.

—¿A dónde?

—¿¡A dónde va a ser!? ¡Aquí, en la clínica! Ay... —La oigo resoplar de frustración—. Vas a tener que coger un taxi y venir hasta aquí. No puedo ir a recogerte.

—Está bien. Dime la dirección.

—Dile que te lleve a la Clínica Ginecológica Fernando Martínez en La Moraleja, entra por urgencias y pregunta por mí si no me ves. Yo procuraré estar pendiente, ¿vale?

—De acuerdo. Nos vemos en unos minutos —respondo con

energía.

En cuanto se corta la llamada, los nervios se apoderan de mí. Respiro varias veces para calmarme. ¡Esta vez tiene que salir bien! No voy a dejar que se me escape esta oportunidad. Hoy ya estoy peinada, maquillada y solo me falta ponerme una ropa más adecuada para una entrevista en una clínica ginecológica para personas adineradas. O eso me imagino, porque si está en La Moraleja tiene que serlo. Así que opto por un traje chaqueta de Roberto Verino que me sienta como un guante. Espero que, si me cogen como recepcionista, me den uniforme, porque los modelitos que me pude traer en la maleta son escasos. Ojalá sirva de algo el enchufe de mi amiga y me admitan.

Hay un tráfico espantoso a estas horas de la mañana. Los repartidores con motos y bicicletas son los únicos que pueden avanzar con agilidad entre los múltiples vehículos. Si me hubiera metido en el metro ya habría llegado. Las altas temperaturas y mis nervios a flor de piel están haciendo que sude a mares, ¡y el conductor del taxi que no pone el aire acondicionado! Cuando por fin llegamos y abono la carrera, tengo la camisa adherida al cuerpo. No quiero mirarme en un espejo por miedo a ver mi maquillaje corrido por toda la cara. Paso el dorso de la mano por la frente y me dirijo con decisión a urgencias, como me indicó mi amiga. En cuanto las puertas se abren me recibe el agradable frescor del interior. ¡Qué alivio! Hace un calor horrible, y eso que aún no ha llegado el verano. Antes de llegar a recepción ya veo salir tras las puertas del final del pasillo a Laura con cara de malas pulgas.

—¿Se puede saber por qué has tardado tanto? —me regaña en cuanto llega a mi lado.

—No es mi culpa. Había mucho tráfico —intento excusarme.

—Si es que soy yo que estoy atacada. ¡Llevo tres partos en lo que va de la mañana! Y luego dicen que no afecta la luna... —Pone los ojos en blanco y vuelve a caminar—. Ven, sígueme. —Corro tras ella—. Has tenido suerte, ahora el jefe está en su despacho. Es el doctor Fernando Martínez. He hablado con él, le he dicho que eres

de confianza y que eres auxiliar de enfermería, porque acabaste el curso, ¿verdad?

—¡Sí, sí! —la mentira sale con rapidez.

Tras subir en el ascensor, Laura habla sin parar hasta que salimos. Supongo que me está dando consejos y explicando qué debo hacer, pero la histeria se está apoderando de mí y no entiendo nada de lo que me dice.

—Gina, ¿estás bien?

—¡Claro! Solo un poco nerviosa, nada más.

—Pues deja de seguirme y espera ahí en el pasillo como te acabo de decir. Voy a avisarle de que ya estás aquí y, después, te hago pasar. —Asiento con energía—. ¿No te irás a desmayar? Porque tienes una cara de susto... —Niego sin decir palabra—. ¡Que Dios nos asista! Ahora vuelvo.

Mi amiga desaparece tras una puerta y yo lo único que soy capaz de escuchar es mi propio corazón latir descontrolado. Intento recordar algo de lo que me acaba de explicar y soy incapaz. ¿Cómo ha dicho que se llamaba el médico? ¿Tengo que esperar o paso ya? Antes de que me dé tiempo de hacer algo incorrecto, vuelve a salir y me indica que entre. Como si fuera un autómata le hago caso y cierro la puerta tras de mí en cuanto Laura está fuera. Sin levantar la vista, doy unos pasos hasta toparme con unas sillas que delante tiene una gran mesa de despacho.

—Buenos días —una profunda voz de hombre me hace alzar la mirada.

En cuanto le veo me da un vuelco el corazón, me doy media vuelta, salgo corriendo del despacho y me meto en el ascensor justo antes de que se cierren las puertas. Laura, que está dentro, pulsa el botón y lo detiene.

—¿¡Se puede saber qué demonios haces aquí!? ¡Deberías estar haciendo la entrevista! Pero... ¿qué te pasa? —Me mira como si me hubiera vuelto loca.

—¡Que es Romeo! —susurro con angustia.

—¿¡Quién coño es Romeo!? —grita exasperada.

—¡El médico! ¡Tu jefe es mi Romeo! ¡El tío que me dio un puñetazo nada más llegar a Madrid! El del culito prieto...

—¿Que él es...? —Abre la boca con asombro y, tras unos segundos, empieza a reír a mandíbula batiente.

—¡Deja de reírte, joder! Ahora sí que la he liado buena. ¡Que lo he dejado con la palabra en la boca y me he largado!

—Está bien. —Carraspea para controlar su risa—. Vuelve y pídele disculpas. Dile que te has sorprendido al verlo. Seguro que se muestra comprensivo. ¡Pero ve ya y no lo demores más! —Me empuja en la dirección correcta.

Camino con piernas temblorosas otra vez hacia su despacho. Levanto la mano para llamar y la dejo suspendida en el aire, sin atreverme. Miro de soslayo a ver si Laura sigue ahí y la encuentro de brazos cruzados con los ojos achicados. Trago saliva al ver su cara amenazante. Reúno el valor suficiente y golpeo con los nudillos, ¡y que sea lo que Dios quiera!

Apenas me da tiempo a pensar una frase de disculpa que la puerta se abre y me encuentro con este hombre imponente y su perfecta bata blanca. Yo esperaba escuchar un *adelante* o algo parecido y esto me ha cogido desprevenida. No soy una chica bajita precisamente, y este hombre me pasa más de media cabeza. Me mira sin mediar palabra y estoy como hipnotizada. ¡Es guapísimo! Sus ojos son de un color marrón claro que me recuerda al ámbar. Aunque está serio, me observa con curiosidad y no parece enfadado.

—¿Quiere pasar y sentarse? —pronuncia con cautela, como si tuviera miedo de asustarme.

El sonido de su voz me produce cosquillas en la piel, el pulso se me acelera y no encuentro una palabra coherente que decirle. Termino por asentir y pasar al despacho antes de que piense que soy una pirada.

—Imagino que se ha asustado al verme —dice una vez que nos hemos acomodado en las sillas.

—Sorprendida, sería más acertado. —Sonríe como respuesta—. Le pido mil disculpas por mi comportamiento, doctor Fernández.

—¿Quién es Fernández? Soy Fernando Martínez. —Veo cómo se aguanta las ganas reír y yo solo quiero que me trague la tierra—. Y usted ¿cómo se llama?

—Virginia Salas —susurro todavía abochornada.

—Muy bien, señorita Salas. La señorita Laura García me ha dicho que es auxiliar de enfermería, pero ¿tiene experiencia como recepcionista o teleoperadora? —niego y suspiro. No me va a contratar...—. No tengo mucho tiempo para formar a nadie. La vacante ha de cubrirse de inmediato.

—Me hago cargo, lo entiendo. —Me levanto, resignada.

—¿Ya se da por vencida? —pregunta con curiosidad y arquea la ceja derecha.

—Acaba de decirme que no tiene tiempo para enseñar a nadie. Solo quiero ahorrarle la molestia de echarme.

—¿No va a decirme que aprenderá con rapidez? ¿Que está dispuesta a empezar ahora mismo si fuera necesario? ¿Que le dé una oportunidad?

—¿Serviría de algo?

—Pruebe —me desafía.

—Casi no tengo experiencia laboral, pero no hará falta que me digan las cosas dos veces. Y sí, estoy dispuesta a comenzar ahora mismo. Si me contrata, no se arrepentirá.

—De acuerdo. Creo que le debo una. Pienso que esto compensará el que la arrollara en plena calle la otra noche. ¿no le parece?

—Creía que no me había reconocido.

—Me resultaría imposible olvidarme de alguien como usted. —Sonríe con descaro y no sé muy bien cómo interpretarlo. ¿Lo dice por bien o por lo desastre que soy? —Acompáñeme. —Se levanta y va hacia la puerta. Yo me apresuro en seguirle.

Nos subimos al ascensor y me entra un calor sofocante al verme dentro del cubículo a solas con él. Fernando, que parece tan incómodo como yo, carraspea y se rasca el pelo de la nuca. Huele tan bien que me están dando ganas de morderle. O salimos pronto

¡o no respondo! Las puertas se abren en ese momento y corro al exterior a llenar mis pulmones de aire fresco. ¡Por Dios, qué calor!

Al ver mi extraña reacción, me observa con cara divertida, pero no dice nada. Indica con su mano la dirección que debemos seguir y, en cuanto me pongo a andar, se pone a mi lado.

—La voy a dejar con la recepcionista. Si logra hacerse con la centralita y el sistema informático a lo largo del día, la vacante es suya. Como ya le habrá explicado su amiga, es una sustitución. La joven en cuestión ha tenido un accidente y se ha fracturado una pierna. Así que, será para un mes o dos, dependiendo de lo que se le complique la rehabilitación. ¿Le parece bien?

—¡Genial! —respondo aún alterada. Fuerzo una sonrisa para intentar disimular—. No es que me parezca bien que esa pobre chica se haya hecho daño, pero yo estaré encantada de trabajar en su puesto hasta que se recupere.

—Por supuesto. —Me observa con curiosidad y veo que se fija en el mechón rosado que sale por detrás de mi oreja. Sin poder evitarlo, intento ocultarlo con el resto de mi cabello—. No pasa nada, no hace falta que lo escondas. Para mí no es un inconveniente. Mientras no se tiña todo el pelo del mismo color, todo irá bien. No me gustaría que se escandalizara alguna de mis pacientes más conservadoras.

—¿De verdad? Porque si causa algún problema lo elimino, aunque sea de un tijeretazo. —Suelta una carcajada al escuchar mi ocurrencia.

—Creo que no hará falta que sea tan drástica. Con que lo deje tal cual está, será suficiente.

Con una sonrisa bobalicona lo observo obnubilada. Esos dientes blancos como perlas asoman de entre sus labios y yo no deseo más que devorar esa tierna carne sonrosada. Ni siquiera me había dado cuenta de que estábamos parados delante de un mostrador con un par de enfermeras mirándonos. Tampoco era consciente de lo incómodo que se sentía Fernando al verse examinado de esa forma delante de sus empleadas. Desubicado, carraspea y se frota la nuca.

—Señora Márquez, le presento a la señorita Salas —se dirige con

absoluta seriedad a la mujer morena de detrás del mostrador—. Debe formarla a lo largo del día de hoy para que pueda incorporarse mañana mismo.

—Por supuesto, doctor Martínez —le asegura la mujer.

—Las dejo para que puedan comenzar cuanto antes.

Dicho esto, se marcha con rapidez y sin despedirse. Seguro que lo ha hecho por culpa de mi falta de tacto. Es probable que piense que soy una descarada. Mientras me quedo mirando cómo se aleja, recuerdo que bajo esa bata blanca se esconde un culito perfecto y, como si se tratara de un acto reflejo, me muerdo los labios. ¡Qué tentación! Cuando ya lo pierdo de vista al torcer la esquina, me giro hacia las mujeres que me esperan. Las dos me observan con la boca abierta.

—¿Ya lo conocías de antes? —rompe el hielo la señora Márquez.

—La verdad es que no. —Me encojo de hombros—. Solo me topé con él por casualidad hace unos días, pero nada más. —Me acaricio la nariz al recordarlo.

—Pues pasa aquí detrás y, mientras te enseño cómo va esto, nos explicas por qué el buenorro del jefazo te sonríe y hace ojitos. Porque no hay Dios que le arranque una sonrisa a ese hombre si eres una empleada. —Arquea las cejas a la espera de que haga o diga algo.

¡Ay, señor! Menudas cotillas son las recepcionistas. Julia y María son dos mujeres estupendas, pero son unas chismosas de mucho cuidado. Eso sí, saben enseñar mientras fisgonean en tu vida o en la de quien sea. En pocos minutos ya sabía cómo manejar el programa y la centralita. ¡Qué orgullosa estoy! ¡Por fin encontré un buen trabajo!

Capítulo 7

Antes de volver para casa con Laura ya habían tramitado en la gestoría mi contrato y dado un uniforme azul. Es una lástima que sea solo por una sustitución, porque el sueldo no está nada mal. Lo único que me da algo de apuro es haber mentido en el tema de mi formación reglada. No creo que me pidan la documentación, ya que no voy a ejercer como auxiliar de enfermera, solo voy a atender el teléfono y a las clientas que se acerquen al mostrador buscando información. Seguro que no pasa nada...

Mi amiga está encantada de que haya conseguido el trabajo. La verdad es que se portan tan bien en esta empresa que nos van a adaptar el horario (siempre que sea posible) para que podamos ir juntas. Es una clínica privada no muy grande, pero muy solicitada por la gente acaudalada de los barrios residenciales de Madrid. Hay que tener tacto con todo lo que dices y haces, cosa que no me molesta en absoluto, estoy más que acostumbrada. El mayor de mis problemas va a ser el tener que ver a Romeo todos los días.

—Seguro que meto la pata cuando él esté presente —le garantizo a mi compañera mientras nos dirigimos al restaurante para cenar. Ella se ríe de mí.

—Eso no va a pasar, tranquila. Él no suele pasar por recepción nada más que para salir o entrar del edificio. Y la mayoría de las veces lo hace por el garaje y no le ves el pelo. A mí lo que me gustaría saber es ¿cómo es posible que entre todos los hombres que hay en esta ciudad tuvieras que chocarte con él nada más llegar? Mira qué es casualidad. —Suelta una risilla entre dientes.

—Te crees muy graciosa, ¿verdad? —La miro con los ojos como dos rendijas.

—Cuando apareciste a mi lado en el ascensor y me dijiste que Fernando era tu Romeo, casi me meo en las bragas. ¡Y tú como una tonta sales corriendo del despacho!

—¡Me sorprendió! ¿Qué querías que hiciera?

—¿Hablar con él como una persona normal? No me puedes negar que tu reacción fue muy infantil... y loca. Sobre todo, loca. —Asiente para afirmarse a sí misma.

—¡Está bien! Mi reacción no fue muy coherente, tengo que admitirlo. Es que no sabes el vuelco que me dio el corazón cuando lo vi delante. —Suspiro—. Oh..., ¡es tan guapo!

—En eso te doy la razón, está tremendo. Y tiene unos amigos que no veas como están también. Cuando los conozcas te vas a escandalizar.

—Si no tengo más remedio, me sacrificaré y los miraré ¡y te prometo que no saldré corriendo! —Las dos comenzamos a reír a carcajadas.

Nos tomamos una copiosa cena y un par de copas para celebrar las buenas noticias. Íbamos a salir de todas maneras, pero ahora le excusa de ir un jueves es perfecta. Nos retiramos pronto para descansar. Mañana es mi primer día laboral y no quiero llegar tarde ni mucho menos con resaca.

El comienzo ha ido mucho mejor de lo que esperaba. Primero, porque he estado con Julia casi todo el rato y, cuando me ha dejado sola, no ha pasado nada raro. Y segundo, no he visto a Fernando nada más que de lejos una vez y me ha echado una leve sonrisa. Apenas quedan unos minutos para que se acabe la jornada, cuando llegan un par de chicas con un bebé. Una es alta, rubia y despampanante. La otra es más baja, de pelo castaño oscuro y tiene una sonrisa arrebatadora.

—¡Hola, bonita! Nunca te había visto por aquí, ¿eres nueva? —me dice la más baja.

—Sí. Estoy haciendo una sustitución. ¿En puedo ayudarlas?

—Hemos venido a ver a Fernando, ¿ya está libre?

—Vamos a ver, Sara, si es nueva, a lo mejor no lo conoce por el nombre de pila —replica la rubia—. Tenemos una cita con el doctor

Martínez. Somos de la familia.

—No se preocupen, lo conozco de ambas formas —respondo—. Tendré que informarme y comprobar si ya está desocupado.

Durante toda la jornada me he entendido a la perfección con la centralita, pero, ahora que sé que tengo que ponerme en contacto con el despacho del jefe, me entran los nervios y no atino a hacerlo. Después de mucho insistir, mi frente se perla de sudor y empiezan a temblarme las manos.

—Escucha... —me agarra del brazo la joven de pelo castaño—, tranquila, no te pongas nerviosa que no pasa nada. ¿Por qué no vamos hasta su despacho y llamamos a la puerta sin más? Si aún está ocupado, seguro que no se molesta al saber que somos nosotras. ¡Ven, acompáñanos!

—No estoy muy segura de que sea una buena idea, señora. —Me embargan las dudas, ¿y si Fernando se cabrea conmigo?

—¡No me llames señora, por favor! Puedes tutearme. Soy Sara y ella es mi cuñada, Jessica.

—Y yo me llamo Gina. Encantada de conoceros.

—Haz lo que te ha dicho está cabezota de una vez o no parará hasta que lo consiga— rezonga la rubia. A Sara parece no molestarle el comentario y sonríe complacida.

—Está bien —claudico. Cuanto antes acabe con esto, mejor.

Salgo de detrás del mostrador y nos dirigimos al ascensor. Una vez dentro, me fijo en el precioso bebé que llevan en el carrito. Pensaba que estaba dormido porque no hacía ningún ruido, pero no, está despierto y tiene unos enormes ojos azules que observan todo con gran seriedad. Le hago una carantoña y me frunce el ceño, aunque después termina por sonreírme. Su gesto me hace gracia y río con él.

—¡Vaya! Le has caído bien al granuja de mi hijo... —me informa Sara—. No suele sonreír a cualquiera. —No sé por qué, pero su comentario me llena de orgullo.

Llegamos a la planta y las puertas se abren. Ahora que estoy llegando me asaltan las dudas y no me atrevo a irrumpir en su

oficina. Pero la rubia se me adelanta y llama con los nudillos con energía. Los golpes en la madera los he notado como si me los diera en el mismísimo corazón.

—¡Hola! —gritan ellas en cuanto sale el médico.

—Pero bueno... ¡Menuda sorpresa! —Las abraza.

—Ni se te ocurra regañar a Gina porque ella no ha tenido la culpa, ¿de acuerdo? —le advierte Sara—. La hemos obligado nosotras a dejarnos pasar.

—¿Quién es Gina? —dice extrañado, aunque ya me está mirando de soslayo.

—Ella, la chica nueva. —Me señala.

—No se preocupe, señorita Salas. Me hago cargo de que le habrá sido imposible decir que no a estas dos. —Me sonríe y apoya una de sus manos en mi hombro—. ¿Qué tal le ha ido su primer día?

—Muy bien, doctor Martínez —respondo cohibida. Espero que no le cuenten que no supe ponerme en contacto con él a través de la centralita.

—Me alegro mucho. Ya ha terminado su jornada, así que ya puede marcharse a descansar. —Retira con lentitud la mano y siento frío por la falta de su roce.

—De acuerdo. Hasta mañana —me despido de ellos.

—Adiós, Gina. —Sara me obsequia con una gran sonrisa—. Nos veremos pronto —suelta misteriosa justo antes de que cierren la puerta del despacho.

Me muero de ganas de salir corriendo y no sé con exactitud por qué. Me sentía cansada después de todo el día trabajando y, ahora, voy hacia recepción cual cabra trotando. Ha sido verlo y mi torrente sanguíneo se ha alborotado y mi corazón palpita con fuerza en mi pecho. Con una sonrisa estúpida, fantaseo con imágenes de ese hombre besando mis hombros en lugar de posar nada más que sus dedos. El calor recorre mi cuerpo al imaginarlo. ¿Cómo es posible que solo con pensarlo el deseo me consuma como nunca me había sucedido? Acaricio mis mejillas, que las siento arder, mientras dejo todo ordenado para el siguiente turno.

Como Laura ya se ha ido, tengo que ir en bus. Hay una parada muy cerca de la clínica, así que me dirijo a ella con paso firme. Aún siento el cuerpo revolucionado y suelto un fuerte suspiro tras otro. Rebusco dentro de mi bolso en busca del monedero para tener el dinero preparado, cuando el claxon se un coche me sobresalta.

—¡Hola, Gina! ¿Quieres que te acerquemos a algún sitio? —Desde el asiento trasero de un gran Audi último modelo, Sara asoma la cabeza.

—¡Oh, no hace falta! No quiero molestar —respondo de inmediato.

—No es molestia, ¿verdad, Fernando?

Casi me caigo de culo al ver que el que conduce es él. Las lunas son tintadas y no puedo ver el interior del coche. ¡Pensaba que era la rubia despampanante la que estaba tras el volante!

—Jess, pasa atrás conmigo y deja sentar a Gina delante.

—Pero ¿por qué tengo que ser yo? ¿No puede ir ella contigo? —protesta la rubia.

—No seas maleducada y ven tú. Edgar está deseando que le hagas carantoñas para reírse.

—Bueno, vale, pero lo hago por mi ojito derecho, que lo quiero más... —Se oye el gorjeo del pequeño como si la llamara.

Jessica sale del vehículo para cederme su asiento dejando la puerta abierta de par en par. Ahí es cuando veo a Fernando, sin la bata blanca, mirándome y rascándose la nuca con nerviosismo. El alma se me viene a los pies: él no quiere llevarme. Su incomodidad es palpable.

—No se preocupe, doctor Martínez, esperaré el autobús. Tendría que ir expresamente a esa zona de la ciudad y va a tardar mucho rato.

—¡No digas tonterías! ¡Anda, sube de una vez! —insiste Sara.

—Señorita Salas, suba al coche ya, por favor. Estoy entorpeciendo el tráfico —me ordena con seriedad.

No tengo más remedio que hacerle caso. Los vehículos que le preceden han empezado a pitar. En cuanto estoy dentro, su cercanía me altera y no atino a abrochar el cinturón de seguridad.

Cansado de ver mis intentos frustrados, me lo arrebata de las manos y lo hace él mismo. No ha sido brusco ni mucho menos, sin embargo, me ha hecho sentir incómoda su desesperación. Se incorpora al tráfico y le indico las señas de la casa de Laura. Un nudo me atenaza la garganta todo el camino. Sara se empeña en ser amable e intenta crear un buen ambiente. Por más que quiere establecer una conversación conmigo, no respondo más que con monosílabos. Me temo que, si me pongo a hablar, no me quedarán fuerzas para contener las lágrimas que tanto me están costando aguantar.

—Puede parar ahí —le indico al llegar a la calle. Por suerte hay un hueco cerca del portal, así no podrá volver a decirme que entorpece el tráfico—. Gracias por traerme, han sido muy amables —digo con la cabeza gacha, me desabrocho el cinturón de seguridad y salgo disparada.

No quiero mirar atrás, tengo los ojos a punto de desbordar y no van a entender por qué demonios estoy llorando. Tener que dar explicaciones sería bochornoso.

—¡Espera, Virginia! —Oigo cómo me llama Fernando y corre tras de mí—. Se te ha caído el pendiente. —Abre su mano y en la palma tiene mi pequeño colgante con forma de corazón. De inmediato, me toco las orejas y, al comprobar que falta uno, lo cojo.

—Gracias. Debió de caerse al desabrochar el cinturón —susurro, cabizbaja, con la esperanza de que no me mire a la cara.

—¿Te encuentras bien? —Posa su dedo índice en mi barbilla y me obliga a levantar la vista—. Parece que estás a punto de llorar.

—Estoy bien —suelto cortante—. Y ahora ¿por qué me tuteas? —intento desviar el tema de conversación.

—Porque ahora no nos escucha nadie y estamos fuera del trabajo. — Resopla, mira hacia su coche y después, prosigue—: Virginia... no puedo tener ningún tipo de relación personal contigo. Eres mi empleada y...

—¿Quién ha dicho que yo quiera algo? —le corto y levanto la barbilla con altanería.

—Nadie. Pero, como te decía, eres mi empleada y están

prohibidos por contrato las relaciones íntimas entre los trabajadores, sobre todo con los subalternos.

—No sé por qué me explicas todo eso si no me importa ni viene a cuento.

—Solo te lo digo para que lo sepas, nada más.

—Aaah... —Me lo quedo mirando con la boca abierta. Parece que se me ha fundido un fusible y no consigo replicar con una frase ingeniosa.

—Debo irme. El pequeño tiene que cenar dentro de poco y, si no lo llevo a tiempo a su casa, su padre me cortará las pelotas. —Se le dibuja una medio sonrisa como si recordara algo.

—Claro... Lo entiendo. —Me despido con un infantil movimiento de la mano.

—Nos vemos el lunes. Buen fin de semana.

Tras sus últimas palabras, empieza a recular hasta que está a punto de chocar con una mujer que pasa por la acera. Se da la vuelta y se dirige a su coche, pero no entra en él, apoya las manos en el techo y me observa. Entonces es cuando me doy cuenta de que, a lo mejor, está esperando a que me meta en el portal y no dudo en ir corriendo a meter la llave en la cerradura y entrar. Desconcertada, vuelvo a salir para ver cómo se alejan.

—Te gusta ese chico, ¿verdad? —La voz cascada de un hombre me sobresalta.

—¡Hola, Juanillo! Menudo susto me has dado —le digo al pobre hombre que me observa con su sonrisa desdentada—. Es guapo..., pero no me atrae — respondo sin mucho interés.

—¡Sí, ya! —Se carcajea y acaba tosiendo—. ¡Estás colada hasta las trancas! —se burla de mí en cuanto se recupera.

—No te metas donde no te llaman —le recrimino, aunque me estoy riendo con él—. ¿Ya has cenado?

—No, hija, hoy he llegado tarde al comedor y me he quedado sin bocadillo.

—Arruga los labios en una mueca de disgusto.

—Pues no te vayas que en unos minutos te bajo algo caliente. —

El hombre asiente y espera en el escalón del bordillo.

Giro sobre mis talones y corro hasta llegar al apartamento, ¡por las escaleras! Nada de subir en el ascensor. Con lo vaga que soy, me sorprendo a mí misma, pero es que tengo que quemar toda la adrenalina que corre por mis venas por haber estado hablado con Fernando. No entiendo por qué me ha dicho eso. ¿Tanto se nota que me gusta?

Capítulo 8

En cuanto entro al piso resollando y con el ceño fruncido, Laura me mira extrañada. Paso por su lado sin decirle nada y voy hasta la cocina. Mi amiga está tan pasmada por mi actitud que espera con paciencia a que me decida a hablar.

—¿Crees que va a sobrar algo de lo que has preparado para cenar?

—¿A qué viene esa pregunta? —dice mi amiga, perpleja.

—Es para saber si puedo sacar una ración para dársela a Juanillo.

—¿¡Quién coño es Juanillo!?

—El señor que me dio de comer hace unos días.

—¿¡El vagabundo!? —Laura no sale de su asombro—. ¡Estás loca si crees que voy a dejar que le des uno de mis solomillos! ¡Me han costado un huevo, guapa!

—¡Está bien! Uno es mío, ¿verdad?

Cojo una fiambrera del estante superior y meto en ella un pedazo de carne, añado un poco de ensalada, más un trozo de pan y unos cubiertos. Abro la nevera, busco una manzana y un botellín de agua, lo meto todo dentro de una bolsa de plástico y vuelvo a marcharme ante la atónita mirada de mi amiga.

En cuanto llego a la calle, le ofrezco al hombre la bolsa de la que sale el delicioso aroma de la carne. Esos ojos vidriosos, que tantas penurias han debido ver, me devuelven una mirada de gratitud que no se puede explicar con palabras, hay que verlo para poder entenderlo.

—Ya me devolverás la fiambrera otro día. —Poso mi mano en su hombro.

Juanillo parece tan abrumado que no es capaz de contestar y

asiente sin decir palabra. Lo dejo solo para que pueda comer en paz.

Una vez que estoy en el piso, veo a Laura muy enfadada, preparando la mesa para ella sola. No le digo nada y voy hasta el sofá donde me dejo caer.

—No pienso darte ni un trocito, ¿¡me oyes!? —refunfuña—. A quién se le ocurre hacer semejante barbaridad... Eres una idiota. Todo el día trabajando y ahora por tonta te quedas sin cenar.

Cuando ya tiene todo listo, se sienta y sigue mascullando mientras sirve una copa de vino. Como no quiero hacerla enfadar más, no digo nada y mantengo la mirada gacha. La veo cortar la carne y meterse el jugoso pedacito en la boca. Tras darle unas cuantas vueltas, suelta los cubiertos con fuerza sobre el plato.

—¡Coge un puto plato de la cocina y ven a sentarte! No puedo saborear la comida contigo ahí mirando. ¡Vamos! —me ordena con enojo.

Con el hambre que tengo no me lo pienso dos veces y corro a hacer lo que me ha dicho. En cuanto pongo el plato en la mesa parte su ración en dos y me la ofrece.

—Gracias —susurro.

—¡Cállate! Eres una... Si es que eres... No se puede ser más... —Se queda callada mirándome, deja escapar el aire que contenía y niega con pesar—. Eres buena, Gina.

La abrazo con todas mis fuerzas y beso sus acalorados mofletes, que con el berrinche se le han puesto rojos. Tengo una amiga que no me la merezco.

—¡Quita de aquí, pegajosa! —Pero no hace nada por apartarme de su lado.

—He tenido un primer día bastante bueno, sin ningún problema. Se me da bien. ¿Y sabes que me ha traído hasta casa Fernando? —suelto en plan metralleta en cuanto empezamos a devorar la comida.

—¿En serio? ¿Se lo has pedido tú? —Deja de masticar por unos segundos.

—¡No! No me atrevería. Se ha visto obligado a hacerlo por culpa de Sara, una prima o algo así. Iba con un bebé y una chica rubia.

—Esas chicas no son familia, al menos biológica. Son las mujeres de sus dos mejores amigos, los que te dije que estaban muy buenos.

—Pues parecen muy majas. ¡Y son preciosas! sobre todo la rubia. Aunque Sara es más simpática.

—Jessica, que así se llama la chica alta, es la hermana del marido de Sara. Ahora imagínate un hombre musculoso de más de metro noventa de estatura con los rasgos parecidos a los suyos. ¡Está tremendo! Y el novio de Jess, ¡otro que tal! —Aprieta los labios, al recordarlos.

—¿Son más guapos que Fernando? —pregunto, incrédula.

—No sé, creo que depende de quién los mire. Si lo haces tú, seguro que gana Romeo. —Me sonrojo al recordar el apodo que le pusimos.

—Si hubieras visto la cara que ha puesto al verse obligado a llevarme... — digo con tristeza—. Y encima al llegar a casa me ha echado un sermón de que no puede haber relaciones íntimas entre los empleados porque está estipulado en el contrato, ¡qué vergüenza! Creo que sabe que me gusta... ¿Tanto se me nota?

—No tengo ni idea. Pero sí que es verdad que haces cosas muy raras cuando está presente. Y tiene razón, no está permitido enrollarse con nadie del trabajo. No se me ocurrió comentártelo.

—A partir del lunes tengo que actuar con normalidad o va a acabar por despedirme.

—No creo que te eche por cruzarse contigo y que a ti se te caiga la baba, otra cosa sería si lo acosaras, pero dudo mucho que llegues a ese extremo. — Ríe con picardía y yo acabo por hacer lo mismo—. Me he quedado con hambre —se levanta de golpe—, y creo que hay un helado en el congelador que lleva mi nombre — canturrea la última frase.

—¿Hay alguno para mí?

—No.

Sin decir nada más, se dirige a la cocina, coge una cuchara y

saca del congelador una enorme tarrina de helado de vainilla con nueces de macadamia caramelizadas. Pasa de largo la mesa y se deja caer en el sofá con una sonrisa triunfal. En cuanto se mete una cucharada en la boca, lo paladea con deleite, haciéndome salivar. Coge el mando de la tele y empieza a pasar los canales, sin mucho interés por la programación, ignorándome por completo. Cuando por fin encuentra una serie que le gusta, se arrellana y vuelve a degustar el postre.

—Será mejor que vayas a por una cuchara y me ayudes con esto antes de que se derrita. —Suelta una carcajada—. ¿De verdad pensabas que podría tomarme dos litros de este mejunje y que no me ponga enferma después?

—Mira que eres mala... —Corro a por mi cubierto, luego hasta el sofá y me tiro a su lado—. Ni siquiera es tu preferido, ¡es el mío! —farfullo con la boca llena de esa maravilla helada.

En pocos minutos acabamos por rebañar la tarrina mientras vemos una estúpida serie de adolescentes. La verdad que es que da igual lo que hagan en la programación, porque no logro sacarme a ese hombre de la cabeza. Todos mis pensamientos se centran en él. Daría cualquier cosa por saber qué opina de mí. Me gusta mucho y no sé cómo evitar que esto suceda. Le debe resultar muy molesto ver lo evidente de mis sentimientos. O quizás todo me lo imagino y no se da cuenta de nada. ¡Ojalá sea así!

Tras un fin de semana bastante aburrido, donde lo único útil que he hecho es comprar una nueva tarjeta telefónica, llego al lunes al trabajo con una determinación tomada: la presencia de Fernando no me va a alterar y lo voy a ignorar.

No puedo estar más contenta con las compañeras de trabajo que me han tocado, son un encanto. Sobre todo, Julia. Es tan charlatana que apenas me deja tiempo para que responda sus propios comentarios. Sabe todos los chismes. Si alguien en la clínica quiere enterarse de algo, no tiene más que acercarse por recepción y tirarle de la lengua. Es muy alegre y dicharachera. Me ha contado que hace unos pocos años pesaba ciento treinta kilos, la operaron del estómago y ahora está hecha un figurín, con una energía que ya la quisiera yo.

Han pasado tres días y ya domino a la perfección el sistema. Ya no me equivoco si tengo que pasar una llamada a alguno de los despachos. Ni siquiera cuando es el de Fernando. Al que, por cierto, no veo ni de pasada. Para mí mucho mejor. Eso de tener que aguantar la compostura cada vez que se acerca no lo llevo muy bien.

Hoy ya falta poco para que acabe mi jornada y Julia me ha traído un café antes de marcharse. Es un amor de mujer.

—¡¡Joder!! —grito al quemarme con la taza.

No me esperaba que el recipiente estuviera tan caliente. La he soltado de golpe, me he manchado el uniforme y se me ha caído la cucharilla al suelo. Mascullando una palabra malsonante tras otra, me agacho a recogerla. Me cuesta mucho alcanzarla porque se ha metido debajo del archivo, pero, tras mucho estirar el brazo, la alcanzo y me levanto.

—¡¡Joder!! —vuelvo a chillar al sobresaltarme por la presencia de alguien.

Un hombre imponente con traje y corbata (porque no hay otra forma para describir a este sujeto) está de pie frente al mostrador, ¡es altísimo! y me mira como si estuviera escaneándome.

—Discúlpeme, señor. Es que no le he oído llegar y me he asustado al verle

—intento excusar mi comportamiento.

—Sí, ya me he dado cuenta. —Su fría expresión no me da la sensación de que haya perdonado mi falta de modales—. Por favor, avise al doctor Martínez de que el señor Cromwell le está esperando.

—Ahora mismo —respondo con rapidez.

Reprimo un suspiro que se me atasca en la garganta y llamo a Fernando. Rezo para que la voz me salga con normalidad y no parezca una gallina cacareando.

—¿Diga? —suena su voz tras el auricular.

—Doctor Martínez, el señor Cromwell pregunta en recepción por

usted.

—¡Oh, gracias! Dígale que ahora bajo. —Y me cuelga.

Al levantar la cabeza me encuentro de nuevo con esos ojos azules y fríos que me observan expectantes. Es muy guapo, pero su severo gesto impone respeto.

—Enseguida viene —le informo. Después hago como si estuviera buscando algo en la pantalla del ordenar. Me cuesta un mundo sostenerle la mirada a este hombre.

Él se aparta del mostrador y se pone a mirar por la cristalera de entrada hacia el exterior. Se ha metido las manos en los bolsillos del pantalón y ha adoptado una pose más relajada, aunque no deja de tener esa aura intransigente. Segundos después, sale Fernando del ascensor, me saluda con un gesto de cabeza al pasar, va hasta el señor Cromwell y se estrechan la mano con energía. Tienen una breve conversación entre sonrisas y salen a la calle. No creo que se vayan muy lejos, ya que el médico lleva la bata blanca puesta. Al poco rato ya está de vuelta mi Romeo, solo.

—¿Qué tal le ha ido el día? —viene hacía mí con una pregunta que seguro hace por cortesía.

—Bien, gracias.

—Me alegro. —Fuerza una sonrisa, pero se para en seco y observa mi uniforme manchado—. Señorita Salas, no puede estar trabajando con la ropa sucia.

—Lo sé. Le pido mil disculpas. Ha sido ahora mismo. Le juro que la llevo limpia todos los días —intento excusarme. ¡Maldito café!

—Ya me imagino que viene aseada, pero si se mancha tiene que cambiarse de inmediato. Debe tener siempre otro uniforme de repuesto en su taquilla.

Me quedo lívida al escucharlo. En el pequeño armario que me asignaron no tengo nada más que mi bolso.

—Por la cara que pone no debe tenerlo aquí, ¿verdad? —Niego con un gesto de cabeza—. Acompáñeme entonces. Le prestaré otro.

Sigo sus pasos sin rechistar. Parece que se ha enfadado y ni siquiera me mira. A estas horas apenas hay gente, no creo que

sea tan terrible. Solo son unas salpicaduras de nada y en menos de media hora he de irme a casa.

Tras torcer en el pasillo, se para ante la puerta de la izquierda y entra en la pequeña habitación. Como ve que no estoy con él, me hace un gesto con la mano para que pase. Una vez dentro del estrecho ropero, la cercanía de Fernando me abruma. Su olor me hace dar vueltas la cabeza y desear echarme a sus brazos. Miro su esbelto cuello y veo su nuez de adán moverse al tragar. El deseo de posar mis labios en ella y pasear la lengua por su incipiente barba se me hace irresistible. Mi pulso se vuelve errático, al igual que la respiración, y acabo por hacer un vergonzoso jadeo que no pasa desapercibido a mi acompañante. Se queda mirando cómo salen los suspiros de mi boca con gesto serio. Con un movimiento rápido, me agarra por el mentón y junta nuestras frentes. Su gesto me pilla desprevenida y jadeo aún más fuerte. Fernando suelta un suspiro lastimero y posa sus labios sobre los míos. Fuego. Nos convertimos en puras llamas en cuestión de segundos. Noto cómo nos fundimos con el contacto. El mundo desaparece a nuestro alrededor y solo existen el calor y la pasión que nos envuelven. Su sabor me enloquece y acaricio en profundidad todos los recovecos de su boca. No puedo pensar más que en arrancarle la ropa y echarme sobre su cuerpo como una fiera hambrienta. De pronto, todo cesa y me encuentro con la mano de Fernando tapándome la boca. Con la otra libre, tiene el dedo índice sobre sus labios, indicándome que guarde silencio.

—¿Qué pasa? —suena mi susurro amortiguado tras su palma.

—He oído a alguien en el pasillo —musita con preocupación—. Voy a salir. Espera un poco y luego vienes a mi despacho. —Sin esperar respuesta, se va.

Capítulo 9

Una vez que me quedo sola, intento recuperar el aliento. ¿¡Qué ha pasado!? Ha sido el beso más ardiente que me han dado en la vida. ¿No estaba enfadado conmigo? Miro el reloj sin saber muy bien cuánto tiempo ha pasado. Como la paciencia no es lo mío, voy algo aturdida, pero con paso firme hacia su oficina. Una vez que estoy allí, me acobardo y no soy capaz de llamar. Indecisa, me muerdo los nudillos. ¿Y si me echa por habernos besado? No me da tiempo a pensar mucho más, porque la puerta se abre; Fernando me agarra la mano y tira de mí hacia el interior. Una vez dentro, comprueba que no haya nadie en el pasillo y cierra con rapidez.

—¿Te ha visto alguien? —pregunta sin aliento.

—No. No hay un alma.

—Está bien. Siéntese, señorita Salas.

¡Y toda mi libido se va por el sumidero en cuanto le oigo tratarme de usted de nuevo!

—Por supuesto, doctor Martínez —respondo con un hilo de voz y me dejo caer en la silla.

Una vez que estamos sentados uno frente al otro, nos miramos sin mediar palabra. Sus pupilas dilatadas me revelan que está tan alterado como yo. La tensión sexual que desprende es palpable. Unos escalofríos me recorren la espina dorsal al ver lo que en realidad desea. ¡No quiere despedirme! Ni siquiera él sabe cómo lidiar con lo que nos está sucediendo.

—Quiero pedirle disculpas por mi comportamiento —tras un rato interminable, se decide a hablar—. No quiero imaginar lo que debe estar pensando de mí. Le prometo que no volverá a ocurrir. No sé

cómo me he dejado llevar, es algo que no hago nunca. Siempre trato con profesionalidad a empleados y pacientes.

—No lo pongo en duda, es usted ginecólogo. ¡Podría ser muy embarazoso!

—Sonrío como una boba con mi desacertada broma.

¡¡Pero, qué hago!! ¿Cómo puedo haberle dicho semejante estupidez? Está tan serio que creo que se está planteando si me falta un tornillo. Si es que me pone muy nerviosa y no digo más que tonterías.

—Perdón... —Agacho la cabeza y me retuerzo las manos.

—¿Se puede saber a qué venía eso? —ruge con enojo—. No ponga en duda nunca mi profesionalidad o será despedida de inmediato. Me costó mucho trabajo y esfuerzo que me tomaran en serio y no voy a permitir que nadie bromee al respecto.

No me extraña que le costara hacerse un hueco en esta profesión siendo tan joven y atractivo. Ha de demostrar su formalidad ante las mujeres que atiende y mucho más a sus parejas. No creo que les haga gracia a los maridos ver a un tipo de moral alegre tocar a sus mujeres de forma tan íntima. Su honor y respetabilidad penderían de un hilo si corriera el rumor de que no es tan serio como debería. Qué torpeza la mía el haber bromeado sobre este tema...

—Le pido disculpas. No sé cómo se me ha ocurrido decir semejante barbaridad. Es que me pone muy nerviosa, sobre todo después de lo acaba de ocurrir entre nosotros. —Las mejillas se me encienden al recordarlo.

—Está bien, lo entiendo. —Agacha la mirada unos segundos antes de continuar—: El culpable de toda esta situación soy yo. ¡No sé qué me ha pasado! Le pido perdón. —Resopla—. Será mejor que se vaya para casa y olvidemos el asunto.

—¿Se... se... refiere a que estoy despedida? —El nudo que atenaza mi garganta hace que mi voz apenas sea audible.

—No. Su turno se ha acabado y ya puede irse a descansar. Mañana la necesito aquí sin falta.

Acongojada, asiento con un sutil movimiento de cabeza y me levanto para huir lo antes posible. No quiero hacer el ridículo y llorar a moco tendido delante de él.

—¿Se encuentra bien? —Se levanta con rapidez y me sujeta por el codo como si tuviera miedo de que me fuera a caer.

—Mmm... —con los labios apretados es lo único que logro emitir. Para que me suelte, vuelvo a asentir con energía, tiro del pomo de la puerta y salgo sin mirar atrás.

Si los últimos minutos me habían parecido malos, aún empeora todavía más justo antes de que se cierre la puerta y le oiga murmurar: «No debería haberla contratado». El mundo se me viene encima y tengo que correr para poder refugiarme en los vestuarios y dejarme llevar por el llanto.

En cuanto logro calmarme, me sueno la nariz congestionada, saco mi bolso de la taquilla y salgo del edificio. Los pies me pesan como si me los hubieran rellenado con plomo. Camino con lentitud, arrastrándolos, y apenas veo por dónde ando porque no alzo la vista. De pronto me topo con el hombre de antes, que me mira con el ceño fruncido. Su expresión es más de curiosidad que de enfado.

—Disculpe, señor Cromwell, no lo había visto —digo con un hilo de voz.

—No se preocupe. ¿Se encuentra bien? —En su fría mirada atisbo una chispa de calidez.

—Sí —mi respuesta escueta y esquiva lo pilla de sorpresa y, como no se da por satisfecho, no deja que me marche.

—¿Seguro? —insiste—. Porque es evidente que no se encuentra bien.

—Le agradezco su preocupación, pero no me sucede nada. Y ahora, si me disculpa, he de ir a la parada del bus.

—¿Qué ocurre?

Los pelos de la nuca se me erizan al escuchar la voz de Fernando. No quiero que me vea en estas condiciones. Si el señor Cromwell, que no me conoce de nada, se ha dado cuenta de que no estoy

bien, él más todavía. Sin girarme y con la cabeza gacha, farfullo un *buenas noches* e intento huir. Lo cual me resulta imposible porque unas manos me sujetan con firmeza por los hombros.

—Señorita Salas, ¿se puede saber qué pasa? —Empuja mi cuerpo para que me gire hacia él.

Como no quiero montar un espectáculo en mitad de la calle, doy media vuelta y le miro a los ojos. En cuanto hace contacto visual con mi rostro, le cambia el semblante.

—¡Virginia! —susurra.

—Por favor, déjeme marchar. Está a punto de pasar el autobús y quiero llegar a casa lo antes posible.

—No voy a permitir que te vayas así, yo te llevaré —determina con autoridad—. Henry, si no te importa, voy a acompañarla primero a casa — informa a su amigo y este asiente con cierto aire de diversión en la mirada.

—Roberto nos llevará a donde le indiquéis —asegura el señor Cromwell.

Este hombre me va a volver loca: primero se enfada, luego me besa, para segundos después volver a estar de morros conmigo y ahora, como todo un caballero, quiere llevarme a casa. ¿Qué le pasa? Yo no suelo reaccionar mal ante nada, salvo que alguien me ordene lo que tengo que hacer, que intenten doblegarme o imponerse, y este hombre no me está dejando decidir si quiero ir con él o no. Por muy bien que bese y por muy guapo que sea, no voy a dejar que me mangonee. Todavía con la garganta dolorida por haber estado llorando, hincho con fuerza los pulmones para propinarle una buena réplica, cuando me habla de nuevo:

—Sé que debes de estar muy disgustada conmigo, ¡y no me extraña! Si me permites acompañarte a casa, prometo que intentaré darte una explicación.

—Bueno, vale —acepto de inmediato en cuanto me pide permiso. Solo tenía que pedir las cosas bien...

En un silencio incómodo, nos dirigimos a un gran coche de color negro que está aparcado a poca distancia. Al acercarnos, sale de él un hombre y nos abre la puerta. El señor Cromwell se sube de

copiloto y Fernando y yo en la parte de atrás. ¿Este hombre tiene chófer? La gente con mucho dinero siempre quiere conducir sus coches de lujo, ¿por qué este no? Es un Mercedes impresionante. Hasta tiene una mampara para separar los dos espacios, que comienza a elevarse una vez que nos hemos acomodado. En cuanto nos quedamos a solas, la tensión se apodera de mí. Cada vez que estamos en un lugar reducido ya me entran los calores. No me atrevo ni a mirarlo. Por más que lo intento, no consigo mejorar mi estado anímico. Estoy tan tensa que, cuando se oye hablar a alguien a través de un pequeño altavoz que tengo enfrente, doy un gran respingo. Solo es el conductor del vehículo, que pide la dirección. Fernando, solícito, se la indica antes de que me dé tiempo a responder. Con un ligero asentimiento, se lo agradezco. Luego, giro la cara hacia el exterior para no tener que sostenerle la mirada, pero su cálida mano se posa sobre la mía y un cosquilleo me recorre el cuerpo entero con su contacto.

—Perdóname —susurra—. No era mi intención besarte cuando te he llevado al ropero. No pienses que ha sido una encerrona. No lo tenía planeado ni mucho menos. Necesito saber que me crees, que no estoy abusando de mi posición.

—Ya me doy cuenta, no te preocupes. Lo que no entiendo es que, si te molesta tanto, ¿por qué lo has hecho?

—¿Molestarme? ¡Estoy encantado de haberte besado! No tienes ni idea de lo mucho que me ha gustado. Lo que me fastidia es que no he podido contenerme. No debo tocarte, ¡eres mi empleada! Estoy muy enfadado conmigo mismo por mi comportamiento. — Los dos suspiramos a la vez, resignados.

¿Qué demonios puedo contestarle a lo que me ha dicho? ¡Nada! Si él piensa que no debe, no hay nada que hacer. Es frustrante. Se niega a tener nada conmigo y yo le deseo más que a nadie. Su proximidad me vuelve loca y siento la necesidad de abalanzarme sobre él para calmar la creciente ansia que se está apoderando de mi ser. Cierro los ojos para intentar centrar mis pensamientos en otra cosa que no sea su presencia, pero es mucho peor: su olor, su cuerpo y su fuerte magnetismo se apoderan de mí, provocando que lo anhele con más intensidad. Miro de soslayo para ver qué

hace y está tan tenso como una cuerda de guitarra. Tiene las manos sobre las rodillas y las aprieta con fuerza. Un músculo le tiembla en la mandíbula al apretar los dientes. Con los parpados pesados, me observa con los ojos vidriosos, suplicantes, pero... ¿qué me pide exactamente?

—Yo... no se lo diré a nadie —le aseguro con voz temblorosa.

En cuanto digo la última palabra, en un movimiento tan rápido que apenas puedo verlo, me agarra y me coloca sobre su regazo. Aproxima sus labios a los míos y susurra mi nombre justo antes de besarme. Primero lo hace con un leve roce, con tanta suavidad que me produce cosquillas. Luego, me estrecha entre sus brazos, cuela su lengua en mi boca y nos fundimos en una sola persona. Siento que me falta el aire, y el oxígeno que necesito solo me lo proporcionan sus ardientes besos. La cabeza me da vueltas sin parar, aturdida y perdida en un mar de sensaciones. Sus manos bajan por mi espalda hasta pararse en mis nalgas, las acaricia y aprieta mientras levanta su cadera, empujando su palpitante masculinidad contra mi muslo. En un arrebato, me levanto la falda, que queda enroscada en la cintura, y me pongo a horcajadas sobre su entrepierna. Con un fuerte jadeo, Fernando empuja su erección hacia mi centro, nublándome la visión por el contacto. Su bragueta parece a punto de estallar al igual que nosotros dos. ¡Esto es una locura! Pronto llegaremos a casa de Laura y el chófer abrirá la puerta. Pero no puedo detenerme, el deseo me consume, ¡soy incapaz de pensar con coherencia!

—Virginia... —murmura entre jadeos y besos—. Tenemos que parar, debemos estar ya muy cerca de tu casa.

Apenas entiendo lo que me dice y enredo mis dedos entre sus cabellos mientras muevo las caderas buscando un poco de fricción para calmar el ardor que siento entre las piernas.

—Virginia, por favor, vas a hacer que me corra en los pantalones.

Entre lo que acaba de decirme y que el coche se ha detenido, mi aturdida mente consigue hilar un pensamiento con suficiente lógica como para comprender que debo salir de encima de este hombre.

Lo suelto y vuelvo al asiento con torpeza. Mis pechos parecen haber aumentado tres tallas, los siento grandes y pesados y las braguitas las tengo mojadas. Un calor sofocante es dueño de mi cuerpo. Tomo aire con fuerza para normalizar la respiración, Fernando también lo intenta, mientras se coloca la ropa. Tras las lunas tintadas del vehículo, vemos cómo el chófer se baja y con una sonrisilla pícara espera pegado a la puerta, pero sin abrirla. Me giro hacia mi Romeo para ver cómo reacciona y lo encuentro con el pelo revuelto, empapado en sudor y con una erección que, por más que intenta colocar, no logra disimularla. Sin poder contenerme, empiezo a reír. Él, con el ceño fruncido, me mira sin comprender qué me ocurre, hasta que se fija en mí. Supongo que debo tener el mismo aspecto que él, porque, después de repasarme de arriba abajo, se le escapa una sonrisa.

—¡Menuda pinta tienes! —me confirma con una risilla ladina.

—¿¡Ah, sí!? ¿Tú te has visto? Eso no hay forma de disimularlo, guapo. —Le señalo la bragueta.

Más por los nervios que por otra cosa, comenzamos a reír sin control. Formamos tanto alboroto que el conductor vuelve a meterse, sin atreverse a abrirnos la puerta. Segundos después la voz del señor Cromwell se oye a través del pequeño altavoz.

—Fernando, me parece genial que te lo estés pasando bien con esa chica, pero o salís de ahí ahora mismo o le digo a Hierro que continúe el camino hasta mi casa. Mi mujer me está esperando para bañar al niño. Como Sara se enfade conmigo por llegar tarde, ¡juro que te arrancaré las pelotas! —gruñe las últimas palabras.

—Lo siento, Henry, ya salimos —responde a su amigo con seriedad. Tanto a él como a mí se nos ha cortado la risa de un plumazo.

Con gestos rápidos nos adecentamos un poco y salimos del vehículo. Una vez fuera, veo cómo el señor Cromwell, que ha bajado la ventanilla, nos observa con cara de malas pulgas. ¡Qué miedo me da este hombre! Con lo agradable y risueña que es su mujer...

Acelero el paso para llegar al portal y noto cómo los dedos de

Fernando se enredan con los míos. Un rubor incontrolable se apodera de mis mejillas por su contacto. Solo me está dando la mano y me siento tan acalorada como si me estuviera besando.

—Virginia... Me gustaría quedar contigo este viernes, ya sabes, para cenar y lo que caiga...

—¡Claro! —respondo de inmediato, aunque no sé cómo he logrado pronunciarlo, porque siento como si el corazón se hubiera mudado a mi garganta. ¿¡Ha dicho «lo que caiga»!?

—Tienes que entender que no se lo puedes decir a nadie. Si alguien de la clínica nos descubre, tendría que despedirte.

—Lo entiendo, no te preocupes. Y ahora márchate que tu amigo va a despellejarte. —Miramos hacia el coche y Henry nos observa como si quisiera asesinarnos.

Ambos echamos una leve carcajada al verlo tan enfadado y, cuando menos me lo espero, Fernando agarra con ambas manos mi rostro y me da un beso fugaz en los labios antes de salir corriendo para reunirse con su amigo.

Capítulo 10

Como si flotara en una nube, entro en el ascensor con una sonrisa permanente en mi rostro. ¡Le gusto! Bueno, en realidad no sé con exactitud qué quiere de mí, pero que me desea, eso está claro. Ni yo misma sé qué espero conseguir de
él. Pero este viernes... ¡Ay, señor! Dentro de dos días, Fernando y yo vamos a acabar lo que hoy nos ha quedado pendiente, ¡como que me llamo Virginia Salas!

—¿Qué te pasa? —Laura pregunta extrañada en cuanto me ve entrar en el piso.

¡Madre mía! ¿¡Y ahora que hago!? Venía fantaseando con lo que iba a hacer con el buenorro de mi jefe y acabo de darme cuenta de que no se lo puedo contar a mi amiga. ¿De qué sirve tener una aventura así si no se lo puedes decir a nadie?

—¿No me digas que has estado haciendo de las tuyas con el Juanillo ese?

Cuando te entretienes por ahí, miedo me das.

—No, no, si no lo he visto.

—Entonces, ¿qué te ocurre? Estás roja y sudorosa. ¿Has vuelto a subir las escaleras corriendo?

—No. Digo... ¡Sí! Eso es. La carrera me ha sofocado un poco.

—¿En serio? —Hace una mueca, extrañada.

—¡Ay, por el amor de Dios! Con lo bocazas que soy, ¿cómo voy a callarme esto? —Elevo los brazos al cielo con dramatismo—. Júrame que no vas a contar nada de lo que te voy a decir —la amenazo con el dedo índice en alto. Mi amiga da un resoplido muy poco femenino.

—¿De qué va todo esto? ¡Desembucha! —exige con malas pulgas.

—Si no queda otro remedio... —Suspiro deseosa de soltarlo de una vez—. Julia me ha dejado un café antes de marcharse. Como estaba muy caliente, al cogerlo se me ha caído y me he manchado el uniforme. En ese momento ha aparecido el señor Cromwell, el amigo del doctor Martínez, que me ha hecho avisarle para reunirse con él. Que, por cierto, tenías razón, está buenísimo, pero tiene una mala baba... —Mi amiga se cruza de brazos y achica los ojos, amenazante—. ¡Ya voy, ya voy! No te pongas así. Entonces me ha acompañado al ropero, porque ha visto que tenía el uniforme sucio, y me ha besado.

—¿¡El señor Cromwell!? —grita con incredulidad.

—¡No! Fernando.

—¿¡El doctor Martínez!?

—¡Sí! Deja de gritar.

—Me vas a volver loca... —Se coge la cabeza con ambas manos —. Estás diciendo que te has enrollado con mi jefe, ¡tú jefe!

—Sí, primero en el ropero y después en el coche del señor Cromwell.

Si los ojos de Laura se abren un poco más, se le van a salir de las cuencas.

Me da la sensación de que no se atreve a seguir preguntando.

—Tranquilízate, ¿vale? No va a pasar nada. No se lo diremos a nadie y todo solucionado.

—¡Estás como una regadera! Todo el mundo habla de ti porque han visto un comportamiento distinto en el doctor Martínez desde que llegaste. La gente se va a dar cuenta y vas a acabar en la calle por un calentón que os ha dado a los dos. Prométeme que no lo vas a ver más y harás todo lo posible por evitarlo.

—¡No voy a prometerte eso! Tengo una cita con él el viernes y no pienso faltar.

—¿Te ha pedido una cita? ¿Una de verdad?

—¡Pues claro! Iremos a cenar y lo que caiga...

—¿Te lo ha dicho él así?

—Sí.

—Gina..., es solo para echar un polvo y punto. ¿De verdad te vas a conformar con eso? —Su cara de preocupación me hace reflexionar—. ¿Qué crees que va a pasar después de haberse acostado contigo? ¿No te das cuenta de que no os une nada más que la atracción física? No lo conoces de nada. Ni siquiera sabes qué le gusta, cuál es su plato favorito, si es un buen hombre, si tiene novia...

—¿Tiene novia? —susurro, preocupada.

—No lo sé, cariño. Él es muy hermético, apenas se relaciona con nadie de la clínica aparte de Carmen, su ayudante. Es una amiga que conoció en la facultad. Y para tu tranquilidad, no, ella no es su novia. Está felizmente casada y tiene dos hijos. Aunque eso no garantiza que no tenga a alguien especial entre sus amistades. Si fuera un chico que has conocido una noche en un bar y quisieras enrollarte, ¡adelante! Pero este es tu jefe y te gusta mucho. Tú sabes mejor que nadie cómo va a acabar esto.

—Llorando y despedida —termino por ella.

Abatida, me voy hacia mi habitación. No tengo ni hambre ni ganas de seguir hablando, así que decido irme a descansar. Laura no me lo impide, aunque enseguida me trae un vaso de leche con unas galletas. Como dicen que la almohada es buena consejera, procuro dormir y mañana ya tomaré una determinación, pero, cuando noto correr un par de lágrimas por las mejillas, me doy cuenta de que la decisión ya está tomada: voy a cancelar la cita.

Para mi sorpresa, consigo descansar toda la noche. Creo que al saber que hago lo correcto me siento tranquila. Eso sí, una horrible sensación de tristeza se ha apoderado de mí.

—Vamos, Gina, hay miles de tíos buenos sueltos por Madrid. Tenemos que salir este fin de semana —intenta animarme mi amiga de camino al trabajo—. Mañana he quedado con un par de colegas y podemos salir de caza, ¿qué te parece?

—¿De caza? —Muestro una tímida sonrisa—. Me temo que no estoy yo para salir a matar.

—¡Ah, no te preocupes! Los dejaremos en libertad una vez que

hayan cumplido, ¡sin muerte! —Las dos reímos por la estúpida broma.

—De verdad que te agradezco el esfuerzo, pero no me apetece.

—Como quieras. Si cambias de opinión, no tienes más que decírmelo.

Al llegar al *hall* de la clínica, nos despedimos; con suerte nos veremos a la hora del café.

Comienzo mi jornada con el corazón en un puño. He estado ensayando lo que le voy a decir a Fernando, pero me asalta un mar de dudas; ¿y si no lo veo hasta que me venga a recoger el viernes? ¿O si me llama a su despacho y lo primero que hace es besarme sin mediar palabra? Como lo haga no voy a saber decirle que no. Los enfrentamientos no se me dan nada bien e imaginármelo delante y negarme a salir con él, cuando lo estoy deseando, me está poniendo histérica.

—Buenos días, doctor Martínez, ¿qué le trae por aquí? —saluda muy risueña mi compañera Julia.

El corazón me da un brinco en el pecho al encontrar a Fernando tamborileando sus esbeltos dedos en el mostrador. Estaba tan enfrascada registrando a una paciente en el sistema que no lo he visto llegar.

—Buenos días a todas —saluda al personal—. Necesito que me acompañe la señorita Salas a mi despacho. Tiene unos papeles pendientes de firma —nos informa con absoluta seriedad—. Por favor, venga conmigo, solo serán unos minutos. —Me mira un breve instante y se aparta unos pasos.

—¡Vamos! ¿A qué esperas? —susurra Julia al ver que no me muevo. Termina por darme un ligero empujón para ver si reacciono.

Al ponerme en pie me doy cuenta de que las piernas apenas me sostienen. He de hacer un gran esfuerzo para dar el primer paso y que no se me doblen las rodillas. En cuanto estoy a su lado emprendemos camino sin mirarnos. Los nervios me consumen. Solo de pensar que vamos a subir al ascensor y que lo voy a tener tan cerca, sin nadie alrededor, ya me pongo a temblar.

—Será mejor que no vaya —suelto sin pensar muy bien lo que digo y de forma atropellada.

—¿Qué? —pregunta de forma graciosa—. ¿No quieres acompañarme al despacho? —habla tan bajo que casi no puedo escucharle.

—No creo que sea muy buena idea ir contigo a ningún lado —continúo en el mismo tono que él.

Ceñudo, asiente y aprieta el botón del ascensor. Una vez que estamos dentro del cubículo y las puertas se han cerrado, se pega a mí, pero sin tocarme.

—¿Qué quieres decir con eso de no ir conmigo a ningún lado? —pronuncia con voz grave a escasos centímetros de mis labios.

Me cosquillea la piel al notar su suave aliento. Sus cálidos ojos me miran como si quisiera devorarme. La cabeza me da vueltas sin parar y tengo que sostenerme en él para no caerme. ¡Ya no sé qué me ha preguntado!

—¿No quieres salir conmigo? ¿Es eso? —ronronea tan cerca que casi puedo saborearlo.

—Creo que sí... —susurro rozando nuestras bocas.

Se moja los labios con la punta de la lengua, acariciando también los míos. Suelto un desesperado suspiro y me aferro a sus hombros para no caerme. ¡Va a hacer que me desmaye y ni siquiera me ha besado!

—Es una pena —expone con tristeza justo antes de retirarse.

En cuanto su cuerpo no está, me tambaleo como una borracha. Las puertas se abren y él sale sin esperarme. Estoy tan mareada que me cuesta seguirle. ¡El muy engreído me ha dejado con las ganas a propósito!

Con una sonrisilla de suficiencia que no desaparece de sus labios, entramos en su despacho y nos sentamos. Apoya los codos sobre la mesa y junta la punta de los dedos, observándome por encima de sus manos. ¿Qué pretende? Si lo que quiere es ponerme nerviosa, lo está consiguiendo. ¡Que diga algo pronto o le voy a atizar en la cabeza con lo primero que encuentre!

—¿Quieres explicarme por qué ayer te morías de ganas por salir

conmigo y ahora ya no?

Suelto un suspiro de alivio al escuchar su voz.

—Me lo he pensado mejor. No voy a negar la atracción que siento por ti, pero no es muy buena idea liarse con el jefe. La única que puede salir perjudicada aquí soy yo —intento mostrarme dura, sin embargo, mi voz aflautada y temblorosa me delata.

—Eso no es cierto. Tú podrías demandarme, llevarte una buena indemnización, arruinar mi carrera... Me parece que yo tengo mucho más que perder que un puesto de trabajo, que solo es una sustitución para un par de meses, ¿no crees? —Arquea las cejas—. Pero tranquila, no voy a obligarte a nada. Ha sido una soberana estupidez por mi parte tontear con una empleada. —Carraspea para aclararse la garganta y saca unos papeles del primer cajón —. Si quieres seguir trabajando para mí, aquí tienes un nuevo contrato. De momento es para un año. La mujer a la cual sustituyes me comunicó hace un par de días que va a aprovechar para tomarse un año sabático. Así que, como puedes comprobar en los papeles, fueron enviados antes de que nos besáramos. No quiero malos entendidos ni que pienses que estás obligada a salir conmigo en agradecimiento. De hecho, creo que lo mejor es que no volvamos a intimar. ¿No cree que es lo mejor, señorita Salas?

Me he quedado muda. Asiento cuando veo que está esperando una respuesta. Me ofrece el bolígrafo del bolsillo de su bata y, como si fuera un autómata, firmo el contrato. Ni siquiera lo leo.

—Ahora, si me disculpa, he de atender a una paciente y usted tiene que ocupar su puesto. —Se acerca a la puerta y la abre cuando aún permanezco sentada.

Me levando con lentitud, sin poderme creer el cambio tan drástico que ha sufrido nuestra situación. Debería estar contenta por el trabajo y, sin embargo, estoy destrozada por la forma en la que he perdido a Fernando.

—¿Cabe la posibilidad de que seamos amigos? —musito cabizbaja cuando estoy a su lado.

—No estoy muy seguro de que tú y yo podamos ser solo amigos, pero si tu miedo es que te lo tenga en cuenta o esté enfadado

contigo, no te preocupes, eso no va a suceder. Las circunstancias entre nosotros son complicadas, es mejor que guardemos las distancias. Y, por favor, hemos de tratarnos de usted.

—De acuerdo, doctor Martínez.

Antes de que pueda decirme algo más, salgo corriendo y me meto en las escaleras. Las lágrimas que pugnan por salir no las voy a poder retener por mucho más tiempo y, esperar al ascensor delante de él, ya sería demasiado. En cuanto bajo unos cuantos escalones, me detengo y me desahogo. Poco después, recupero la compostura y me dirijo hasta el *hall*. Si notan que he llorado, puedo alegar que lo he hecho de alegría por mi nuevo contrato.

Capítulo 11

Me parece increíble lo que puede cambiar la vida de un momento para otro. La mía ahora es como una montaña rusa, con altos y bajos, caídas en picado y con *loopings* incluidos. Sin diversión y mucho malestar por el estómago revuelto. Así es como me siento desde que firmé el contrato y me quedé sin mi Romeo. Ya ha pasado una semana y vuelve a ser viernes. Fernando es como si hubiera desaparecido del planeta. Sé que está porque las pacientes siguen acudiendo a su consulta, pero no se pasa por recepción en ningún momento.

Hoy Laura me ha convencido para salir a cenar fuera. Dice que se siente mal dejándome en casa sola y, tras mucho insistir, he aceptado.

—Estás guapísima, Gina. Ya verás cómo vas a ligar hoy —asegura mi amiga.

—Sí, claro —digo con sarcasmo.

—Vamos a ir al restaurante de unos amigos, es genial y además nos hacen descuento. Al acabar tomaremos unos vinos en el bar de Pepa y, para sorpresa de la noche... ¡tenemos entradas para una discoteca de moda! Lo vamos a pasar de muerte, ¡ya verás!

Si con su idea de pasarlo de muerte se refería a que tendría ganas de tirarme de un puente, habría acertado de lleno. Sus dos amigas parlotean sin parar con Laura, y yo quedo excluida de la conversación porque no paran de hablar de los viajes que han hecho juntas. Para colmo, están preparando otro al cual quieren que me una. Por más que les intento decir que este verano no voy a poder ir a ningún sitio porque acabo de empezar a trabajar y no tendré derecho a vacaciones hasta dentro de un tiempo, ellas

siguen insistiendo. ¡Lo que me faltaba! Tener que ir a pedirle unos días a Fernando... ¡Ni loca! Menos mal que ahora ya vamos a la discoteca y con la música a todo volumen no tendré que escucharlas. Unas copas y bailar un rato me van a venir bien.

Nunca había estado en una discoteca como esta. Tiene diferentes zonas, ambientes y reservados para clientes VIP. Entre la multitud observo cómo fluye el dinero por el local: perfumes, joyas, ropa de marca y mucho engreído. Mi vestido de Versace y mis sandalias de Louis Vuitton no desentonan nada en este lugar.

Vamos hasta la barra a pedir las consumiciones cuando noto que alguien me toca el hombro. Al girarme, esperaba encontrar a algún hombre intentando ligar, y me encuentro con Sara, la mujer del señor Cromwell.

—¡Hola, Gina! —saluda muy risueña—. ¿Vienes a menudo por aquí?

—¡Hola, Sara! Pues no, es la primera vez.

—Yo es la primera vez que salgo sin Henry desde que tuve al niño. Eso de dejar de darle el pecho ha sido toda una liberación. No podía salir ni a la vuelta de la esquina que ya tenía que volver para darle la siguiente toma. Pero bueno... —Se sopla el flequillo —. No voy a seguir aburriéndote con mi vida.

¿Con quién has venido?

—Con unas amigas. —Señalo a mis tres acompañantes—. Acabamos de llegar y esto está a tope.

—Nosotras estamos en un reservado, ¿queréis venir? Allí tendremos asientos para todas y el camarero vendrá a servirnos a la mesa.

—¡Genial! ¿Verdad, chicas? —todas asienten, agradecidas.

¡Esto ya me gusta más! Ahora estamos en un lugar tranquilo, con buena música y la conversación es agradable. Ellas son cuatro, más mi grupo, somos ocho mujeres que, cuando ya llevamos unas cuantas copas, empezamos a desvariar y a hablar de chicos. Mejor dicho, de sexo. Jess, la cuñada de Sara, es la más graciosa y no tiene filtro a la hora de soltar la lengua. Nos lo estamos pasando

en grande. Hacía mucho tiempo que no me reía tanto. ¡Me duele hasta la mandíbula!

—Chicas, yo ya tengo que irme —anuncia Sara—. Mi pequeño se despierta muy temprano y, como está recién destetado, llora si no me ve.

—¡No...! —nos quejamos todas por su marcha.

—Mañana hemos organizado una pequeña fiesta en la piscina, ¿por qué no os apuntáis?

—¿En tu casa? —me intereso por la oferta.

—Sí. Tomaremos unas copas y al atardecer haremos una barbacoa, ¿qué os parece?

—Nosotras ya tenemos planes para mañana —nos informan las amigas de Laura.

—Y vosotras, ¿qué decís? —nos pregunta Jess con cara de pilla—. Podemos seguir donde lo hemos dejado. Yo quiero saber si al final lograste hacer la postura esa del *Kamasutra*. —Estallamos en carcajadas.

—Por mí, sí. ¿Y tú, Laura? —Miro a mi amiga que está roja de vergüenza porque es ella la de la famosa posición.

—¡Qué demonios! ¡Vale! Danos tu dirección y la hora a la que debemos llegar —responde, desinhibida.

—Mejor decidme la vuestra y Roberto os irá a recoger. —Saco una libretita de mi bolso, anoto las señas y le entrego la hoja.

—¿Quién es Roberto? —se interesa Laura.

—Roberto Hierro trabaja para mi marido, es de confianza, como uno más de la familia —nos aclara Sara—. Os pasará a buscar sobre las tres. ¿Os parece bien?

—¡Perfecto! —le aseguramos.

—Entonces, ¡hasta mañana, chicas!

Nos damos unos besos de despedida y decidimos retirarnos nosotras también. Ya ha habido suficiente diversión por hoy.

—¿No te parece increíble? —comenta mi amiga al llegar a casa—. ¡Nos van a venir a recoger con chófer y todo!

—Sí, debe ser el mismo con el que vine yo la semana pasada.

—Voy a aprovechar para ponerme el nuevo biquini. Aún no lo he estrenado y la ocasión lo requiere. —Va directa a su habitación, en su busca. Vuelve con él en la mano—. Pero tengo que depilarme todo, todo. —Me enseña la minúscula pieza rectangular.

—No sé si todo, pero casi. —Sonrío, pícara.

—¡Ni se te ocurra reírte, bruja! Como tú no tienes ese problema porque eres como una rana, sin un solo pelo...

—Mi trabajo me costó deshacerme del vello corporal —me defiendo—. Tuve que asistir a muchas sesiones de láser para conseguirlo.

—¡Oh, pobrecita! Me das una pena... —dice irónica—. Me voy a pasar el cortacésped. —Señala su zona púbica, se gira simulando indignación y se encierra en su cuarto.

A veces pienso que está un poco loca y tiene un mal genio que mejor no te pille delante, pero cómo adoro a mi amiga Laura.

Al día siguiente nos levantamos al mediodía y nos saltamos el desayuno. De ese modo, no comimos tarde y pudimos estar preparadas a la hora en que nos tenían que venir a recoger para ir a la fiesta.

Con nuestros trajes de baño puestos y un capacho de lentejuelas con todos los bártulos que vamos a necesitar a lo largo de la tarde, esperamos en los soportales de la calle. Hace un calor de mil demonios y Laura no para de quejarse. Resopla sin parar y se abanica con una revista de publicidad que había en el buzón de correos. Hemos bajado diez minutos antes, solo han pasado cinco y la espera se está haciendo insoportable.

—Como no venga pronto el jodido chófer ese, juro que cuando llegue lo voy a estrangular. Se me va a derretir el biquini nuevo. No se les hace esperar a unas señoritas con estas temperaturas.

—¿Te quieres callar, Laura? —la regaño—. La culpa es nuestra, que hemos bajado antes de tiempo.

—¡Me da igual! Debería ser más competente y llegar un poco antes para no hacernos esperar. Se lo pienso decir en cuanto lo vea, ¿quién se ha creído? — farfulla una estupidez tras otra.

Cansada de ver cómo dice tonterías, miro hacia la carretera y veo

acercarse un todo terreno negro. Es precioso y muy lujoso. Se detiene y sale de él el hombre que conocí el otro día.

—¡Anda, venga! Que ya está aquí —le informo a mi amiga.

—¡Pues se lo pienso decir! Debería haber sido más previsor. ¿Cómo se le ocurre...? —Como por arte de magia, por fin, se queda callada al ver llegar al hombre.

—Buenas tardes, señoritas. Soy Hierro y voy a llevarlas a la casa de la señora Sara Estévez —saluda con educación—. Permítanme que les lleve sus pertenencias. —Coge nuestros capachos playeros y nos abre la puerta del vehículo para que podamos refugiarnos de los abrasadores rayos solares.

—¿¡Por qué no me has avisado de que estaba tan bueno!? —susurra Laura, emocionada, en cuanto nos encontramos a solas dentro del coche—. ¡Madre mía! ¡¡Está de infarto!!

—Pues, ¿qué quieres que te diga? Yo estaba muy ocupada con Fernando como para fijarme—. Sonrío al verla tan alterada.

En cuanto el hombre se pone al volante, Laura es incapaz de pronunciar palabra. Lo único que hace es morderse el labio mientras mira con descaro al conductor. Nunca la había visto así y eso me hace mucha gracia. Aunque tiene un carácter fuerte, siempre ha guardado las formas.

—Espero que el ambiente les sea agradable. Si no está suficientemente fresco, avísenme— nos anuncia el hombre.

—La temperatura está bien, gracias —se apresura a responder mi amiga.

No me puedo creer la voz almibarada que acaba de salir de los labios de Laura. Igualita que la chica quejica y amenazante de hace un momento.

El chófer mira a mi amiga por el espejo retrovisor y le dedica una espléndida sonrisa. Ella le corresponde de igual modo. Después, muy coqueta, se atusa el pelo. ¡La muy atrevida se lo está intentando ligar!

—¿Desean que les ponga música?

—Por favor, puedes tutearnos, nos haces sentir viejas. —Él asiente con una sonrisa ladina—. No tendrás algún disco de

Whitney Houston, ¿verdad?

—Seguro que puedo hacer algo para complacerte —responde sugerente. Le da a los mandos del aparato de música y comienza a sonar una melodía.

—¡No me lo puedo creer! ¡Es *I will always love you*! Me encanta.

—Eres muy niña para que te guste esta canción tan vieja.

—Puede que no sea tan joven como crees... Vi la película *El guardaespaldas* hace muchos años y me enamoré. —Él se sonroja y menea la cabeza con diversión.

Desde mi asiento, observo sus miradas y frases sugerentes como si estuviera en un partido de tenis, pasando del uno al otro. No sé cuál de los dos está siendo más descarado. Aunque he de reconocer que me complace lo que veo. Nunca me hubiera imaginado a mi amiga en plena acción. Ya puedo ir tomando nota y aplicarme el cuento.

Al llegar a la casa de nuestra anfitriona, me da un poco de pena. Hierro es un empleado y no va a asistir a la fiesta. En cuanto nos deja con Sara, él desaparece al igual que la sonrisa de mi amiga.

—¡Hola, chicas! —nos saluda la propietaria—. Hoy hace un día de piscina estupendo, ¿verdad? Mi marido no opina lo mismo, claro. Está en el interior con el aire acondicionado esperando a que bajen las temperaturas. —Pone los ojos en blanco—. Venid conmigo, os enseñaré la casa y os presentaré a todo el mundo.

Damos una breve vuelta por las estancias de su hogar que, por cierto, es enorme, y antes de salir al jardín pasamos por la cocina donde está una señora mayor junto con Hierro.

—Mirad, chicas, ella es Rosa y a Roberto ya lo conocéis. Ellas son Laura y Gina —hace las presentaciones.

El hombre mira a mi amiga y ambos sueltan una sonrisilla que no pasa desapercibida para el resto.

—¿Por qué no aprovecháis y os dais un chapuzón en la piscina? —sugiere a sus empleados.

—No creo que sea adecuado, niña. Al menos yo. Si quiere Roberto... él es joven como vosotras. —Rosa, que se ha dado cuenta del percal, le va abriendo camino a su compañero.

—No creo que al señor Cromwell le haga gracia verme en mitad de su fiesta. —Arquea las cejas con una expresión cómica.

—Si no te pelearas con él día sí y día también, sería mucho más permisivo,

¡y lo sabes mejor que nadie! —le regaña Sara—. Ve a ponerte un bañador y sal a disfrutar un rato. Ya me ocuparé yo de que Henry no se enfade. —Le guiña un ojo con complicidad.

Hierro sale de la cocina muy sonriente. Laura, eufórica, nos mira dando saltitos de alegría y no podemos más que reír por su reacción.

Capítulo 12

En cuanto llegamos al jardín se nos une Jess, nos servimos unas copas y nos tumbamos en las hamacas. No aguantamos mucho porque hace un calor abrasador y vamos a refugiarnos bajo las sombrillas. Poco a poco llegan más
invitados y se crea un buen ambiente. Debemos de ser unas quince personas. En cuanto el chófer hace su aparición, Laura se olvida de que existo y corre tras él como una quinceañera. No me puedo creer el comportamiento que tiene con este hombre.

—Nunca había visto a Roberto tontear con una chica —dice Sara sorprendida.

—Pues yo tampoco y eso que lo conozco de toda la vida —suelta Jess, pasmada.

—El comportamiento de mi amiga tampoco es el normal —les informo con una gran sonrisa—. Laura no suele ser tan lanzada.

Las tres miramos hacia ellos y, aunque guardan una distancia prudencial, se comen con los ojos. ¡Y no me extraña! Ella está más *sexy* que nunca con su minúsculo biquini nuevo; y él es muy atractivo, fuerte y musculoso. La verdad es que no me había fijado mucho, pero Laura tiene razón, está tremendo. Es algo más maduro que Fernando, tiene el pelo castaño salpicado de canas y un gran tatuaje tribal sobre el hombro derecho hasta el antebrazo. Roberto es consciente de que los estamos observando y le pide a su pretendida retirarse a un lado para no estar en nuestro ángulo de visión. Nosotras estallamos en carcajadas sin ningún disimulo, pero optamos por dejarlos tranquilos.

Después de un par de copas, mucha charla y risas, decidimos bañarnos en la piscina. El agua refresca mi acalorada piel. Entre gritos y salpicaduras, jugamos como niñas. Al salir a la superficie

después de haberme tirado del trampolín, veo cómo Sara saluda con energía a alguien que sale a través de las puertas acristaladas de la casa. Es su marido. Tras él le sigue otro hombre de casi las mismas dimensiones. Parece ser que es Miguel, la pareja de Jess. ¡Por favor! ¿Qué les dan de comer a estos hombres? Son altísimos y de complexión fuerte. Admirando a estos dos adonis que acaban de llegar, no me doy cuenta de que Fernando venía tras ellos. Ha visto a Laura y, con cara de extrañado, se ha acercado a saludarla. Puedo apreciar cómo le cambia el gesto en cuanto mi amiga le indica que yo también estoy. Está tan serio que juraría que está enfadado. Yergue los hombros y, con paso decidido pero lento, se dirige hacia mí. Lleva un bañador de color turquesa que resalta su estupenda piel bronceada. Su expresión enojada lo hace parecer más atractivo, más atrayente, más deseable... La gente le saluda, aunque él no aparta la vista de mis ojos, como si no hubiera nada ni nadie más. Mi cuerpo está bajo el agua, solo puede ver de mí la cabeza y los brazos que reposan el borde de la piscina. Tiemblo de expectación. Mis pezones se han endurecido. No puedo dejar de mirarlo, como si estuviera hipnotizada. No estaba segura de sí vendría a esta fiesta y no puedo negar que anhelaba encontrarlo entre los invitados. En cuanto está junto a mí, se lanza al agua y sale de inmediato a mi lado. Aún no dice nada, solo me observa, como si luchara por encontrar las palabras adecuadas. Me pone las manos en la cintura y pega nuestros cuerpos. Él puede apoyarse en el fondo de la piscina, pero yo no hago pie, así que me sujeto en sus hombros.

—Buenas tardes, señorita Salas —murmura entre enojado y lleno de deseo.

—Buenas tardes, doctor Martínez —respondo en un hilo de voz.

Mira mis labios entreabiertos y después se queda fijo en mi busto, que apenas está cubierto por un par de triángulos rojos. Con un ligero, pero posesivo movimiento, me aprieta contra su cuerpo y mis voluminosos pechos quedan apretados contra su torso. De inmediato noto crecer su erección entre mis muslos.

—¡Mierda! —musita irritado.

En otro de sus impulsivos actos, me arrastra a un rincón de la piscina donde quedamos ocultos tras unos grades maceteros y una pequeña cascada.

—Voy a besarte —me advierte.

Mi corazón bombea con tanta fuerza que noto el latido dentro de mis oídos y apenas entiendo lo que me dice. Solo quiero que lo haga, ¡que me bese de una vez! Y sin más contemplaciones se apodera de mis labios. Lo hace con rudeza, con desesperación. Su lengua pelea con la mía en una danza frenética. Agarra mis nalgas con sus fuertes manos y yo no dudo en enroscar las piernas en su cintura. En cuanto noto su enorme erección pegada a mi hendidura casi alcanzo al orgasmo. Rota las caderas, arrancándome un gemido.

—¡No podemos seguir aquí! —farfulla entre ardientes besos.

Deja un reguero de besos y mordiscos por mi cuello hasta llegar a los pechos, aparta el biquini y succiona con fuerza el pezón. ¡Esto es una locura! El placer me recorre por entero y ya no aguanto un segundo más. Quiero sentirlo dentro de mí. Meto una mano entre nuestros cuerpos y doy con mi objetivo, su enorme masculinidad que asoma por la cinturilla del bañador. La agarro entre mis dedos, pero él me la arrebata de inmediato.

—Aquí, no —dice con preocupación—. Por respeto a mis amigos no puedo follar en su piscina. —Jadea de disgusto—. Podrían pillarnos y Henry no me lo perdonaría. Tengo arriba una habitación que me han asignado para cambiarme. Si quieres podemos ir allí.

—¡Pues vamos de una vez! —Me froto contra su entrepierna con desesperación. Su risa ronca resuena en mi oído produciéndome cosquillas.

—No me va a resultar nada fácil salir de la piscina si no paras de hacer eso —protesta, pero sin apartarse—. Necesito que me baje la erección para poder irme. ¿Tienes una toalla por aquí cerca que me puedas prestar?

—Sí, tengo mis cosas en las hamacas. Yo puedo envolverme en el pareo y dejarte a ti la toalla.

—Bien. Déjamela en el borde, de este lado. Después entra en la

casa y espérame en el piso de arriba. Sube por las escaleras de madera que hay en el *hall*. Mi habitación es la tercera puerta a la derecha. Si tienes dudas, quédate en el pasillo, yo no tardaré. —Me da un último beso y me suelta para que pueda irme.

Con el corazón martilleándome, corro a hacer lo que me ha pedido. Logro que no me intercepten por el camino y entro como un rayo hacia las escaleras. Una vez arriba, dudo un poco en abrir o no la puerta de la habitación, pero al final me decido a entrar y esperarlo.

—¿¡A dónde se cree que va señorita!? —suena una voz atronadora a mi espalda.

Una enorme mano me sujeta por el brazo y no me deja avanzar. Por el susto grito como una posesa.

—¡Sánchez, no! No pasa nada, va conmigo. —Fernando llega a mi rescate.

—Es que ha entrado de un modo muy sospechoso y, cuando la he visto correr por las escaleras mirando hacia atrás..., pensé que estaba aprovechando el momento para entrar a robar... —Suelta mi brazo y nos mira con curiosidad—. ¡Ah, ya! —Observa nuestras caras sonrojadas—. Creo que ya lo he pillado. Lo siento, pero ya he avisado a Hierro por el pinganillo. —Este aparece corriendo por las escaleras.

—¿Qué pasa? —grita sofocado.

—Ha sido un malentendido, nada más —aclara Fernando.

Los dos hombres se miran a la cara y después a la entrepierna. Al descubrir que tanto el uno como el otro han sido interrumpidos, menean la cabeza con diversión.

—Sánchez, vete de aquí y déjalos en paz. Y no digas nada de esto al señor Cromwell —ordena Hierro a su subordinado.

—Por supuesto —se va con rapidez y la cabeza gacha. Roberto le sigue sin mirar atrás.

Por fin estamos solos. Por un momento he pensado que no podríamos continuar donde lo habíamos dejado. Que nos quedáramos de nuevo con las ganas hubiera sido demasiado.

Con una cálida sonrisa, Fernando se acerca a mí con mucho cuidado. Aún debo de tener cara de susto y seguro que tiene miedo de que salga huyendo. Atrapa mis manos entre las suyas, se las lleva a la boca y las besa con cariño.

—¿Quieres entrar? Aún estás a tiempo de echarte atrás —susurra con dulzura.

—Sí, Fernando, lo necesito. —Me echo a sus brazos.

—Entonces no perdamos más el tiempo.

Abre la puerta sin soltarme y la cierra con suavidad una vez que estamos dentro. Sin poder evitarlo, los nervios me invaden. Cuando vuelva a salir de esta habitación, algo me dice que mi vida nunca más volverá a ser la misma.

Capítulo 13

Al notar mi nerviosismo, Fernando procura ser cauto y mide sus movimientos. Corre las cortinas para crear un ambiente más íntimo, me ofrece agua fresca y, para finalizar, saca de su cartera unos preservativos y los deja sobre la mesilla. Este último gesto me altera por completo. Es extraño, pero mientras estoy entre sus brazos no soy consciente de nada, desaparezco por su garganta sin más y se vuelve dueño de mi cuerpo. Ahora es como verlo todo desde fuera y me percato de que estoy a punto de acostarme con mi jefe. Quiero que me toque de una vez y se adueñe de mi alma. Necesito sentir eso tan único que solo él sabe darme. Ya batallaré después los problemas que este hecho acarree.

—Virginia, ¿estás segura? Pareces dudar y no quiero que después te arrepientas. —Besa con ternura mi frente.

—Sí que lo estoy. —Le miro traviesa y le paso las uñas por el mentón, provocándole escalofríos—. Nadie me llama Virginia salvo mis padres —le confieso—. Creo que tú sabes que todo el mundo me llama Gina e insistes en llamarme por el nombre completo, ¿a que sí?

—Tienes un nombre precioso, ¿por qué no iba a hacerlo? A no ser que tú me lo prohíbas, lo seguiré haciendo.

—La verdad es que tú lo pronuncias de un modo tan especial que no me importa en absoluto.

Con una sonrisa llena de promesas, se acerca con lentitud y se apodera de mi boca, primero muy despacio para después profundizar en un beso desesperado y ardiente. Sin dilación me retira las pequeñas prendas que me cubren y nos sentamos en la cama.

—Me gustaría disponer de toda la noche, no creo que sea

suficiente con un rato —declara contra la sensible piel de mi cuello.

—Tendremos que conformarnos. —Acaricio su nuca, invitándolo a continuar.

—De momento —afirma.

—Estoy de acuerdo...

Ahogo un grito al notar su lengua deslizarse por mi garganta. Cada roce, cada caricia, me enloquecen y me hacen desaparecer, oculta en el paraíso de sus brazos. Con tan poco y ya me tiene en su poder. ¡Con qué facilidad me entrego por completo a este hombre! Aprieta con suavidad mis pechos, lame con devoción las puntas y provoca que me retuerza de placer. Arqueo la espalda, ofreciéndome. Baja una de sus manos por mi vientre, pasa por el monte de Venus y entierra sus dedos en mi sexo. Un espasmo de placer me recorre el cuerpo entero. Agito las caderas y busco con desesperación el regocijo de su contacto. Pellizca el clítoris, se pone de rodillas entre mis piernas y con la punta de la lengua juguetea con mi zona más erógena. Con tales atenciones el orgasmo se hace inminente.

—Por favor, Fernando, ven. Te deseo... —Tiro de él con fuerza, aunque no logro moverlo.

Acaba por obedecerme, se quita el bañador de un tirón y se coloca uno de los preservativos con una facilidad pasmosa. Su enorme verga se yergue ante mí, lista y enfundada.

—¿Cómo de cerca estás de correrte? —me pregunta cargado de deseo.

—En el filo del abismo —le aseguro, temblorosa por la expectación.

—Si es así, lo haremos juntos, porque en el momento que entre en ti, no voy a poder controlarme por mucho tiempo.

—Pues no te contengas. —Abro las piernas, invitándolo.

Se deja caer sobre mí, acuna mis nalgas entre sus manos y de un solo empellón se entierra en mi sexo. Su deliciosa invasión me hace rozar el clímax. Me llena por completo. Espera unos segundos y después empieza a moverse con intensidad, empujando con fuerza

y rapidez. La vista se me nubla, empiezo a gritar de tanto placer y ambos culminamos entre jadeos.

Sin haber recuperado el aliento, rueda por la cama y queda tumbado a mi lado. Nuestras erráticas respiraciones tardan un rato en recuperarse.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Ahora que tengo la mente un poco más centrada me invade la curiosidad por lo que ha pasado previamente.

—Claro. ¿Qué quieres saber? —Se gira hacia mí y se apoya en un codo.

—Por lo que he visto antes, hay seguridad en la casa, puede que incluso cámaras, ¿verdad?

—Así es.

—Y, ¿por qué el chófer del señor Cromwell le daba órdenes al hombre que me ha cogido?

—Porque es el jefe de seguridad y el guardaespaldas personal de Henry. Por eso lo acompaña siempre.

—¿En serio? —Suelto una carcajada—. ¡Laura va a flipar cuando se entere de que ha encontrado a su Kevin Costner!

—¿Qué? —pregunta extrañado.

—¡Nada! Tonterías de mi amiga. Está enamorada del actor que interpretó *El guardaespaldas*. Aunque creo que no le ha hecho falta saber de qué trabajaba Hierro para que saltarán chispas entre ellos. —Vuelvo a reír.

Fernando resopla con diversión y me obsequia con una gran sonrisa. Pronto se le borra y se pone serio. Me coloca el cabello detrás de la oreja y luego enrosca el mechón rosado entre sus dedos, pensativo.

—Si estás preocupado porque vaya a decir algo de ti en el trabajo, no te angusties, no lo haré —le aviso para tranquilizarlo.

Suelta mi pelo y me mira a los ojos. Hace una mueca que no sé muy bien cómo interpretar. Lo que sí que puedo ver es que ahora está más tenso.

—Deberíamos bajar. Siempre ayudo a Henry a hacer las brasas

para la barbacoa. —Sonríe como si recordara algo—. Es un tío capaz de levantar un imperio, pero no de hacer un fuego. —Se levanta de la cama, se retira el preservativo y lo envuelve en un pañuelo de papel.

Sin comprender muy bien su cambio de actitud, salgo de la cama. Está actuando como si no le hubiera dicho nada. Creo que no se fía de mí.

Recoge mi biquini del suelo y me ayuda a ponérmelo. En cuando me pasa los pies por los agujeros de las braguitas, las desliza por mis piernas hacia arriba con suma lentitud. Observo cómo queda obnubilado con mi pubis y se recrea la vista antes de taparlo. Cuando se levanta para colocarme la parte de arriba, otra parte de él también se yergue.

—Deberías estar harto de ver a mujeres desnudas... —Me río ante su cara de hastío.

—No me puedo creer que tú me digas eso. ¿Acaso piensas que me lo paso bien atendiendo a mis pacientes? ¡Es ridículo! Veo a muchas mujeres y no tiene nada de erótico.

—¡Oh, vamos...! Confiesa. Seguro que alguna vez se te ha levantado con alguna jovencita mona.

—¡Jamás! Pero ¿por quién me has tomado? —Suelta una carcajada—. Además, siempre estoy acompañado por una enfermera. Me parece que tú también has visto demasiadas películas porno. Porque solo el que ha visto pelis de esa clase puede pensar que un ginecólogo se puede follar a la paciente. —Abro la boca con asombro e indignación por sus palabras y él ríe a mandíbula batiente por mi reacción.

—Perdona, pero ahora me entero de que una porno tiene argumento como para llegar a esa conclusión. —Pongo los brazos en jarra.

—¿Estás confesando que las ves y por eso lo sabes?

—¡Pues sí! Alguna vez... Lo admito, cosa que tú no haces.

—En ningún momento he dicho que no lo haga. —Suelta una carcajada—. Lo que me sorprende es que tú lo reconozcas, casi ninguna mujer lo hace. Ahora solo falta que también digas que te

masturbas y será la guinda del pastel.

—¡Claro que lo hago! ¿Por qué no iba a hacerlo? —Levanto la barbilla con altanería.

—A mí me parece genial que lo hagas. —Agacha la cabeza, yo le imito y vemos cómo salta su erección—. Y no veas cómo me pongo solo con imaginarte haciéndolo.

—Si tú me dejas ver cómo lo haces, a lo mejor llegamos a un acuerdo...—Arqueo las cejas con chulería y a Fernando se le abre la boca de asombro.

—Creo que será mejor que nos vayamos antes de que empecemos con las demostraciones —manifiesta con voz estrangulada.

Aunque sus palabras me hacen reír, le hago caso, no sin antes lanzarle el último dardo. Recojo su bañador del suelo y me ofrezco a ponérselo como él hizo conmigo. Me agacho, le paso los dos pies, lo deslizo por sus piernas, paso los labios por su verga, después mis pechos y termino por acomodarle la cinturilla en su lugar. Me doy media vuelta y me contoneo hasta la puerta.

—¡Vamos, guapo! —suelto con zalamería desde el umbral.

Me está costando un mundo aguantar la risa cuando veo que contiene la respiración y tiene apretado con fuerza el labio inferior.

—Henry debe de estar esperándote para hacer el fuego —le recuerdo con crueldad.

—El fuego ya lo traigo conmigo —refunfuña al pasar por mi lado.

Reprimo una sonrisa al verlo gruñir y opto por dejarlo tranquilo. Ya le he hecho sufrir suficiente.

Capítulo 14

Al llegar al jardín, Fernando me dice que si quiero puedo acompañarlo en la barbacoa, a lo que me niego. El calor que hace hoy es insoportable y, junto al fuego, más. Además, están sus amigos y, entre esos hombres tan serios, me siento fuera de lugar. Y lo que ya me hace huir es escuchar la estruendosa música que tienen puesta en un reproductor, ¡*heavy*! En cuanto se reúne con ellos, Henry y Miguel le lanzan un botellín de cerveza y hacen un brindis antes de beber los tres a morro.

Busco con la mirada a Laura y sigue con su donjuán, así que voy a darme un chapuzón yo sola. Cuando estoy a punto de lanzarme al agua, me sorprende una voz femenina.

—¡Hola! —saluda una chica rubia, muy guapa.

—¡Hola! —Me tambaleo en el borde de la piscina.

—Antes te he visto con Fernando, tras las macetas.

—Eeeeh... —No sé qué responderle. No creo que le haga gracia a mi Romeo que alguien nos haya visto.

—Solo quería avisarte de que tengas cuidado. Espero que no busques nada serio con él. Es de ese tipo de hombres que, una vez usada, pierde el interés por ti. Y me temo que tiene pareja. —Se encoje de hombros y hace un mohín—. Advertida quedas. —Se da media vuelta y se aleja hasta encontrarse con un pequeño grupo de mujeres.

«No pasa nada, no pasa nada...», me repito una y otra vez para calmarme. Si es que no le he hecho ninguna pregunta, ¡me he abierto de piernas sin más! Un hombre como él seguro que no está solo, puede que incluso esté casado y tenga algún hijo. Un calor, como nunca antes había experimentado, se expande por mi cuerpo

desde el pecho hasta la punta de las extremidades. Todo lo veo rojo y las ganas de coger a Fernando por el pescuezo se me antoja muy apetecible. No me atrevo a mirar en su dirección, porque si hago contacto visual me lanzaré como una fiera a sacarle los ojos. Busco desesperada una forma de apaciguarme antes de montar un espectáculo y veo la mesa de las bebidas. Sin dilación me dirijo a ella.

—¡Hola, Gina! ¿Qué tal lo estás pasando? —saluda la anfitriona una vez que he llegado a mi objetivo.

—Bien —mi respuesta seca la deja extrañada. Cojo uno de los cócteles y me lo bebo de un trago.

—¡Oh, vaya! —me mira perpleja. Cojo otro vaso y hago lo mismo. Cuando voy a coger el tercero me lo arrebata de las manos— ¡Frena el carro, guapa!¿Qué te pasa?

Al ver que algo ocurre, su cuñada Jess se acerca. Ambas se colocan a mi lado y me flanquean. Parecen preocupadas y no entiendo por qué, estoy siendo muy maleducada.

—Toma, cielo, límpiate con la servilleta. —Sara me ofrece el suave papel y es cuando me doy cuenta de que estoy llorando.

Agacho la cabeza, avergonzada. Me seca las lágrimas y miro a mi alrededor. Parece que nadie se ha dado cuenta, ni siquiera el cerdo de Fernando, que ríe y bebe con sus amigos como si no hubiera pasado nada.

—¿Quieres contarnos qué te pasa? —Sara acaricia mi brazo con dulzura, para animarme.

—¿Sabéis si Fernando tiene novia? —suelto una hipada y un infantil puchero.

—Pues, no, que yo sepa. Según me ha contado mi marido, anda detrás tuyo, pero que, por no sé qué rollo estipulado en el contrato, no debe relacionarse contigo. Sin embargo, hace un rato parecíais muy acaramelados en la piscina.

—Si tuviera pareja, nosotras lo sabríamos —asegura Jess—. ¿Acaso ha ocurrido algo que te haga sospechar?

—Una chica rubia me acaba de asegurar que Fernando está con alguien. Que tenga cuidado, porque yo no soy nada serio para él.

—Me sueno la nariz.

—¿¡Qué chica rubia? —dicen ambas con enfado.

—Una muy guapa que está por allí, con aquel grupo. —Les indico la posición.

—¿Cuál de ellas? ¿La del biquini de rayas? —intenta averiguar Jess.

Me pongo una mano por visera y enfoco la vista en la dirección adecuada. Ahora el sol se está ocultando y los rayos trasversales son muy molestos. Por más que la busco no la encuentro.

—No, esa no es. La que yo digo llevaba un biquini negro con unas argollas plateadas.

—Mira, ¿sabes qué? —suelta Jess con mucho salero— es mejor que la olvides. Seguro que será alguna despechada de las que ha rechazado Fernando. Que nosotras sepamos está solo. Así que ¡disfruta!

—Jessica, tampoco podemos asegurarlo al cien por cien —la regaña Sara—. Es un hombre muy discreto. Lo mejor es que lo hables con él, Gina. Estoy segura de que te dirá la verdad. —Jess resopla.

—Tienes razón, Sara. Lo mejor es que se lo pregunte yo misma cuando tenga ocasión.

—¡Perfecto! Ya está todo arreglado. —Jess chasquea los dedos—. Ahora vamos a tomarnos una copa y listo.

—Me temo que por hoy ya he tenido bastante. —Noto un ligero mareo, que seguro es por haber bebido tanto y tan rápido.

—Sí, creo que será mejor que te tomes un zumo —sugiere Sara —. Pronto estará la cena y te asentará el estómago.

—No sé si tengo el cuerpo para comer carne. —Me froto la barriga.

—¡Ay...! ¡qué poco conoces a Henry! Hay brochetas de verduras y tofu, hamburguesas de quinoa con remolacha y un sinfín de comida sana. Para los que no quieren pasar por el aro, también hay un poco de carne. —Sonríe y menea la cabeza mientras mira a su marido.

—¡Vamos, una mierda de barbacoa! —Jess suelta una carcajada.

Y acabamos por reír las tres.

—¡Ven! —Sara me sujeta el brazo y tira de mí—. Iremos a ver si ya nos pueden dar algo. —Guiña un ojo.

No lo hace por hambre ni mucho menos, quiere que me acerque y pueda hablar con Fernando. Como el alcohol está haciendo estragos en mí y, ahora que estoy más contenta, no me importa ir.

Cuando ya estamos llegando, Henry ve cómo su mujer se aproxima, así que deja las pinzas que tiene en la mano y corre a su encuentro con una gran sonrisa. La coge por debajo de los hombros y la alza en el aire dando una vuelta con ella. Después, se funden en un abrazo.

—¡Déjame en el suelo! Estás sudado y apestas a leña quemada. —Se retuerce entre sus brazos, pero él le impide bajar.

—Solo si me das un beso —le pide suplicante.

Sara suelta una carcajada y se enrosca en su marido con brazos y piernas mientras se besan. Ella se ve tan pequeñita a su lado...

—¡Puaj! ¡Qué asco dais! —se queja Jess—. ¿Es que no os vais a cansar nunca de ser tan babosos?

—¿Por qué lo dices, mi amor, te da envidia? —Miguel la coge por la cintura.

—¡Mucha! —reconoce con una sonrisa y se echa a sus brazos para besarlo.

Fernando y yo nos miramos con incomodidad y agachamos la cabeza. Yo sí que he sentido envidia de verdad. Hubiera dado cualquier cosa porque Fernando me mirara como lo ha hecho Henry con su mujer. Toda esa fachada de hombre serio y duro se ha ido al garete en cuanto Sara se le ha acercado. No le ha importada nada ni nadie y ha demostrado sus sentimientos delante de todos.

—¿Tienes hambre? —me pregunta Fernando con una brocheta entre sus dedos—. Están muy ricas.

—Un poco —susurro y le tiendo la mano.

—Ten cuidado, no te vayas a quemar. —Me la ofrece con especial atención para que solo toque el palo—. Sóplale un poco. —Pero es

él el que lo hace por mí. Después me sonríe con timidez.

El gesto me parece tan atento y cariñoso que casi se me ha olvidado lo de antes. Y más cuando se coloca a mi lado y me acaricia la espalda hasta dejar la mano en la cintura. «Por favor, dime que no tienes novia...», suplico en silencio mientras nos comemos las verduras. En algún momento tendré que armarme de valor y preguntárselo. Puede que no quiera tener nada serio conmigo, pero no soportaría la idea de que por mi culpa estuviera sufriendo otra chica. No quiero ser la tercera en discordia. Me gustaría que estuviera libre, como yo y no lastimar a nadie.

—¿En qué piensas? —se interesa Fernando—. Se te ve muy sería.

¡Ahora o nunca!

—Es que no hago más que darle vueltas a algo... No te he preguntado si sales con alguien —me tiembla la voz, pero he logrado decirlo.

—No. Si tuviera pareja no me habría acostado contigo.

—Bien. —Asiento, aunque mi cabeza sigue dándole vueltas— ¿Ni siquiera una amiga especial? Ya sabes...

—Tampoco.

—¡Célibe no creo que te mantengas! —Suelta una carcajada por mi ocurrencia.

—¡Claro que no! No hay nadie especial en mi vida, pero sí que de vez en cuando echo un polvo.

Nos interrumpen unas risas. La última frase la ha dicho lo suficientemente alto como para que lo escucharan las dos parejas que nos acompañan. Nos están mirando sin ningún disimulo. Fernando me coge del codo y me guía por el jardín hasta que encontramos un lugar tranquilo y lejos de miradas indiscretas.

—Si lo que te preocupa es que pueda tener novia, la respuesta es no, no la tengo. Ni mujer, ni amante, ni amiga con derecho a roce. —Le cambia el semblante y frunce el ceño—. ¿Y tú? ¿Hay alguien especial en tu vida?

—No, soy libre como un pajarillo. —Sonrío con diversión—. ¿No crees que estas preguntas nos las deberíamos haber hecho antes?

—Me temo que lo nuestro ha sido demasiado ardiente como para pararnos a pensar en las consecuencias de lo que hacíamos. —Hace una mueca y se rasca el pelo de la nuca—. Aunque sí que tengo algo que confesarte.

—¿El qué? —Un miedo atroz me invade por su posible respuesta. ¿Y si me dice que ya no le gusto o que no quiere saber nada más de mí?

—¿Te acuerdas de que antes me has preguntado si alguna vez se me había puesto dura con alguna paciente? —Asiento a la espera de que me lo aclare—. Pues te he mentido. Solo me ha pasado una vez y fue involuntario, ¡lo juro! —Respiro aliviada al ver que nada tiene que ver conmigo y después le sonrío.

—¿Qué demonios te hizo? ¿Se insinuó o algo parecido? —Se pone rojo como un tomate.

—Prométeme que no se lo dirás a nadie. —Vuelve a rascarse la nuca y no es capaz de sostenerme la mirada.

—¡Claro! ¡Desembucha!

—Fue con una actriz porno. La reconocí nada más entrar. ¡Lo pasé fatal! Ella no dijo nada al respecto, pero se dio cuenta de que la conocía y no paró de sonreírme en todo el rato. Me venían a la mente las imágenes de su película. Eran como fogonazos que no podía refrenar. No respiré tranquilo hasta que se fue. De momento no ha vuelto y no sabes cuánto lo agradezco...

Me entra un ataque de risa que no puedo controlar. Imagino al pobre hombre intentando disimular mientras le hacía una revisión ginecológica a una actriz porno. Cuanto más me río, más indignado se siente y su cara cada vez está más colorada.

—Deja de burlarte de mí. Lo pasé muy mal, fue incomodísimo.

—¡Si te creo! Por eso es por lo que me río.

—Mira que eres mala. Si lo llego a saber, no te lo cuento.

—Perdona, ya paro. —Me muerdo el labio—. Te agradezco que hayas sido sincero conmigo.

—Me gustas mucho, por eso lo he hecho. No se puede empezar ninguna relación basada en mentiras. Sé que es una anécdota estúpida, pero no te habría dicho toda la verdad a las preguntas

que nos hicimos antes en la habitación. No sé siquiera si podrá haber algo entre nosotros, el trabajar para mí lo dificulta. He de mentir a todo el personal si quiero relacionarme contigo, y eso no me hace ninguna gracia. La atracción que siento por ti me supera. Es duro verte y tener que ignorarte, saber que estás a pocos metros de mí y no poder ir a tu lado. Y ahora, lo va a ser mucho más... —Me acaricia la mejilla con el dorso de la mano.

Un fuerte suspiro sale de mis labios tras sus palabras. Sus preciosos ojos del color del ámbar me miran expectantes, como si esperaran una solución al problema que nos afecta, como si una palabra mía pudiera arreglarlo todo.

—A mí me gustaría intentarlo. No tenemos que decírselo a nadie de la clínica, salvo a Laura. Ella jamás nos delataría —intento convencerle.

—Eres consciente de que no podremos salir a cenar a un restaurante, al cine, de copas... Solo en tu casa o en la mía. ¿Te das cuenta de lo único que haríamos juntos?

—Sí, claro que me doy cuenta, pero de momento nos podría valer. Si después de conocernos mejor vemos que necesitamos más, ya miraremos a ver qué hacemos. Ahora no tenemos nada, así que ¿por qué no empezamos con un rollito de verano?

—¿Y que el tiempo decida?

—Sí. ¿Tú qué opinas?

—Que de momento me vale. —Me agarra el rostro con ambas manos y me besa con dulzura.

Capítulo 15

Estoy tumbada en mi cama, con los ojos abiertos como platos y mirando al techo. En él veo cualquier cosa menos la impoluta pintura blanca que lo cubre. No paro de revivir las ardientes escenas con tuve con Fernando. Sus besos,
sus caricias, su intensidad... También tengo presente nuestra conversación posterior. Nadie ha hablado de amor, sería ridículo, pero sí de la fuerte atracción que sentimos. ¡Por algo se empieza!

No creo que me resulte muy complicado hacer lo prometido. En el trabajo apenas lo veo, así que ahí no habrá problema. Además, a última hora casi no queda personal y a lo mejor podemos hacernos una pequeña visita. Como no nos hemos intercambiado los teléfonos, no podemos mandarnos ni un triste whatsapp. Pensé que sería más llevadero, que no me importaría no saber nada de él hasta el lunes, y no es así. Desde que nos despedimos en la fiesta del sábado, he estado contando los minutos para que comenzara la semana.

Cansada de esperar a que suene el despertador, salto de la cama y me meto en la ducha. No me gusta nada madrugar, pero me va a dar un ataque si no hago algo para entretenerme. Aprovecho para plancharme el pelo a conciencia y maquillarme. Al estar ocupada, se hace la hora del desayuno antes de lo que esperaba. Cuando llego a la cocina, me encuentro a Laura envuelta en una toalla, con el móvil en la mano y una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Buenos días! —Mi saludo la sobresalta. Ni siquiera me había oído llegar.

—¡Uy! ¡Buenos días! Qué pronto te has levantado hoy.

—Ya casi es la hora de ir a trabajar. —Señalo el reloj de pared.

—¡Ay, no! —Sale corriendo y se mete en su habitación. A los pocos minutos ya sale vestida y con el pelo recogido en una coleta.

—¿Va todo bien? —le suelto burlona. Le pongo el café con leche delante—. Tómate el desayuno antes de que se te olvide. —Me arrebata la taza de un tirón y a punto está de tirar el contenido al suelo.

—¡Mira quién habla! Te has pasado el domingo llorando por las esquinas y hoy te levantas más pronto que nunca. A estas horas aún estarías quitándote las legañas —replica a la defensiva.

—Tienes razón. —Sonrío y me tapo la boca con la mano—. ¿Estabas hablando con Roberto?

—Sí —suelta llena de felicidad.

—Quién te lo iba a decir. Al final has encontrado a tu guardaespaldas.

—Aún no me lo creo, Gina. Me gusta tanto que me da miedo. No quiero espantarlo...

—No lo harás, porque a él también le gustas muchísimo.

—¿De verdad? —pregunta esperanzada.

—¡Pierde el culo por ti! Y ahora desayuna que al final vamos a llegar tarde.

Laura apura su taza y engulle una tostada. En cuanto termina de tragar, recoge las llaves del coche y nos vamos.

En cuanto veo las puertas de la clínica, se me hace un nudo en el estómago. Fernando ya debe de estar dentro del edificio. Me muero de ganas por correr hasta su despacho y verlo, aunque sea un momento. A estas horas seguro que está ocupado pasando consulta, o puede que trayendo algún niño al mundo.

—¡Buenos días, Gina! —me saluda Julia tan entusiasta como siempre.

—¡Buenos días! ¿Qué tal se presenta el día?

—Hoy está el patio muy revolucionado. El doctor Martínez no está y han entrado algunas urgencias que exigían sus servicios. No veas la que se ha montado.

—¿No está? ¿Se ha puesto enfermo? —me preocupo.

—No, es fuerte como un toro. En todo el tiempo que llevo aquí no ha faltado nunca por ese motivo. Está en un congreso de ginecología y obstetricia en Barcelona. Llegará el miércoles. Así que, si alguna te pide consulta, la derivas a la doctora Mayo o al doctor Arias. Si se ponen pesadas y te dicen que solo con él, pues les dices que tienen que volver el miércoles.

Una sensación de vacío se apodera de mí. No está. ¿Por qué no me dijo que se iba? Seguro que es porque no me toma en serio. Laura, en una sola tarde con Roberto, ya tiene su teléfono y ha continuado en contacto con ella. Desanimada, me pongo los auriculares y empiezo a revisar el correo interno.

Como Fernando no está, la jornada se complica y las llamadas se alargan con pacientes a los que les cuesta aceptar que otro médico los atienda. Así pasamos los dos días. Me siento desilusionada. Si hubiera querido llamarme podría haberlo hecho. Sabe que a partir de las siete no me acompaña nadie. Estoy tan chafada que ya no espero nada de él.

El día de su llegada todos los empleados parecen más relajados, menos yo. El doctor Martínez también va a tener una larga jornada porque se le han acumulado las pacientes. Se las hemos repartido lo mejor que hemos podido y ajustado los tiempos. Pero, aun así, sin saber muy bien a cuento de qué, aparece por recepción a la hora de la comida.

—Buenas tardes —nos saluda con su acostumbrada seriedad—. Necesito hablar con usted, señorita Salas. —Doy un respingo en la silla.

—¿Ahora? —digo llena de nerviosismo. Él alza las cejas con asombro.

—¿Cuándo quieres que sea, chiquilla? —me reprocha Julia. Salto de la silla antes de que me empuje como la otra vez.

En lugar de ir a su despacho, se dirige hacia la cafetería. No se me ocurre nada que decirle, le sigo sin más. Una vez allí, se pone en la cola para pedir el menú. Coge una bandeja para él y otra para mí. ¿Qué demonios hace? ¿Me está invitando a comer? ¿¡Aquí!?

—¿Qué hace, doctor Martínez? —le digo en un hilo de voz. Tenemos personal por delante y por detrás.

—Vamos a comer. ¿Qué le apetece? —suelta con naturalidad. ¿De qué va todo esto? — La lasaña de espinacas está muy buena, ¿le cojo una?

—Sí. —Me encojo de hombros. Ahora mismo estoy en tal estado de nervios que no soy capaz de ingerir nada.

—La tarta de arándanos es casera. —Coloca una porción para cada uno—. Le gustan los arándanos, ¿verdad? —Observa mi cara de perplejidad—. Quizás prefiere una pieza de fruta fresca.

—¿A qué viene todo esto? —murmuro entre dientes.

—Se supone que es una comida de negocios —susurra cerca de mi oído.

—¿De qué negocio se trata?

—No tengo ni idea. Es una excusa para poder estar contigo. Tenemos que inventarnos algo convincente mientras comemos.

—¿Te has vuelto loco? ¿Acaso sueles reunirte con tus empleados mientras comes?

—No. —Sonríe con picardía—. Vamos a ver, tienes dos opciones: puedes volver a tu puesto de trabajo o dejar de protestar y charlar conmigo.

—Sabes que no puedo irme sin más. Cuando lo haga tengo que volver con una buena explicación para Julia o ella se encargará de inventarse algo por tu extraño comportamiento.

—Tiene usted razón, señorita Salas. Podemos seguir discutiéndolo en la mesa. —Su seriedad ha vuelto. Hay dos médicos que nos están observado y él se ha dado cuenta.

—Sí, doctor Martínez, será lo mejor. —Reacciono con rapidez. Tras pagar Fernando a la cajera, nos vamos al rincón más alejado.

Va apañado si cree que nadie iba a reparar en nosotros. Todo el mundo nos mira. Él es el dueño de la clínica y yo la nueva recepcionista. ¿Qué pintamos juntos? ¿Qué clase de negocio puedo proponerle que le interese, salvo que esté intentando ligar conmigo? Si alguien lo denuncia voy a acabar en la calle.

—Ya puedes darme una buena excusa, porque hubiera sido

mucho más discreto que esperaras a última hora y nos viéramos dentro del cubículo de un retrete —murmullo sin mirarle.

—Eso es muy morboso —responde juguetón. Levanto la vista y lo observo con enfado—. Perdón, tienes razón. No te preocupes, ya sé qué puedes decir. Se me ha ocurrido una idea relacionada con el congreso al que acabo de asistir. Le explicas a Julia que tú me habías solicitado que te tuviera en cuenta para la próxima vacante de auxiliar de enfermera. En estos dos días, me he enterado de un puesto en Barcelona que vas a rechazar por la lejanía y falta de medios para quedarte a vivir en la ciudad. ¿Te parece una buena excusa?

—No está mal. ¡Qué fácil te ha resultado! Mientes muy bien, no lo esperaba de ti.

—Es que no es mentira. Un colega me lo ha comentado de verdad. Es para una pequeña clínica cerca de la Diagonal. Ni siquiera me he planteado preguntártelo porque está demasiado lejos. No quiero perderte ahora que te acabo de conocer.

¡Ay, que me derrito! Ha faltado muy poco para que me olvide de que no le ha dado la gana de llamarme en estos días.

—Si de verdad te importo, ¿por qué no te has puesto en contacto conmigo en estos días? Sabes que después de la siete estoy sola en recepción. O podrías haber preguntado a tu amiga Sara si tenía mi móvil.

—He estado muy ocupado. Llegaba al hotel después de las diez y a esa hora tú ya no estás. Y no se me ocurrió molestar a nadie tan tarde y menos a unos amigos que sé que tienen un bebé. No vengo de unas vacaciones.

—Vale, pero ¿por qué no me lo dijiste el sábado? Podrías haberme avisado de que te ibas y pedirme el número de teléfono.

—Virginia... No eres mi novia.

¡Menudo planchazo! Si me hubiera abofeteado me habría dolido menos.

—Tiene usted razón, doctor Martínez. No tengo hambre ni ganas de seguir aquí. Nuestros negocios se han terminado. No hay nada más que hablar. —Me levanto desairada, pero su fuerte mano me

sujeta por la muñeca e impide que me vaya.

—Te ruego que te sientes antes de que llamemos más la atención. —Me señala con la mirada la silla—. Por favor. —Vuelvo al asiento y me cruzo de brazos—. Toma. —Saca de su bolsillo una tarjeta de presentación, la pone sobre la mesa y la arrastra con el dedo hacia mí. Enfadada, no la recojo y miro hacia otro lado—. No hagas esto más difícil de lo que ya es. Te pido disculpas por haberte desatendido, pero te recuerdo que no estoy obligado a nada. Me gustas, ¡y lo sabes! Ya veremos qué pasa con el tiempo.

Sé que tiene razón, aunque no quiero reconocerlo. Cojo de mala gana su tarjeta y la guardo en el bolsillo sin decir nada. Los diez minutos siguientes los pasamos comiendo en silencio. Justo antes de marcharnos me informa de que tiene una semana muy ajetreada y con suerte podremos vernos el viernes. Vuelvo hacia recepción echando chispas. He aceptado una relación que pensaba que iba a poder tolerar y no me está resultando nada, pero nada fácil.

Capítulo 16

Como si el cabreo que llevo encima no fuera suficiente, al llegar a mi puesto de trabajo me espera Julia con la cara desencajada por las ansias de saber el porqué me ha pedido el jefe que le acompañe. Con disimulo, me acomodo en la silla y empiezo a buscar en la pantalla posibles mensajes sin contestar.

—¡Ay! —Un terrible pellizco me hace saltar del asiento.

—¡Ni se te ocurra ignorarme, jovencita! —Planta las dos manos en la mesa y acerca su rostro al mío—. ¿Qué quería el doctor? ¿Y por qué te ha llevado a comer con él? Se lo he oído comentar al doctor Arenas, que se lo aseguraba a la enfermera Lozano. ¡Decían que tú parecías enfadada!

Casi suelto una carcajada. Pobre mujer... Como no le dé explicaciones pronto le va a dar un ataque de nervios.

—¡Claro que estaba disgustada! Me ha obligado a comer con él y total para ofrecerme un trabajo que no puedo aceptar.

—¿¡Qué trabajo!? —Se muerde las uñas y me observa sin pestañear—. ¿No te habrá pedido una cochinada de esas de acompañante con final feliz?

—¿¡Cómo se te ocurre semejante barbaridad!?

Al ver que pasan unas pacientes por el pasillo, nos colocamos en los asientos con las espaldas bien rectas, una sonrisa y le damos las buenas tardes como si no estuviera pasando nada. En cuanto se meten en el ascensor, continúo con nuestra cháchara.

—¿Cómo va a proponerme algo así? ¿Te has vuelto loca? Cuando me dio a firmar el contrato, le dejé caer que si en algún momento quedaba una vacante libre de auxiliar, que contara conmigo. En el congreso, un médico de Barcelona le dijo que necesitaba una y se le ocurrió que a lo mejor podía interesarme. Como comprenderás, lo

he rechazado. Los alquileres allí están por las nubes y yo sola no podría mantenerme.

—¡Oh! —suelta desilusionada—. No es nada interesante...

—¿Qué esperabas? —Meneo la cabeza con disgusto—. Encima he tenido que comer lasaña de espinacas que no me gusta nada. —Se queda mirándome con los ojos como dos rendijas.

—Qué cosa más rara... De todas las chicas que le han pedido un ascenso, cambio de trabajo o lo que sea, siempre las ha llamado a su despacho, eres la primera a la que invita a comer...

—¡Eso tiene fácil explicación! Me ha dicho que tiene la agenda tan apretada durante el resto de la semana que ha aprovechado el momento del almuerzo para poder hablar conmigo, que era su único rato libre. Tú sabes mejor que nadie que tiene las pacientes que se le salen por las orejas, después de haber faltado dos días.

—Eso es verdad. —Eleva los hombros y se gira hacia su pantalla —. ¿No ha sido simpático? —pregunta de un modo menos interesado.

—Como siempre, es un hombre muy soso. —Respiro aliviada al ver que ya ha cesado el interrogatorio.

La jornada se me ha hecho tediosa, y más cuando me he quedado sola. Estoy desenado llegar a casa y darme una larga ducha de agua fría para ver si se me aclaran las ideas. Desde que estuve con Fernando siento que me va a estallar la cabeza. Por lo menos ahora ya no tengo ganas de sacarle los ojos. Como no entra ni una sola llamada, vuelvo a ir al baño. Me entretengo un poco mirándome en el espejo, estudiando defectos que solo encuentro yo. Al final, aburrida, salgo a pasar los pocos minutos que me quedan en mi silla.

La voz de una chica que está a punto de subir en el ascensor me llama la atención. Le acompaña un hombre alto vestido de traje y corbata que me resulta muy familiar. Van empujando un carrito de bebé y parecen muy acaramelados, dándose besos y arrumacos. Cuando están haciendo las maniobras para entrar en el elevador y, justo antes de que las puertas se cierren, le veo la cara al hombre. ¡No es posible! ¡¡Es Fernando!!

Corro hacia las escaleras para intentar alcanzarlos. Tengo que comprobar si es él de verdad. Seguro que mi retorcida mente me está jugando una mala pasada. ¡No puede ser! Salgo al pasillo justo cuando están entrando en el despacho. Con un nudo en la garganta, voy aproximándome atraída por sus risas. Han dejado la puerta abierta. Tengo que acercarme más, el ángulo no es bueno y no veo su cara. Unos pocos pasos y ya estaré en el vano. En cuanto lo tengo a la vista me quedo clavada al suelo. Es Fernando, no hay duda. Me echo las manos a la boca para sofocar un sollozo cuando veo que la joven le llama *mi amor* y lo besa en los labios. Entonces, el bebé debe de ser su hijo... Si ya decía yo que un hombre así no podía estar solo. ¿Cómo ha podido hacerle esto a su familia? ¿Cuántas veces lo habrá hecho? Los celos y la rabia crecen dentro de mí de un modo vertiginoso. Cuando me quiero dar cuenta, ya estoy dentro del despacho con ellos. No se han percatado de mi presencia.

—¿Cómo has podido? —pregunto en un hilo de voz. Ambos se giran hacia mí con asombro—. ¡¡Eres un cerdo mentiroso!! —chillo a pleno pulmón y le propino una fuerte bofetada.

—¿¡Se puede saber qué haces, Virginia!? —pregunta Fernando, enojado.

Hay algo extraño, una cosa que no cuadra. Él me mira como si me hubiera vuelto loca, pero sus labios no se han movido.

—¡Te he hecho una pregunta! ¡Responde!

La voz no sale de donde debiera, viene de un lateral. Me giro y veo a otro Fernando con su bata blanca.

—¡Ay, Dios mío! —logro pronunciar justo antes de que se vuelva todo negro.

Qué pesadilla más rara he tenido. Ha sido horrible. Hay que ver lo que se le puede llegar a ocurrir a una cuando se siente insegura en una relación. ¡Que Fernando tiene un gemelo! Ni en una película cutre se les hubiera ocurrido una historia tan rocambolesca. Un fuerte olor a alcohol se cuela por mis fosas nasales y noto una compresa húmeda en la frente. Abro los ojos para ver qué ocurre y de inmediato me dan ganas de cerrarlos.

¡Tengo a dos Fernandos delante! Uno aguantando la risa y el otro serio con una mejilla colorada. No ha sido un mal sueño y estoy tumbada en el sofá del despacho.

—¡Tienes un gemelo! —Miro al de la bata blanca con reproche.

—Es evidente —responde burlón.

—¿Se puede saber por qué sales con una chica y no le avisas de que tienes un gemelo? —le riñe su hermano—. Yo es lo primero que hago siempre, te tengo muy presente. ¿Verdad, cariño? —se dirige a la mujer que le acompaña. Ella asiente con una media sonrisa.

—Daniel, no seas pesado. No me ha dado tiempo a decírselo. No soy como tú, que me presento y digo: «¡Hola soy Fernando y tengo un hermano gemelo!» —suelta con guasa. La chica rompe a reír, pero se reprime al ver cómo su pareja lo mira ceñudo.

—Por favor, apartad que quiero levantarme. —Les indico agitando las manos.

—De eso nada. Vas a estarte quietecita un rato. Acabas de sufrir un desmayo. —El médico me sujeta y me impide moverme.

—Quería pedirle disculpas a... ¿Daniel? —Miro al hombre que aún tiene la mejilla sonrosada.

—Creo que te voy a presentar como Dios manda o me lo va a reprochar de por vida. —Fernando pone los ojos en blanco, exasperado—. Él es Daniel, su mujer es Miriam y mi sobrinita es Sofía. —Señala con orgullo al bebé del carrito—. Ella es Virginia, pero le gusta que la llamen Gina.

—¡Encantada, Gina! —Sonríe Miriam.

—Espero que la próxima vez no me abofetees —se queja Daniel.

—Perdón. Te prometo que no lo haré —le aseguro sonrojada.

—Será mejor que esperemos abajo, cariño, o va a terminar por despertarse Sofía. No tardes. —Palmea la espalda de su hermano y se dirige al pasillo sin olvidarse de llevar el carrito de su pequeña.

—Adiós, espero volver a verte pronto. —Se despide Miriam, muy risueña.

En cuanto quedamos solos me entra el pánico. La que he liado con su familia no tiene nombre. Seguro que ahora no querrá saber nada de mí. Está muy serio, observándome con una expresión que no sé descifrar. La posición en la que estoy, tumbada en el sofá, me hace sentir más vulnerable. Fernando continúa junto a mí, agachado y pasándome la compresa impregnada en alcohol por la frente.

—¿Te encuentras bien? —pronuncia con voz grave.

—Sí, tranquilo. Será mejor que me vaya, te están esperando.

—Te ha debido impactar mucho verme con otra mujer. —Arquea una ceja, pensativo.

—¡Lo siento! Sé que no tengo excusa. Ya me has recalcado que no soy nadie para ti, pero también me prometiste que no tenías pareja, ¡y yo no quiero hacer daño a otra! Una cosa es ser tu lío, tu aventurilla de verano y otra muy distinta es ser tu amante, la mujer que rompe hogares, la causante de los desvelos de una pobre chica que espera que su marido vuelva a casa pronto.

—La puta que se acuesta con hombres casados —puntualiza.

—¡Eso es!

—Hay que ver la manía que tenéis las mujeres de echaros la culpa. ¡Me parece ridículo! —Lanza la compresa húmeda a la papelera—. En todo caso, si hubiera estado casado, el mentiroso y mujeriego sería yo, ¿no crees? De hecho, yo te había asegurado que estaba solo. Tenías motivos para estar enfadada.

—El problema es que no eras tú. —Me muero de vergüenza solo con recordarlo. Me incorporo y esta vez ya no me lo impide.

—¿Hubieras preferido que fuera yo? —suelta entre risas.

—Por supuesto que no. Podría haberme ido sin más.

—Eres demasiado impulsiva como para quedarte callada y no hacer nada. —Toma un mechón de mi cabello y lo coloca con mimo tras la oreja.

—¿Crees que me perdonará tu hermano?

—Seguro, no te preocupes. —Sonríe de medio lado—. Él es como una versión almibarada de mí. Es un ñoño, quejica, dependiente...

De niño me tenía frito. Todo le daba miedo y no quería hacer nada sin mí. Era como mi sombra. No me importó mucho hasta que alcanzamos cierta edad. Poco a poco fuimos distanciándonos y conseguí la independencia que necesitaba. Por supuesto, si te lo explica Daniel, te dirá que yo era un temerario que no hacía más que meterme en líos y él era mi salvador. Y para mi madre vendría a ser más de lo mismo, mi hermano era su ojito derecho. ¿Has oído hablar alguna vez del gemelo maligno? —Contengo una sonrisa y asiento—. Pues según nuestros padres ese era yo.

No puedo evitar reírme. Con lo serio y formal que es, ¿quién iba decir que ha sido un niño malo? Aunque después de haberlo visto con su hermano, sí que es verdad que Daniel se ve mucho más contenido y tranquilo, y Fernando más atrevido y dominante.

Me pongo en pie y me dispongo a salir. Su familia le espera y yo no quiero causar más problemas, que ya he hecho suficiente por hoy.

—Espero que disfrutéis de la velada. Hasta mañana —me despido antes de que cambie de opinión y me diga que sí está enfadado conmigo.

—Virginia, espera. —Me agarra por los hombros cuando ya tengo la mano en el picaporte—. Mándame un mensaje más tarde para que pueda tener tu contacto.

—Vale, lo haré. —Ya empieza palpitarme con fuerza el corazón por su cercanía.

—Y otra cosa. —Baja las manos y las posa en la parte baja de mi espalda —. Sí que es verdad que he recalcado que no eres mi novia, pero jamás he dicho que no signifiques nada para mí. Solo quiero hacer las cosas con calma, no quiero salir mal parado.

Estamos tan pegados que puedo notar el olor de su piel y me está volviendo loca. Su esencia personal y su perfume se mezclan y crean un aroma tan seductor que me nubla el sentido. Miro sus labios y no puedo más que recodar el sabor de sus besos.

—No me mires así, por favor, me están esperando —me suplica. Aunque sus manos le contradicen y están apretando mis nalgas.

Levanto los brazos y le acaricio la cara. Paseo los dedos por su rostro hasta acabar en los húmedos labios, que jadean ansiosos.

Noto cómo palpita su erección en mi vientre. Con la voluntad de ambos perdida sin remedio, Fernando me empotra contra la puerta. Del impacto, resuena el golpe en el pasillo, pero nos hemos vuelto sordos, porque no oímos más que la trabajosa respiración del otro. Con violencia, se apodera de mis labios e introduce su lengua en mi boca. Lame cada recoveco, succiona y mordisquea. Con manos temblorosas, me meto bajo su bata de médico e intento desabrocharle el pantalón.

—Espera, por Dios, espera... —murmulla con su frente apoyada en la mía—. Por favor, para, que ya no tengo voluntad. Aquí no tengo preservativos.

—Como quieras. —Retiro las manos y coloco la ropa en su lugar. Fernando continúa besándome por el cuello mientras intento separarlo—. Esto tiene que ser mutuo, tienes que parar tú también.

—Ya lo sé, ¡lo sé! —asevera con enfado—. ¡Maldita sea!

—¿Qué clase de ginecólogo eres que no tienes profilácticos? —le pincho.

—¡No me jodas! Estamos en mi despacho, no en la consulta. Y puede que ni allí los tenga, no llevo planificación familiar, ¿sabes? —Suelto una carcajada. ¡Está enfadado de verdad!

—No he sido yo la que se ha abalanzado sobre ti. Si ahora estás cachondo, te aguantas.

—¿Tomás anticonceptivos orales? —Mis carcajadas se oyen por todo el despacho—. ¡Deja de armar tanto ruido o nos van a pillar!

—Fernando, aunque tomara la píldora, que no la tomo, no eres mi novio y no te permitiría hacerlo a pelo. ¡Anda y vete con tu familia! Cuando tengas la cabeza lúcida me lo agradecerás. —Le doy un cachete en la nalga.

—Llámame luego, la niña les obligará a irse a dormir temprano. Te prometo que compraré una caja de condones.

—Está bien, lo haré —le digo entre risas. Seguro que cuando se le pase el calentón, se sentirá ridículo.

Se separa de mí a regañadientes y me adecento el uniforme lo mejor que puedo. Él se quita la bata y, en cuanto lo hace, miro

hacia otro lado para no echarme a reír. Lleva una camisa blanca y un pantalón de pinzas gris. Está sudado y con una erección de caballo que no hay forma de disimular, y menos con ese tipo de ropa.

—¿Estás listo?

—¡Sabes que no, bruja! —me reprocha. Entre risas, me voy del despacho para que se le pase el calentón.

Capítulo 17

—¿Cómo que has pegado a su hermano!? ¿¡Te has vuelto loca!? —los gritos de Laura se oyen por todo el edificio cuando le explico lo que me ha pasado con nuestro jefe.

—No quería pegarle a él, pensaba que era Fernando.

—Qué pensabas... No, tú estabas cegada por los celos. Esa cabecita tuya deberías utilizarla para algo más que para peinarte. ¡Razona las cosas antes de hacerlas!

—Si ellos no se han enfadado, ¿por qué tú sí?

—Espera un momento, ¿el doctor Martínez no está cabreado?

—¡No! Creo que incluso le ha hecho gracia que le atizara a su gemelo. — Sonrío al recordarlo—. Además, quiere que le llame después de cenar.

—¿Por fin te ha dado su número?

—Sí, me dio una tarjeta de presentación que tengo en... ¡Mierda! —Salto de la silla y casi tiro los platos y vasos al empujar la mesa.

—¿Qué haces? Me has derramado el agua.

—¡Joder, Laura! Su tarjeta me la he dejado en el bolsillo del uniforme. ¡He prometido que le llamaría! ¿Y ahora qué hago? —Paseo por el salón con nerviosismo.

—A lo mejor nos lo puede dar Roberto.

—¡Oh, sí! Por favor, inténtalo —le suplico agarrado sus manos.

Saca el móvil del bolsillo, busca su contacto y llama. Tras sostenerlo un buen rato pegado a la oreja, se encoje de hombros y hace un gesto de negación.

—No contesta. Debe de estar ocupado.

—Inténtalo de nuevo, por favor.

—Ya me avisó de que, si no contesta, que no insista. Él me devolverá la llamada cuando pueda. No seas pesada. ¡Que te llame Fernando!

—¡No le di mi teléfono! —Vuelvo a pasear por la estancia.

—Mira, Gina, vete a dormir. Ya se lo explicarás mañana. Seguro que lo entiende. —Se levanta y empieza a recoger la mesa. Resignada, la ayudo.

Preocupada por la reacción que pueda tener cuando le diga que olvidé su tarjeta, no puedo conciliar el sueño. Doy vueltas sin parar en la cama. El calor se me antoja peor que otros días y la ligera sábana se me pega a la piel. Desesperada, me levanto y corro a la ducha. El agua fresca resbala por mi cuerpo y alivia en parte el desasosiego. Justo cuando cierro el grifo, creo escuchar el timbre de la puerta. Cojo la primera toalla que encuentro y me envuelvo en ella. Salgo del baño y suena de nuevo. Acelero el paso, voy hacia la entrada y abro sin mirar quién es. Me encuentro a Fernando, apoyado con una mano en la jamba y cara de malas pulgas.

—¡No me has llamado! —me riñe. Pronto le cambia la cara cuando se da cuenta de lo que llevo puesto y me da un repaso de pies a cabeza—. ¿Le abres así a todo el mundo? —Me miro y me doy cuenta de que no podía haber elegido una toalla más pequeña.

—¡Claro que no! ¡Pasa y cállate! —Entra sin quitarme ojo.

—Estoy muy enfadado contigo —me reprocha sin apartar la vista de mis pechos apenas cubiertos.

—Sí, ya lo veo. ¡Quieres hacer el favor de mirarme a la cara cuando me hables! —Agarro su barbilla y le obligo a levantar la vista—. No he podido llamarte porque me dejé tu tarjeta en el uniforme. Laura llamó a Roberto Hierro para intentar conseguir tu número, pero no contestó. No tenía más opciones.

—Está bien, lo entiendo. —Observa con irritación. Saca su móvil —. Dime tu número, te haré una llamada y esto no volverá a pasar —se lo recito y pronto suena la melodía desde mi habitación—. Ahora ven aquí. —Me arranca la toalla de un tirón y me aprieta con

violencia contra su cuerpo—. No tienes ni idea de lo mal que lo he pasado. —Se apodera de mis labios y me alza por las nalgas para que me enrosque en su cintura.

Con las ganas que tenía de estar con él, ignoro su manera troglodita de tratarme y lo envuelvo con mis muslos. Como estamos a oscuras y no conoce la casa, se tropieza y caemos al suelo, armando un ruido tremendo de sillas y muebles.

—¿¡¡Qué coño pasa aquí!!? —Las luces se encienden y aparece Laura agarrando con fuerza un bate de beisbol—. ¡La madre que os parió! ¿¡Que hacéis!?

¡Menuda estampa! Estoy totalmente desnuda encima de nuestro jefe.

—Perdona, Laura, nos hemos tropezado —intento excusarme.

Noto cómo Fernando empieza a agitarse debajo de mí. Me giro hacia él para ver qué le pasa y veo que se está partiendo de la risa. Al ver mi cara de asombro, rompe en carcajadas. ¡Será idiota! Pero lo que más me sorprende es empezar a oír las risotadas de mi amiga. ¡Vaya par!

—Laura, lárgate de aquí antes de que me dé un ataque de histeria —le advierto. Pero les hace más gracia y aún se ríen más —. ¡Pues estamos buenos! Mi compañera de piso, apoyándose en el bate para no caerse por las carcajadas, se va hacia su habitación. Fernando sigue sin poder parar y le arreo un buen pellizco en el costado.

—¡Ay! —Se retuerce—. ¡Joder! Creo que me he fracturado una costilla con la caída.

—Deja de decir estupideces y levántate. —Me hace caso y queda sentado conmigo en el regazo. La sonrisa no desaparece de su cara.

—Va en serio, me duele mucho. —Se palpa un lateral.

—Déjame ver. —Le levanto la camisa y veo que tiene una zona enrojecida—. ¿Es aquí? —Poso la mano encima.

—Mmmm, sí —el sonido que emite es más de placer que de dolor. ¡Este hombre me confunde!

—Te llevaré a la cama. —Me levanto y lo guío de la mano hasta mi habitación. Al llegar enciendo la luz y cierro la puerta—. Quítate la camisa y túmbate.

—¿Vamos a jugar a los médicos? —suelta con picardía y una medio sonrisa mientras se desabrocha la prenda.

—Si te portas bien, puede. —Cruzo los brazos. Al hacerlo, noto que estoy desnuda. Ya ni me acordaba. Observo mi cuerpo. Ahora sería ridículo cubrirse.

—¡Dios, qué bonita eres! Ya no recordaba esa piel tan perfecta. —Se acerca y pasa con delicadeza los dedos por mis pechos, el abdomen y el monte de Venus—. Me encanta que estés depilada. Eres tan suave.

El rubor cubre mi cuerpo por sus palabras y por el roce de sus manos. Me siento vulnerable, expuesta ante su mirada. Agacho la cabeza y me observo los pies. Prefiero que actúe con más rudeza, si es tan delicado no sé qué debo hacer. Soy muy impulsiva, pero este comportamiento me desarma.

—Debe ser una gozada despertarse abrazado a una mujer como tú. —Agarra con suavidad mi rostro y acaricia los pómulos con los pulgares—. Déjame quedarme esta noche. —Roza sus labios con los míos y me hace estremecer—. Haremos el amor hasta caer exhaustos.

Me siento como un insecto atrapado en una tela de araña. Me ha apresado entre sus redes y cuanto más intento escapar menos puedo huir. El corazón me bombea a un ritmo vertiginoso. Cuando junta sus labios a los míos, siento que me falta el aire, que me ahogo en un mar de sentimientos que no puedo controlar. Le rodeo el cuello con los brazos, aferrada a su cuerpo, como si él pudiera salvarme. Nos fundimos en un solo ser y entonces me siento segura. Una paz inunda mi alma al dejarme ir. ¿Cómo podía estar resistiéndome? Su boca me devora como si fuera un manjar mientras sus manos veneran cada rincón de piel. Las fuerzas me fallan y las rodillas se me doblan. Fernando se da cuenta y me lleva en brazos a la cama. Con mucho cuidado, me apoya la cabeza en la almohada. Aprovecha ese momento para quitarse la ropa que le quedaba puesta y sacar del bolsillo del pantalón una caja de

preservativos que deja sobre el cabecero. Después se acomoda a mi lado y no duda ni un segundo en volver a besarme. Todas esas sensaciones extrañas que tenía han desaparecido para dar paso a una pasión desenfrenada. Miro su cuerpo musculado, duro y perfecto y me convierto en pura lava. Acaricio sus nalgas y cierro los ojos. Acude a mi mente la imagen de él alejándose de mí el primer día que lo conocí, cuando imaginaba poder tocar ese culito tan prieto. Ahora lo tengo aquí y es todo mío.

—Virginia... —Oigo su voz amortiguada contra mi cuello—. Deja de hacerme eso, que no respondo. Estoy intentando ir con calma y me resulta muy difícil si me tocas de esa manera. ¡Llevo horas empalmado!

—¿Vas a quedarte a dormir? —Extrañado por mi pregunta levanta la cara y me mira a los ojos.

—Sí, ¿no quieres que lo haga?

—Sí, pero, ¡déjate llevar! Si te corres pronto, hay condones de repuesto y una larga noche por delante para usarlos.

—¡Ay, Señor! —suelta jadeante—. No me digas eso que la caja solo trae tres.

—¡Pues tienes tres tiros, vaquero! —Rompo a reír y él me secunda.

—Puede que con usar el rifle dos veces sea suficiente, no soy un adolescente.

—Ya veremos. —Me encojo de hombros.

Con los ojos chispeando de expectación, se sitúa de rodillas entre mis piernas, coge un preservativo de la caja, rasga el envoltorio con los dientes y se lo coloca.

—Vaya ginecólogo de pacotilla estás hecho... ¡No se debe abrir así! Podrías romperlo.

—Gina, no me sermonees. —Me alza por las caderas y me penetra sin más.

Le he pedido rapidez y me la ha dado. Lo que no esperaba es que fuera tan deprisa. Sabía que estaba muy mojada, por eso lo ha hecho, sé que nunca me haría daño. En esta posición siento como si

entrara hasta las mismísimas entrañas. Una vez dentro, no se mueve, me deja adaptarme unos segundos. Manteniendo la posición, acaricia con mucho cuidado el clítoris. Con su roce, el placer recorre mi cuerpo y alzo más las caderas buscando que se hunda más en mí, que me embista una y otra vez. Con suma lentitud, empieza a moverse sin dejar de tocarme. Sale centímetro a centímetro para después hundirse con fuerza. Su dedo juguetea entre mis pliegues, volviéndome loca.

—¡Oh, Dios! Fernando... —jadeo de placer.

—Dime, Virginia. Pídeme lo que quieras. No tienes más que decirlo — asegura cargado de deseo.

—¡Sigue, sigue! No pares, por favor —suplico.

El ritmo de sus embestidas va aumentando y ya me tiene al borde del abismo. Me aferro a las sábanas y las retuerzo entre las manos. El calor y el placer recorren mis venas a un ritmo vertiginoso. Arqueo la espalda buscando el máximo contacto. Siento que voy a estallar. Un orgasmo devastador se cierne sobre mí y me deja laxa como una muñeca de trapo entre sus brazos, sin energía. Justo entonces es cuando Fernando, tras unos fuertes empellones, culmina entre vigorosos gemidos. Se derrumba a mi lado y ambos intentamos recuperar el aliento.

—¡Vas a matarme, Gina! —susurra con una sonrisa. Se quita el preservativo y va en busca de otro de la caja.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—Prepararme para el segundo asalto. Me has dicho que tenía tres tiros.

—¡Oye, guapo! —Me pongo sentada para poder verle mejor—. Este ha sido a bocajarro. No sé si voy a aguantar otro.

—¿En serio? —Sonríe burlón.

—Me has dejado agotada, pensé que ibas a durar menos.

—¡Pero si no he durado nada! —Suelta una carcajada—. Dame una oportunidad de convencerte, si aun así no te apetece, prometo que te dejaré dormir.

—¿Me lo prometes?

—Por supuesto. Jamás te obligaría a hacer algo que no quieres.

—¡Vale! —Me encojo de hombros. No tengo nada que perder.

Este hombre sabe con exactitud dónde tiene que tocarme. Acaricia con las puntas de los dedos mis pechos y el abdomen, eso consigue que me relaje. No parece que sea nada de carácter sexual. Sé que lo hace para que me confíe y lo está logrando. Empieza a besar cada porción de mi piel sin dejar de tocarme. De vez en cuando, también pasea la lengua y después un suave mordisquito. Es tan agradable... Poco a poco se va acercando a las zonas más erógenas y a estimularlas. Cuando me quiero dar cuenta ya estoy jadeando de placer. Al ver que ya me tiene como él quería, se lanza de lleno a las puntas de mi pechos, las apresa entre sus dientes y luego las acaricia. Con la palma de la mano presiona sobre el pubis y hace ligeros giros. Abro las piernas buscando más fricción y, al ver mi meneo, mete un dedo por la vagina. ¡Qué gusto cada uno de sus movimientos! Sabe con exactitud cómo debe tocar, cuando hacerlo y con qué intensidad. Su experiencia tocando a las mujeres es infinita. ¡Ha tocado a cientos de mujeres! ¡Puede que a miles!

—¡Para! —Él obedece de inmediato.

—¿Te he hecho daño? —pregunta preocupado.

—No, es que me ha venido a la mente unas horribles imágenes tuyas tocando a miles de mujeres —susurro angustiada.

—Gina, no tiene nada que ver lo que hago en mi consulta con esto. Para hacer una exploración utilizo guantes y apenas son unos segundos. El resto es con instrumental. No es algo agradable para ninguno de los dos, aunque procuro que sea lo más cómodo posible para la paciente.

—Es que lo haces tan bien... Sabes dónde tocar.

—La experiencia de ese tipo no la he adquirido en mi profesión, es a base de probar y errar como cualquier otro hombre. Y te juro que, muchas veces, no sé lo que estoy haciendo, experimento, como hago ahora contigo. Si todo esto es por culpa de haber introducido los dedos en la vagina, procuraré no hacerlo más. Ha

sido eso lo que lo ha desencadenado, ¿verdad?

—Supongo que sí. —Me encojo de hombros. Fernando menea la cabeza con disgusto—. Espera un momento, ¡no es la primera vez que te pasa!

—Por desgracia, no. Sobre todo, cuando intento llevar una relación estable, siempre sale a relucir. Es la primera vez que me pasa con alguien que apenas me he acostado un par de veces.

—¡Yo no pienso dejar que me afecte! —digo enfurruñada—. Tienes razón, es estúpido. Me lo estaba pasando de muerte hasta que me ha venido a la cabeza esa ridícula idea. Si no te importa, ¡vamos a continuar! —Agarro su mano y la pongo sobre el pubis.

—¿Así que lo estabas pasando de muerte? —Sonríe de medio lado. Yo asiento y trago saliva. Está tan *sexy* cuando hace eso—. Hay una cosa que estoy deseando hacerte. Quiero que cierres los ojos y que confíes en mí.

Suelto un suspiro y le hago caso. Noto cómo se pone entre mis piernas y apoya las manos a ambos lados de mi cabeza. Empieza a darme tiernos besos por toda la cara. Luego baja por la clavícula hasta llegar al cuello. Me da toquecitos con la punta de la lengua y después sopla. Escalofríos de placer recorren mi cuerpo. Continúa dejando un sendero de dulces y húmedas caricias hasta mis pechos, donde se entretiene con cada uno de los montículos. Sigue bajando hacia el sur pasando por mi abdomen, el ombligo y acaba entre mis piernas. Siento un calor abrasador al notar sus tiernos labios en la zona genital. Al empezar a juguetear con la lengua, ya me vuelve loca. Con extrema delicadeza, succiona el clítoris y hace que me retuerza de gozo. Los lengüetazos insistentes y sus hábiles dedos acariciándome los pezones me hacen gemir de puro placer. Al ver que el clímax se acerca, me incorporo y le hago tumbarse. Me coloco sobre él y le succiono el labio inferior. Muevo las caderas y dejo que se pasee el glande por la entrada de la vagina. Fernando, desesperado intenta entrar, pero no se lo permito. Apenas consigue introducir la punta. Bajo por su cuerpo y, como ha hecho él, beso cada recoveco hasta llegar a su entrepierna. Yo no me demoro tanto, creo que no lo soportaría. Agarrando con firmeza su verga, la introduzco en mi boca sin más miramientos.

Se tensa y retuerce de dicha entre las sábanas. Poco después me indica que debo parar y vuelve a tumbarme de espaldas en la cama, se pone el preservativo y se entierra en mí. Nos miramos a los ojos y nos besamos, nos devoramos, mientras bombea sin descanso dentro de mis entrañas. Noto que cada vez está más tenso, que está a punto de liberarse. Alzo mis caderas para acoplarme mejor y acompañarlo en el orgasmo. Al oír sus gritos de placer, le sigo sin remedio. Derrotados y jadeantes, nos quedamos dormidos entrelazados.

Capítulo 18

El despertador nos sobresalta a ambos y salimos de la cama somnolientos. Nos vamos pasando las piezas de ropa sin la necesidad de mediar palabra, como si lo hubiéramos hecho toda la vida. Dejo que él entre antes en la ducha mientras voy a preparar el desayuno.

—Buenos días. —Me recibe Laura con una sonrisa burlona—. ¡Menuda nochecita!

—Cállate, por favor. Estoy muerta de sueño y con un dolorcillo allí abajo... —Cruzo las piernas y me muerdo el labio.

—Así que el jefe te ha dado caña, ¿eh? ¿Tiene el paquete tan grande como aparenta? —Un carraspeo se oye a nuestra espalda y mi amiga se queda lívida.

—Buenos días —dice Fernando con voz enronquecida.

—¡Buenos días, doctor Martínez! —Casi se cae de la silla al verlo entrar.

—Por favor, no me llames así y sobre todo después de haber dicho eso. — Le da la espalda y me besa en los labios—. He de irme, no puedo quedarme a desayunar. No hace falta que me acompañes. Ya hablaremos más tarde.

—Vale. —Me da otro beso y se va. En cuanto se cierra la puerta recibo un capón de mi amiga—. ¡Ay!

—¡Joder! ¿Por qué no me has avisado de que aún estaba en casa? —grita con la cara colorada por la vergüenza que acaba de pasar.

—¡No me ha dado tiempo! Eso te pasa por bocazas. —Me río entre dientes—. Y sí, tiene un buen paquete.

—¿Por qué me dices eso? Ahora sí que no voy a poder mirarlo a la

cara en el trabajo.

—Pero ¡si has sido tú la que ha preguntado!

—¡Porque pensaba que me ibas a mandar al cuerno! —Se echa las manos a la cara—. Y ahora qué voy a hacer...

—Deja de dramatizar, sabes que no te va a decir nada.

—¡No va a hacer falta que diga algo! Lo veré con esa cara tan seria y sabré cómo la tiene de grande.

—No es un tío serio, siempre está de buen humor.

—¡Contigo se deshará en sonrisas, pero con el resto de personal, no! Siempre es muy formal, prudente y recto con todo lo que hace. ¡Déjalo estar! tú no puedes verlo del mismo modo. Solo espero que hoy no me toque trabajar con él. Voy a vestirme, que se hace tarde. En diez minutos salimos. — Enfurruñada, desaparece dentro de su habitación.

De camino a la clínica, Laura pone la radio a todo volumen, lo que me da a entender que no tiene ganas de hablar. Lo respeto y me mantengo en silencio. Ella tiene que trabajar muchos días codo con codo con Fernando y debe de estar un poco tensa por la reacción que pueda tener. Sé perfectamente que no va a hacer nada que pueda incomodarla, actuará con normalidad. Va a ser su bulliciosa imaginación la que se lo haga pasar mal.

—Buenos días, Julia. ¿Qué tal la mañana? —me dirijo a mi compañera, que parece alterada.

—Buenos días, Gina. ¡Ven para aquí rápido que tengo noticias jugosas! — Palmea mi silla con nerviosismo.

—¿Qué pasa? —Antes de que pueda acomodarme, la mujer ya empieza a contarme.

—¡Hoy a llegado el doctor Martínez con la misma ropa de ayer! — susurra rozando el histerismo.

—¿Y qué? —Me encojo de hombros y procuro hacerme la desinteresada.

Creo que ya me puedo imaginar por dónde van los tiros.

—¡Pues que ha llegado sin afeitar y sin cambiar! ¡Eso es que se ha quedado en casa de alguna amiguita! Y creo saber a ciencia

cierta con cuál de ellas... —Ríe misteriosa, levanta las cejas un par de veces y se tapa la boca con la mano.

Me he quedado congelada. Un frío repentino se ha apoderado de mí y el corazón se me ha parado. ¿Cómo es posible que se haya enterado esta cotilla de que Fernando ha pasado la noche conmigo? ¡No sé qué hacer! ¡Tengo que hablar con él antes de que lo sepa todo el personal, si es que no lo saben ya!

—Por Dios, chica, ¿te encuentras bien? Estás tan blanca que parece que te va a dar algo. Yo que quería charlar de las correrías de nuestro jefe y tú vas y te pones mala. Esa guarrilla hacía tiempo que no aparecía por aquí. ¿Quieres que te traiga un té o, mejor, una tila?

—Espera un momento, ¿de qué guarrilla hablas? —consigo pronunciar.

—Pues de la que ha pasado la noche con él. Apareció esta mañana al poco de llegar. Podrían haber sido más discretos y esperar un poco antes de que ella entrara para que no nos diéramos cuenta de que habían venido juntos. Pero a mí no me engañan. —Menea la cabeza con suficiencia—. Ha hecho que lo llamara y la ha dejado pasar de inmediato, como siempre.

—¿Esa mujer aún está aquí?

—¡No! Se fue enseguida. Hoy tiene una agenda muy apretada. No parecía tan contenta como otras veces. Seguro que no la ha dejado satisfecha. —Ríe entre dientes.

—Entonces, ¿viene a menudo?

—Hacía un tiempo que no la veía. Aunque el que no venga por aquí, no garantiza que no frecuente su cama.

—¿Y hay otras chicas a parte de esa? —pregunto temblorosa. No debería hacerle preguntas al respecto, pero soy débil y me dejo llevar por la curiosidad y los celos.

—¡Claro! Este no es hombre de una sola flor. —Suelta una carcajada—. Por aquí han pasado amigas de todo tipo —hace énfasis en la palabra amigas y dibuja unas comillas imaginarias con los dedos.

Se me está revolviendo el estómago. Sé que no ha estado con esa mujer esta noche porque la ha pasado conmigo y, sin embargo, me estoy volviendo loca de celos. Puede que yo no sea más que una de sus «amigas» y mañana le toque a ella. O quizás solo sea que me estoy dejando llevar por la enfermiza imaginación de mi compañera de trabajo. Ahora mismo lo que más me apetece es correr a su consulta a pedirle explicaciones. Tengo que controlarme. Si vuelvo a hacer algo parecido a lo de ayer, va a pensar que soy una chalada.

—¿A que no adivinas con quién estoy trabajando? —suelta con sarcasmo Laura, mientras esperamos en la cola de la cafetería.

—¿No me digas que te ha tocado con él? Seguro que no ha sido para tanto.

—Es él quien lo decide. Así que lo ha hecho a propósito el muy cabrito. ¡Y sí que ha sido para tanto! Lo he visto reír un par de veces cuando pensaba que no le miraba.

—¿En serio? —Sonrío solo de imaginarlo.

—De verdad, me daban ganas de tirarle el instrumental a la cabeza. Y a ti, ¿qué tal?

—Un poco rara. Nada más llegar Julia me ha dicho que una de las amiguitas de Fernando ha estado aquí a primera hora. Ha pensado que, como ha llegado sin cambiar, había pasado la noche con ella. —Mi amiga mira a nuestro alrededor antes de preguntar:

—¿De quién se trata?

—No tengo ni idea. He pensado que era mejor dejarlo pasar, por lo menos hasta que pueda hablar con él en privado.

—¡No me lo puedo creer! ¿Pensar? ¿Quién eres y qué has hecho con Gina? —Se ríe y yo doy un resoplido.

—A veces utilizo el cerebro, aunque no te lo creas —bromeo.

Cuando ya nos sentamos, por el rabillo del ojo veo cómo entra una chica sin uniforme, cosa poco común en la cafetería de personal, y me giro para ver de quién se trata. No sé qué me sorprende más: si descubrir que ya la conozco o que le acompañe

el doctor Martínez. Es la rubia de la fiesta de Sara, la que me dijo en la piscina que Fernando tenía novia. La saludan con confianza otros médicos de la sala y los invitan a sentarse con ellos en su mesa.

—¿Conoces a esa? —No hace falta que le diga más a Laura, ella también los mira.

—Sí. Es su ex. —Me palmea la espalda—. Ahora respira y recuerda lo que me acabas de decir de utilizar el cerebro. Ya no están juntos.

—Entonces, ¿por qué está aquí? No es lo más normal del mundo presentarse en el trabajo de tu exnovio y comer juntitos.

En ese momento Fernando repara en mí, se excusa ante sus acompañantes y viene hacia nosotras. La rubia se interesa en saber a dónde se dirige y me encuentra entre la multitud. Su sonrisa perfecta se congela al verme, aunque pronto la recupera y me mira desafiante.

—Hola, señoritas —el doctor Martínez nos saluda muy formal. Se agacha para poder hablar y que no le escuche nadie de alrededor —. Necesito que me llames en cuanto te quedes sola. Tenemos que hablar.

En mi mente no paro de repetir una y otra vez: «¿¡Qué haces con esa!?», pero por un milagro divino, me controlo y, como una niña buena, asiento. En cuanto tiene la respuesta vuelve con sus colegas y la rubia lo recibe con una sonrisa triunfal. La comida se vuelve tediosa. Me es imposible mirar a otro lado que no sea a su mesa, y esa arpía no deja de tocarlo. De vez en cuando me mira de soslayo y se ríe como si se estuviera burlando de mí. Hasta Laura lo ha admitido y me ha confirmado que no eran imaginaciones mías. Esa bruja ha venido a marcar territorio. He de ser más lista y esperar, no caer en su trampa y montar un numerito. Sí la lío aquí delante de todos, Fernando va a tener que despedirme. Necesito este trabajo para rehacer mi vida.

El resto de la tarde se me ha hecho larguísima. En más de una ocasión he estado tentada de preguntarle a Julia si la rubia era la mujer que vino por la mañana, pero he sabido contenerme. Está visto que la información que me ofrece mi cotilla compañera está

distorsionada y se aleja bastante de la realidad. Si me hubiera dicho que sí, no habría servido para otra cosa más que para ponerme nerviosa. Poco a poco, voy empezando a controlarme. Cuando estaba con mis padres, esto hubiera sido imposible de lograr. Un pequeño paso en la dirección correcta.

Por fin estoy sola y llamo a su despacho como me ha pedido en la cafetería. Por mucho que diga que me estoy conteniendo, por dentro estoy como un volcán en erupción. Se me llevan los demonios solo con pensar que me vaya a decir que ha vuelto con su ex y que ya no nos vamos a ver más.

—¿Sí? —responde con voz aburrida.

—Soy Gina. Me has pedido que te llamara cuando no hubiese nadie.

—¡Hola! —le cambia el tono a uno más animado—. ¿Puedes venir? Tenemos que hablar.

—Claro. Ahora mismo voy. —Corto la comunicación.

Cuando alguien te dice: «Tenemos que hablar», ¡malo! Seguro que esa bruja de labios rojos y dentadura perfecta lo ha convencido para que le dé otra oportunidad. Aunque estoy dando por hecho que fue Fernando el que la dejó y puede que fuera al revés. ¡A lo mejor está deseando volver con ella! Sea lo que sea, pronto lo averiguaré. No me hace falta llamar, la puerta está abierta y me espera apoyado en el marco.

—Hola, preciosa. —Me recibe con una amplia sonrisa.

—Hola. —Lo miro embobada.

En cuanto cierra la puerta tras nosotros me besa en los labios. Eso me hace tener esperanzas. No aguanto más este suspense. ¡Que me diga de una vez qué quiere!

—Siéntate. —Le hago caso y él se acomoda a mi lado, y no del otro lado de la mesa— Verás, sé que te dije que hoy a lo mejor podíamos vernos, pero no va a ser posible. Me ha surgido algo inesperado.

¿Se está inventando una excusa? ¡Ah, no! A mí que me venga con la verdad por delante.

—¡Ah!, ¿sí? ¿El qué? ¿Qué eso tan inesperado? —digo con retintín y cruzo los brazos.

—¿Estás enfadada?

—¡Nooo! ¿Tengo motivos para estarlo?

—Ninguno. —Eleva los hombros con inocencia—. He pensado que lo más probable es que te enfadaras mucho conmigo si te obligaba a venir a cenar con mis padres esta noche.

—¿Qué...? —Ahora sí que me ha dejado descolocada.

—Todo ha sido por culpa del bocazas de mi hermano. Se le ha ocurrido decirle a mi madre que me estoy viendo con una chica y se ha puesto como una loca porque no se lo había contado. Después ha empezado a insistir en que te llevara a casa esta noche y nos reuniéramos toda la familia antes de que se fuera Daniel. Entiendo que no quieras ir, yo no lo haría.

—Sí que quiero ir. —Lo he dejado de piedra. Me mira con las cejas arqueadas y la boca abierta. Lo lleva claro si pretende engañarme.

—¿En serio? ¿No te importa pasar la velada con mi familia?

—¡Por supuesto! No te imaginas lo mucho que me apetece. Soy muy casera, ¿sabes?

—Esto sí que no me lo esperaba. ¡Está bien! —Asiente y se pone en pie mientras se rasca la coronilla—. Te paso a recoger a las nueve, ¿crees que ya estarás lista?

—Sin duda. —Sonrío llena de maldad—. ¿Son muy conservadores? Lo digo por si he de vestirme arreglada o informal.

—Son bastante conservadores. Yo llevaré corbata, pero tú puedes ir como quieras, no te preocupes.

—Gracias, lo tendré en cuenta. Nos vemos luego. —Me levanto, le doy un beso en la mejilla y salgo del despacho contoneándome.

Daría cualquier cosa por ver su cara ahora que me he ido. Me muero de ganas de saber si cancelará la cita conmigo o con ella. ¡Vaya excusa más ridícula se ha inventado para poder quedar con la rubia! Ninguna madre quiere invitar a la amiguita de su hijo en una reunión familiar. ¿En qué cabeza cabe?

¿Cuánto va a tardar en llamarme y decir que hay un cambio de planes? ¿Dirá que ahora su madre no quiere? ¿Que se encuentra mal? Venga con el cuento que venga, estaré preparada para contraatacar.

Capítulo 19

Como no sé a dónde va a llegar con la pantomima de tener que ir a casa de sus padres, me he puesto mi mejor vestido sin espalda, los zapatos de tacón más altos y exclusivos, el pelo en un precioso recogido y rociada del perfume más caro. Cuando me vea, si es que llega a venir, va a alucinar.

—¡Por Dios, Gina! ¡Estás que rompes! Pareces una actriz de cine. —Laura da una vuelta a mi alrededor.

—Digamos que hoy tengo que interpretar mi mejor papel. —Me retoco el cabello, aunque no hay nada que colocar, lo hago por pura tensión.

—¿Has pensado en la posibilidad de que te lleve de verdad a casa de su familia?

—¡Por favor! ¡Claro que no! —Ahora me aparto una pelusa inexistente de la falda—. Eso es imposible, no soy su novia. Ningún hombre llevaría a su ligue a conocer a su madre. Estoy deseando ver qué hace conmigo.

—¿Estás segura de que quieres seguir con esto?

—Si tengo que romper con él, ¡que sea a lo grande! —Mi amiga menea la cabeza con preocupación.

Mi teléfono empieza a sonar. Aquí viene lo que tanto he estado esperando.

Sonrío con tristeza antes de responder.

—¡Hola! ¿Ocurre algo?

—No, te estoy esperando abajo. ¿Estás lista?

—Sí, claro. Ahora mismo voy.

Corto la comunicación y meto el móvil dentro de mi bolso. Miro a mi

compañera de piso extrañada. Este hombre es muy listo, ¿hasta dónde va a llegar con esto? Si espera que yo me raje, ¡va apañado!

Al salir del portal no tardo en dar con él, está en el único deportivo de lujo de la calle. Este coche no lo había visto. Al verme llegar, sale y viene a abrirme la puerta.

—¡Caramba, Virginia! Estás preciosa. —Me acaricia la espalda desnuda y me besa en los labios.

—Gracias. —Nos montamos en el vehículo. Una vez dentro, me observa extrañado.

—¿Te encuentras bien? Puede que sean cosas mías, pero estás muy rara. Se te ve ausente y como disgustada. ¿He hecho o dicho algo que te haya podido molestar?

—¡No! ¡Qué tonterías dices! Solo estoy un poco nerviosa por conocer a tus padres. —Finjo una sonrisa. ¡Confiesa de una vez!

—¡Y no es para menos! Mi madre es muy pesada y seguro que te va a someter a un sinfín de preguntas comprometidas. Ya procuraré ponerle freno, no te preocupes—. Me sonríe y aprieta mi mano con cariño.

Pone el vehículo en marcha y se incorpora al tráfico. Llevamos unos minutos y no sé a dónde demonios me lleva. Está consiguiendo que pierda los nervios.

—¿Vas a decirme de una vez a dónde me llevas? —pregunto crispada.

—Perdona, no sabía que te pusiera nerviosa no saber a dónde nos dirigimos. Vamos a El Viso. No tardaremos mucho en llegar. —Me mira extrañado.

—¡Ay, no! —susurro con la cara enterrada entre las manos—. Vamos de verdad a casa de tus padres...

—¡Pues claro! ¿A qué viene todo esto?

Antes de contestar, respiro y pienso. Si le digo en la encerrona en la que lo quería meter, va a desconfiar de mí. ¿De qué me va a servir cabrearlo justo antes de entrar en casa de su familia? Me inventaré la mejor de las excusas y me lo meteré en el bolsillo.

—¿Qué te pasa, Gina? —susurra con ternura.

—Es que estoy muy nerviosa... ¿Y si no les gusto?

—¡Oh, cariño! No te preocupes, les vas a encantar. —Acaricia mi rodilla—. Si ya sabía yo que te pasaba algo...

Los minutos que nos separaban de nuestro destino los paso histérica, perdida. Yo venía dispuesta a pelearme con él por mentiroso y ahora resulta que voy a cenar con su familia. ¡Con lo poco que me gustan a mí estas cosas! ¡Qué mal cuerpo se me está poniendo!

—Mira, es ahí. —Señala una gran casa rodeada de palmeras, jardines y árboles de todo tipo—. Aquí me he criado. La restauraron hace pocos años y le dieron una nueva imagen, pero no ha perdido su encanto.

—Es muy bonita —consigo pronunciar.

Abre los portones con un mando a distancia y vamos por un camino de grava hasta llegar al garaje. Los jardines están llenos de plantas ornamentales exóticas y muy bien cuidadas. La fachada es blanca y con tres alturas.

—Vamos por la entrada principal. Si entro por la cocina contigo, a mi madre puede darle un ataque. —Al salir del coche entrelaza sus dedos con los míos y me guía hasta puerta.

¡En qué berenjenal me he metido! Aún conservo la esperanza de que me diga que no es verdad y que se va a largar con la rubia.

Toca el timbre y nos abre una mujer dando gritos y saltitos. Lleva el pelo con mechas rubias y tiene una figura estupenda. Es muy elegante.

—¡Hola! ¡Pasad, pasad! ¡No os quedéis ahí!

Aprieto con fuerza la mano de Fernando, que se da cuenta del cambio y me acaricia los nudillos con el pulgar para tranquilizarme.

—Hola, mamá. De verdad, no hace falta que grites. —Le da un beso en la mejilla—. Ella es Virginia.

—¡Madre mía! Eres preciosa. —Me besuquea, emocionada.

—Muchas gracias, señora. —respondo con educación.

—¡De eso nada! Tienes que tutearme. Me haces sentir vieja. —Se

ríe—. Soy Marta. —Se retoca el peinado, muy coqueta.

—De acuerdo, Marta —digo titubeante. Fernando sonríe por lo bajo.

—Vamos, nos están esperando en la parte trasera. —Nos indica el camino yendo ella primero.

—Te lo había advertido —me susurra Fernando en el oído. Pongo los ojos en blanco.

Tras unas grandes cristaleras, aguarda el resto de la familia. Hay un jardín espléndido, con un frondoso césped, grandes maceteros con distintas especies de flores y plantas, y una piscina con trampolín. El lugar es precioso, el problema es que tengo a su padre mirándome con cara de malas pulgas y a Daniel, su gemelo, vestidito de traje y corbata del mismo color que Fernando. Me aferro con fuerza a su mano y le suplico con la mirada que no se aparte de mí. No sé qué es peor, si que me deje sola con el ogro de su padre o que no sepa reconocer al tío con el que me acuesto.

—Hola, papá. ¿Qué tal estás? —Abraza a su padre.

—Bien, hijo —le responde, aunque no me quita ojo—. ¿Y esta jovencita?

—Ella es Virginia.

Me acerco con la mano alzada para que me la estreche y me sorprende dándome dos besos. Con el aspecto tan serio que tiene, pensé que no querría saludarme de ese modo.

—Bienvenida a nuestra casa, Virginia. Yo me llamo Arturo.

—¿A que es preciosa? —Su mujer le abraza por la cintura mientras me mira muy risueña.

—Es una chica muy bonita, sí —confirma el hombre con ese aire tan respetuoso.

—Hola de nuevo, Virginia —me saluda Daniel con unos besos.

Estoy apabullada con tanto formalismo. Seguro que ahora se van a poner a hacerme un montón de preguntas que no voy a poder responder. Y como a su gemelo se le ocurra mencionar delante de sus padres que lo abofetee, me va a dar un ataque.

—¡Gina! —Oigo que me llaman desde dentro de la casa. Es

Miriam, que llega con su hija en brazos—. Me alegro mucho de que al final hayas podido venir. —Le pasa la niña a su marido y luego me da un abrazo.

—Es un placer volver a verte —le respondo.

—¡Bueno, chicos! Ahora que estamos todos vamos a sentarnos para que nos sirvan la cena —anuncia Marta.

Poco después ya me encuentro un poco más relajada. La disposición de la mesa me ha favorecido mucho; tengo a Fernando a mi izquierda y a Miriam a mi derecha con la pequeña Sofía dormida en su moisés. Hay conversaciones distendidas aflorando por todos lados. Los hombres han empezado a hablar de trabajo y nosotras de bebés. Eso de que haya una mamá reciente en la mesa da mucho juego. Todo funcionaba a la perfección hasta que, al servir los postres, Marta ha venido con el pretexto de ver a su nieta dormir y se ha acomodado entre nosotras.

—¿En qué zona de Madrid vives? —empieza con las preguntas.

—No distingo muy bien los barrios, pero creo que es cerca de Vallecas. — Será mejor que no sea muy explícita.

—Entonces, hace poco que te has mudado. ¿De dónde eres? Tienes un acentillo raro.

—De Levante.

—Por Dios, criatura, Levante implica varias provincias. ¿Cuál es tu ciudad?

¿O pueblo?

¡¡Socorro!! Fernando está enfrascado en una afanada charla con su padre y su hermano y no se da cuenta de que su madre ha empezado con el interrogatorio que él debía evitar. Después de la ciudad querrá saber quiénes son mis padres, de qué trabajan, como se llaman, y ¡no puedo decírselo! Si es muy cotilla quizás se quiera poner en contacto con ellos y eso sería mi perdición. He de pensar un buen pretexto para que deje de meterse donde no le llaman.

—Prefiero no hablar del tema —suelto lo primero que me viene a la cabeza. ¡Qué poca imaginación tengo!

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo hablar de donde tú eres? —Me mira extrañada. Incluso Miriam me observa sorprendida.

—Si es que no puedo hablar del tema, yo... —Hago un puchero. Me siento acorralada.

—Hija mía, ¿no le habrá pasado una desgracia a tu familia? —pregunta con cautela.

¡Eso es! Si les digo que mis padres están muertos, no me preguntarán más sobre el tema. Así que asiento y mis dos compañeras se echan las manos a la boca, horrorizadas.

—¿No tienes padres ni hermanos? —Niego con un ligero movimiento de cabeza—. ¡Ay, pobre niña! Cuanto lo siento. ¿Fue algo repentino?

—Un accidente de coche el año pasado. —Las dos mujeres me agarran de las manos—. Ahora estoy mejor, pero no me gusta hablar del tema.

—No me extraña. —Me mira Miriam con tristeza.

—¿Vives sola? —insiste Marta.

—Con una amiga. La conozco desde que éramos pequeñas. Es como una hermana para mí. Y ahora, por favor, vamos a hablar de cosas más alegres o me voy a poner a llorar y arruinaré la velada.

Gracias a mi último comentario, consigo desviar la conversación. Menos mal que se lo han tragado. Así podré tener esa parte de mi vida enterrada para que nadie pueda hurgar en ella.

—¿Me acompañas a dar un paseo por el jardín? —me ofrece Miriam cuando su suegra se ha incorporado a la charla de los hombres.

—Vale —respondo complacida.

Nos levantamos, nos sacamos los zapatos y caminamos descalzas por el refrescante césped. No es una gran extensión, pero sí lo suficiente como para alejarnos y que no escuchen nuestra charla.

—Me he dado cuenta de algo que sé que te apura mucho —me dice cuando ya no pueden oírnos.

—¿De qué? —Intento mostrar naturalidad, aunque me muero de miedo por su posible respuesta.

—He visto que no distingues a Fernando de Daniel, ¡y no te

culpo! A mí me pasaba igual cuando los conocí. Siempre esperaba que dijeran algo para saber de quién se trataba y memorizaba el color de su camisa o cualquier detalle que me ayudara. Los gemelos idénticos casi siempre tienen algo diferente como un lunar, una marca de nacimiento, un remolino en distinta dirección... Ellos, no. Sin embargo, son muy distintos y estoy segura de que, si me haces caso, podrás saber quién es quién sin dificultad.

—Por favor, dime cómo hacerlo. —Le presto toda mi atención. Es frustrante no distinguirlos.

—De acuerdo. Cierra los ojos y piensa en Fernando. Recuerda su voz, su forma de moverse, su sonrisa, su mal genio... —Se ríe—. ¡Vamos! ¿A qué esperas?

Le hago caso y me viene a la mente el primer día que lo conocí. La expresión de sus ojos, su sonrisa y cómo se marchó corriendo. Después lo visualizo en su despacho, serio y formal. Y, por último, me vienen unos fogonazos de sus labios besándome, sus ojos mirándome como si fuera la mujer más hermosa sobre la faz de la Tierra, moviendo sus caderas para enterrarse en mí...

—Creo que, por tu sonrisa, has pensado más que suficiente en él. —Reímos las dos—. Abre los ojos y retén su imagen en la retina, no los detalles, sino su esencia, su personalidad. Ahora mira hacia donde están ellos y dime cuál de los dos crees que es.

Me giro y los veo de pie. Esto es ridículo. Están demasiado lejos, no distingo el color de sus corbatas que era por lo que los podía diferenciar. Esto es una tontería, voy a saber quién es quién porque uno tiene a la niña en brazos. Pero algo me llama la atención. El que yo creía que era Daniel sosteniendo a su hija sonríe y hace un movimiento que me resulta familiar.

—No puede ser —susurro—. ¡Es Fernando el que sostiene a la niña!

—¡Sí! ¿Lo ves? Te dije que podrías hacerlo. La fachada es igual, pero el interior es totalmente distinto. Hasta la voz, que sale de dentro, también es distinta. Fernando la tiene más grave. Cada vez te resultará más fácil. —Se coge de mi brazo con una sonrisa.

—Gracias, Miriam.

—Un placer.

No puedo describir la alegría tan grande que siento en este momento. Es una gozada darse cuenta de que mi chico es único de nuevo.

Capítulo 20

Al final, la reunión familiar no ha resultado ser tan mala como esperaba y he sacado algo muy bueno de provecho: distinguir a los gemelos. La pequeña mentira que les he contado sobre mis padres no creo que acarree
consecuencias negativas. Como les he dicho que sufro al pensar en ello, no volverán a mencionarlo. ¡La noche ha salido redonda!

—Creo que no ha ido del todo mal, ¿no? —me comenta Fernando ya en el coche.

—La verdad es que no. Lo he pasado bien. —Le obsequio con una sonrisa y él me la devuelve.

—Aún es temprano, ¿te apetece ir a tomar una copa? Conozco un sitio bastante discreto donde no creo que tengamos problemas de que nos reconozcan.

—Por mí, bien.

La verdad es que me muero por un trago. Antes no he querido probar el vino por miedo a que se me soltara la lengua. La idea de contonearme al son de la música y beberme un combinado en un pub de moda me apetece mucho.

En cuanto veo dónde aparca el coche, me doy cuenta de que no vamos a ir a ningún sitio divertido. Al llegar al local se me cae el alma a los pies. En el cartel publicitario exterior indica que toca un grupo de jazz. ¡Yo quería bailar!

—Por tu cara creo que no te entusiasma este tipo de música. —Observa mi acompañante con una mueca.

—No mucho, la verdad. Pensaba que me ibas a llevar a algún sitio más movido. No me acuerdo del nombre, pero con Laura estuve en un sitio genial donde encontramos a Sara y Jess en uno de los reservados. La música era estupenda y había mucha gente.

—Creo saber dónde me dices, pero no podemos ir. Nos podrían ver juntos y eso no sería nada bueno. Aquí es bastante improbable que nos reconozca nadie.

—¡Fernando! —alguien a su espalda lo llama. Él arquea una ceja y yo no puedo evitar soltar una ligera carcajada.

Nos giramos para ver de quién se trata y cuál es mi sorpresa cuando veo que se acerca la rubia de morros rojos y perpetua sonrisa.

—¡Qué casualidad encontrarte aquí! —Se echa a sus brazos—. ¿Has venido solo?

—No, me acompaña Virginia. —Me pasa el brazo por los hombros.

Por una fracción de segundo veo cómo esa arpía pierde la compostura al ver el modo en que Fernando me aproxima a su cuerpo. Aunque se recompone igual de deprisa.

—¡Genial! Hola, Virginia. —Me mira de la cabeza a los pies—. Soy Carol. Es un placer conocerte al fin. Últimamente Nandy no hace otra cosa que no sea hablar de ti.

—¿Nandy...? —pronuncio con cara de asco.

—¡Oh! Disculpa. —Ríe entre dientes—. Es que yo lo conozco de toda la vida y le llamo así desde que éramos unos adolescentes.

—¡Vaya! Pues es curioso que tu Nandy nunca te haya mencionado. —Nos miramos desafiantes.

—¿Y si entramos a tomar una copa? —Nos interrumpe Fernando.

—¡Estupendo! Debe de estar a punto de empezar a tocar esa chica tan buena que te había comentado en el almuerzo. —Abre la puerta y pasa ella primero.

—Una copa y nos vamos, te lo prometo. Cuando estemos a solas te explicaré quién es Carol —me asegura antes de entrar.

—De acuerdo. —Acepto, aunque no tengo ningunas ganas de estar en compañía de esa mujer.

No muy lejos del pequeño escenario, Carol ocupa una mesa y nos indica que nos sentemos a su lado.

—¡Vamos, chicos! ¿Qué queréis tomar? A la primera ronda invito yo —nos advierte en cuanto llegamos.

—De eso nada. Nosotros tomamos una y nos vamos. Nos esperan en otro sitio, ¿verdad, Gina? —Me mira de soslayo. ¡Qué mal miente este hombre!

—Sí, nos esperan en casa de Henry. He quedado con Sara y, ya sabes, como tienen un bebé, no podemos tardar mucho. —Encojo los hombros con inocencia.

—¡Oh! —Pierde la sonrisa—. Como queráis.

Una jovencísima estadounidense sale al escenario con su clarinete. Le acompañan un hombre de pelo cano a la trompeta y un violonchelista muy flaco y alto. Empiezan a tocar mientras tomamos las bebidas que, tras mucho insistir, ha pagado Carol. El grupo no lo hace mal, aunque yo no sepa apreciarlo. Para mí este tipo de música es un desbarajuste de notas sin sentido. Apuro la copa cuanto antes para poder largarnos de una vez. Fernando, al ver mi vaso vacío, se apresura a hacer lo mismo con el suyo. Después se disculpa para ir al baño antes de marcharnos.

—Así que trabajas en la clínica de recepcionista, ¿verdad? —me pregunta la rubia en cuanto quedamos a solas.

—Sí —Intento sonreírle, pero me sale una mueca.

—Es curioso... no debería estar saliendo contigo. —Niega con un gesto de cabeza mientras se muerde los labios.

—Solo estoy haciendo una sustitución. Pronto dejaré de trabajar para él. — Me pongo a la defensiva.

—Ya sé que no puede relacionarse con sus empleadas, pero no me refería solo a eso. ¿Qué clase de mujer puedes ser que, viviendo en Vallecas y trabajando de simple recepcionista, puede permitirse llevar un vestido de Armani, bolso de Gucci y unos Manolo Blahnik? Tarde o temprano te voy a desenmascarar, zorra. —Me palmea la mano y chasquea la lengua.

Retiro las manos de su alcance y veo que se ríe por mi reacción. En ese momento llega Fernando y me pongo en pie. O me voy de aquí ahora mismo o le voy a sacar los ojos a esta arpía.

—¿Nos vamos? —Miro suplicante a mi acompañante.

—Como quieras. Ya nos veremos, Carol. —Le da un beso en la

mejilla. Mientras lo hace ella me mira con una sonrisa triunfal.

—Voy a tener unos días libres, así que me pasaré a verte y de paso me haces un chequeo rutinario. Ya sabes que no me fio de otro ginecólogo que no seas tú.

—Ven cuando quieras y te hago un hueco.

—Gracias, Nandy. Hasta pronto. —Nos despide agitando la mano.

Salgo a la carrera del bar, ni siquiera miro si Fernando me sigue. Siento que me falta el aire. Una vez fuera respiro profundamente, pero no me sirve de mucho. Las lágrimas se me agolpan en los ojos, de rabia y celos hacia esa mujer. ¡La detesto!

—¿Qué te ocurre? —Se preocupa al ver mi estado.

—¡Vámonos de aquí, Fernando! —Me echo a sus abrazos, me aferro a las solapas de su americana y rompo a llorar.

—¿Por qué lloras, cariño? —Besa mi cabeza—. ¿Ha pasado algo mientras no estaba?

—Te suplico que no me preguntes.

—Pero ¿por qué? Quiero ayudarte. Dime qué necesitas. —Me agarra por el mentón para que le mire a los ojos.

—Necesito que me lleves a casa y me hagas el amor, sin preguntas, solo ámame, por favor —le suplico con los ojos anegados en lágrimas.

Con la mirada entristecida y llena de afecto, me rodea con sus fuertes brazos y me besa con devoción. Nada tiene importancia si él me abraza. Entre caricias, nos vamos hasta el coche.

—Para no molestar a Laura, ¿quieres venir a mi casa? —me ofrece con cautela.

—Llévame a donde tú quieras, no me importa. —Cojo su mano y apoyo mi mejilla en ella. Me besa en la frente y arranca el motor de su deportivo.

Me he bloqueado por completo y he entrado en pánico al ver que podía perderlo. Yo que pensaba que estaba preparada para romper con él esta misma noche y resulta que no es así. Creo que me importa mucho más de lo que imaginaba y, en mi situación, no es bueno. No sabe nada de mí y aún no estoy preparada para

explicarle mis circunstancias. Me estoy enamorando y no debo.

No tardamos mucho en llegar a su casa, no está lejos de la de sus padres. La suya es de arquitectura moderna y minimalista. Aquí apenas hay detalles ni flores. El interior va en concordancia con el exterior, la planta baja es de concepto abierto, donde predomina el blanco y gris. Me encanta.

—¿Quieres que te sirva algo? Puedo hacer café o una infusión si te apetece —me ofrece al llegar a la cocina—. Creo que sería buena idea que habláramos de lo sucedido. Por experiencia sé que, a la larga, resolver los problemas en la cama no acaba bien. Además, te he prometido que iba a explicarte quién es Carol.

—Si lo que quieres decirme es que es una de tus ex, ya lo sé. Ya se han encargado en la clínica de darme el parte. De hecho, creen que has pasado la noche con ella.

—Y ¿se puede saber cómo han llegado a esa conclusión? —Cruza los brazos con evidente enfado.

—Llegaste a trabajar con la misma ropa de ayer y sin afeitar. Al poco de entrar, apareció ella exigiendo verte. La gente suma dos más dos y... les da ese resultado.

—Ya veo. —Hace una mueca de disgusto. Se gira y pone la tetera con agua al fuego—. Voy a servirme un té, ¿quieres uno?

—Sí, gracias.

En silencio, prepara las tazas. Con la poca paciencia que tengo, espero a que él se decida a hablar. Puedo ver en su expresión que está pensado cómo abordar el tema de su exnovia. Cuando lo tiene todo listo, me lleva hasta el salón y nos acomodamos en el sofá.

—A Carol la conozco desde que era un crío —empieza a narrarme —. Como ya te dije antes, he vivido con mi familia siempre en el mismo sitio y, por un corto periodo, ella vino a vivir cerca de mi casa. Su padre es de Texas y trabajaba para la embajada americana. Al destinarlo a Madrid, mientras buscaban otro domicilio mejor, fueron nuestros vecinos. Nuestros padres entablaron amistad y así nos conocimos. Asistíamos al mismo instituto y, para que no se viera sola, la incluí en mi pandilla. Por aquella época, todos mis amigos me llamaban Nando. Como ella se había criado en Estados Unidos, le dio su toque personal y empezó

a llamarme Nandy. Nunca me gustó demasiado, pero como solo lo hacía ella, no le di importancia. Me enamoré desde el primer día que la vi. Era nueva, fresca, distinta a todas las chicas que conocía. Jamás se lo dije. Decía que tenía un novio en Nueva York y que, cuando fuera a la universidad, se reuniría con él. Cuando terminó Derecho, volvió de veraneo a casa de sus padres y nos reencontramos. Empezamos a tontear y decidió quedarse. Nunca tuvimos una relación convencional. Cortamos y volvimos en varias ocasiones. Es muy posesiva, caprichosa y siempre consigue lo que quiere. Pretendía dirigir mi vida a su antojo y no se lo permití. Ella quería que lo dejara todo en España y que montara una clínica muy exclusiva en su país, financiada por su padre. No me haría falta ejercer la medicina, sería director y accionista al cincuenta por ciento con ella. Por supuesto, me negué. Al hacerlo, se enfadó como nunca y destrozó media casa con la rabieta. A partir de ese día, se esfumó el poco amor que ya sentía por ella. No la volví a ver hasta las Navidades pasadas, cuando me declaró que no había podido olvidarme y que seguía enamorada. Con toda la delicadeza que fui capaz de demostrar, le dije que yo ya la había olvidado y que no era más que una amiga para mí. Me dijo que lo entendía, sin embargo, no se ha marchado desde entonces. Y, como la conozco, imagino que antes te habrá dicho algo que te ha molestado. No es mala, pero cuando no salen las cosas como a ella le vienen en gana... sé que puede ser cruel con quien se cruza en su camino. Al verte conmigo es muy posible que se haya sentido celosa. ¿Es eso lo que ha pasado? ¿Quieres contarme lo que te ha dicho?

—Sí, aunque no voy a reproducir sus palabras. Digamos que —mido mi lenguaje antes de continuar— no quiere que esté contigo.

—Me lo imaginaba. —Suelta un bufido—. Tendré que hablar con ella. Esto es intolerable.

—Prefiero que no lo hagas, ¿para qué? Ni siquiera soy tu novia.

—Bueno, quizás estamos en un punto intermedio y parece que vamos de camino. Al menos por mi parte.

—¿Qué quieres decir? —susurro esperanzada.

—Pues que ahora estoy empezando a tener ciertos sentimientos hacia ti que antes no tenía. —Agacha la mirada, pero al ver que no digo nada vuelve a levantarla. Sus palabras han hecho que se me salten las lágrimas—. No llores, por favor. ¿Te molesta lo que te he dicho?

—No —musito por la congoja—. Es que pensaba que no me correspondías. Hoy me he dado cuenta de que me estoy enamorando de ti.

—Entonces no hay de qué preocuparse. Es un buen motivo para estar alegre, ¿no crees? —Hago un gesto afirmativo y me limpia las lágrimas con sus pulgares—. ¿Quieres pasar la noche conmigo? Me encantaría prepararte el desayuno. Hago unas tortitas muy ricas.

—¿Sabes cocinar? Porque tengo que advertirte que, si quieres sobrevivir, nunca comas nada que haya preparado yo. —Fernando suelta una carcajada y me estrecha entre sus brazos.

—Lo tendré en cuenta. —Besa mis labios con dulzura—. Vamos a mi habitación. Me muero de ganas de estar pegado a tu cálido y suave cuerpo desnudo.

Nos levantamos del sofá con el corazón palpitando de anticipación. Entrelazamos las manos y subimos las escaleras.

Capítulo 21

Al llegar a su habitación enciende las luces y me quedo impactada al verla. No tiene nada que ver con el resto de la casa, que es luminosa y de colores claros. Aquí es oscuro, en tonos marrones y negros, ¡hasta la cama tiene sábanas negras! Lo miro con curiosidad y él me sonríe con cara de pillo al ver la cara que se me ha quedado.

—Ya te advertí que era el gemelo malvado... —dice con aire de misterio. Sonrío por su ocurrencia.

—No, no es eso. Esto es la cueva de un tío, nada más. —Agito la mano como si no le diera importancia.

—No lo había pensado así, pero puede que tengas razón. Carol no soportaba ninguno de estos colores, por eso, cuando la dejé, la decoré de este modo. No quería que tuviera nada que ver con una mujer, era mi espacio.

—A mí me gusta. —Elevo los hombros—. Siempre y cuando no me claves los colmillos, todo irá bien.

—Prometo que solo te mordisquearé la yugular. —Se lanza sobre mí y caemos sobre la cama entre gritos.

Comenzamos a jugar y nos clavamos los dientes el uno el otro. La cosa empieza a subir de tono y Fernando acaba por hacerme un chupetón a la altura de la clavícula. Le agarro con ambas manos la cabeza y le succiono cerca de la nuez.

—¡Ay! Eso ha dolido —se queja mientras me agarra por las muñecas y las pone por encima de mi cabeza—. Espero que no me hayas dejado marca porque ahí no voy a poder ocultarlo.

—No, ¡qué va! No se ve nada de nada —le miento y me muerdo el labio para no reírme.

—¿Te das cuenta de cómo me van a mirar las pacientes cuando su ginecólogo les atienda con un chupetón en el cuello? Me las vas a pagar. Te voy a hacer uno tan grande que no vas a poder taparlo por mucho maquillaje que te pongas.

—No, por favor. ¡Piensa en tu empleada Julia! —Se detiene al escuchar ese nombre—. Ella verá mis marcas y se enterará de las tuyas y podría atar cabos. A ti ya te tienen por mujeriego, a nadie le sorprenderá demasiado.

Achica los ojos y me observa con ellos como por dos rendijas, maquinando su venganza. Hasta que se le elevan las comisuras de los labios y, con un movimiento rápido, me gira y me pone boca abajo y me da un cachete en la nalga.

—Aquí nadie te va a ver las marcas salvo yo. —Entre gritos y risas intento escapar.

Consigo ponerme a cuatro patas y correr hasta el otro extremo de la cama. No puedo ir más lejos. Me agarra por un tobillo y aprovecha para desabrochar el vestido. Sin resistirme demasiado, dejo que me lo quite.

—¡Madre mía! —Silva de asombro—. Si lo llego a saber, te quito la ropa antes. ¡Menudo modelito llevas!

—¡Déjame! —Intento ocultarme con el almohadón, pero él me lo impide.

—No te escondas de mí. Cuando hicimos el amor en casa de Henry no te hiciste la pudorosa en ningún momento, incluso me desafiaste. Me dijiste que, si yo me masturbaba delante de ti, tú también lo harías.

La idea de verlo tocándose cruza por mi mente y ahogo un suspiro. ¡Qué sofoco solo de pensarlo!

—¿Te gustaría probar? —dice con voz grave. Su respiración se acelera y la frente se le perla en sudor.

Sin esperar respuesta empieza a quitarse la ropa con urgencia. Supongo que ha debido notar el deseo en mi mirada. Solo se deja puesto el bóxer y se arrodilla delante de mí. Mete la mano por la prenda y se agarra el miembro con firmeza. No me deja verlo, nada más lo que se intuye a través de la fina tela. Comienza a

subir y bajar la mano sin dejar de mirarme. Me gusta lo que veo. Nunca me hubiera imaginado lo erótico que podía ser. Alargo la mano para bajarle la prenda y me lo impide.

—Sin tocar. Solo mirar. —Y continúa con lo que hacía.

—Pues déjame ver —le ruego con un puchero.

—*Quid pro quo*, Gina. Si tú me das, yo te daré.

Tengo tantas ganas de verlo que accedo a seguirle el juego. Me echo hacia atrás, abro las piernas y retiro el tanga a un lado. Y espero impaciente a que se descubra.

—Eres muy bonita y me encanta mirarte, pero esto no va así. Cuanto más te acaricies y más placer te des, más te voy a recompensar.

Nunca he hecho esto con alguien mirando y por probar no pierdo nada. Así que paseo el dedo índice por la zona púbica y, poco a poco, lo acerco a mis pliegues. Doy vueltas alrededor del clítoris y después lo deslizo a la entrada de la vagina, donde lo introduzco muy despacio. Fernando jadea de gusto y se retira el bóxer. Agarra con firmeza su verga y se la acaricia desde la punta hasta la base con movimientos lentos. Observo cómo su cuerpo fuerte y musculado se tensa. Excitada por su respuesta, acelero mis movimientos para buscar más placer. Como bien dijo antes, él me compensa de igual modo. Me sorprende el efecto que causa sobre mí, estoy disfrutando más de lo que nunca hubiera imaginado. Puedo ver cómo su rostro se contrae de satisfacción al ver lo bien y rápido que respondo. Ambos nos deleitamos en el regocijo del otro. El calor, la tensión y los gemidos aumentan. Los parpados me pesan y el ansia de culminar es más intenso cada vez. Las fuerzas me abandonan y no logro el objetivo.

—No lo consigo... Fernando... Ayúdame —suplico entre jadeos sin dejar de intentarlo.

—Está bien, pero no pares, sigue. Continúa y mírame —me alienta.

Sin dejar de masturbarse, se echa hacia delante y apoya la mano libre a mi lado, en el colchón. Con la lengua, roza las puntas de

mis pechos a través del fino encaje de seda del sujetador, sin apenas hacer contacto. Como si se tratara de un rayo, noto una corriente que va desde los pezones, pasa por todas mis terminaciones nerviosas y acaba en mi entrepierna. Grito de placer al alcanzar el clímax más brutal que nunca antes había experimentado. Acto seguido, entre fuertes gemidos, Fernando eyacula sobre mi vientre y cae desfallecido a mi lado.

—¡Ha sido la experiencia más erótica de toda mi vida! —me asegura entre resuellos.

—¡Para mí, también! —afirmo casi sin fuerzas.

Giro la cabeza para mirarle y puedo ver en sus ojos genuina devoción por mí. Como auténticos desesperados, nos abalanzamos el uno contra el otro para besarnos y unir nuestros cuerpos. Como si quisiéramos recuperar todo lo que no nos hemos tocado antes. No hay un segundo para respirar, todo nuestro tiempo es para devorarnos. No puedo pensar, solo quiero fundirme con él. Rodamos por la cama y acabo de espaldas con él encima. Sin dejar que nuestras bocas se separen, se hunde en mí y empuja una y otra vez de un modo primitivo, sin tregua. No sé cuánto llevamos, ¡es una locura! No podemos parar. El calor se va acumulando en mi interior y tengo miedo por lo que va a venir. Intento contenerlo hasta que no puedo más y un devastador orgasmo me recorre el cuerpo entero. Con mis gritos lo desarmo, se deja llevar también y se derrama en mi interior.

Tenemos los cuerpos sudorosos y sucios de semen, pero estamos tan agotados que no somos capaces de movernos. De hecho, aún tengo a Fernando desplomado sobre mí.

—Vas a tener que levantarte, empieza a faltarme el aire. Pesas mucho — susurro muerta de cansancio.

Farfulla una disculpa y se tumba en el colchón. Agarra mi cintura y me pega a su cuerpo, dispuesto a quedarse dormido. Apenas tengo fuerzas para mantener los ojos abiertos. De pronto, como accionado por un resorte, se incorpora en la cama y me zarandea.

—¡Dime que tomas la píldora! —exige saber.

—No, no tomo ningún método anticonceptivo. —Me froto los

ojos, adormilada.

—Joder... joder... ¡Joder! —Salta de la cama y se pone en pie—. ¿Cuándo has tenido tu última regla?

—No sé, la semana pasada o la otra.

—¡Por el amor de Dios, Virginia! Tienes que ser más concreta y decirme el día exacto o por lo menos aproximado.

—Deja que lo piense...

—¡Por favor, responde! ¡Me acabo de correr dentro de ti sin protección!

En ese momento reacciono y entiendo su nerviosismo. Salgo de la cama y paseo de un lado a otro, devanándome los sesos, hasta que, por fin, lo recuerdo con claridad.

—La tuve justo después de la fiesta de Sara y Henry. Me duró tres días.

—¿Qué día en concreto? —Coge su móvil y busca el calendario. Cuando lo encuentra me enseña la pantalla.

—Este, el domingo. —Se lo señalo—. Y se acabó justo antes de que tú llegaras de Barcelona.

—¿Eres regular?

—Sí.

—¿Cada veintiocho días justos?

—Clavados.

—¡Gracias a Dios! —Se sienta en la cama y se agarra la cabeza como si le doliera—. Ha pasado una semana, si eres regular, no estás ovulando. Un par de días más habría sido muy peligroso porque el esperma puede vivir varias jornadas. Aun así, quiero revisarte en tres de semanas, por si acaso. —resopla y me mira —. ¡Esto es una locura! Nunca había cometido una imprudencia similar. ¿A ti tampoco se te pasó por la cabeza?

—Si me llegas a preguntar cómo me llamo en ese momento creo que no lo hubiera sabido.

—Esto es de locos... —Se frota las sienes—. ¿Cabe la posibilidad de que quieras que te suministre algún anticonceptivo? El que

quieras, con el que te sientas más cómoda. Eres joven y probablemente muy fértil, y está visto que ambos perdemos la cabeza.

—¿Te importa si dejamos la conversación para mañana? Estoy agotada. Con el desayuno me informas y tomamos una decisión, ¿vale?

—Tienes razón, vamos a dormir. —Retira las sábanas para que me acomode en la cama. A los pocos segundos nos dejamos llevar por el cansancio.

Capítulo 22

La luz que pasa a través de las cortinas termina por despejarme. Estoy acalorada y sudada. No es de extrañar, porque estoy abrazada al cuerpo desnudo de Fernando con la cabeza apoyada en su pecho. Escucho su rítmico
corazón contra mi oreja. No quiero moverme para no interrumpir su sueño, pero un suspiro me advierte que está despierto. Levanto la cabeza y lo encuentro con las manos en la nuca y los ojos abiertos. Es evidente que está intranquilo.

—Buenos días —susurro con cautela.

—Buenos días. —Acaricia mi mejilla y vuelve a la posición de antes.

—Pareces preocupado.

—Porque lo estoy, y mucho —exhala con fuerza—. He estado dándole vuelta desde hace más de dos horas y creo que deberías tomar la píldora postcoital.

—¿Te refieres a la pastilla del día después?

—Sí. Creo que es lo mejor que podemos hacer. No podemos esperar a ver si hay suerte. Aún estamos a tiempo de evitar el embarazo. —Me aparta a un lado y se sienta al borde de la cama —. Al final vas a tener razón, no soy más que un ginecólogo de pacotilla.

—¿Se puede saber qué dices? Aquí éramos dos, ¿recuerdas?

—Sí, claro que sí, pero el que ha estudiado medicina y se ha especializado en el tema soy yo. Además, tengo unos cuantos años más que tú y eso también suma.

—¿Sabes que no sé cuántos años tienes? —Se gira hacia mí y me mira con su sonrisa torcida.

—Mejor que no lo sepas, no vaya a ser que me dejes por viejo.

—Ahora has despertado mi curiosidad, ¿cuántos tienes? — Me siento a su lado.

—¿No crees que deberíamos estar preocupándonos de otros temas? — Señala mi vientre.

—Vamos a hacer una cosa, tú me dices cuándo es tu cumpleaños y cuántos cumples y yo me tomo esa pastilla y escojo un método anticonceptivo. ¿Qué me dices?

—Que lo vas a hacer de todos modos te diga o no la edad que tengo. —Nos reímos los dos.

—Tienes razón. Y... ¿si te lo pido por favor? —Me muerdo el labio inferior y lo suelto poco a poco. Fernando me mira con deseo y suspira.

—Voy a cumplir treinta y cinco el próximo dieciséis de agosto.

—¡Me habías asustado! Pensaba que eras un cuarentón de esos buenorros.

—¿Un qué? —dice indignado—. ¿Tengo pinta de tener más de cuarenta?

—¡No, en absoluto! Aparentas alrededor de los treinta.

—¡Eres un bicho! —Se levanta y va hacia el baño entre risas—. Voy a darme una ducha y me iré a conseguirte la píldora. Cuanto antes la tomes, más efectiva será.

—¿Puedo acompañarte? —Pongo cara de pilla.

—Mejor no. Si voy solo volveré antes, y es mejor que no nos vean juntos.

—Me refería a la ducha... —Me pongo de pie y camino un par de pasos hacia él. Se agarra al marco de la puerta y traga saliva—. Ya que hemos metido la pata, no creo que vaya a pasar nada por unos cuantos espermatozoides más, ¿no? —Espero para que se decida.

—Vas a volverme loco de verdad —dice con voz profunda. Se aparta a un lado y me indica con la mano que pase al baño con él.

Tras una buena ducha, tanto por la limpieza que necesitaba mi cuerpo como por el sexo que hemos tenido, Fernando se ha ido de

casa como un cohete antes de que lo entretenga un segundo más. Ni siquiera ha querido desayunar. Me ha dado permiso para hurgar por su casa y utilizar lo que quiera. Como necesito ponerme algo cómodo y limpio, busco en su vestidor y acabo por ponerme una camiseta, un bóxer y unas zapatillas. Luego bajo hasta la cocina y, mientras espero a que salga el café, llamo a Laura, no vaya a ser que esté preocupada.

—¡Hola, Gina! Perdona que no te haya llamado antes, pero, ya sabes, una cosa llevó a la otra y se me pasó la hora —me responde con voz nerviosa y atropellada.

—¿De qué hablas?

—¿Qué quieres decir? ¿No llamas para saber por qué no he vuelto a casa esta noche?

—¡No! —Empiezo a reírme—. Era yo la que te quería avisar que no fui a dormir porque me he quedado en casa de Fernando, pero veo que ninguna de las dos ha estado en el apartamento.

—¡Oh! —Oigo su risa amortiguada—. Pues espero que lo hayas pasado tan bien como yo, porque por la hora que es, ha debido ser una noche tan movidita como la mía —suelta eufórica.

—Así que por fin esta noche has triunfado con Roberto, ¿eh? ¿Y qué tal?

—¡Creo que no voy a poder juntar las piernas en una semana! ¡Dios! ¡Ha sido increíble!

—Me alegro por ti. —Sonrío solo con imaginarla, se merece ser feliz.

—Voy a pasar el fin de semana con él, así que no me esperes hasta mañana por la noche.

—Genial, Laura. Disfruta mucho.

—Tú también, Gina.

En cuanto corto la comunicación oigo el timbre de la puerta. Supongo que Fernando se ha dejado las llaves y corro a abrirle. En cuanto lo hago quedo petrificada en el umbral. La visita no podía ser más inesperada e inapropiada.

—Hola, Carol. Qué placer volverte a ver —digo con cinismo.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí? —Observa mi indumentaria y se crispa más todavía—. ¿Dónde está Fernando?

—Ha salido, volverá en un rato. —Me encojo de hombros.

—Déjame pasar —exige.

—¡Ah, no! Ni hablar. Vuelve cuando él esté en casa.

—No me creo que te haya dejado sola. Infórmale de que he venido a verle. ¡Vamos!

—Si no me crees, coge el móvil y pregúntale, pero yo no te voy a dejar entrar.

—¡Maldita zorra de mierda! ¡Sal de en medio! —Agarra mi brazo e intenta retorcerlo—. ¿Quién te has creído que eres? ¿Crees que vas a ser su mujercita? ¡Pues estás muy equivocada!

—Déjame, me haces daño. —Forcejeo con ella.

—¡¡Basta!! —brama Fernando, que se acerca a toda velocidad y me la quita de encima—. ¿¡Se puede saber a qué viene todo esto!?

—¡Ha sido ella, Nandy! Me ha insultado y he tenido que defenderme. No entiendo cómo puedes estar con alguien tan vulgar y falsa. ¿¡Es que no te das cuenta de que te está engañando!?

—¡Déjalo ya, Carol! —Señala hacia la parte de arriba de la puerta donde hay una cámara—. Desde que ha sonado el timbre, he visto y oído todo lo que ha ocurrido aquí. Así que, si no quieres causarme un cabreo monumental y que te diga que no quiero volver a verte en la vida, da media vuelta y lárgate ahora mismo.

La mujer da dos pasos atrás como si la hubieran abofeteado. Cierra los ojos y se le escapan un par de lágrimas.

—Algún día se le caerá la máscara y podrás ver lo que es en realidad. Hasta entonces, disfruta de su compañía y espero que no salgas mal parado, Nandy. —Se da la vuelta y se va sin mirar atrás.

Mucho más enfadado de lo que ha querido demostrar, cierra de un portazo y entra a grandes zancadas hasta llegar a la cocina, donde se sirve un café. Serio lo he visto a menudo, pero cabreado, nunca.

Y la verdad, no me atrevo a dirigirle la palabra, me da miedo. Me dedico a observarlo a cierta distancia y esperar a que sea él el que dé el primer paso. Pone un vaso con agua y lo deja sobre la encimera junto con una pastilla.

—Tómate eso. —Me ordena de malas maneras.

En silencio, recojo lo que me ha ofrecido y me voy al extremo más alejado para ingerirlo. La tensión del ambiente es palpable y decido irme a otro lado. Todavía estoy asustada con lo que acaba de pasar, así que nada más faltaba que me pelee con él.

—¿A dónde vas? —Me freno en seco al escuchar su voz.

—Voy al salón.

—¿Has desayunado?

—No.

—¡Pues come algo! —Doy un respingo con su grito. Se da cuenta de mi gesto y corre a mi lado para abrazarme—. Lo siento, cariño, perdóname. Estoy muy nervioso y no debería pagarlo contigo. Ven a sentarte y te preparo el desayuno. Mientras lo hago, vamos charlando si te parece bien, ¿quieres?

—Vale. —Me acompaña hasta un taburete y me besa en la mejilla antes de ir hasta la nevera para coger unos huevos.

—Con todo este jaleo de Carol, no he podido explicarte nada de la píldora que te he dado. Es posible que la regla se adelante o se atrase, sería normal. Podrías tener mareos o vómitos, pero es poco probable. Antes de que te llegue el periodo me gustaría hacerte un chequeo médico para comprobar que cualquier tipo de anticonceptivo que decidas usar no te provocará ninguna complicación. Te suministraré pastillas, inyecciones, parches, DIU... lo que tú quieras. Todo corre por mi cuenta, no tienes que preocuparte por nada.

—Lo he entendido, gracias, aunque prefiero ocuparme yo misma de los gastos. —Casi se le cae de las manos el cuenco de los huevos.

—¿Por qué? Te lo ofrezco todo gratis, ¿qué problema hay? —Deja todo y se pone delante de mí.

—No soy tu novia, en cualquier momento me dejarás y me quedaré colgada.

—¡No me jodas, Virginia! He compartido mucho más contigo en unos pocos días que con otras en meses. Tú me haces perder la cabeza, ¡se me aflojan las tuercas y no sé ni lo que hago! Jamás había cometido una locura semejante como la de anoche. Haces que me comporte como un adolescente salido. No pienso más que en estar a tu lado y no soporto la idea de estar con otra. Y si lo que necesitas es darle un nombre a nuestra relación para fiarte de mí, se la damos. A partir de ahora eres oficialmente mi novia, ¿te parece bien así?

—No quiero que te sientas obligado a nada —susurro al borde de las lágrimas.

—¡Pero quiero hacerlo! ¿Es que no te das cuenta de que me importas? —Da un rodeo a la isla que nos separa, me baja del taburete, agarra mis hombros y apoya su frente en la mía—. Cuando a través del sistema de seguridad me han llegado las imágenes de Carol al móvil... —Aprieta los dientes con rabia—. Pensé que no iba a poder controlarme, he estado a punto de pegarle. ¿Y sabes por qué? —Niego con un ligero gesto de cabeza —. Porque estaba intentando hacer daño a la persona que amo. ¡Te quiero, joder!

—Apenas me conoces, no sabes nada de mi vida. Y, si no te gusta mi pasado, ¿eh? Podría avergonzarte. —Intento apartarme de él y no me lo permite.

—Dime que tú también sientes algo por mí y lo que hayas hecho antes de conocerme no tendrá importancia.

—¡Claro que te correspondo! Te quiero, Fernando. Nunca he sentido nada igual por otro.

—Entonces no hay nada más que hablar. —Me agarra la cabeza y me besa con rudeza.

Cuando él me tiene entre sus brazos pierdo el sentido, nada tiene importancia. Todavía no sé cómo voy a resolver mis problemas con el pasado, pero, si es cierto lo que me dice, cuando encuentre el momento, se lo explicaré y por fin me sentiré libre.

Mucho más tranquilo, Fernando se ha puesto a cocinar. Me ha pedido que me ponga a su lado y le ayude, así lo he hecho, o por lo menos es lo que he intentado. Lo sorprendente es que me ha gustado y he aprendido a hacer tortitas. Es agradable saber que no solo nos llevamos bien en la cama.

Saciados tras el copioso desayuno de media mañana, nos echamos en las tumbonas del jardín bajo la sombrilla. ¡Qué tranquilidad!

—El lunes a primera hora voy a pedir a la gestoría que tramiten los papeles del despido —me anuncia con una sonrisa tras un rato descansando.

—¿El despido de quién?

—El tuyo.

—¿¡Qué!? ¡No puedes hacerme eso! —Me pongo en pie.

—Tranquilízate, te ayudaré a buscar trabajo. Ya he estado tanteando el terreno y creo que será bastante fácil colocarte en algún hospital de la zona como auxiliar de enfermería.

—No, no, no..., por favor. —Me echo las manos a la cabeza. Ya empezamos otra vez con esta pesadilla. ¡Pensaba que iba a tener una tregua!

—No te pongas así. Contarás con todo mi apoyo hasta que encuentre una vacante adecuada para ti. Si la cosa se alarga más de la cuenta, puedes venir a vivir conmigo y yo me haré cargo de todo.

—¡No quiero que me mantengas! ¡Tú no lo entiendes! Por primera vez he empezado hacer las cosas por mí misma y no quiero retroceder. Me gusta mi trabajo, lo hago bien y, lo más importante, lo necesito. Acabo de empezar a encauzar mi vida, dame tiempo a salir a flote y buscarme una solución alternativa. Quiero sentirme orgullosa de lo que hago y no tener que dar cuentas a nadie. Te lo ruego...

—Está bien, si tanto lo necesitas, lo haremos a tu manera. Pero tienes que prometerme que vas a empezar ya. No podemos seguir así por mucho más tiempo. A mí me invitan a menudo a fiestas, eventos, bodas y demás celebraciones a las cuales tendré que

asistir solo porque no voy a poder llevarte. ¡Ni siquiera deberíamos haber salido ayer! Se suponía que era un lugar remoto donde no nos iba a conocer nadie y mira lo qué pasó. —Se frota la nuca—. Voy a confesarte algo. —Se pone de pie y camina de un lado a otro—: En España no es del todo legal prohibir las relaciones sentimentales entre empleados, por mucho que esté estipulado en el contrato, se violarían los derechos fundamentales del trabajador; es una idea implantada de Estados Unidos que aquí no tiene ninguna validez. La mayoría de los empleados no lo saben, es una forma de tener a la plantilla controlada. Si al final surge algo, se cambia a uno de sección para que no influya en su rendimiento. En nuestro caso es muy distinto: ¿qué imagen estaría dando si me lío con la recepcionista? Las habladurías destrozarían mi carrera. Ya te expliqué lo difícil que ha sido crearme una buena reputación en esta profesión. Por eso es muy importante que dejes de trabajar para mí cuanto antes y podamos ser libres de relacionarnos cuando y donde nos dé la gana. Lo entiendes, ¿verdad?

—Así que ¿no es legal? —pregunto con asombro. Él hace una mueca y niega con un gesto de cabeza—. ¡Qué pillo! No te preocupes, comprendo los motivos. Lo último que haría sería perjudicarte. Haré todo lo que pueda para encontrar otro empleo. —Le beso la mejilla y suspira de alivio.

Algo más calmados, volvemos a tumbarnos. Necesitamos un respiro. La intensidad de lo que nos está sucediendo y su rapidez son pasmosas.

Capítulo 23

Agotada como nunca, llego a casa arrastrando los pies. Nada más entrar, me encuentro a Laura bebiendo agua en la cocina. Por su aspecto, se podría decir que parece que la ha atropellado un camión. En cuanto me ve, me sorprende con una gran sonrisa.

—¡Hola! —Viene corriendo y me abraza.

—¡Hola! ¿Qué tal estás?

—¡Estoy muerta! Me duelen hasta las pestañas. —Rompe a reír.

—¡Caramba con Roberto!

—¡Ni te lo imaginas! Ha sido genial, Gina. Lo he pasado tan bien que no soportaba la idea de volver a casa. —Suspira y se abraza a sí misma—. Es tan guapo, *sexy* y dulce... Parece imposible que un hombre con esa pinta de matón sea cariñoso, ¡pero lo es! Ha sido supertierno y atento. Y en la cama... ¡es un dios! ¡La tiene enorme!

—¡Laura! —Suelto una carcajada—. Y tú eras la que no quería que le contara nada de Fernando y me lo sueltas así, de sopetón.

—Te juro que nunca la había visto tan grande. —Se echa las manos a las mejillas acaloradas—. Tiene muy pocos días libres a la semana, pero puedo ir a verlo a casa de su jefe siempre que no estén de viaje. ¡Estoy loca por él!

—Ya lo veo.

—Creo que me voy a apuntar al gimnasio de nuevo. Si quiero seguirle el ritmo tengo que hacer deporte. Tres o cuatro horas a la semana estaría bien. Siento el cuerpo como si me hubieran descoyuntado todos los huesos, sobre todo los de la cadera.

—Sí, sé de lo que me hablas. —Hago un gesto de dolor y me siento en la silla con cuidado—. Me temo que son agujetas.

—Hay partes que sí, otras no. Hay zonas, muy íntimas, que han

sido castigadas reiteradamente. ¡Ay, ay! —Se apoya con cuidado en la silla de enfrente. No puedo evitar sonreír por nuestra estampa—. Tú ríete que mañana no nos vamos a poder levantar.

—Te imaginas los comentarios de Julia: «Les han dado la baja laboral por exceso de sexo. ¡Si es que son unas guarrillas!» —intento imitar la voz de nuestra compañera, con lo que provoco que Laura se desternille.

—¿Así que a ti también te ha ido bien? —dice con algo más de seriedad.

—Sí, ha sido muy intenso. Tanto que tuvimos un accidente y he tenido que tomar la píldora del día después.

—¿Se rompió el condón? —pregunta alarmada.

—No. Estábamos tan cachondos que no nos acordamos de ponerlo.

—¿¡Qué!? —Se tapa la boca con asombro—. No me puedo creer que el doctor Martínez no se acordara de eso. ¡Si es un hombre muy centrado y con la cabeza en su sitio!

—Pues dice que yo se la hago perder. Estaba hecho polvo. Se sentía culpable por haberse dejado llevar de esa manera. Me ha confesado que me quiere.

—Vaya... ¡Eso es genial!

—No, no lo es. Tengo que buscarme otro trabajo para que podamos salir juntos.

—¿Tú no le quieres?

—Más que a nadie. —Suelto un sollozo—. No quiero defraudarle, soy un desastre. Necesito encauzar mi vida y ser independiente.

—Puede que a su lado también lo consigas, no tienes por qué hacerlo sola. Es un hombre comprensivo. Vas a tener que hablar con él o algún día se acabará enterando de lo de tu padre.

—¡No pienso comentarle nada de eso! Todavía no, al menos. Tengo que demostrarle que puedo salir adelante yo sola, que mi familia no va a influir. De hecho, de camino para casa, no he parado de darle vueltas a un proyecto. Sé que no me va a dar mucho dinero, no creo que se pueda hacer uno rico con eso, pero

sí que me voy a sentir realizada y orgullosa de mí misma.

—Y ¿de qué se trata?

—Primero quiero averiguar si es viable. He de informarme bien sobre el tema. No quiero que te rías de mí o que pienses que es una locura. No daré el paso sin los datos necesarios.

—De acuerdo. —Levanta las manos a modo de rendición—. Nunca te había oído hablar con tanta sensatez. Esperaré con paciencia a que aclares tus dudas y estaré encantada de escucharlo todo acerca de ese proyecto que tienes en mente. Si te puedo ayudar en algo, no tienes más que decirlo. —Estira los brazos y suelta un fuerte bostezo—. ¿Qué tal si nos vamos a dormir? Mañana nos espera un largo día de trabajo. —Se levanta entre quejidos.

—Sí, vamos a la cama.

En cuanto me pongo de pie, un dolor sordo en la entrepierna hace que proteste como mi amiga y, entre risas, nos vamos cada una a nuestra habitación.

Los días pasan y lo que me comentó Fernando acerca de que no podía dilatarse en el tiempo nuestro secreto cada vez tiene más sentido. Llegan clientes, amigos, conocidos y él tiene que salir con ellos por delante de mí sin dedicarme más que una mirada de soslayo. Veo la crispación en su rostro cuando esto sucede.

En lugar de estar buscando un trabajo no hago más que perder el tiempo en crear mi proyecto. Con unos pocos días ya me he dado cuenta de que va a ser inviable. Se necesitarían una inversión inicial muy potente y personas cualificadas implicadas, a las cuales no podría pagar. Sin contar con que necesitaría un local que fuera lo bastante grande como para poder tener una oficina con varias mesas y un almacén. No tengo ninguna posibilidad. Así que tengo que dejarlo aparcado y comenzar a buscar un empleo. Cabizbaja, salgo de los vestuarios tras la jornada laboral y me encuentro a Fernando apoyado en la pared, esperándome.

—Hola. —Miro a lo largo del pasillo para comprobar que nadie pueda vernos.

—Vamos al despacho, tenemos que hablar. —Se va sin esperar

respuesta ni comprobar si le estoy siguiendo.

Por la cara tan seria yo diría que está enfadado. Se le debe estar agotando la paciencia. Corro en su dirección. Al llegar a su oficina cierro la puerta y me giro para enfrentarme a lo que tenga que ser. Lo encuentro sentado en su silla con los codos apoyados en la mesa, las palmas estiradas y la punta de los dedos juntas, muy cerca de la boca.

—Siéntate —ordena con firmeza. Lo hago y espero con paciencia —. Sé lo de tu familia.

Casi se me para el corazón al oírle decir esas palabras. Con razón está enfadado, ¡se ha enterado de todo! ¿Quién se lo habrá dicho? Aquí nadie me conoce. Me quedo sin trabajo y sin novio de un plumazo. ¡Esto es el fin!

—¿Por qué no me lo dijiste? Si necesitabas ayuda yo te la habría ofrecido. ¡Joder, Virginia, soy tu novio!

—Lo siento... No sabía cómo. Es algo muy difícil de explicar. Entiendo que estés disgustado, no es para menos. —La angustia se está apoderando de mí y me falta el aire.

—Cuando me lo ha dicho mi madre, no me lo podía creer. Pensé que algo así me lo habrías contado.

—¿Tú madre te lo ha dicho? —pregunto extrañada. ¿Cómo ha podido enterarse?

—Claro, ¿qué pretendías, que te guardara el secreto de algo semejante? Ella pensó que lo sabía. No veas la cara de idiota que se me ha quedado cuando me ha explicado lo del accidente de tu familia. Sé que es doloroso, pero hacer como si nada hubiera ocurrido no puede ser sano.

—¡Oh! —es lo único que soy capaz de articular al darme cuenta de qué habla.

Casi me da un paro cardíaco porque pensaba que me habían descubierto y resulta que es la mentira que le conté a su madre. ¡Ya ni me acordaba! El oxígeno empieza a entrar en mis pulmones y suspiro de alivio.

—¿Es por eso por lo que insistes tanto en valerte por ti misma? ¿No te han dejado nada? ¿Estás endeudada o algo parecido? —Se

le ve tan preocupado que se me parte el alma.

No quiero mentirle, la idea me resulta dolorosa y no voy a tener más remedio que hacerlo. Todavía no es el momento de decirle la verdad, se avergonzaría de mí, como llevo haciéndolo yo misma desde hace años.

—No debo dinero a nadie, tranquilo. Solo necesito labrarme un buen futuro. Carezco de recursos personales y preciso hacerlo por mí misma. Es por mi orgullo, nada más.

—Quiero que sepas que no estás sola, que solo tienes que decírmelo y te ayudaré en lo que haga falta. Confía en mí, Gina. Te quiero.

—Lo sé. Yo también te quiero. —Se me escapa un sollozo.

Él me está abriendo su corazón y su alma y yo no hago más que decir mentiras. Me siento sucia. No soy más que una cobarde miserable que prefiere que su novio crea que sus padres han muerto a contarle la verdad y que me abandone. Estoy abatida y él lo interpreta como que sufro por mi familia difunta. Corre a mi lado y me aprieta contra su amplio pecho masculino. No soy merecedora de su cariño. Por puro egoísmo me aferro a Fernando y dejo que crea que me está consolando, cuando en realidad lloro porque me abraza y no me considero digna de semejante recompensa.

—Quiero pasar la noche juntos, no hace falta que hagamos el amor si no quieres. Permíteme darte mi cariño. Por lo menos déjame hacer eso por ti. — Besa mis labios con devoción y yo me descompongo más por su entrega—. Vamos. No voy a aceptar un no por respuesta. —Me besa la punta de la nariz y me sonríe—. Te llevaré a casa a buscar una muda para que no tengas que venir mañana con la misma ropa.

Mi ambicioso corazón le hace caso y le sigo hasta su coche. Su cálida mirada ambarina se clava en mí como si fuera una diosa a la que adorar. No es justo lo que le estoy haciendo. No puedo continuar así. ¡Juro por lo más sagrado que voy a resolver esto cuanto antes y le contaré la verdad, aunque lo pierda!

Capítulo 24

Es la hora de mi descanso y no paro de girar las hojas del periódico en busca de una oferta de empleo. Llevo buscando días como una desesperada y no hay manera. Si no me queda más remedio acabaré yendo a trabajar de camarera.
Fernando no va a entender por qué me conformo con eso cuando él podría ayudarme y meterme en un hospital cercano para así cobrar mucho más. He llegado a un punto en que aceptaría su ayuda, sin embargo, no puedo hacerlo porque no tengo la titulación que él cree. Cada vez se complica todo más.

—¡Tengo una noticia importante que darte que te va a alegrar el día! —Llega Laura a la carrera y se sienta a mi lado.

—A ver, dime —pronuncio si mucho ánimo.

—¡Nos vamos a México! —grita eufórica.

—¿Te vas de vacaciones con Roberto? Me alegro por ti. —Sigo buscando en el periódico. De pronto desaparecen las hojas de mi vista—. ¡Eh!

—Escúchame, atontada. ¿Qué parte de «vamos» es la que no has entendido?

—¿Qué quieres decir? No me puedo permitir un viaje ahora. —La miro como si se hubiera vuelto loca.

—Jess Cromwell se va a casar y estamos invitadas a su boda, ¡y se va a celebrar en la Riviera Maya! —grita emocionada con los puños apretados ante la cara.

—¿En serio? —Se me dibuja una amplia sonrisa. Acto seguido me pongo seria y frunzo el ceño—. ¿Cómo puede ser que nos inviten a su boda si casi no los conocemos?

—Qué cortita eres a veces... A nosotras no, pero sí a nuestros

novios. Voy a solicitar los días de vacaciones hoy mismo. Menos mal que con tu llegada las había retrasado. —Resopla de alivio.

—Yo no podré ir, todavía no tengo derecho a vacaciones ni puedo ir de pareja con Fernando. Parece mentira que vivas conmigo y no sepas eso —le recuerdo con hastío.

—¿Te crees que te diría algo así sin tener la certeza de que vas a poder venir? Hoy he asistido al doctor Martínez en la consulta y, en un momento en el que no había pacientes, lo hemos hablado. A mí me lo dijo ayer Roberto, pero me avisó de que no debía decirte nada hasta que tu chico te lo comentara. Así que he aprovechado el momento y se lo he preguntado. ¡No poder hablarlo contigo me estaba volviendo loca!

—Yo sí que voy a acabar majareta. ¿Se puede saber qué te ha dicho? Se supone que no podemos exhibirnos juntos en público. Sin contar con que no tengo derecho a vacaciones y que sería muy sospechoso que desapareciéramos a la vez.

—Tranquila y no te sulfures, guapa —expresa con su característica chulería—. Primero de todo —levanta un dedo—, eres la novia del jefe. Algún beneficio has de tener, ¿no? Por los días libres, lo arregla él. Segundo —estira otro dedo—, nos vamos al otro lado del charco, donde la celebración se hará en casa del padre de la novia. Será una boda íntima en la que solo van a asistir los miembros más cercanos a la familia. Por lo tanto, no hay de qué preocuparse de que os pille nadie. Tercero —eleva el siguiente—, nosotras diremos que se va a casar mi prima, la de Sevilla, y que tú me acompañarás. Los detalles ya los estudiaremos porque, en cuanto se entere Julia, va a querer que le cuentes hasta de qué color vas a llevar las bragas. ¡Está todo atado y arreglado, ni se te ocurra ponerle pegas!

—¿Cuándo nos vamos y cuántos días? —Empiezo a animarme.

—¡En dos semanas y estaremos seis noches!

—¿Tan pronto? —Me echo las manos a la cabeza—. Tenemos muchas cosas que preparar. —Salto de la silla como si pudiera correr hacia las tiendas en este momento.

Me vuelvo a sentar al ver entrar a Fernando en la cafetería. Se

acerca a nuestra mesa y me guiña un ojo con disimulo. No puedo evitar enrojecer de gusto.

—¿Ya se lo has dicho? —pregunta a mi amiga.

—Sí, acabo de hacerlo.

—Jess me lo ha comunicado esta misma mañana. Es así de alocada —nos informa el médico con una amplia sonrisa—. Virginia, no te olvides de que hoy te espero para hacerte la revisión. Allí podremos seguir hablando del tema.

—¡Claro! ¿Cómo iba a olvidarme? —le miento. No lo recordaba en absoluto.

Solo con pensarlo ya se me hace un nudo en el estómago. Imaginarme en la consulta, abierta de piernas en el frío y duro potro con Fernando metiendo cosas por mi vagina no me resulta precisamente erótico, más bien terrorífico. Un escalofrío me recorre la columna vertebral con las imágenes que he creado en mi mente. Lo miro con recelo mientras se aleja de nuestra mesa. Nunca me ha gustado ir al ginecólogo. Espero que esto no me cause un trauma con mi pareja.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Laura con preocupación.

—Sí, sí. Es solo que no me hace ninguna gracia que Fernando me examine. Vamos, ni él ni nadie. —Me recorre un escalofrío y me remuevo en la silla.

—Da gracias de que sea tu chico y no un desconocido viejo y feo. —Sonríe, burlona.

—Pues, aunque no me creas, preferiría que fuera cualquier otro hombre o mujer. Esto es inquietante...

—Estás loca. —Mi amiga se levanta y besa mi mejilla—. Tengo que irme. Ya me contarás al llegar a casa qué cosas terribles te ha hecho. —Se aleja meneando la cabeza.

El resto de la tarde la paso mordisqueándome las uñas. Siento como si el estómago se me hubiera girado. He estado tentada de poner una excusa y huir a casa, pero lo he descartado. Si le digo que me encuentro mal, no importa la dolencia, va a querer comprobar por sí mismo qué me sucede. Eso de que sea médico

es un gran inconveniente en estas circunstancias.

Ya es la hora en la que me ha citado, salgo de detrás del mostrador y miro hacia la calle, tentada a salir corriendo. Voy hacia el ascensor con piernas temblorosas. Una vez dentro, pulso el botón y tomo unas cuantas bocanadas de aire. Intento pensar en otra cosa y no lo consigo. No paro de imaginar las mil y una torturas a las que me puede someter. Cuando me quiero dar cuenta ya estoy delante de su puerta y, antes de que cambie de opinión, la golpeo con los nudillos. Fernando me abre de inmediato. Dentro de la consulta casi no hay luz, tan solo la de un flexo en su mesa y la pantalla del ordenador. Está hablando por teléfono y me indica por gestos que pase y me siente. Estoy aterrada. Noto cómo bombea el corazón en mis oídos a un ritmo frenético. Ni siquiera puedo entender nada de la conversación que está manteniendo delante de mí.

—Espera un momento —dice al aparato y lo tapa con la mano—. Virginia, ¿te pasa algo? —No le contesto—. ¡Virginia!

—Estoy bien —un susurro casi inaudible sale de mis labios.

—Jorge, tengo una urgencia. Mañana te llamo sin falta y ultimamos los detalles —se despide con rapidez de la persona que está al aparato y corre a mi lado—. Estás temblando, ¿qué te pasa?

—Nada. —Miro de soslayo la camilla y el instrumental, que están entre penumbras.

—¿Estás asustada? —pregunta con incredulidad. Agacho la mirada, huyendo de su escrutinio—. Cariño, pero si soy yo. No voy a hacerte ningún daño. ¿Es por mí o te pasa siempre que visitas al ginecólogo?

—No lo sé. Solo he ido una vez y lo pasé fatal. —Miro a mi alrededor como si algo o alguien fuera a salir de entre las sombras —. ¿Por qué está todo tan oscuro? ¿Lo has puesto así a propósito o lo haces igual con todas las pacientes?

—Las mujeres suelen estar más tranquilas con poca luz porque les parce que guardan mejor su intimidad. Solo hay focos donde preciso ver, nada más. Pero si tú estás incómoda, encenderé todo

lo que quieras. Ven. —Se levanta y tira de mi mano—. Acabaré en seguida y verás que no pasa nada. No me gusta la idea de que no te estés revisando, es muy importante que lo hagas por lo menos una vez al año. —Me baja el pantalón y las braguitas ante mi atónita mirada—. Levanta el pie. —Me saca una pernera y después la otra—. Túmbate y sube las piernas que yo te coloco.

—Si lo haces así con todas, no me extraña que hagan cola para que las atiendas —intento bromear, sin mucho éxito; la voz me ha salido temblorosa. Sin embargo, él se ríe y me besa con dulzura en los labios.

—Abre las piernas y relájate, como si estuviéramos en casa. —Sonríe con picardía y consigue arrancarme una débil carcajada. Aunque se me corta de golpe en cuanto me coloca los pies, se sienta entre mis piernas y se pone los guantes—. Ahora voy a explorarte, no es doloroso, solo vas a notar algo frío. —Enciende una lámpara y la enfoca a mis partes íntimas—. ¿Te gusta la idea de que vayamos a México? Yo lo estoy deseando. Este año los únicos viajes que he hecho han sido por negocios.

—La verdad es que me apetece mucho. —Me incorporo un poco para ver qué hace, pero me ha cubierto las piernas con una sábana y no veo nada.

—Me muero de ganas de estar una semanita contigo. —Asoma la cabeza muy sonriente—. ¿Has estado en la Riviera Maya?

—No, nunca.

—¡Te va a encantar! Ya verás. Vamos a estar en un hotel fantástico a primera línea de playa.

—¿Cuánto nos va a costar?

—¡Nada! Estamos invitados. Por cierto, ¿tienes el pasaporte en regla? Porque si no, ya puedes ir pidiendo cita.

—Mañana mismo lo hago. ¿Cómo es posible que nos lo pague a todos? ¿Y qué puedo regalar a los novios? —Intento sentarme, pero una de sus manos enguantadas me empuja y me tumba de nuevo.

—Estate quieta. —Retira hacia abajo la sábana para que pueda verle la cara—. Ellos son muy generosos y se lo pueden permitir. Y

de lo del regalo, ya me encargo yo.

—Entonces, ¿yo qué hago?

—Acompañarme. —Se pone en pie mientras me hurga con sus dedos dentro de la vagina—. Bueno, esto ya está. Ahora haremos una ecografía y estará listo. Ven. —Me coge en brazos y me pasa a una camilla cercana.

Mientras está encendiendo el equipo me doy cuenta de que me ha estado hablando del tema del viaje para distraerme y, la verdad, lo ha conseguido. He dejado de estar nerviosa. Veo cómo pone un preservativo a la cámara, lo impregna en gel y lo deja apoyado en su soporte. Después me levanta por las nalgas y coloca una cuña debajo. Mi corazón empieza a acelerarse de nuevo. Sin embargo, no siento miedo. Me estaré volviendo loca, porque ahora se me antoja una situación muy erótica. Suelto un suspiro y me chupo el labio inferior. Fernando se para a medio camino de meter la cámara en mi interior y me mira perplejo. Intento disimular y miro hacia la pared. Por el rabillo del ojo le veo introducir la cámara sin dejar de observar mi zona íntima. Su nuez de adán sube y baja varias veces antes de que pueda apartar la mirada de mí. Del bolsillo de la bata, saca unas gafas y se las pone. ¡Madre mía, está guapísimo con ellas puestas! Ni siquiera sabía que las necesitara.

—Te sientan muy bien. ¿Tienes muchas dioptrías? —susurro con voz melosa.

—No, solo las necesito para ver la pantalla con claridad. Si no, se me cansa la vista y veo borroso. —Pongo la mano sobre su rodilla y se la acaricio—. No me hagas esto, Gina, déjame acabar. Me está costando un mundo seguir explorándote cuando estás tan dispuesta a... jugar. Deja de apretar con el suelo pélvico, por favor —susurra con voz enronquecida.

—Perdona, no me había dado cuenta de que lo hacía —me disculpo con una sonrisa maliciosa.

—Ahora, lo que voy a hacer puede que te moleste un poco. —Se pasa el dorso de la mano por la frente sudorosa.

Parece que lo está pasando mal, así que relajo las piernas y lo dejo trabajar. Observo su ceño fruncido mientras mira la pantalla.

Está tan *sexy* con las gafas y esa cara tan seria. No tengo claro si va a querer tener sexo en la consulta, pero estoy tan caliente que, como me diga que no, ¡creo que me va a dar un ataque!

—Ya he acabado. —Resopla y tira los guantes a la basura, exasperado—. De verdad, Virginia... me vuelves loco. —Se empieza a quitar la ropa con celeridad—. Como ahora me digas que te da mal rollo hacerlo aquí, juro que te mataré.

—No lo haré. —Río entre dientes por sus palabras, tan parecidas a las que yo misma pensaba—. Déjate las gafas puestas —le ronroneo al ver que se las va a quitar. Él asiente.

Me saca la camisa y el sujetador y los tira al suelo. Al tenerme totalmente desnuda y en esa posición, da una vuelta a mi alrededor, observándome con deseo.

—Voy a subirme a la camilla y no retiraré la cuña. Llevo todo este rato queriendo cabalgarte es esta postura. Si te resulta molesto, pararé. Solo quiero probar. ¿Te parce bien?

Incapaz de pronunciar palabra, asiento y trago saliva. De pronto se me ha secado la boca al verlo pasear a mi lado como una pantera en celo; con su piel humedecida por el sudor y una gran erección elevándose orgullosa entre sus piernas. Esa mirada felina cargada de deseo se clava en mis partes íntimas y yo abro más los muslos, invitándolo a continuar. Sin perder un instante, se acerca con decisión y lame el clítoris. Todo mi cuerpo vibra ante su contacto. Un calor abrasador se expande por todo mi ser y comienzo a mover las caderas, buscando más intensidad. Sin dejar de chuparme, introduce en mi interior dos de sus dedos y los mueve a un ritmo enloquecido. Con una potencia arrolladora me invade un orgasmo dejándome temblorosa y sin fuerza. Cuando todavía estoy sintiendo los últimos cosquilleos de placer, Fernando se pone un preservativo, se sube a la camilla y se introduce en mí de una sola estocada. Con las caderas tan elevadas, entra hasta la base sin ningún impedimento.

—¿Estás bien? —murmulla con la voz estrangulada.

—Es muy intenso —logro pronunciar—, pero me gusta.

Son las palabras que necesitaba oír para dejarse llevar. Ha

comenzado a moverse de forma castigadora y sin pausa. Me tiene bien agarrada para que absorba cada acometida. Su voracidad me deja sin aliento, perdida ante su fuerza. Es todo tan intenso que me da miedo desmayarme de puro gozo antes de llegar al clímax. La tensión de su rostro y sus fuertes gemidos terminan por vencerme y nos dejamos llevar por el placer más absoluto. Al filo de desvanecerme, me levanta de la camilla y se sienta en el suelo conmigo en su regazo. Con la respiración acelerada, me colma la cara de besos y caricias.

—¿Te encuentras bien? —pregunta al ver que apenas respondo a sus atenciones.

—No, has acabado conmigo. Necesito dormir —farfullo mientras me acomodo mejor entre sus brazos.

—Te llevaré a casa, porque por la cara que pones, creo que lo dices en serio —Con una sonrisilla triunfal, se pone de rodillas y se levanta sin soltarme.

Capítulo 25

Apenas recuerdo el trayecto a casa. Sé que Fernando me vistió y me llevó en su coche, aunque no tengo ni idea de cómo llegué hasta la cama con pijama incluido. Me dejó K.O. Laura no paraba de reírse de mí esta mañana. Dice que ha tenido que llamarme tres veces para que me levantara. Si me hace esto muy a menudo, va a acabar conmigo.

—Esta tarde sin falta tenemos que ir de compras para la boda —me anuncia a voz en grito mi amiga cuando estamos a punto de llegar al trabajo—. El tiempo se nos agota y, si necesitamos arreglos para el vestido, aún será peor. Así que, como salgo antes, empezaré a mirar por las tiendas. Cuando tú termines, me llamas y te digo dónde estoy. Ni se te ocurra liarte hoy con el doctor Martínez, ¿me oyes? —Me amenaza con el dedo índice—. Ayer llegaste medio muerta. ¡Te necesito de una pieza!

—Vale. —Le levanto el pulgar sin protestar. Laura empieza a reírse.

—¿Se puede saber qué demonios te hizo? De verdad, estoy intrigadísima.

—¡Buf! No puedo ni pensar en ello que ya me agoto. —Suelto una carcajada—. Y yo que no quería que me hiciera una revisión...

—¿¡Fue en la consulta!? —Estando al volante, Laura se gira hacia mí por la sorpresa y casi se pasa al carril contrario de la marcha, provocando que los otros vehículos nos piten—. ¡Ha sido sin querer! —se disculpa de malos modos—. ¡Dios, que pervertido suena eso, Gina! —Se estremece como si tuviera un escalofrío—. Más bien parece de película de terror.

—Sí, eso pensaba yo también, hasta que de repente todo empezó

a parecer muy... erótico.

—¡Cállate! Que no quiero ni pensarlo. Luego estaré imaginando dónde lo habréis hecho y no podré mirarlo a la cara.

—¡Pues no preguntes! —Para en el garaje y nos despedimos hasta más tarde. Hoy he tenido una jornada bastante tranquila. Por increíble que parezca, Julia no me dirige la palabra. Parece ser que ya se ha enterado de que Laura y yo nos vamos de boda y tiene un cabreo monumental. Es asombroso, pensé que era porque me concedían las vacaciones y la dejaba sola y resulta que no es esa la razón. Está enfadada porque no se lo he dicho yo de primera mano. Lo considera una traición por mi parte. Es una buena mujer, pero lleva su nivel de chismosa a límites insospechados. Dudo mucho que aguante cerca de dos semanas sin hablarme. Mientras tanto disfrutaré de la tranquilidad.

Me he quitado el uniforme y salgo de los vestuarios. Laura me ha avisado de que nos encontraremos en Puerta del Sol. A Fernando le mandé un mensaje para avisarle de que me iba de compras. Tengo todo bien atado, así que corro hasta la salida. ¡Me muero por estar un rato despreocupada! Y qué mejor manera que probándome ropa nueva. Como voy corriendo y mirando el móvil a la vez, choco con alguien al torcer la esquina.

—¡Perdón! —me disculpo de inmediato y levanto la cabeza para ver a quién he atropellado. —¡Oh! ¡Hola! —exclamo por la sorpresa. No las tengo todas conmigo, pero juraría que es Daniel.

—Hola, Gina. Espero que hoy no me pegues. —Su exposición me deja las cosas claras.

—No, Daniel, no te preocupes. —Enrojezco de vergüenza.

—Parece que tienes prisa.

—Sí, me están esperando. —Sin saber muy bien qué hacer, me pongo de puntillas y le doy un beso en la mejilla—. Ha sido un placer volver a verte. A ver si nos vemos pronto y con más tiempo.

—Seguro que así será. No te entretengo más. ¡Anda, vete! —Me devuelve el beso y comienza a andar hacia el despacho de su hermano.

Aparte del bochorno que me ha hecho pasar por recordarme que le di una bofetada, ha sido agradable encontrarme con él. Me siento orgullosa por haberlo reconocido tan rápido. En cuanto habla ya me doy cuenta de que no es Fernando, aunque, si se está quieto..., es más complicado. Es turbador saber que hay alguien tan parecido a tu pareja. Entro en el metro mientras sigo divagando en mis pensamientos. Se me ha llegado a pasar por la mente la idea que pueda confundirlos. No sé si llegará el caso, pero, si algún día dormimos bajo el mismo techo, me despisto, voy a otra habitación y me meto en la cama de Daniel, ¿notaría la diferencia o llegaría hasta el final? Un escalofrío me recorre la espalda solo con imaginarlo. Me río de mis propias ocurrencias; dudo mucho que sea tan intenso como su hermano. Al igual que tiene el carácter muy distinto, estoy segura de que con el sexo tiene que pasar lo mismo. Con una sonrisa, miro a través de la ventanilla del vagón para comprobar si ya he llegado a mi parada y así es. Antes de que aparte la mirada, veo a un hombre reflejado a mi espalda. Me observa fijamente. El vello se me pone de punta. En cuanto se abren las puertas corro al exterior sorteando a todo el que tengo por delante. Tengo miedo, mucho miedo. Subo las escaleras de dos en dos para llegar cuanto antes a la calle. Cuando ya estoy fuera y, sin dejar de caminar, me giro para comprobar si me pisa los talones. Lo diviso al final de la larga cola de personas que me preceden, intentando ocultarse entre el tumulto. Aterrorizada, me dispongo a huir a toda prisa cuando unas manos me sujetan. Grito desesperada intentando zafarme.

—¿Se puede saber qué haces, Gina?

Al oír mi nombre, me giro y veo que es Laura la que me sostiene. La acompañan Roberto, Sara y Jess. Temblando, me hecho a los brazos de mi amiga. Su novio se da cuenta enseguida del porqué de mi reacción.

—Entrad en esa cafetería, ¡ya! —nos ordena Roberto. Todas corremos al lugar donde nos ha indicado.

Sin mediar palabra, el hombre nos guía hasta el final del establecimiento y nos sentamos en la mesa más apartada. Ahora

que estoy con ellos me siento más segura.

—No os mováis de aquí hasta que yo vuelva, ni siquiera para ir al baño — nos advierte.

—¿Qué pasa, Roberto? —Laura intenta detenerlo.

—No te preocupes, preciosa. Vuelvo en un minuto. —Las cuatro nos quedamos mirando cómo se aleja.

—Gina, ¿te han atacado? ¿Qué ocurre? —susurra mi amiga, alarmada. Sara y Jess se echan hacia delante para poder escucharme.

—Alguien muy raro me seguía. Me he dado cuenta de que me estaba observando cuando he llegado a la parada. Al principio pensé que eran paranoias mías, hasta que he visto que lo tenía detrás. Lo que no entiendo es qué está buscando Roberto. No le he dicho nada.

—Si él nos ha metido aquí, es porque ha visto un peligro potencial. Cuando compruebe la zona y vea que no pasa nada, podremos volver a salir —explica Sara con calma.

—Perdonad, chicas. Ni siquiera os he saludado. Siento mucho haber generado este mal rollo —me disculpo al ver sus caras de preocupación.

—No te preocupes, seguro que no es nada y podremos continuar con las compras. —Jess sonríe con confianza.

—¿Vosotras también estáis de compras?

—Sí, Roberto nos lo dijo y nos hemos apuntado a echaros una mano para encontrar los vestidos para mi boda. Y él se ha ofrecido a acompañarnos encantado —suelta con retintín y todas sonreímos a Laura. Ella, abochornada, agacha la cabeza.

Justo en ese momento vuelve a entrar en la cafetería el guardaespaldas y se acerca a nosotras con calma.

—Cuando queráis podemos continuar —nos informa.

Nos levantamos justo cuando la camarera nos iba a tomar la comanda. El hombre saca un billete de veinte del bolsillo y se lo entrega a la joven, que ha quedado gratamente sorprendida. Después se acerca a mí y pone una mano sobre mi hombro.

—¿Quién era? ¿Has logrado averiguar algo? —le pregunto en cuanto llega a mi lado.

—No sé, la verdad. Ha desaparecido entre la multitud. Lo más probable es que fuera un carterista y, al ver que te reunías con más personas, ha desistido. Yo que tú no le daría importancia. —Me guiña un ojo y luego se va con Laura.

No es que desconfíe de la palabra de Roberto, pero a mí no me ha parecido un simple ladrón. Haré todo lo posible por olvidarme del tema y disfrutar de las compras, ¡que es mi deporte preferido!

Qué divertido es ir con más chicas de tiendas, sobre todo con Jess. A las dos nos gustan las cosas extravagantes y caras. Sara y Laura prefieren artículos prácticos y sencillos. Así que hemos hecho dos bandos en el que siempre nos sentimos apoyadas por alguien. Lo de mi amiga lo puedo entender, tiene el sueldo de una enfermera y, más que querer, debe ser pragmática, pero Sara, ¡eso no me entra en la cabeza! Podría tener cualquier cosa que se le antojara por muy cara que fuera y, sin embargo, no se encapricha de nada que no le sea útil, según sus palabras.

—¡Por Dios, Gina! Jess y tú no debéis ir más de compras juntas o será tu perdición. ¡Mira cuántas cosas! —Laura señala todos los paquetes que acabo de apoyar en la entrada de nuestro portal.

—¡Las necesitaba! —intento defenderme.

—¡Deja de decir estupideces! Te has comprado tres biquinis, cuatro pares de zapatos, el vestido para la boda, un montón de lencería *sexy*, ropa como para cambiarte tres veces al día y no sé cuántas tonterías más. No, Gina, no necesitas todo eso para las vacaciones. Solo espero que no te endeudes con la tarjeta.

—Por eso no te preocupes, lo tengo controlado.

—Sabes que esa misma frase es la que dicen todos los adictos.

—Tu amiga tiene razón, Gina —nos sorprende la voz cascada de un hombre.

—Hola, Juanillo. ¿Tú también te vas a poner de su parte? —Dejo todo y voy a su lado —. ¿Te bajo algo para cenar? —Me responde con su sonrisa desdentada.

—Hoy no hace falta, hija. Pero no cambies de tema, tu amiga

gruñona tiene razón.

—¡Vaya, muchas gracias! —responde la aludida con sarcasmo.

—Todos los adictos nos engañamos y creemos que está controlado, y no es así. —Agacha la cabeza, avergonzado—. No gastes más dinero del que tienes solo para impresionar al chico ese de los cochazos. Él tiene que enamorarse de tu interior, no del envoltorio. Tú vales mucho.

—Muchas gracias, Juanillo —le respondo con cariño—. Pero lo digo en serio, jamás me gastaría algo que no tengo.

—Te creo. —Asiente, vehemente—. Ahora subid a casa que un hombre muy raro lleva un par de días rondando por aquí y no me hace ninguna gracia. Buenas noches, niñas.

—Buenas noches —me despido del pobre hombre. Hoy más que nunca me duele en el alma dejarlo solo en la calle.

—¿Qué estás pensando? Porque cuando pones esa cara, nada bueno tramas —pregunta Laura al llegar al piso.

—Nada, no te preocupes —respondo con tristeza—. Lo que me gustaría hacer es algo demasiado grande para alguien tan pequeña como yo.

—¿Es acerca de ese proyecto que tenías en mente? ¿No es viable?

—Factible sí es, pero no tengo el capital suficiente para llevarlo a cabo. Sin contar con que jamás recuperaría lo invertido. Fue una locura de las mías. — Hago un puchero al intentar contener las lágrimas.

—¿Quieres explicarme de qué se trata? ¿Es una tienda de moda o algo así?

—¡No! —Sonrío con tristeza—. Por una vez en la vida quería hacer algo por los demás. La idea me vino al ver cada día tanta gente sin medios por las calles. Mi sueño era crear un centro donde poder orientar y ayudar a personas con pocos o ningún recurso. Generar empleo entre los más desfavorecidos, auxiliarles cuando nadie lo hace, ofrecerles asesoramiento legal, un techo para sacarlos de las calles, que alguien los escuche y no sean ignorados; una empresa de inserción con un centro de media-larga

estancia asociado y que todo aquel que sea favorecido con el programa colabore en el proyecto. Que se apoyen unos a otros. Creando una cadena de favores donde todo el mundo sería beneficiado y compensado. Ver que, si te esfuerzas, merecerá la pena. ¡Que comprueben de primera mano que sí hay alternativa! —Me enjugo las lágrimas—. No es algo imposible. Me he basado en otros proyectos reales y he querido añadir algunas otras cosas de las que carecían. Para generar algo tan grande necesitaría de unos inversores o patrocinadores que no esperasen nada a cambio y, como comprenderás, no estarán dispuesto a tirar su dinero por personas que no le importan a nadie.

—Cariño, es una idea fantástica, pero ¿qué beneficio sacarías de todo eso?

—Con suficientes inversores el proyecto se podría mantener. Habría dinero suficiente para desarrollar los distintos programas y dotarlos de una plantilla adecuada, incluyendo mi sueldo. Y, lo más importante, tendría un futuro honrado del que sentirme orgullosa.

—Gina, todo esto se te escapa de las manos y no te hace falta crear algo así para demostrar al mundo que eres una gran mujer. A las personas que te queremos, no nos va a importar a lo que se dedica tu familia. Como bien te ha dicho Juanillo, vales mucho. Y la primera que tiene que creérselo, eres tú.

—Gracias, pero es difícil creérselo cuando hace años que pienso que no valgo nada.

—¡No te consiento que hables así de ti misma! —grita mi amiga, enfurecida.

Por un momento se me pasa por la cabeza decirle la verdad, contarle que le engañé con lo de mi titulación y el dinero que le robé a mi familia, sin embargo, el que pueda no comprender mis razones y no quiera volver a hablarme me aterroriza y prefiero seguir con las mentiras. Aunque una vocecilla en mi interior, que grita cada vez más fuerte, quiere le cuente todo antes de que sea demasiado tarde y no pueda perdonarme.

—Nunca hago nada a derechas, Laura. Soy un desastre.

—¡Eso no es cierto! Eres una chica afortunada, lista, guapa, tienes trabajo y un novio que ya desearían muchas. También me tienes a mí, sé que no soy gran cosa, pero aquí me tienes para lo que haga falta...

—¡Cállate, por favor! —la corto y me echo a sus brazos. Con ella me pasa igual que con Fernando; me lo dan todo y yo no les ofrezco más que mentiras—. Tú eres maravillosa. No sé cómo me soportas. Cualquier día te darás cuenta de quién soy en realidad y ya no querrás volver a verme.

—¿Cómo puedes ser tan dramática? —Me acaricia la espalda entre risas—. Ya te conozco de hace mucho y, aunque seas un poco insoportable, te quiero tal y como eres.

—¿Un poco insoportable? —La observo con los ojos achicados.

—De acuerdo, ¡lo admito! Eres una autentica insoportable —suelta con seriedad. Segundos después empieza a reír al ver mi cara de sorpresa.

—¡Pensaba que lo decías en serio! —Entre risas y gritos, empiezo a perseguirla por todo el piso con la intención de darle un capón.

Adoro a mi amiga, siempre sabe cómo hacer para que me sienta mejor. Ya lo he decidido: diré toda la verdad al volver de México. Estoy segura de que, al menos, Laura me entenderá. Ya no tendré que esconderme de nada nunca más.

Capítulo 26

Como había prometido a Fernando, pedí cita para tramitar el pasaporte. Me dieron para ese mismo viernes, tiempo más que suficiente, ya que queda una semana para partir. Al coincidir en horario laboral, me ha tenido que dar permiso para poder ir. No he tardado nada más que unos minutos en hacerlo y ya salgo de comisaría con él en la mano. ¡Qué ganas tengo de utilizarlo! He viajado bastante por Europa, pero nunca he cruzado el charco. Hace muchos años, llegué a ir con mis padres de viaje de negocios a Rumanía y Ucrania. Es lo más lejos que he ido. Por supuesto, no tenía ni idea por aquel entonces del tipo de transacciones que hacia mi padre. Fuimos en primavera y recuerdo que pasé mucho frío, aunque también disfruté mucho de los verdes paisajes y sus preciosas construcciones, tan características y distintas a las españolas. Lo mejor de todo fue cuando visitamos el emblemático castillo de Bran en Rumanía. Menuda película me monté yo sola al pensar que iba a aparecer el conde Drácula y nos masacraría a todos. Ahora me río, pero en aquel momento lo pasé fatal.

Recordando mis estúpidas reacciones de adolescente, me detengo en el paso de peatones a esperar que se ponga en verde. Acaricio con anhelo la superficie del pasaporte, soñando con todas las cosas maravillosas que me esperan, cuando veo por el rabillo del ojo a alguien que me llama la atención. Esa persona, al darse cuenta de que lo he descubierto, intenta ocultarse entre el gentío. Un sudor frío me cubre el cuerpo al ver que es el mismo hombre que me perseguía el otro día en el metro. Cuando todavía no ha cambiado el semáforo, intento cruzar sorteando los coches que pasan por mi lado a pocos centímetros y llevándome una buena reprimenda por parte de conductores y peatones, que observan

alarmados mi temeraria conducta. Consigo llegar ilesa al otro lado y me doy la vuelta para ver la reacción del sujeto que me persigue. Por unos segundos consigo verlo, con el rostro crispado debido a mi imprudencia, justo antes de que le engulla la multitud que ahora avanza como una marea humana en ambas direcciones, al dar paso el muñequito verde. Me reprendo por no haber salido corriendo antes; aun así, lo hago sin saber muy bien a dónde me dirijo por culpa de los nervios. El miedo me atenaza la garganta. ¿Qué quiere de mí? ¡Esto no es una casualidad ni un carterista como había sugerido Roberto! ¡No sé qué hacer! Doblo la esquina y me voy chocando con gente que me insulta por mis malos modos. Las fuerzas empiezan a fallarme, ¡maldita sea! ¿por qué no haré más ejercicio? No puedo respirar...

¡Un taxi! Eso es, pararé uno y así no podrá seguirme. Con la obsesión de llegar a mi objetivo, no miro por donde ando y no veo el escalón que tengo bajo mis pies al bajar de la acera. Tropiezo y vuelo por los aires como a cámara lenta, hasta que aterrizo en el asfalto a escasos centímetros de un vehículo en circulación que ha tenido que frenar en seco. El golpe me ha dejado aturdida y solo oigo gritos amortiguados acercándose.

—¿Se puede saber qué demonios haces? He estado a punto de atropellarte —me reprende un hombre que a su vez me ayuda a dar la vuelta en el suelo.

Un corrillo de personas muy dispares se arremolina a mi alrededor para curiosear. Unos ríen por mi torpeza, otros exclaman dando gracias a Dios de que no me haya pasado nada. El sol brilla con fuerza y pongo la mano de visera para poder verles las caras. Ninguno de ellos es el sujeto que me seguía. Doy gracias a mis dos pies izquierdos porque he conseguido lo que quería: que deje de darme caza y el taxi. Como todo el mundo me presta atención, se ha tenido que marchar y al coche que casi me arrolla no es ni más ni menos que el transporte que necesitaba. Dolorida, pero más tranquila, me levanto con ayuda y entro en el vehículo. Una vez en marcha, el conductor sigue refunfuñando por el susto que le he propinado. Pronto cesa al ver mis manos ensangrentadas y

los ojos anegados en lágrimas.

Al llegar a la clínica, le pago la carrera al taxista y entro por recepción. El revuelo que arma Julia al verme se propaga en pocos segundos por toda la planta. Pese a estar enfada conmigo, está muy preocupada. Pronto llega a oídos de Laura, que viene como un torbellino a auxiliarme.

—¡Gina, Gina! —grita asustada al verme— ¿Qué te ha pasado?

—Tranquila, estoy bien. Me he caído. No son más que unos arañazos.

—Te voy a llevar con el doctor Martínez para que te eche un vistazo. La herida de la barbilla no sé si va a necesitar puntos.

Frunzo el ceño y me devano los sesos pensando, ¿de qué habla? No recuerdo haberme golpeado. Levanto la mano y me palpo.

—¡Ay! —protesto al tocarme.

—¡Saca esas zarpas mugrientas de la herida! Solo faltaba que la infectaras —. Me obliga a sentarme en una silla de ruedas y me lleva hacia los ascensores. Julia nos sigue de cerca—. ¿A dónde te crees que vas? —advierte a la recepcionista.

—Solo quiero saber cómo está. Estoy muy preocupada —se excusa la pobre mujer. Aunque las dos sabemos que lo que realmente quiere es enterarse de cómo ha ocurrido.

—¿Qué crees que te va a decir el doctor Martínez cuando vea que has abandonado la recepción? —le plantea mi amiga con los brazos en jarra y las cejas arqueadas—. Haz el favor de volver a tu puesto de trabajo. —Levanta la vista y ve a unas cuantas auxiliares observando—. ¡Todo el mundo a trabajar! —Corren todas en distintas direcciones ante el tono autoritario de Laura.

Cuando mi amiga se pone mandona da miedo de verdad. Intento apartar la mirada para otro lado para no echarme a reír delante de ellas.

—Ni se te ocurra reírte, porque no está el horno para bollos —me regaña en cuanto estamos a solas en el ascensor—. Contigo una no gana para sustos. Seguro que estabas corriendo como una loca, ¿a que sí?

—Sí —susurro, cohibida.

—¡Si ya lo sabía yo! Vamos a ver, ¿por qué tenías que ir a la carrera cuando sabes que puedes tardar el tiempo que te dé la gana? Tienes que asimilar que eres la novia del jefe, pedazo de tonta. —Se para el ascensor y empuja la silla de ruedas con ímpetu.

—Tenía una buena excusa... —Me callo al ver su mirada de advertencia al llamar a la puerta del médico—. El hombre del otro día me ha vuelto a perseguir.

—¿Qué hombre? ¿Qué quieres decir? —murmura extrañada.

No tengo tiempo para responder. La puerta se abre y aparece Fernando. Se le borra la sonrisa de un plumazo y se le atasca una exhalación en cuanto repara en mí.

—¡Virginia! ¿Qué te ha pasado? —grita, alarmado.

—No es nada, de verdad. No son más que unos arañazos.

Laura empuja la silla al interior de la consulta, mira por el pasillo para ver si alguien ha visto u oído algo y después cierra la puerta.

—¿Qué has querido decir con eso de que te perseguía el hombre del otro día? —exige saber mi amiga en cuanto estamos los tres a solas.

—¿De que estáis hablando? —pregunta Fernando con la respiración acelerada—. ¿Quién te perseguía, Virginia? ¡Que alguna de las dos me responda! —Nos mira de hito en hito.

—Por favor, tranquilízate que te lo voy a explicar. —Levanto la mano para agarrar la suya, pero veo que está sucia y ensangrentada y la retiro.

—Vamos a hacer una cosa —suelta un fuerte suspiro—, voy a curarte y, mientras lo hago, me lo cuentas todo, ¿entendido? — Asiento, entristecida.

Se le ve tan preocupado, a la par que enfadado, que no puedo evitar sentirme mal. Acaba de darse cuenta de que no le conté que alguien me había estado persiguiendo. Entre médico y enfermera preparan todo lo necesario para hacerme las curas y yo espero mientras repaso mentalmente lo sucedido. En cuanto me aplica el

antiséptico me encojo por el escozor. Al ver mis lágrimas, se apiada de mí y sopla con cuidado sobre las heridas. Mientras lo hace, compruebo que su mirada todavía no se ha dulcificado. Se compadece, sin embargo, sigue disgustado. Con mesura, sigue extrayendo pequeñas piedrecillas incrustadas en mi piel hasta que comprueba que no queda nada. En ese momento, resopla de disgusto y clava su mirada en mí. Sus preciosos ojos del color del ámbar me observan expectantes y puedo ver que su paciencia se ha agotado.

—Perdona... —logro decir.

—¡Quieres hacer el favor de explicarme de una vez qué coño pasa! Estoy hasta los cojones de que no me digas nada. No me gusta enterarme por terceros de que tienes problemas, ¡maldita sea! Soy tu novio, deberías confiar en mí.

—Roberto pensó que se trataba de un simple carterista, por eso no te lo había contado. No quería que te preocuparas.

—¡Pues deja que sea yo el que decida si tiene importancia o no! Y, ¿cómo es posible que Roberto Hierro lo supiera y yo no? ¡Esto es el colmo! —Aprieta los dientes con fuerza.

—No es que se lo haya contado a él, es que estaba con nosotras cuando ocurrió —interviene mi amiga en mi defensa en cuanto recuerda el suceso.

—Un hombre me observaba dentro del vagón del metro —le explico—. Me entró miedo y corrí hacia la salida en cuanto se abrieron las puertas. Al llegar a la superficie me topé con Laura, a la que acompañaba Jessica, Sara y su guardaespaldas. Él, al darse cuenta de lo que ocurría, nos refugió en un bar y corrió tras ese hombre. Después me dijo que no lo había cogido, que no le diera importancia porque lo más probable es que fuera un ladrón y no lo volvería a ver. Aunque hoy... He vuelto a verlo al salir de comisaría. Soy tan tonta que no me paré a pensar y corrí como una desesperada. Podría haber intentado hacerle una foto con el móvil o ir a la comisaría de nuevo, ¡pero no! Yo tengo que ir como un caballo desbocado por toda la ciudad sin rumbo fijo hasta que me doy de bruces contra el asfalto. —Trago con fuerza para pasar el

nudo que tengo en la garganta.

—Cariño, eso lo hiciste bien. No creo que debas pararte a hacerle fotos, ni enfrentarte, ni nada parecido. Lo mejor es correr a refugiarte en algún lugar seguro. —Me agarra por el mentón y se fija en el corte de mi barbilla—. Aquí voy a tener que ponerte un par de puntos de aproximación. Así, cuando cicatrice, casi no se apreciará la marca.

Su tono distante me indica que se ha tranquilizado, pero que no lo ha olvidado. Estoy tan acostumbrada a decir lo mínimo, a contar lo justo para no meter la pata, que no veo lo mucho que le duele que no cuente con él.

Al terminar de hacerme las curas, le pide a Laura que recoja todo el material utilizado y que se vaya. Es evidente que está deseando quedarse a solas conmigo para poder decir lo que siente.

—¿Hay algo más que quieras contarme? —pregunta en cuanto se cierra la puerta tras mi amiga.

—No, ya te lo he contado todo.

—No me refiero solo a lo ocurrido hoy, a cualquier cosa que deba saber de ti. No quiero más sorpresas. Si no, voy a acabar por pensar que no te importo. Quizás sea eso, que consideras que no valgo lo bastante como para estar contigo. Que te has dado cuenta de que no me quieres. —Me mira con fiereza.

—¡Claro que te quiero! Te amo tanto que me da miedo. Temo cada día que pasa porque pienso que va a ser el último que voy a estar contigo. Me aterra la idea de que veas quién soy en realidad y que ya no quieras volver a verme.

—¿Y quién eres en realidad? —susurra con la voz cargada de emoción.

—Una chica torpe que no hace nada a derechas por más que lucha por hacer las cosas bien. Llevo una pesada carga a mis espaldas que he traído como herencia. Mi idea al llegar a Madrid era rehacer mi vida y valerme por mí misma e ir soltando piedra a piedra hasta sentirme libre, y no enamorarme del primer hombre con el que me topara nada más salir de la estación. —Suelto una risilla al recordarlo y él me secunda—. Pero, como siempre, todo lo

hago al revés y primero me enamoré. Y juro, por lo más sagrado, que lo más sincero que he hecho en mi vida es quererte.

Incapaz de pronunciar palabra, se aproxima con los ojos vidriosos, pega su frente a la mía y suspira aliviado. Pasa un buen rato meciéndome entre sus brazos antes de calmarse y continuar hablando.

—Quiero que te vayas a casa y descanses. Pediré un taxi, yo no puedo llevarte —me ordena con voz calmada. Por el tono sé que no hay opción a réplica—. En cuanto me libere, iré a hacerte una visita. Tenemos que hablar muy seriamente sobre tu seguridad. Hay que averiguar quién es la persona que te persigue, así que voy a pedir ayuda a Roberto Hierro para que nos aconseje. Por favor, no te muevas de casa.

—No te preocupes, así lo haré. Pero... —Detengo mi lengua al ver que me mira con enfado—. Tranquilo, no me moveré del apartamento. Solo quería preguntarte si me dejas venir a trabajar mañana. No tengo más que arañazos. —No me hace ninguna gracia que me mande y él nota el mal humor en mis palabras.

—Podrás hacerlo con la condición de venir con Laura en el coche. Bajo ningún concepto irás sola por la calle y mucho menos subirás al metro o al tren, ¿entendido?

Fernando no tiene ni idea del cabreo monumental que me está entrando al intentar imponerse. Es una cosa que me supera. No soporto que ningún hombre me obligue a nada. Cierro los puños y la boca con fuerza y noto un dolor agudo en las palmas por las heridas. Eso hace que reaccione y entienda por qué se ha puesto en ese plan. ¡Puede que esté en peligro!

—De acuerdo, no iré sola a ningún sitio —respondo resignada.

Capítulo 27

Qué raro se me hace estar sola en casa durante el día. ¡Y es aburridísimo! Hubiera preferido trabajar a estar pendiente del reloj viendo pasar los minutos. Tengo el cuerpo entumecido y cada vez estoy más dolorida por la caída. Menos mal que me acuerdo de que tengo un montón de ropa nueva que preparar para llevarme a México. Cojo unos auriculares, los conecto al móvil y, mientras observo mis nuevas adquisiciones, pongo música para entretenerme. Cuando me quiero dar cuenta, canto y bailo como una posesa por toda la casa. Se me han pasado todos los males y ya no me acuerdo de nada. Todo iba de maravilla hasta que me doy cuenta de que tengo unas ganas horribles de ir al baño. Por el camino voy maldiciendo los múltiples zumos que me he tomado. Estoy tan apurada que me bajo los pantalones sin acordarme de que llevo el teléfono en el bolsillo trasero, con tan poca fortuna que se sale y cae al retrete.

—¡Mierda! ¡No! —me quejo de mi mala suerte.

No me queda más remedio que meter la mano y alcanzarlo. En el momento en que mis dedos tocan el agua, el móvil se ilumina y veo que me está llamando Fernando. Aunque se haya mojado, parece que todavía funciona. Toco la pantalla para responder y parece que va correctamente. ¡Menos mal!

—¡Hola! ¿Sí? —No obtengo respuesta. Miro el aparato y observo cómo se está distorsionando la foto de perfil de mi novio—. ¡¡Noooo!! ¡No! ¡Por favor! —Pero es inútil, el cachivache se ha muerto—. ¡Joder! Pero ¿qué narices me pasa? Parece que me ha mirado un tuerto.

Cojo una toalla vieja e intento secarlo, pero no sirve de nada. Lo intento con el secador de pelo, en una ocasión leí que eso puede

funcionar. Mientras lo hago, consigo hacer el pis que ha provocado todo esto. ¿Cómo puedo tener tan mala suerte? Sigo echando aire caliente para eliminar la humedad interna del teléfono mientras maldigo una y otra vez. De pronto, un fuerte golpe hace retumbar toda la casa. No sé qué pasa, pero el corazón casi se me sale por la boca del susto. Se oye gente correr por el piso cuando, sin previo aviso, se abre la puerta del baño de una fuerte patada. Doy un grito ensordecedor, presa del pánico. Bajo el umbral está el novio de Laura apuntándome con un arma, que baja de inmediato en cuanto ve que estoy sola. Tras él, llega Fernando con la cara desencajada.

—¡Virginia! ¡Por el amor de Dios! ¿Estás bien? ¿Qué ha ocurrido? — pregunta, fuera de sí.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me asustáis de este modo? ¿Habéis roto la puerta para entrar? ¿Os habéis vuelto locos? —les recrimino todavía muerta de miedo.

—¿Que si estamos locos? —Resopla y ríe con amargura— ¡Tú me vas a volver majareta! Te acabo de llamar para avisarte de que estaba a punto de llegar con Hierro, me respondes, te pones a gritar y a pedir por favor y luego se corta la llamada. Por más que he insistido, no me contestabas. ¿Qué cojones quieres que piense? ¡Creía que alguien había entrado en casa!

—Se me ha caído el teléfono al váter. No podía responder, al estar mojado ha dejado de funcionar. —Levanto el móvil y el secador.

Roberto, que ha estado escuchando todo este tiempo, intenta contener una sonrisa sin mucho éxito. Ante la mirada adusta de Fernando, carraspea y sale del cuarto de baño.

Ahora me encajan todas las piezas y entiendo su preocupación; me podía oír y yo a él no. Con todo este rollo de que me persigue un hombre, no me extraña que pensara que alguien había irrumpido en el apartamento. Dejo los aparatos en el suelo y me aproximo a su cuerpo. Está muy tenso.

—¿Te encuentras bien? —pregunto con cautela.

—No, Gina. —Me agarra por la cintura y me aprieta contra su

torso. Lo hace con tanta fuerza que me hace daño.

—Afloja un poco que me estás asfixiando.

—Perdón. —Me suelta y da un paso atrás. Con las dos manos acuna mi cara y besa con suma delicadeza los labios—. No puedes imaginarte el mal rato que he pasado.

—Me hago una idea. ¿La puerta está rota?

—Sí. —Hace una mueca y se encoje de hombros—. Ahora mismo llamo a un cerrajero para que la arregle.

Vamos al salón, donde espera el guardaespaldas. Miro hacia la entrada y veo el marco reventado. Hay astillas por todos lados.

—¿Por qué no habéis llamado primero al timbre? —les reprocho. Roberto se echa a reír entre dientes y Fernando se queda con la boca abierta unos instantes.

—¡Mira, Virginia! ¡Cállate! —responde ya con una medio sonrisa. Sin poder evitarlo, empiezo a reír hasta que acabamos los tres a carcajadas.

Cuando nos hemos calmado, llaman a un cerrajero y comenzamos a charlar de mi seguridad, que era el motivo de la visita. Me hacen infinidad de preguntas sobre el individuo que me sigue. Quieren saber cualquier nimiedad que pueda recordar. Hasta ahí ha ido todo bien. El problema ha comenzado al preguntar sobre posibles enemigos propios o de familiares. Fernando responde por mí y le informa de que no tengo parientes vivos y que una chica como yo no puede tener adversarios. El corazón se me encoge al escucharlo. La pena me consume por la confianza que deposita en mí. Se me pasa por la cabeza que podría ser alguien enviado por mi padre. No paro de darle vueltas, cada vez me parece más factible y no puedo contarlo. Me limitaré a hacerles caso en todo lo que me manden y, al volver de las vacaciones, cuando diga a mi chico la verdad, les explicaré mis sospechas. Aunque es probable que ya no quieran ayudarme.

—¿Se puede saber qué demonios ha pasado aquí? —se oye la voz crispada de Laura al llegar y ver un hombre arreglando la cerradura—. ¡Gina! —En cuanto alza la vista y ve que está su novio en el salón, le cambia el semblante y se le dulcifica la voz— Hola,

cariño —le da un beso y se sienta a su lado—. ¿Por qué está rota la puerta?

Nos miramos en silencio durante unos segundos hasta que Roberto se pone a reír y nosotros también. Mi amiga nos observa sin entender nada.

—¿Qué? ¿No me vais a explicar qué pasa? —dice algo molesta.

—Mi vida, espero que tu paciencia conmigo dure mucho, porque el día que se te agote, miedo me das —le responde Roberto. Y antes de que pueda replicar, le sella los labios con un ardiente beso—. Dentro de una hora tengo que ir a trabajar. ¿Vamos a tu habitación y te cuento lo que ha pasado mientras te cambias? —Con una sonrisa bobalicona, Laura asiente y se van con mucha prisa a su cuarto.

—No sabes lo que me alegra que Hierro haya ligado —declara Fernando cuando ya se han ido.

—¿Por qué lo dices?

—Porque llegué a pensar que se había enamorado de Sara, la mujer de Henry, y eso no le hubiera hecho ningún bien.

—A mí me parece que está coladito por Laura, ¿no crees? —Le guiño un ojo.

—¡Y ella igual! Nunca la había visto hablar con ese tono tan tierno. Es una mandona de mucho cuidado.

—Tienes razón, aunque será mejor que no nos oiga, sobre todo a mí. Tú, al fin y al cabo, eres su jefe, pero conmigo puede tomar represalias. —Nos desternillamos solo con pensarlo.

Un poco más tarde, el cerrajero acaba su trabajo. Fernando firma el recibo, le paga y quedamos a solas.

—Si no te importa, me voy a quedar a dormir esta noche contigo —me informa con semblante serio—. No creo que sea capaz de conciliar el sueño si me voy a mi casa. Así, de paso, te llevo a trabajar y me quedo más tranquilo.

—Por mí encantada, aunque ¿no te da miedo lo que puedan decir si nos ven juntos? Sin contar con que llegarás con la misma ropa de ayer y sin afeitar.

—Ya me había preparado una pequeña maleta antes de venir. La

tengo en el coche. —Se encoje de hombros y pone cara de pillo—. En cuanto Hierro acabe la faena —sonríe con picardía—, le acompaño abajo y la recojo. ¿Pedimos algo para cenar? Hace siglos que no como pizza, ¿te apetece?

—Por mí, genial. Me gustan de masa fina y al horno de leña.

—¡Y a mí! Y si lleva parmesano... ¡Oh, qué rico!

—Mmmmm... mis preferidas. —Salivamos de hambre y nos echamos a reír.

En ese momento salen de la habitación los dos enamorados con los pelos revueltos y la ropa arrugada. Se dan un último beso.

—Fernando, se me ha hecho tardísimo —dice Roberto mientras se coloca la camisa—. Ya te llamo mañana y acordamos lo que sea. —Se dirige hasta la puerta con celeridad.

—Espérame, te acompaño hasta el coche que tengo que recoger mi maleta. —Corre mi chico tras él.

—¿Qué tal? —le pregunto con cinismo a mi amiga cuando ellos ya se han ido. Se pone colorada y se le dibuja una sonrisa simplona.

—¿Qué podemos cenar hoy? —Se hace la loca y se coloca el pelo tras la oreja con nerviosismo.

—En cuanto vuelva Fernando, pedimos unas pizzas.

—Así que se va a quedar... Espero que no arméis mucho escándalo, que estoy muy cansada.

—Pero ¡serás bruja! Yo he tenido que aguantar tus gemidos con el cerrajero y tu jefe aquí presentes. —Laura se pone más roja todavía.

—¿Se oía? —susurra muerta de vergüenza.

—¡Claro! —le miento. Se echa las manos a la cara.

—¿Y ahora cómo voy a mirarle a la cara a mi jefe? —En ese momento suena el timbre—. ¡Me voy a mi cuarto! Dile que no tengo hambre porque, porque...

—Porque estás empachada de salchicha —termino por ella la frase y me mira como si quisiera asesinarme—. Tranquilízate, que no se escuchaba nada. —Le saco la lengua y voy a abrir la puerta.

—Serás hija de.... —gruñe por lo bajo, pero se calla y sonríe a Fernando en cuanto entra el apartamento.

—Bueno, chicas, me he tomado la libertad de llamar a la pizzería. En media hora las tendremos aquí —nos anuncia al llegar.

—Nos morimos de hambre, ¿verdad, Laura querida? —suelto con retintín,

—Por supuesto, amiga del alma —responde sarcástica.

—¿Pasa algo? —dice Fernando con el ceño fruncido.

—Nada, cariño. Aquí, tu enfermera, que no aguanta una broma.

—Como abras esa bocaza, juro que te voy a... —Deja la amenaza en el aire y mira a su jefe—. La muy cabrona me ha dicho que se me oía mientras estaba con Roberto en la habitación. ¡Y es mentira!

Fernando alza la ceja derecha y se me queda mirando con censura. Después vuelve la vista hacia mi amiga, menea la cabeza y suspira, sonriente.

—Con el ruido que estaba haciendo el cerrajero, no. Gracias a Dios que no se escuchaba nada porque habría sido muy embarazoso. Y ahora, vamos a preparar la mesa y no hablemos más del tema —nos sugiere con diplomacia—. Además, mañana por la mañana tú podrás reprocharle sobre el ruido que vamos a montar esta noche y todos en paz. —Se muerde el labio para no reírse y va hacia la cocina.

—Menudo es este, también —protesta Laura, pero acaba por aflorar una sonrisa a sus labios.

Esta noche mi amiga no va a poder quejarse por los ruidos. Fernando ha sido muy dulce y delicado en la cama, nada que ver con las veces anteriores. Supongo que tenía miedo de hacerme daño en las heridas. Puede que también lo hiciera por no molestarla más. El caso es que ha sido diferente y satisfactorio. Hoy no tenía el cuerpo para un polvo maratoniano. Es muy agradable haber hecho el amor y estar abrazados en la cama, mirándonos a los ojos, solamente iluminada por la luz que se filtra a través de la ventana. Cada día que paso junto a él, estoy más

enamorada.

Capítulo 28

Por fin ha llegado el día de ir a México. ¡Bien, vacaciones! Toda la semana ha sido un poco agobiante por no poder ir a ningún lado sola y estoy deseando que Fernando se relaje para que yo también pueda hacerlo. Vamos de camino
al aeropuerto y me martillea el corazón de puros nervios. Me siento como una niña pequeña que va de excursión por primera vez. Él no para de mirarme de reojo con una sonrisilla burlona, ¡y no es para menos! Debo de parecer una palurda abrazada al pasaporte, pero no me importa, ¡soy tan feliz! Me muero de ganas por visitar todos esos sitios maravillosos que hasta la fecha solo he visto en fotos. Y parece ser que mis compañeros de viaje son bastante moviditos y no se conforman con tostarse al sol en la playa. Tenemos programada una semana alucinante.

—¿Tienes ganas de ir al baño? —me pregunta con mordacidad—. Es que como no paras de dar saltitos...

—No, y déjame en paz —le advierto entre risas.

—Lo vamos a pasar muy bien, ya verás —me asegura mientras saca las maletas del coche.

—¿Cuántas horas de vuelo hay?

—Si todo va bien, en unas once horas.

—¿¡Once!? —grito de sorpresa—. No creo que tenga paciencia para soportar más de siete. Espero que hayas traído unos sedantes, porque me voy a subir por las paredes de pura histeria. —Se palmea el bolsillo de la camisa y me obsequia con una sonrisa de granuja—. ¿Los traes de verdad?

—Virginia..., conociéndote como te conozco, contigo se ha de venir preparado.

Por un momento me siento ofendida y abro la boca para replicar, pero ¿para qué hacerlo? Si es que tiene razón. Me encojo de hombros y tiro de mi maleta hacia la terminal.

—No los veo por ningún lado. ¿Dónde se habrán metido? ¿No habremos llegado tarde? A lo mejor ya han embarcado. —Miro entre el tumulto de viajeros que se desplaza de un lado a otro.

—No, tranquila. —Menea la cabeza con diversión—. Hemos quedado en la cafetería del fondo a la derecha.

Sin esperarlo, corro en la dirección que me ha indicado, ¡como si supiera a dónde voy! Algo molesta por su lentitud, me giro para exigirle que se dé más prisa, hasta que lo veo, ¡pobrecillo! Va cargado como una mula y, para colmo, casi todo es mío. Lleva dos maletas grandes, dos de mano y una mochila.

—Perdona, Fernando. Quédate ahí que voy en busca de un carrito portaequipajes. —Sin esperar respuesta, corro hacia las hileras de carros, cojo uno y vuelvo.

—Gina, cariño. —Me agarra la barbilla y me obliga a mirarle—. Hemos llegado a la hora, todo está saliendo según lo previsto, no nos van a dejar en tierra... Así que relájate. —Me besa con dulzura y después se pone a colocar el equipaje.

Nunca había hecho esto, pero creo que la ocasión lo requiere. Con toda la calma que puedo reunir, me pongo a contar hasta diez. Con cada segundo que pasa mientras enumero, parece que me siento un poco más ligera y consigo tranquilizarme. Hasta yo misma me doy cuenta de que debo parecer una neurótica. Ya no más carreras, ni gritos ni aspavientos.

—¡Gina! ¡Fernando! —nos saluda Sara en cuanto llegamos a la cafetería—. Cuánto me alegro de verte. —Me da un abrazo.

Ya estamos todos y nos damos besos y achuchones de bienvenida. Incluso está Edgar, el bebé de Sara y Henry. El padre, muy orgulloso, lo sostiene en su regazo y le hace carantoñas. Parece mentira que un hombre tan serio e imponente se deshaga de ese modo ante su mujer y su hijo. También está Rosa, la antigua niñera y cocinera de su familia. Para ellos es como una abuela. La mujer se encargará de cuidar al niño cuando sea necesario. No se

atreverían a dejar a su pequeño en manos de una desconocida.

Nosotras cuatro: Jess, Sara, Laura y yo, armamos tal revuelo que nuestros chicos, avergonzados, se desentienden de nosotras. ¡Menos mal que no soy la única desatada del grupo! Si es que son ellos, que son unos muermos y no saben lo que es dejarse llevar por las emociones.

En el avión tenemos reservada la zona de primera clase al completo. Es una auténtica gozada. No entiendo cómo lo han logrado en tan poco tiempo. Supongo que, aunque digan que no, el dinero todo lo puede. Pronto empezamos a cambiarnos de asientos y hacemos dos bandos: las revolucionarias y los aburridos. No pienso dejar que Fernando me drogue con los sedantes que ha traído. Seguro que, ahora que puedo charlar con las chicas, se me pasa el tiempo volando. Eso pensaba yo, porque, después de cuatro horas hablando sin parar, el bebé se puso a llorar. Sara tuvo que atenderle y Henry nos exigió que nos calláramos para que pudiera descansar su hijo. El cabrito de mi novio se reía de la cara de hastío que traía al ver que tenía que volver a mi asiento asignado y guardar silencio. No creo que haya nadie en todo el avión que tenga la osadía de desobedecer una orden del mandón de Henry. Supongo que con Sara será más permisivo, porque, si no, no sé cómo aguanta a semejante cascarrabias.

Cuando ya creía que me iba a salir una urticaria por no poder moverme, me giro hacia Fernando para que me dé una pastilla. Él está tan tranquilo, con sus gafas de pasta y leyendo su libro electrónico. Al darse cuenta de que lo observo, alza vista y se me queda mirando.

—¿Va todo bien? —me susurra.

Su voz calmada y grave me recuerda a la que tiene cuando está recién levantado. Está tan *sexy* con las gafas y ese aire adormilado que no puedo evitar acercarme y besar sus carnosos labios. Lo pillo tan desprevenido que al principio no me devuelve el beso. Algo sorprendido por mi arrebato, intenta apartarme para poder hablar, pero no le dejo y acaba por dejarse llevar. En cuanto noto su lengua rozar con la mía me siento triunfal y mojada, muy

mojada. Meto la mano entre los botones de su camisa y le acaricio el torso. Es muy agradable notar su suave y caliente piel bajo mis dedos. Lamo, chupo y mordisqueo su boca mientras lo oigo gemir. Mis provocadoras caricias van bajando sin miramientos hasta que agarro su erección. Fernando da un respingo por la impresión e intenta separarme de él.

—¡Para de una vez, Virginia! —musita de forma casi inaudible—. Falta mucho para llegar y no quiero ir con la polla tiesa todo el camino.

—Pues déjame que te desahogue —le hablo en el mismo tono.

—¿Dónde? Estamos en un avión, por si no te habías dado cuenta.

Observo mi alrededor desesperada, ¡menudo calentón llevo encima! Hasta que me fijo en el indicador de los lavabos. Le hago un gesto con la cabeza para que mire en la dirección que le indico. Al ver el lugar que señalo se le abren los ojos como platos.

—¡Ni de coña! —dice algo más fuerte que antes, con lo que llama la atención de nuestros amigos—. Perdón —se disculpa y todos vuelven a lo que estaban haciendo—. Vas a volverme loco —me susurra al oído—. Estate quietecita. Si te aburres, puedes leer, mirar la película o dormir un rato, pero déjame en paz. No pienso dar el espectáculo delante de mis amigos. No soy tu juguetito sexual. —Le hago un puchero y le acaricio el pecho—. Me las vas a pagar, Virginia. Juro que, como no pares de una vez, te voy a atar a la cama del hotel al llegar y no te voy a dejar salir en toda la semana.

—Mmmm... Eso suena divertido —suelto con coquetería.

—¡Vale! ¡Está bien! —Saca la caja de pastillas del bolsillo—. Tómate una y descansa, bruja. ¿Tienes idea de lo cachondo que me estás poniendo? —me gruñe al oído.

—Me hago una idea. —Miro el tremendo bulto de su entrepierna —. Voy a ser buena y me voy a tomar una de esas con una condición.

—¿Cuál? —pregunta, receloso.

—Que me dejes atarte a la cama.

—¿Es una broma? —Arquea las cejas esperando una respuesta positiva.

—No.

—¿Con qué me quieres atar? —Traga saliva con fuerza.

—Con un pañuelo o lo que sea.

—¿Me soltarás si te lo pido?

—Sí.

—Entonces tenemos un trato. —Me estrecha la mano.

¡No me lo puedo creer! ¡Se va a dejar inmovilizar! Unas imágenes muy sugerentes de Fernando esposado a la cama me vienen a la mente. Ese pedazo de cuerpo desnudo, duro y musculoso anhelando mis caricias. ¡Qué calor me entra solo con imaginarlo!

—Y ahora, tómate el sedante como me has prometido. —Me pone la pastilla en la palma de la mano.

Incapaz de hablar, me meto el medicamento en la boca y lo trago sin más. No necesito ni agua porque estoy salivando como si estuviera a punto de comerme un jugoso filete. Con una sonrisa maliciosa, lo observo con picardía. No sabe lo que ha hecho, me temo que solo yo voy a salir beneficiada. Soy tan nerviosa que dudo mucho que me haga efecto el sedante. Así que podré pasar el resto del vuelo haciendo lo que me dé la gana y él, igualmente, tendrá que cumplir con su palabra, de todas formas. Pero me sorprende ver que Fernando me mira de igual modo, como si supiera algo que yo no sé o si de verdad le gustase la idea de que lo ate. Sea como sea, ¡lo voy a pasar en grande!

Me arrellano en el espacioso asiento y finjo estar relajándome, aunque me resulta muy difícil con la mirada de Fernando clavada en mí. No sabría decir si está enfado, cachondo o qué le pasa, solo sé que, cuanto más serio se pone con esas gafitas de empollón, más ganas tengo de lanzarme a sus brazos y besarlo hasta la saciedad. Me obligo a pensar en otra cosa y cierro los ojos para no cometer una locura delante de todos. Poco a poco, logro tranquilizarme y controlar mi libido.

—Cariño, despierta, ya vamos a aterrizar. —Oigo la voz de

Fernando como al final de un túnel—. Tienes que colocar el asiento en posición vertical. —Su risa amortiguada me saca de mis casillas.

—¡Déjame, tengo sueño! —respondo con una voz que no parece mía. Suena como si fuera un camionero y soy incapaz de abrir los ojos. Ha debido darme algo realmente fuerte. ¡Maldita pastilla!

—Me encanta cuando te pones tan *sexy* —suelta con ironía. Consigo abrir un ojo y lo veo sonriente.

—Me has drogado, maldito cabrón... —Estalla en carcajadas con mi réplica.

—Lo siento, cariño, pero no te podía salir gratis el dejarme atar a la cama. Quería un vuelo tranquilo y lo he tenido. Ahora, a cambio, me tendrás en cuerpo y alma, a tu merced, por unas horas. —Me besa la punta de la nariz, endereza mi asiento y me abrocha el cinturón de seguridad.

—¡Serás...! —Me quedo con la boca abierta sin saber qué decir. Todavía tengo la mente embotada por el medicamento—. Me las vas a pagar. No tienes ni idea de lo mucho que te voy a hacer sufrir.

—Ni hablar, guapa. Si lo intentas, te pediré que sueltes y te quedarás sin juguete. Hemos hecho un trato, no puedes romper tu palabra. Cuando tú vas, yo ya estoy de vuelta, pequeña. —Arquea las cejas y sonríe con suficiencia.

La venganza se sirve en frío, así que opto por dar el brazo a torcer y dejarle creer que me ha vencido. Sin embargo, ya se me están ocurriendo mil y una maldades para hacerle una vez que lo tenga en mi poder.

Capítulo 29

Un calor sofocante nos recibe cuando salimos del avión. Fernando me sostiene por el brazo como si tuviera miedo de que me fuera a caer, ¡y no es para menos! Aún estoy aturdida y el bochorno no ayuda demasiado a que me recupere.

Mientras esperamos a pasar el control policial, me fijo en la carita del bebé de Sara, ¿cómo es posible que tenga esa expresión de perdonavidas tan parecida a la de su padre? Mira a su alrededor como si ya hubiera nacido enseñado. La comisura de mis labios se eleva sin poder evitarlo. Ese crío me resulta encantador. Sin duda ha heredado los genes de su progenitor. Solo espero que haya sacado un poco de su madre y no sea tan intransigente como Henry.

Menos mal que acabamos pronto en el aeropuerto y un magnífico autobús climatizado nos lleva hacia el hotel, porque ya me estaban resbalando las gotas de sudor por la espalda. Una gran entrada de imponentes columnas blancas bordeada de exuberantes palmeras nos da la bienvenida a un majestuoso complejo turístico. El personal, solícito, recoge nuestro equipaje, nos guían hacia la recepción y luego a nuestras habitaciones. Antes de separarnos del grupo, Henry nos indica que cenaremos todos juntos en un salón privado. Solo nos da media hora para refrescarnos y cambiarnos de ropa. En cuanto llegamos a nuestra estancia, el poco sueño que me quedaba se evapora por completo. Es como una casita rodeada de suntuosos jardines, esculturas de estilo maya y más de esas espléndidas palmeras que parecen inundarlo todo. El interior es espacioso, muy luminoso con grandes ventanales y predomina el blanco en toda la habitación, salvo por la madera oscura de los muebles. Tras las puertas correderas que dan a la

parte de atrás, puedo apreciar cómo el sol acaba de ocultarse y apenas queda un poco de color anaranjado en el cielo. Me acerco para mirar el precioso paisaje cuando me encuentro con que, por los lados del *jacuzzi* exterior, está lleno de titilantes velas. Una suave brisa remueve mi cabello una vez que estoy fuera. El aire cálido me impregna las fosas nasales de un dulce aroma a flores mezclado con el inconfundible olor a salitre del mar que hay unos cuantos metros más adelante. Una ligera melodía de orquesta flota en el ambiente. Es embriagador.

—Oh, Fernando, ¡esto es precioso! —digo, emocionada. Doy media vuelta para poder ver qué hace y me lo encuentro apoyado en el marco de la puerta, observándome.

—Tienes razón, nunca había visto algo tan hermoso. —Sus ojos no se apartan de mí, lo que me hace pensar que no se refiere al entorno.

Cohibida ante su halago, no se me ocurre otra cosa que correr hacia sus brazos, donde él me recibe con un ardiente beso. Sus cálidos labios devoran los míos como si fueran un manjar. Me acaricia con la lengua cada rincón de la boca. Succiona, lame y mordisquea con desesperación, hasta hacer que pierda las fuerzas y las rodillas me fallen.

—¡Dios...! —susurra—. No sabes cuánto te quiero. —Suelta un fuerte suspiro, me abraza con fuerza contra su pecho y besa mi frente.

—Yo también te quiero —le correspondo de forma espontánea.

—Será mejor que nos demos prisa. No tengo ganas de pelearme con Henry nada más llegar.

—¿Y si no vamos a cenar? —Le paseo el dedo por los pectorales de forma sugerente.

—Me muero de ganas de hacer el amor contigo, pero somos sus invitados. Después tendremos toda la noche para nosotros. — Roza sus labios con los míos.

—Entonces no perdamos más el tiempo. —Me separo de él a regañadientes y me dirijo hacia la ducha.

Me siento febril. Entre el calor que hace y los besos de

Fernando, parece que voy a estallar como las palomitas en el microondas. Así que me doy una ducha rápida con agua fría y luego me pongo un ligero vestido de tirantes. No pierdo el tiempo maquillándome. En cuanto me pongo las sandalias, Fernando ya está terminando de vestirse. Lleva unas bermudas de color caqui y una camisa blanca. Su fragancia de gel lo inunda todo y dan ganas de comérselo,

¡es afrodisíaco!

—¿Estás lista?

—¿Eh? —Me ha pillado desprevenida y con la boca abierta, observándolo—. Sí, claro. Podemos ir cuando quieras.

En lugar de contestarme, se queda mirado el cabezal de la cama con una sonrisa traviesa. Me giro para ver por qué lo hace y me doy cuenta al instante del motivo: no hay barrotes.

—¡Mierda! ¿Ahora cómo voy a atarte? —protesto llena de frustración.

—Tranquila, ya he encontrado una solución mientras te duchabas. Si te fijas, en cada extremo hay como unas argollas, parece un adorno y no están pegadas. Juraría que están colocadas para ese fin. —Se le ensombrece la mirada, incluso diría que se ha sonrojado.

Me lo quedo mirando otra vez con la boca abierta. No me lo puedo creer,

¡desea que lo haga!

—¿Te van estos rollos? Ya me entiendes... —Señalo el cabezal.

—Jamás he permitido a nadie que me espose a la cama. Te lo dejo hacer porque confío en ti y, si te soy sincero, siento cierto morbo. Una vez que me vea inmovilizado no sé cómo voy a reaccionar. Puede que todas las imágenes eróticas que está creando mi mente se vayan al garete en cuanto lo hagas. —Se encoje de hombros y me ofrece la mano para marcharnos.

—Pues yo, una vez que te tenga en la cama todo para mí, no estoy segura de qué voy a hacer contigo, pero creo que va a ser

muy sensual. —Entrelazo nuestros dedos y un flujo de energía me recorre hasta la médula. Turbados, abandonamos la habitación.

Hemos sido todos muy puntuales y ya estamos reunidos en el salón privado. La luz que ilumina la estancia es demasiado tenue para mi gusto. Estamos tan cansados después de tantas horas de viaje que resulta complicado mantener los ojos abiertos, incluso para mí que he pasado gran parte del camino durmiendo. Así que, para no dejarme vencer por el sueño, pido un par de Coca-Colas y un café tras la cena. Lo que me sorprende es que Fernando también se pide dos capuchinos. Nos sonreímos el uno al otro al ver nuestras intenciones, los dos queremos estar bien despiertos.

Con la barriga repleta y un par de copas de más, nos levantamos para poder ir a descansar.

—¿A qué hora quedamos mañana? —pregunta Jess tras un gran bostezo.

—A las siete y media en el restaurante de la playa —indica Henry con rotundidad—. Saldremos después de desayunar.

—¿Qué toca mañana, hermanito?

—Excursión por la selva, tirolinas y bañarnos en un cenote.

—Cariño, ¿tiene que ser tan temprano? Estoy agotada —protesta Sara.

—Nena, ¿tienes idea de qué hora es? Son solo las diez y media. Te aseguro que no vas a poder dormir más allá de las seis, aunque no nos despierte el niño. Sufres de *jet lag.* —Le pasa el brazo sobre los hombros y besa su cabeza. Ella se abraza a su cintura.

—Gina, ¿estás muy cansada? —me pregunta Laura entre susurros —. Yo estoy muerta, pero Roberto dice que no me va a dar tregua esta noche porque hace mucho que no tenemos tema. Y cuando amenaza con eso... al día siguiente estoy que no puedo cerrar las piernas. —No puedo evitar reírme.

—No sé por qué, pero creo que no vas a ser la única que va a amanecer así —nos quedamos mirando a las otras parejas, que se están haciendo carantoñas. Soltamos una risilla y nos despedimos hasta el día siguiente.

En cuanto Fernando mete la llave electrónica en la cerradura, el corazón me late desbocado. Él también parece estar nervioso. Una vez dentro, intenta aparentar tranquilidad, aunque, ahora que empiezo a conocerlo, sé que, si se rasca la coronilla, es porque algo lo pone tenso. En silencio, nos vamos quitando la ropa uno frente al otro hasta quedar desnudos. Harto de contenerse, da unas zancadas, me envuelve entre sus brazos y devora mis labios con desesperación. Sin saber muy bien cómo, ya estoy tumbada en la cama con mi novio encima apunto de penetrarme.

—¡Para, para! —le exijo. Me escabullo por un lado—. ¡Ni hablar, guapo! No seas tramposo, tú me debes algo. —Ríe con nerviosismo y se tapa la cara con una almohada.

—Está bien, trae unos pañuelos —murmulla tras el cojín. Después se lo coloca tras la nuca y espera, paciente.

Sin pensármelo dos veces corro hasta mi maleta. Una vez que encuentro las prendas, vuelvo hasta la cama. Me pongo de rodillas a su lado y no tengo muy claro cómo hacer el nudo, hasta que encuentro la manera adecuada. Cuando me quiero dar cuenta, ya lo tengo sujeto del lado derecho. Al ir a hacer lo mismo con el izquierdo, me frena.

—Prométeme que me soltarás si te lo pido —susurra, angustiado.

—Te lo prometo. —Suspira y me deja terminar.

Ahora que lo tengo a mi merced me siento rara, no sé qué hacer con él. Su actitud, incluso la mía, no es la que me esperaba. Los músculos de todo su cuerpo están en tensión y me estoy arrepintiendo de haberle pedido esto. Al final, decido hacerle unas caricias, en plan masaje relajante. Si no funciona, lo soltaré. Voy en busca del aceite corporal y me impregno las manos con él. Con mucho cuidado, empiezo a extender el líquido oleoso sobre sus apretados bíceps. Fernando se mantiene callado, expectante, aunque algo más relajado. Me acerco a los hombros y los aprieto con suavidad. Luego voy trazando círculos en sus fuertes pectorales y rozo con la punta de los dedos sus abdominales. En este último punto le arranco el primer jadeo. Sumo a mis caricias ligeros besos. Después le voy rozando con la lengua al

rededor del ombligo. Un segundo suspiro. Dejo que mis pechos rocen sus muslos y me deslizo hasta lamerle los pectorales. Su respiración se vuelve dificultosa. Noto su erección palpitar contra mi muslo. Decido bajar por su cuerpo hasta encontrarme con su falo. Seguro que está deseando que me lo lleve a la boca. Se lo agarro con firmeza y le chupo la punta. Un grito de puro placer sale de sus labios. Succiono una y otra vez hasta que lo oigo jadear, enfebrecido. Mis caricias y lametazos lo desesperan y tira sin parar de las ataduras; sin embargo, no me pide que lo suelte. Las venas de su miembro vibran bajo mi lengua y sé que el momento se acerca. Me debato en qué debo hacer. Al final decido dejarlo terminar por esta vez. Deseo que disfrute al máximo de este instante, así que aumento el ritmo y acaba derramando su semilla entre resuellos de pura satisfacción.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Gina! —farfulla, entre jadeos—. ¡Gina, por favor!

—¿Qué necesitas? —Le pregunto después de ponerme a horcajadas sobre él—. ¿Quieres que te suelte? —le susurro al oído mientras paseo mi sexo por su dura verga. Tira tan fuerte de los pañuelos que por un momento creo que los va a romper.

—¡Sí, desátame! —suplica mientras intenta alcanzar mis pezones con su lengua.

No lo hago sufrir más y acepto su petición. En cuanto le libero una mano, ya está forcejeando con la otra para soltarse; su paciencia se ha agotado y su sumisión, también. Me agarra con firmeza y cierta rudeza, y me tumba de espaldas. Ahora es él el que lleva las riendas. Se abalanza sobre mí y besa cada centímetro de mi cuerpo. ¿Cómo un hombre tan sosegado puede actuar con tal ímpetu? Se recrea en cada porción de mi piel, menos donde más lo deseo y comienzo a retorcerme bajo su imperioso abrazo. Cansada de esperar, enredo los dedos en su pelo y tiro con fuerza para orientarlo.

—¿Estás intentando decirme algo? —me pregunta con burla.

—No me hagas suplicar. —Lloriqueo y le empujo la cabeza hacia el centro de mi deseo.

Me agarra por las nalgas y devora mi sexo como si fuera un manjar. Todas mis terminaciones nerviosas se activan y el placer inunda mi cuerpo en cuestión de segundos. Con una rapidez abrumadora, un devastador orgasmo me deja desmadejada sobre las sábanas. Sumida en una nube de satisfacción, noto cómo me agarra por los tobillos, se arrodilla entre mis muslos y entra en mí de una estocada. Un gemido de gusto sale de mis labios.

—Gina, quiero que grites tanto como lo he hecho yo antes —me ordena con voz enronquecida por el deseo—. Voy a darte tanto placer que vas a pensar que te estás volviendo loca y, así, podrás empezar a entender lo mucho que me trastornas.

Tras sus palabras, empieza a moverse con lentitud. Poco a poco va aumentando el ritmo e intensidad, hasta que sus fogosas penetraciones balancean la cama. No puedo hacer más que absorber todas sus acometidas y jadear. La cabeza me da vueltas por las fuertes sensaciones. El clímax se cierne sobre mí y amenaza con ser apoteósico. Desde donde nuestros cuerpos se unen, brota un intenso placer que se expande por todo mi ser y luego me deja sin energía. Ha sido tan grande como prometía. Fernando me sigue poco después y se deja caer a mi lado, exhausto. Ambos intentamos recuperar el aliento, incapaces de hablar. Estoy tan cansada que no puedo ni mantener los ojos abiertos por más tiempo.

Capítulo 30

Sé que es de día, puedo ver a través de mis párpados la luz del sol, pero estoy tan cansada que me niego a abrir los ojos. Si no fuera por la incomodidad que me produce el cuerpo de Fernando, ni siquiera me movería. Este hombre, cargado de testosterona, produce más calor que una estufa de leña. Lo empujo para conseguir un poco de espacio y es imposible mover esa mole. Intento apartarme y me agarra con más firmeza para que no escape. De pronto me veo liberada.

—¿Qué hora es? —Salta de la cama y busca su reloj, desubicado. Lo encuentra en el suelo—. ¡Corre, Virginia! Hemos quedado a las siete y son menos cuarto. ¡Anda, vamos! —Me da un sonoro cachete en la nalga.

—¡Eh! —protesto. De inmediato le devuelvo el manotazo y lo único que consigo es que me pique la mano. Él sonríe como si nada.

—Me ducho primero. Y tú ¡espabila mientras lo hago! —Desaparece en el baño.

Me dan ganas de tumbarme de nuevo, pero opto por no hacerlo. No quiero empezar las vacaciones con mal pie.

A las siete y diez, entramos en el restaurante de la playa cogidos de la mano. Ya están todos desayunando, somos los últimos en llegar. Las miradas se clavan en nosotros y alguna que otra sonrisilla burlona se hace presente.

—¿Qué? ¿Os ha costado mucho levantaros? —nos recrimina Henry con ironía.

—Se me olvidó poner el despertador —se excusa Fernando sin entender muy bien por qué ríen todos.

—A mí me parece que anoche no te acordabas ni de cómo te

llamabas, estabas demasiado ocupado con cierta señorita que, por cierto, va a tener que explicarnos qué coño te hizo para que gritaras de ese modo. —Se frota la barbilla como si pensara y todos sonríen por lo bajo.

—¿Qué...? —susurra Fernando. Primero se pone blanco como el papel, después me observa de soslayo y se sonroja de un modo escandaloso. Yo no puedo evitar mirar al suelo, muerta de vergüenza.

—¡Venga, tranquilos! —Suelta una carcajada—. Todos hemos tenido una noche loca. Solo espero que, a partir de hoy, cerréis la ventana y encendáis el aire acondicionado. Puede que así se os oiga menos. —Un coro de risas le respaldan.

¡Empezamos bien la mañana! Menudo cabrón está hecho este Henry, por su culpa se están riendo hasta los camareros. Yo que pensaba que era un hombre serio... Y para colmo tenemos que sentarnos a su lado. Fernando está que no sabe dónde meterse.

Poco después ya se han tranquilizado y se crean distintas conversaciones en la mesa, sin que nadie nos preste atención. Es un alivio. Hasta que me fijo en las muñecas de mi novio: ¡están marcadas! ¡Santo Dios! Tiró tanto de las ataduras que le ha quedado señal. Como alguien repare en eso ya va a ser la hecatombe. Le toco el brazo con disimulo para que me preste atención.

—¿Qué te pasa, cariño? —pregunta con calma.

Le paso el dedo por la marca del lado derecho. Al percatarse de lo que ocurre, se observa horrorizado ambas manos y las esconde bajo la mesa de inmediato. Pero, maldita nuestra suerte, no le ha pasado desapercibido a Henry. Este, le agarra la muñeca con disimulo, lo mira con censura y luego a mí. Sin embargo, no dice nada. Ellos parecen comunicarse de un modo que yo no alcanzo a entender. Supongo que hablarán más tarde de lo sucedido. Con tal de que no lo mencione en la mesa, me conformo.

Hoy vamos a ir de excursión a la selva. A los que les apetezca podrán ir en *quad* y los que no quieran, montarán en la furgoneta junto al guía.

—Virginia —me llama Fernando un tanto preocupado cuando ve que intento subir sola al *quad*—, será mejor que montes conmigo o vayas con el monitor. No creo que sepas conducir uno de estos trastos por este terreno tan pedregoso, se ha de tener mucha fuerza. Seguro que no sabes ni ponerlo en marcha.

¿Por qué pensarán siempre los hombres que no somos capaces de hacer nada solas? Me abrocho el casco, arranco a la primera, avanzo unos metros y derrapo. ¡Nunca en toda mi vida había sido tan macarra! Todos ríen menos mi chico, que está con la boca abierta. Después se encoge de hombros y sube a su vehículo.

El terreno es tan duro como prometía. El camino cada vez se estrecha más hasta que tenemos que aparcar, cargar con el equipo necesario y seguir a pie. Debido a la humedad ambiente no paramos de sudar y tenemos que beber continuamente. La espesura selvática parece engullirnos cada vez más. Cuando ya creía que no iba a aguantar, el guía nos indica que ya hemos llegado. ¡Qué alivio! Sobre todo, al ver que todos están en las mismas condiciones que yo. Descansamos unos minutos, nos hidratamos y nos colocamos los arneses de seguridad. Vamos a trepar por escaleras de cuerda que están enganchadas en los árboles. Pasaremos entre las ramas de uno a otro en un trayecto de ejercicios de equilibrio y fuerza, hasta llegar a un recorrido de tirolinas. Es una dura prueba que mi amiga Laura y Sara se niegan a hacer.

—Cariño, he aprendido la lección. Tú primero. —Fernando me cede el paso y me guiña el ojo. Sonrío y niego con diversión.

La chulería se me acaba de golpe al verme arriba y sin fuerzas. El orgullo me impide demostrarlo y sigo adelante como puedo, ¡no pienso rendirme! Con mucho disimulo, Henry me va echando una mano de vez en cuando. Y, como quien no quiere la cosa, Fernando va haciendo igual. Al final logro terminar, con mucha ayuda, pero lo consigo.

—¡Ahora viene lo mejor, chicos! —nos grita Miguel, que va el primero. Ya ha llegado a lo más alto y va a lanzarse por la tirolina.

Mi novio revisa una y mil veces los arneses de seguridad antes de

que salte. Estoy tan apretujada que le tengo que pedir que los afloje si no quiere cortarme el riego sanguíneo. La experiencia es única. Pasar a escasos centímetros de las ramas de los árboles a toda velocidad es alucinante. Al terminar, nos despojamos de todas las correas y hebillas, que ya empezaban a estorbar. Entre risas nos contamos cómo lo hemos vivido cada uno. Armamos mucho escándalo. No le hacemos ningún caso al pobre monitor, nos limitamos a seguirle sin más para no perdernos.

—¡Joder! ¡Mirad esto! —grita Jess. Todos nos acercamos para ver a qué se refiere—. ¿Es una culebra? Es pequeñita.

—Es una serpiente de cascabel —salta con irritación el guía—. Ya les he avisado de su forma y color. También les dije que no tocaran o se acercaran a ningún animal, arácnido o insecto por muy inofensivo que les parezca. Casi todos son muy venenosos y, en algunos casos, letales.

Un silencio sepulcral se ha adueñado de nosotros tras el rapapolvo. Nos alejamos con cuidado de la serpiente y empezamos a mirar con otros ojos nuestro entorno.

No sé los demás, pero yo aún voy con el miedo en el cuerpo cuando llegamos al cenote. Ahora veo bichos por todos lados. Para acceder a él, hay que ir por un agujero en el suelo y bajar por una escalera muy rudimentaria de madera, ¡está sujeta con cuerdas! Iluminan el fondo con un par de focos alimentados con un generador portátil.

La verdad es que da un poco de miedo, no se ve bien el suelo y mucho menos las paredes. Una vez que estoy descendiendo peldaño a peldaño, me llama la atención algo que se mueve en la húmeda pared de tierra, ¡son arañas! Casi me caigo de espaldas y grito aterrada.

—¡Mierda, mierda! —Intento llegar lo antes posible, pero no puedo avanzar más deprisa porque están Laura y Roberto debajo.

—¿Qué te pasa, Virginia? —se preocupa Fernando.

—¡¡Arañas!! ¡Esta pared mohosa está llena!

Ahora sí que corren para llegar al fondo. Una vez que mis pies tocan el suelo, no hago más que revisar mi cuerpo por todos los

rincones. Aunque no he visto ninguna sobre mí, me las imagino correteando por todos lados.

—Calma, no hay nada. —Fernando me frota los brazos para que me tranquilice.

—¿Seguro? —Lloriqueo—. Odio esos bichos.

—Puede estar tranquila, señorita —me informa el guía—. Son venenosas.

No las toque y no le picarán —acaba con una sonrisilla burlona.

Me dan ganas de abofetearlo, pero me contengo, no vaya a ser que nos abandone y nos deje a nuestra suerte.

Con las ganas que tenía de bañarme en esas aguas cristalinas y ahora ya no me atrevo. No me tomo en serio nada de lo que dice el idiota del monitor. Nos ha asegurado que en estos manantiales no hay nada peligroso y, sin embargo, no me fio. En cuanto veo que todos están disfrutando de un refrescante baño y que nada les muerde, me saco la ropa y me tiro también. ¡Qué gusto!

—Ya te estaba echando de menos, mi pequeña guerrera. —Fernando me da la mano y me acerca al rincón donde está apoyado. Me aferro a su cuello para no hundirme.

—No soy una guerrera, pero sí procuro ser fuerte, aunque a veces no lo consiga.

—Cuando vivían tus padres, seguro que te dejaban tomar tus propias decisiones.

—Todo lo contrario. —Se me hace un nudo en el estómago. No quiero hablar de esto, no quiero empezar con las mentiras o medias verdades—. Me controlaban. No podía hacer nada sin permiso.

—Por eso puede que tengas esa obsesión con hacer las cosas por ti misma. Es honorable por tu parte que hayas tomado esa opción y no ser dependiente de todo aquel que te rodea. Eres muy valiente, eres mi heroína.

—¡No digas eso! —susurro avergonzada.

No soy capaz de mirarle a los ojos. Solo faltaba que ahora me tomara por alguien a quien admirar. No hay nada de honrado en todo lo que hago. Soy una cobarde que no se enfrenta a la

realidad. Un poco de chulería no me va a hacer valiente.

En cuanto tengo un momento, me escabullo de los brazos de Fernando y me voy con las chicas. Aquí estamos para divertirnos, ya llegará el momento de enfrentarme a los problemas al volver a España.

Al llegar al hotel, estoy agotada. Me duelen hasta las pestañas. Llevamos todo el día de un lado para otro y la experiencia va a ser inolvidable, de eso no me cabe duda. Solo espero que mañana sea un poco más relajado, porque no sé si voy a poder aguantar el ritmo. El complejo turístico está lleno de piscinas climatizadas y aún no hemos tenido tiempo ni de meter un pie en ellas. Gracias a Dios, pasamos el resto de la tarde descansando y disfrutando de los lujos que nos ofrece este hermoso lugar.

—Mañana va a ser un día más tranquilito —nos asegura Jess. Estamos las chicas solas en un *jacuzzi*, rodeadas de plantas y palmeras—. Iremos a visitar las pirámides y llegaremos más temprano al hotel. Pasado, iremos al parque Xel-Há y lo pasaremos en grande.

—¿Qué clase de parque es ese? —me intereso.

—Es un lugar fantástico, en una caleta donde se juntan las aguas subterráneas de la península de Yucatán con el mar Caribe. Podremos hacer diferentes actividades acuáticas rodeados de montones de especies marinas espectaculares —todas hablamos a la vez, emocionadas—. Al volver, planearemos mi despedida de soltera para el día siguiente.

—¡¡Qué!! —coreamos entre risas y aspavientos.

—A ver si os pensabais que me iba a quedar sin una... —nos reprocha.

—¿Los chicos también van a hacer la suya? —pregunta Laura.

—Supongo. —Se encoge de hombros—. Si no quieren, será su problema.

¡Este viaje cada vez pinta más divertido!

Después de la cena, Fernando y yo estamos tan cansados que nos limitamos a abrazarnos en la cama. Tras lo de anoche, creo

que hemos tenido bastante, al menos, por un par de días. Además, parece algo preocupado. Se ha puesto así después de estar hablando a solas con Henry.

—¿Te pasa algo? —No puedo aguantar más la curiosidad.

—No. —Me abraza con más fuerza y me besa en el pelo.

—¿Seguro? Es que te has puesto muy raro después de hablar con Henry. ¿Te ha dicho algo sobre las marcas de tus muñecas?

—Hemos charlado sobre el tema. Tenía dudas sobre nosotros. Ha pensado que, a lo mejor, me estoy dejando hacer cosas que no quiero. —Abro la boca, asombrada—. Tranquila, ya le he dicho que no era nada de lo que se imaginaba. Que fue al revés, que disfrute un montón —dice tan bajo la última frase que apenas puedo escucharlo—. Que contigo es diferente. Único. Especial...

Me lo quedo mirando y veo tanto amor en sus ojos que apenas puedo respirar de tanta emoción. Se me escapan unas lágrimas al sentir que no lo merezco.

—Estoy enamorado de ti, Gina. Eres la mujer de mi vida.

Se aproxima a mis labios con tal delicadeza y lentitud que creo que voy a morir de anticipación. La ternura de su beso es extrema. Jamás había sentido nada igual. Te deja sin respiración y, a la misma vez, te llena el alma de vida. No sé lo que hará Fernando cuando le cuente la verdad, pero tengo muy claro, con una certeza absoluta, que le amaré por el resto de mis días, aunque no pueda perdonarme y me abandone.

Capítulo 31

Ya hemos pasado tres días en este país paradisíaco. Hemos visitado Chichén Itzá y su emblemática pirámide. Siempre me he imaginado en lo alto de esa construcción mirando al horizonte. Así que en cuanto vi el templo de Kukulkán, corrí hacia él sin mirar atrás. Al llegar, sin aliento y a la vez llena de emoción, me doy cuenta de que está prohibido subir. ¡Casi me da un paro cardíaco! No me lo puedo creer. Parece ser que ahora no se puede porque los turistas no respetaban el monumento e incluso se llevaban piedras que forman parte de la edificación. Estaba deseando sentir el vértigo al llegar a lo más alto. Qué decepción... Lo que es indudable es que el lugar y sus monumentos son fascinantes.

En el parque Xel Há hicimos *snorkel* y lo pasamos genial nadando entre peces de todo tipo. Había una especie con unos ojos tan grandes como pelotas de tenis que venía a comer de tu mano. Bueno, de mi mano no comieron nada, porque en cuanto veía que se acercaban corría en dirección contraria. Nos hicimos fotos dentro y fuera del agua. Es una maravilla poder inmortalizar estos momentos tan únicos en la vida.

Hemos visto espectáculos folclóricos, monumentos mayas y aztecas, comido cosas superpicantes... Incluso fuimos a una aldea maya donde una señora nos enseñó a hacer tortillas mexicanas en un horno de piedra. Estoy muerta de cansancio, pero lo repetiría sin pensarlo. ¡Son las mejores vacaciones que he tenido nunca!

Hoy vamos a pasar el día en la playa. Ya tenía muchas ganas de bañarme en el mar y tumbarme al sol. Nuestro complejo turístico se extiende hasta la misma arena, con chiringuitos y camareros dispuestos a servirnos cualquier cosa que se nos pueda antojar.

Las chicas estamos en unas tumbonas mientras que los chicos están en la orilla, charlando. Ya nos hemos tomado tres daiquiris y las risas tontas empiezan a aflorar.

—Madre del amor hermoso... —suspira Laura—. ¿Os habéis dado cuenta de los especímenes que tenemos por parejas? —Las cuatro miramos hacia nuestros hombres.

—La verdad que es que están muy buenos —respondo embobada.

—Sí... están de toma pan y moja —dice Sara con una sonrisilla lasciva.

—Sin contar a mi hermano, estoy de acuerdo. Aunque he de reconocer que Henry está muy bien —le asegura Jess a su cuñada —. Pero como el culito de Miguel, no lo tiene ninguno. —Reímos a carcajadas.

—Jess, ¿cómo conociste a Miguel? —me intereso por su historia.

—Lo conozco desde que éramos niños. Era amigo de mi hermano y siempre estaban juntos. Creo que he estado enamorada de él toda la vida, pero hasta hace poco no hemos podido estar juntos.

—¿Por qué? —La miro con curiosidad.

—¡Por Henry! —contestan al unísono Jess y Sara; después resoplan.

—¿En serio? ¿No os dejaba estar juntos? —pregunto perpleja.

—Como lo oyes. Y gracias a que conoció a Sara que, si no, aún estaría lloriqueando por las esquinas. —Sonríe con ternura como si recordara algo—. La primera vez que hice el amor con él fue a escondidas, en el almacén que tiene el jardinero en la parte de abajo de la piscina. Nos aterraba pensar que Henry nos descubriera. Ese mismo día me declaró su amor y fue el mejor de mi vida. A la mañana siguiente se acabó la felicidad. Miguel quiso hablar con mi hermano para persuadirlo de que nos diera una oportunidad y sucedió lo contrario. Poco después, Sara entró en nuestras vidas y, gracias a ella, se dio cuenta de lo que duele no poder estar con la persona a la que amas. ¡Gracias, cuñada, por tener a mi querido hermanito a dos velas durante dos meses! — Chocan las copas en un brindis y luego se lo beben de un trago.

—Escuchad, chicas, ¿por qué no montamos en las motos acuáticas? — sugiere Sara. Ya se ha puesto en pie, dispuesta a ir.

—Yo no, me da miedo. Además, estoy un poco piripi —confiesa Laura.

—Yo tampoco, mañana me caso y no quiero hacerme ni un rasguño en mi inmaculada piel. —Jess se acaricia sus preciosas piernas.

—Tranquila, Sara, iremos juntas. —Dejo el daiquiri en la mesa y me levanto.

—¡Bien, vamos allá! —grita de contenta.

En cuanto su marido ve que nos acercamos al hombre que alquila las motos, viene disparado hacia nosotras.

—Nena, ¿qué se supones que vas a hacer? —Henry la agarra por el brazo.

—Solo quiero darme una vuelta, no va a pasarme nada. No seas tan controlador.

—Es peligroso. —Le suplica con la mirada.

—Por favor, solo un poquito... Te prometo que no nos alejaremos mucho de la orilla. —Le echa los brazos al cuello y hace un puchero.

—Como te vayas muy lejos, te prometo que te encerraré en la habitación hasta que sea la hora de irnos, ¿entendido? —le gruñe.

—¡De acuerdo! —Salta y le da un beso en los labios. Él parece muy enfadado.

Henry se encarga de que nos proporcionen las mejores motos y nos obliga a ponernos casco y chaleco salvavidas. Si no cumplimos con eso, no nos permite conducir. De hecho, él mismo le asegura las correas a su mujer para que no las lleve sueltas. Fernando, que ha acabado por acercarse, también se encarga de ajustarme el chaleco. Una vez que nos explican el funcionamiento básico del vehículo, nos adentramos en el mar entre risas de júbilo.

—¡Gina, Gina! —me llama Sara una vez que nos hemos alejado de la orilla lo suficiente. —Creo que ya podemos aflojarnos un poco las correas, ¿no crees? —Presiona los botones de seguridad para

liberarse.

—No deberías hacer eso, Henry se va a enfadar mucho si te ve sin las protecciones.

—¡No nos va a ver! —Agita la mano en el aire para restarle importancia—. Estamos demasiado lejos de la playa para que se dé cuenta de lo que hacemos. —Acelera y corro tras ella. Parece que está más bebida de lo que me imaginaba.

No hace más que hacer el tonto de un lado para otro. Llega un momento en que prefiero observarla a una distancia prudencial para que no choque conmigo. Echo una ojeada a la orilla y puedo ver a Henry y Fernando con los brazos en jarra, mirándonos. Poco después se suben a unas motos acuáticas y vienen hacia nosotras. Me giro para informar a Sara de que ya se puede ir abrochando el casco y el chaleco si no quiere tener bronca, cuando una enorme aleta gris pasa entre nosotras. El corazón me da un vuelco. No estoy segura de lo que es, pero ¡parece un tiburón! Ella, ignorando el peligro, se aproxima al animal a toda velocidad. Lo ve en el último momento, justo antes de chocar con él. Hace una maniobra extraña, se le gira el manillar con violencia, salta por los aires y cae al agua.

—¡¡Sara!! —grito aterrada.

El casco ha salido volando y creo que se ha golpeado la cabeza contra los bajos del vehículo. Corro hacia ella y está inconsciente. El chaleco se le va a escapar en cualquier momento y se hundirá sin remedio. Sin pensarlo ni un segundo, me tiro al agua y le sujeto como puedo por debajo de los hombros. No sé qué demonios es lo que gira a nuestro alrededor, pero es enorme. No paro de llorar muerta de miedo. Intento subir de nuevo a la moto y no lo consigo, no tengo fuerzas para auparme con Sara a acuestas. Rezo para que los chicos lleguen a tiempo. El maldito salvavidas se le escurre del cuerpo y cada vez me resulta más complicado sostenerla. Oigo los motores acercándose.

—¡¡Ayuda, por favor!! —me desgañito entre lágrimas de angustia.

—¡¡Ya llegamos, aguanta!! —responde Fernando.

Una leve sonrisa de agradecimiento asoma a mis labios, aunque

poco me dura al notar que algo me roza las piernas. Doy un grito desgarrador. Me arde la garganta por el esfuerzo. Entro en *shock* y apenas escucho nada, solo me aferro con fuerza al cuerpo de Sara, es lo único que importa. No puedo permitir que muera. Unas fuertes manos intentan arrebatármela y lucho para que no lo consigan.

—¡Gina, cariño, deja que la cojamos! —la voz de Fernando me devuelve a la realidad.

—¡¡Salid del agua!! ¡¡Rápido!! Hay un tiburón, ¡¡hay un tiburón!! —les alerto.

—¡Fernando, ayúdame! Sara se me escurre —suplica Henry, angustiado.

Entre los dos la colocan sobre el sillín. Acto seguido, mi novio me agarra de un brazo y me sube con él. Arrancan los motores y huimos de la zona abandonando dos de los vehículos alquilados. En cuanto llegamos a la orilla me saco el casco y el salvavidas, que parecen estar asfixiándome. A un lado está Henry, con su mujer tendida en el suelo mientras le hace el boca a boca. Un grupo de vigilantes llega a la carrera con equipo médico. Ya no hace falta su ayuda, Sara se despierta y arranca a toser, escupiendo agua. Las lágrimas me caen a borbotones y un gran alivio me embarga.

—Virginia... —susurra Fernando a mi lado y me ofrece sus brazos.

—¡Oh, Dios mío...! Nunca había pasado tanto miedo en mi vida. —Sollozo contra su pecho—. Pensé que no sería lo suficientemente fuerte para poder salvarla... —Paso así un largo rato, lamentándome. Hasta que alguien me toca el hombro.

—Creo que hay alguien que quiere decirte algo, mi vida. —Me separo del amparo de su abrazo y veo a Sara y a Henry.

—Perdóname, he sido una idiota. Debí haberte hecho caso— dice ella con la voz enronquecida por haber tragado agua de mar—. Muchas gracias por salvarme. —Me da un beso en la mejilla. Aún está temblando por lo que acaba de pasar.

—No existen palabras para agradecerte lo que has hecho por mi mujer —me asegura Henry. Tiene los ojos enrojecidos y todavía no ha recuperado el color—. Estoy en deuda contigo. Si necesitas algo

que esté en mi mano, no tienes más que pedírmelo. —Tras sus palabras, coge en brazos a su esposa, que apenas se tiene en pie, y se la lleva hacia el hotel.

—Virginia, será mejor que vayamos a descasar. No tienes muy buen aspecto. —Mi chico me frota la espalda con delicadeza. Al ver lo desubicada que estoy, me indica el camino.

—¿Nos vemos a la hora de la cena? —nos plantea Jess. Ni siquiera había reparado en ella. También la acompañan Miguel, Laura y Roberto. Todos tienen la cara desencajada por lo sucedido.

—Seguro que sí. Solo necesita descansar un rato —le confirma Fernando.

Me abrazo a su cintura y nos vamos a la habitación. Necesito ducharme y dormir un poco. Seguro que al despertar me encontraré mucho mejor.

Qué equivocada estaba. Cada vez que cierro los ojos me vienen a la mente imágenes de Sara flotando en el agua y ese bicho nadando alrededor. Nadie me lo ha confirmado, pero estoy segura de que era un tiburón. Cansada de dar vueltas sin parar en la cama, me levanto y busco a Fernando. Está leyendo en una hamaca que ha colocado en la puerta que da al jardín. Supongo que lo ha hecho así para no incordiarme y poder oírme si le necesitaba.

—¡Hola, cariño! —Se gira al notar mi presencia y viene hacia mí —. ¿Has podido descansar algo?

—No mucho. —Me encojo de hombros.

—Me imagino. —Me da un beso tierno en la frente—. Si ves que te hace falta, esta noche te tomas un somnífero de los que he traído.

—Gracias. —Salgo al jardín y él me sigue—. ¿Pudisteis ver el animal que había en el agua? —pregunto en un susurro sin apartar la vista del horizonte.

—No te preocupes por eso, olvídalo.

—Era un tiburón, ¿verdad? —No me contesta y se rasca la nuca—. Me rozó las piernas y no me hizo nada. Tuvimos suerte.

—La mayoría de las veces no atacan a las personas. Se acercaría por curiosidad, para ver qué erais. —Me agarra por los hombros y me gira para que lo mire—. No lo pienses más, no ha pasado nada. Ahora nos vestiremos y saldremos a cenar con nuestros amigos. Nos divertiremos, ya verás. Mañana es la boda de Jess y Miguel, esta noche tenemos que emborracharnos. O, por lo menos, hacerlo con los novios. —Sonríe con maldad.

—Tienes razón, pobre Jess. Nos dijo que quería una despedida de soltera.

—Pues ¡adelante! Seguro que nos vendrá bien a todos desconectar.

Agarra mi rostro y me da un beso tierno que, poco a poco, se vuelve cada vez más exigente. Nuestras lenguas se buscan y enredan con desesperación. Sus manos acarician mis nalgas y me empuja para que me amolde a su cuerpo. Un jadeo brota de mis labios al notar su dura erección contra mi vientre. Lo deseo, pese a todo y por encima de cualquier cosa, anhelo su entrega y pasión por estar conmigo. No es solo apetito sexual. Me hace sentir única y viva. Chocando con todo a nuestro paso, llegamos hasta la cama, nos despojamos de las pocas prendas que nos cubren y nos dejamos caer sobre las sábanas blancas. Me deleito acariciando su piel desnuda, noto su calidez como un bálsamo para mi alma. Frota los pulgares contra mis pezones y el ansia se apodera de mí. Agarro con firmeza su verga y la llevo hasta la entrada de la vagina. Estoy tan mojada que entra con facilidad. Me penetra una y otra vez hasta el fondo sin dejar de masajearme los pechos. El placer se intensifica con cada acometida y culminamos juntos entre jadeos. Ya sé por qué es tan especial hacer el amor con Fernando, nunca había estado tan enamorada de alguien.

Capítulo 32

Tras una refrescante ducha nos reunimos con los demás en el restaurante. Sara parece encontrarse mejor y Henry está un poco más tranquilo, aunque no del todo. Por lo menos ha consentido que hagamos una pequeña despedida de soltera para su hermana. Eso sí, no nos permite salir del complejo y, mucho menos, acercarnos a la playa. Aceptamos su propuesta sin ponerle pegas, ya hemos tenido suficientes emociones fuertes por hoy.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Laura. Desde que hemos cenado, no se aparta de mi lado. Aún tiene los sentimientos a flor de piel por el accidente.

—Hay una sala de fiestas en el recinto y, en uno de sus reservados, he encargado un *stripper.*

—¿En serio? —Sara se tapa la boca para ocultar su pícara sonrisa —. Nunca he visto un espectáculo de esos —nos asegura. Las tres la miramos extrañadas, aunque no nos atrevemos a decirle nada.

Nos dirigimos hasta el lugar entre gritos nerviosos. Una vez allí, nos guían a una zona privada. Mi sorpresa es mayúscula cuando me encuentro con una sala que parece decorada para un cumpleaños infantil. Los globos, manteles y copas son de color rosa. ¡Solo faltan las princesas Disney!

—¡Disculpe! —Jess toca en el hombro al camarero—. Me temo que ha habido un error. Esto no es lo que yo les he pedido. Mi reserva es para una despedida de soltera, no una fiesta de niñas.

—No hay ninguna equivocación, señorita. El señor Cromwell nos ha indicado con exactitud cómo debía ser la decoración. También nos ha dejado una nota para usted. —Se acerca hasta la mesa y le entrega un sobre. Hace una inclinación de cabeza y se va. El resto de los empleados siguen rellenando las copas.

Observamos perplejas cómo lee la carta y esperamos a ver qué reacción tiene. Lo primero que observamos es que se está poniendo roja de rabia, luego arruga el papel, lo tira al suelo y le da un pisotón.

—¡Hijo de...! ¡Voy a matar a ese cabrón! —masculla con la mandíbula apretada.

—¿Qué ocurre, Jess? —le pregunta su cuñada.

—¡Que mañana vas a amanecer viuda! ¡Eso es lo que pasa! —Se pasea de un lado a otro y mira con desagrado los mantelillos rosas —. El muy capullo lo ha cancelado todo y dice que nos ha organizado una fiesta a la altura de las circunstancias. Opina que no me merezco alcohol, ni artilugios eróticos y mucho menos un *stripper.* ¡Lo ha fastidiado todo!

—Cálmate, Jess. Seguro que nos vamos a divertir igual —intento convencerla.

—¿¡Cómo!? ¿¡Con zumo de grosella y magdalenas glaseadas de esa mierda rosa!? —Coge un bizcocho y lo estampa contra la pared.

—Disculpe, señorita, compórtese o me veré obligado a llamar a seguridad —la reprende el mismo camarero de antes, que parece ser el encargado de sala.

—¿Que va a llamar a seguridad? —Ríe con sarcasmo—. Quiero que cambien esto de inmediato o voy a pedir una hoja de reclamaciones. El encargo lo hice yo y nadie más que yo, él no tenía autorización para cambiar nada. Les especifiqué que para cualquier problema o modificación se pusieran el contacto conmigo, ¡no con mi jodido hermano!

Jess se está poniendo cada vez más nerviosa y los gritos se deben de escuchar a un kilómetro de distancia. ¡Menudo carácter tiene la rubia! Intentamos apaciguarla y no hay manera. El responsable no tiene mucho tacto y cada vez le irrita más.

—¡Si es que su hermano tenía razón cuando nos advirtió de que era una niñata malcriada y consentida! No me extraña que tenga que controlarla. A las mujeres no se las puede dejar sueltas, hay que atarlas en corto —suelta el hombre, cansado de los gritos de

Jess.

Las cuatro nos quedamos con la boca abierta ¡Será posible! ¿Cómo se atreve a hablarle en ese tono? Ahora gritamos todas y nos abalanzamos sobre ese individuo indeseable y machista. En medio de un revuelo impresionante, entran en la estancia dos policías. El alma se cae a los pies al reparar en ellos. ¡Solo faltaba que acabáramos detenidas! El silencio se adueña del lugar.

—¿Se puede saber qué sucede aquí? —la voz gutural de uno de los policías retumba en las paredes.

—¡Esta señorita me ha atacado! —acusa el encargado a Jess. Todos los camareros hacen piña a su alrededor y le secundan.

—¿Cómo se atreven a decir eso? ¡Es él el que nos ha faltado al respeto! —se defiende nuestra amiga. Las demás la respaldamos.

—Haga el favor de darse la vuelta y deje de gritar, vamos a detenerla por desorden y escándalo público.

—¡No pienso girarme para que me ponga unas esposas! Tengo mis derechos—dice cada vez más asustada.

—No hay problema, se las pondremos por delante, así será más divertido.

Las cuatro nos quedamos perplejas al ver cómo le ponen unas esposas de peluche de leopardo. Las luces se apagan y, cuando se encienden, son rojas. La canción de Jennifer Lopez «El anillo» suena a todo volumen, los dos policías se han abierto la camisa y enseñan sus trabajados abdominales al ritmo de la música. El responsable llega corriendo con una silla y hace que Jess se siente en ella, le da un beso en la mejilla y le guiña un ojo con una sonrisa de disculpa. A la pobre se le escapan unas lágrimas de alivio y después se ríe.

¡Menuda encerrona! Hemos caído todas a cuatro patas. Un estado de paz se apodera de nosotras justo antes de dejarnos llevar por la letra de la canción y corear a la vez:

—¡¡Nunca había sentido algo tan grande y me vuelve loca tu lado salvaje!! ¡¡Tú me has dado tanto que he estado pensando ya lo tengo todooooo!! Pero... ¿¡Y el anillo pa´ cuándo!?

Los dos *strippers* hacen un espectáculo genial, su coreografía es

magnífica y de lo más ocurrente. Y, para sorpresa de todas, ¡hacen un desnudo integral! Gritamos enloquecidas al verlos como Dios los trajo al mundo.

—Jess, cielo, ¿a que ahora ya no quieres dejarme viuda? —le pregunta Sara con una sonrisa resplandeciente.

—No, cariño, ya no. Ahora solo me voy a asegurar de no tener más sobrinos, porque le voy a machacar los huevos con una piedra. —Coge una copa de champán de la bandeja del camarero que acaba de llegar, se la bebe de un trago y se limpia la boca con el dorso de la mano. Nos da tremendo ataque de risa a todas.

No tengo ni idea de a qué hora nos fuimos a dormir después de la fiesta. Estaba tan borracha que Fernando me tuvo que ayudar a meterme en la cama porque me había empeñado en dormir en el suelo. Locuras que le dan a una.

En un silencio sepulcral y con gafas de sol, nos reunimos todos a mediodía para desayunar. Los chicos también hicieron de las suyas, pero no sabemos todavía qué. Ahora mismo nos importa bien poco, solo queremos un par de analgésicos y unas cuantas tazas de café. A primera hora de la tarde tenemos que empezar a arreglarnos, ya que hoy es el gran día de Jess, así que hay que espabilar.

—¿Qué clase de animal es ese? Parece una rata gigante —pregunta Sara con curiosidad al ver corretear al roedor por el jardín.

—Es un sereque o agutí, es muy común por aquí. Por favor, nena, habla un poco más bajito —le suplica su marido mientras se frota las sienes.

—Sí, cielo, sería de agradecer que moderaras el tono —se suma al ruego Laura. Roberto, que está a su lado, se agarra la cabeza con ambas manos.

—Perdón, es que me ha sorprendido —continúa casi en susurros —. No me imaginaba que fuera habitual ver animales sueltos por complejos hoteleros de lujo. Sigo pensando que parece una rata enorme.

—Mi amor, ¿no te duele la cabeza? —Henry arquea las cejas.

—Casi nada.

—Qué suerte tienes... Al resto, sí.

—Vale, muermos. Me voy con mi hijo, que lo tengo abandonado y lo echo mucho de menos. —Al levantarse arrastra la silla y produce un chirrido. La observamos con mirada asesina—. Lo siento... —susurra y sale corriendo antes de que alguien la reprenda.

—Gina, ¿quieres que vayamos a dar un paseo por la playa? —me sugiere Fernando.

—Me parece bien. Aparte de en la cama, no hemos estado a solas en ningún momento. —Nos levantamos con cuidado para no molestar—. Nos vemos en un rato —nos despedimos con un gesto de cabeza y nos contestan de igual modo. Tenemos tal resaca que a nadie le importa lo que haga el resto.

Es agradable sentir cómo la brisa marina me roza el rostro y ondea mi cabello. Las refrescantes olas nos mojan los pies al caminar por la orilla. Apenas hay nadie en la playa, salvo unos pocos bañistas y unos jóvenes que vuelan sus cometas en el inmenso cielo azul. Observamos embobados cómo hacen cabriolas en el aire. Hace un día precioso. El dolor de cabeza ya casi ha desaparecido y disfruto de forma plenamente consciente de todo lo que me rodea. Los dedos de Fernando están entrelazados con los míos y su calidez me envuelve como un manto protector. Creo que la palabra que define lo que estoy experimentando es felicidad. Nunca había sentido tanto amor y paz.

—¿Te encuentras bien? —se preocupa por mí al ver que suspiro varias veces con intensidad.

—Sí, no podía estar mejor. —Le beso en la mejilla—. Solo pensaba en lo agradables que han sido estas vacaciones y el recuerdo maravilloso que me voy a llevar de México. Menos por lo de ayer con Sara, que daría lo que fuera porque no hubiera ocurrido. —Me estremezco al recordarlo.

—Tenemos que quedarnos con lo mejor, que salisteis ilesas y que Henry está en deuda contigo.

—¿Qué? —Lo miro con sorpresa—. Eso es estúpido, no me debe nada.

—Lo que te dijo es verdad, es un hombre de palabra. Puedes tomártelo al pie de la letra. Quizás a él le permitas ayudarte, ya que a mí no me dejas. Sabes que no podemos seguir así.

—Tienes razón, lo tendré en cuenta. —Le beso en los labios para dar por finalizada la conversación. No quiero que siga por ahí.

Al volver nos tomamos unos aperitivos y unos batidos de frutas y vamos a la habitación a arreglarnos. En dos horas es la boda de Jess. Como esta familia está en todo, tenemos hasta peluqueras a nuestro servicio. Mientras me peinan, Fernando se ha ido con Henry a recibir a los familiares que están llegando. En cuanto estoy lista salgo a la carrera en busca de las chicas.

—¡Laura! —llamo a mi querida amiga a la que encuentro de camino—. ¡Estás preciosa! —Lleva un maravilloso vestido de color lavanda.

—¡Ay, Gina! Tú sí que estás guapa. Esa tonalidad de rosa te queda genial.

—¿A que sí? Yo tenía mis dudas, pero como Jess se empeñó en que debíamos elegir colores pastel, pues no se me ocurrió decir que no a la novia. El de Sara creo que es malva o azul. Será mejor que vayamos a ver si necesitan ayuda.

—Ah, no, no nos van a dejar pasar. El diseño del vestido de Jess no lo va a ver nadie hasta que camine por el pasillo que va al altar. No se lo ha dejado ver ni a su cuñada. Así que sígueme, que Roberto me ha dicho que nos esperan cerca de recepción.

A medida que nos vamos aproximando empieza a oírse un tumulto. Hay mucha más gente de la que me imaginaba. Incluso está la familia de Fernando. Su madre me besuquea y me abraza en cuanto me ve. Su cuñada Miriam también corre a saludarme. El padre y su hermano, Daniel, también se alegran de verme. Es muy agradable sentirse tan acogida. Siempre me impresiona ver a los gemelos juntos, aunque ahora ya no los confunda.

Nos vamos colocando en los asientos que hay preparados en lo alto del acantilado. Las vistas al mar, de un color turquesa intenso, son impresionantes. Hay un pequeño altar adornado con flores y lazos blancos. El cura se acerca acompañado de Miguel. Está

imponente con su chaqué gris marengo, Parece muy nervioso, porque no hace más que retorcerse las manos. Un cuarteto de violines se coloca en un lateral y comienzan a afinar sus instrumentos. Los familiares más cercanos hacen acto de presencia y se acomodan en las primeras filas. Hay un murmullo constante procedente de los invitados, hasta que se hace el silencio cuando los músicos empiezan a tocar la marcha nupcial. Nos giramos, expectantes, para ver llegar a la novia. Sabía que iba a estar preciosa y, sin embargo, no hay palabras suficientes para describir la resplandeciente belleza de Jess. Es como una beldad griega. Lleva un vaporoso vestido de seda que se amolda a la perfección a su esbelta figura. Adorna sus ondeantes bucles dorados una discreta tiara de diamantes. El ramo está formado por delicadas rosas en colores pastel, nuestros colores. El novio, muy emocionado, apenas puede contener las lágrimas al ver llegar al amor de su vida cogida del brazo de su padre. Entrelazo los dedos de Fernando con los míos cuando siento que me estoy conmoviendo.

—¿Verdad que está preciosa? —le susurro.

—Sí, es una mujer muy bella. —Me besa los nudillos.

Aunque la ceremonia ha sido breve, cuando Miguel ha recitado sus votos y ha declarado su amor eterno por Jess ante los invitados, hemos acabado llorando todos sin excepción. Incluso he visto a mi chico apartándose alguna lagrimilla. Ha sido conmovedora. Es la boda que toda joven sueña tener, incluida yo.

Capítulo 33

Estamos de regreso en el avión. Las vacaciones se han terminado en un abrir y cerrar de ojos. El sueño se acaba y me resisto a ello. Los novios ya no están con nosotros, se fueron de luna de miel. Los familiares de Fernando embarcarán mañana en distintos vuelos. En este viaje no ha hecho falta que me dé ninguna de sus pastillitas tranquilizantes, me siento abatida. Cierro los ojos y revivo todos los momentos mágicos que he disfrutado con mi ginecólogo particular. No sé si es porque es mi último recuerdo de México, pero no paro de visualizarnos en la terraza de nuestra habitación haciendo el amor mientras los fuegos artificiales iluminaban el cielo estrellado. Me entregué a él como si no fuera a verlo nunca más. Quizás sea cierto, porque en cuanto le diga la verdad, que he de hacerlo nada más llegar, es muy probable que me abandone para siempre. Como mucho, dejaré pasar un día o dos para tomar fuerzas. Ahora resulta que yo misma me engaño... En fin, trataré de hacerlo lo antes posible, cuando reúna el valor.

El taxi nos deja a Laura y a mí en la puerta de casa. Aparte del cansancio, me envuelve un aire melancólico que no ayuda en nada para poder arrastrar las maletas. Es casi mediodía y hace un calor bochornoso. Justo cuando estamos metiendo la llave en la cerradura del portal, nos sorprende alguien a nuestra espalda.

—¡Niñas!

—¡Por el amor de Dios! Menudo susto, Juanillo. —Pongo las manos en el pecho.

—La próxima vez que hagas algo parecido, te arrearé un mamporro —le gruñe Laura. Las vacaciones se han terminado y su mal genio ha vuelto.

—Perdonad, pero tenía miedo de que os metierais en las

escaleras y que no os pudiera avisar —suelta el hombre con evidentes signos de fatiga por haber venido corriendo.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que decirnos? —le digo con cariño. Seguro que es algún tipo de chismorreo sobre las vecinas.

—¿Recuerdas que te dije que había un hombre muy raro por el barrio? —Asiento y frunzo el ceño. Esto no va de lo que yo me imaginaba—. Bien, pues ese mismo tipejo ha estado haciendo preguntas por todo el barrio sobre ti. —Me agarra las manos—. Tengo miedo de que quiera hacerte daño, hija, parece peligroso.

—¿Es un tipo de mediana estatura, gafas de sol y una gorra calada? —la voz me tiembla al preguntar.

—No, aunque ese también ha estado rondando por aquí, no es él el que me preocupa. Es un hombre muy alto, debe rondar los dos metros, corpulento, la cabeza rapada y perilla. Le acompaña otro que tiene la misma pinta de matón que él, pero ese siempre se queda esperando dentro de un coche negro muy extraño.

—¿Ese coche raro es un clásico restaurado, muy grande y de la marca Ford? —Mis rodillas también se suman al tembleque.

—¡Sí, eso es! No había visto uno igual en mi vida. ¿Es que acaso lo conoces?

—Juanillo, haz el favor de subir con nosotras al apartamento. Tenemos que hablar muy seriamente de este asunto. No me parece muy buena idea seguir en la calle cuando hay alguien que acecha. —interviene Laura al ver que me he quedado blanca como el papel.

Una vez que hemos llegado arriba, me doy cuenta de que me estoy mareando. Me dejo caer en el sofá antes de que me desplome. El pobre de Juanillo me mira con cara de susto y espera paciente en un rincón, sin tocar nada, como si tuviera miedo de romper algo. Laura rebusca sin parar dentro de su bolso y no hace más que recitar maldiciones y un taco detrás de otro. Por fin da con su móvil, que es lo que andaba buscando.

—Voy a pedir ayuda —anuncia justo antes de marcar.

—¿A quién vas a llamar? —grito alarmada. Me levanto del sofá y corro para arrebatarle el aparato de la mano.

—Voy a llamar a Roberto y, como se te ocurra quitarme el teléfono, juro que te muerdo —murmura entre dientes con voz amenazante—. Hasta aquí podíamos llegar, Gina. ¡Estás en peligro y lo sabes! —Hundo los hombros y vuelvo al sofá arrastrando los pies—. Después de lo que te pasó con el tío ese que te perseguía, Fernando le pidió ayuda a Roberto, y él, a su vez, pidió mi colaboración. Me dijo que, si veíamos u oíamos alguna cosa extraña, se lo comunicara cuanto antes; con fotos, pruebas, testigos o cualquier cosa que pudiéramos recopilar. Y este hombre —señala a Juanillo— es un testigo.

—¿Tienes idea de quién es el individuo que ha visto? —susurro cabizbaja.

—No, pero me hago una idea por la cara que has puesto.

—Es Marco, uno de los «socios» de mi padre. Si está por aquí, Roberto no va a poder hacer nada sin ponerse en peligro. No solo ha venido a por mí, quiere el dinero...

—¿Qué dinero? —A duras penas puedo entender la pregunta de mi amiga. Ha salido de sus labios como un suspiro.

—Cuando me vine a Madrid cogí todo lo que tenía mi padre en la caja fuerte. —La miro a los ojos y veo la decepción en ellos.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Unos setecientos mil.

Laura ahoga un grito y Juanillo, si no fuera porque tiene la pared a su espalda, se hubiera caído de culo.

—¿¡Estás loca!? ¿Como se te ocurrió robarle a tu padre una cifra semejante? —Mi amiga ha dejado el teléfono y ahora da vueltas por el salón—. Si Roberto se mete en los chanchullos de tu familia podrían hacerle daño. Seguro que quieren la pasta a toda costa.

—Para ellos no supone tanto como imaginas.

—¡¡Y una mierda!! —grita exasperada—. ¡Que no es calderilla, Gina! —Agacho la cabeza ante su mirada acusatoria—. Esto te va a

estallar en la cara y nos vas a salpicar a todos. ¿Qué crees que va a pensar de ti Fernando cuando se entere de todo? Solo espero que esto no llegue muy lejos y no se vea perjudicada la clínica, porque no te lo va a perdonar. —Frunce el ceño y me observa con atención—. Si hay algo más que tengas que contarme, o me lo dices ahora o juro por mi madre, que en paz descanse, que no te volveré a hablar en mi puta vida.

—Hay un par de cosas... —Trago saliva.

—¿Y bien? —Se cruza de brazos.

—Te mentí con lo de la titulación, no soy auxiliar de enfermería, nunca acabé el curso. Ni ese ni ninguno de los que empecé. —La tristeza se apodera de mi amiga, pero me deja continuar—: Necesitaba encontrar trabajo y, siempre que no ejerciera en la rama, me servía para el currículum. Creí que tendría más opciones.

—¿Eso es todo? —susurra, abatida.

—Una cosa más. Esta primavera estuve tonteando con Gabriel, el hijo de Marco. Es muy posible que para él no se haya acabado lo nuestro.

—¿¡Qué!? —Se agarra la cabeza y niega sin cesar—. ¿Te has liado con el hijo de un matón y encima no cortaste con él antes de irte?

—No teníamos nada serio, ni siquiera me acosté con él. Solo nos besamos. Gabriel insistía en que yo era su futura esposa y que por más que me resistiera acabaría por ceder. Es un italiano cabezota, como su padre. —Me encojo de hombros.

Laura, incrédula ante mis palabras, mira a Juanillo, que escucha con atención lo que decimos. Este da un fuerte silbido mientras agita la mano de arriba abajo.

—¡Y yo que te tenía por una mosquita muerta! ¡Menudo bicho! —El hombre suelta una fuerte carcajada. Avergonzada, miro al suelo.

—Esto no lo vamos a poder resolver nosotros solos, necesitamos que nos asesoren. —Laura coge su móvil y suspira antes de marcar —. No me queda más remedio que hablar con Roberto.

Un ruido extraño procedente de la entrada nos hace girar justo cuando un gran sobre se desliza por debajo de la puerta. Nos miramos entre nosotros, ninguno se atreve a mover un pelo. La

causante de todo este embrollo soy yo, así que me levanto y lo recojo del suelo con manos temblorosas. Va a mi nombre. Lo abro y dentro hay papeles y unas fotos de mis padres ante algunos de sus negocios. Son recientes, en algunas sale incluso mi abuela. También hay documentos de los centros donde he estado estudiando y no logré aprobar, el psiquiatra al cual me obligaban a ir, junto con un informe médico y más documentación que dejo a un lado cuando encuentro una breve nota que reza:

Te dije que te descubriría, zorra.

Tienes cuatro horas para contárselo antes de que

le llegue a Fernando una copia de este sobre.

Carol

Rompo a llorar desconsolada al ver la firma de la ex de mi novio. Toda la culpa de lo que me está pasando es mía y solo mía. Debí haber sido valiente y contar las cosas en su momento. Ahora los problemas crecen a mi alrededor y ya no puedo huir de ellos. Sin que me lo espere, los brazos de Laura me rodean para darme consuelo después de leer la nota. No me lo merezco y, sin embargo, me lo ofrece. Me aferro a ella suplicando perdón entre lágrimas. Deja que me desahogue unos segundos y luego me interrumpe.

—Gina, es hora de arreglar todo este entuerto. No puedes perder el tiempo en hacer pucheros. Tienes que ser fuerte y enfrentarte a los problemas con la cabeza bien alta. Te apoyaré en lo que pueda.

—Fernando no me va a perdonar. —Sollozo.

—Si esperas a que le llegue el sobre, seguro que no. Tienes que adelantarte y contárselo tú misma. Yo sabía parte y me han dado ganas de estrangularte, pero te conozco lo suficiente como para entender por qué lo has hecho. Con él lo vas a tener más crudo. Vuestra relación se ha basado en mentiras.

—Tienes razón, iré a su casa ahora mismo. —Me limpio la cara con el dorso de la mano—. Tengo que intentarlo.

Me fijo en que nuestro amigo ojea con preocupación las fotos que

han quedado desperdigadas por la mesa. Se rasca la cabeza y la barba y luego me mira con inquietud.

—Hija mía, ¿tu padre es dueño de un prostíbulo? —Continúa pasando las fotografías.

—De uno no, Juanillo, tiene clubs de alterne por todo Levante.

—Así que ese hombre calvo es tan peligroso como me lo imaginaba,

¿verdad?

—Me temo que sí.

—Entonces no tenemos tiempo que perder. —Chasquea los dedos —. Sé que ahora no lo parezco, pero soy un buen abogado; fui uno de los mejores. Hasta que me separé y caí en la bebida... —Deja la mirada perdida unos segundos y luego se centra en mí—. Es hora de que yo te ayude. Así que, mientras tú te vas a hablar con tu novio, tu amiga gruñona me hará una buena jarra de café e intentaremos solucionar el resto nosotros. ¡Vamos! ¿a qué esperas? —Miro a Laura y ella asiente.

—Mientras vas a solucionar tu vida amorosa, le pediré a Roberto que venga y haremos todo lo que esté en nuestra mano. —Levanta un dedo en el aire—. Solo una cosa, necesito saber si el dinero que te llevaste está íntegro o falta algo.

—Está todo, no falta ni un céntimo. Al principio tomé prestado un poco, pero lo he repuesto con la paga.

—De acuerdo —asiente complacida— Y ahora vete de una vez antes de que sea demasiado tarde.

Muerta de miedo, agarro mi bolso y corro hacia las escaleras; nada de ir en el ascensor. Tengo que empezar a pensar en lo que voy a decirle cuando lo tenga delante. No soy capaz de hilar un pensamiento coherente. Ni siquiera me decido a si debo tomar un taxi o ir en metro. Estoy tan nerviosa que lo que más me apetece es ir corriendo hasta su casa, y eso que hay un buen trecho. La cabeza no para de darme vueltas y tengo náuseas. ¿Qué voy a decirle? ¿Por dónde empiezo? ¿Querrá escucharme cuando se entere de que le he mentido? Ojalá lo haga.

Capítulo 34

Nada más salir a la calle, me ciega la luz del sol. Intento encontrar las gafas dentro del bolso, pero, como me tiemblan las manos, acabo desparramando todo el contenido por el suelo. Me agacho con torpeza a recoger mis efectos personales, cuando veo unos pies de hombre que se aproximan y se paran a mi lado. Alzo la cabeza para ver si lo conozco. Me pongo en pie de inmediato al ver de quién se trata.

—¡Fernando! —grito por la sorpresa—. ¿Qué...? ¿Qué haces aquí? — balbuceo.

—He venido a por una explicación —pronuncia con voz neutra. Está despeinado y tiene los ojos enrojecidos—. Nada más llegar a casa he recibido esto. —Levanta un gran sobre de color manila igual al que me han mandado a mí. Esa maldita bruja se lo ha enviado antes de lo prometido.

—Te lo contaré todo, te lo prometo, no más secretos. —Me acerco a él para abrazarlo y da un paso atrás.

—Entonces, ¿sabes lo que contiene?

—Sí. Carol me ha mandado uno igual.

—Y ¿es verdad? ¿Todo lo que dice aquí es real? —Agita los documentos.

—Será mejor que subamos a casa y hablemos con calma.

—¡Dime de una puta vez si es verdad! —grita, enfurecido.

—Sí —susurro—. Todo es verdad. Por eso te decía que tenía que labrarme un buen futuro, para poder superar el pasado.

—¿Qué? —pregunta aturdido—. ¿Me estás diciendo que toda nuestra relación está basada en mentiras? Qué es todo esto de los informes psiquiátricos, los estudios inacabados... Les contaste a mi

madre y mi cuñada que tus familiares habían muerto en un accidente de tráfico, ¿cómo pudiste?

—¡Tenía miedo! Pensaba que, si contaba a qué se dedicaba mi familia, me rechazaríais.

—¿Qué mierda me importa a mí a qué se dedica tu padre? ¡Tú eres la que lo ha hecho mal! No has confiado en mí y has engañado a mis parientes, que te acogieron con los brazos abiertos. ¿Cómo esperas que ahora crea algo de lo que me cuentes? ¿Cómo voy a saber si lo que sientes por mí es sincero?

—Te prometo que eso sí que es cierto, te quiero con todo mi ser. —Doy un paso hacia él y recula.

—No puedo creerte —susurra entristecido.

—¡Maldita sea, Gina! ¡Por fin te encuentro! —Gabriel y su padre, Marco, aparecen en el peor momento. Mira con inquina a Fernando y se pone a mi lado—. ¿Este gilipollas te está molestando? —Me agarra por la cintura y me aprieta contra su musculado y perfumado cuerpo. Me entran náuseas cuando me envuelve su olor —. Lárgate de aquí y deja a mi novia tranquila.

Se me parte el alma en mil pedazos al ver la decepción en los ojos de Fernando. Me he rendido y no digo nada, estoy estática en los brazos de Gabriel. No serviría de nada ponerme a dar explicaciones con toda la información que acaba de recibir. No me creería ni, aunque se lo jurase. Ahora, para colmo, se va a pensar que soy una vulgar ramera. No hay nada que hacer

—Al final, Carol tenía razón... —murmura con la cara desencajada por la pena. Abatido, se da la vuelta y se aleja sin volver la vista atrás.

Los colegas de mi padre han empezado a hablar sin parar y no sé qué me cuentan. ¿Cómo voy a escucharlos si estoy rota? Siento como si una parte de mí hubiera muerto al ver cómo se aleja el amor de vida. ¿Qué me importa lo que ocurra ahora? Sin Fernando ya nada tiene sentido.

Sumida como en un profundo sueño, desconecto del mundo. Mi aturullada mente solo me ofrece imágenes de mí misma cuando era niña, haciendo castillos de arena en la playa soleada. En ese

recoveco del cerebro encuentro un lugar tranquilo donde nada ni nadie pueden hacerme daño. Junto al murmullo de las olas del mar, empiezo a escuchar voces a lo lejos, como si estuvieran al final de un largo túnel.

—Gina, por favor, contesta de una vez —me parece oír la voz de Laura.

—¿Sigue sin reaccionar? Es muy extraño. ¿Qué le habrá pasado? ¡Cómo esos cabrones le hayan hecho daño les voy a arrancar la piel a tiras! —exclama Juanillo con enojo.

—Me temo que no es por ellos —interviene Roberto—. Henry acaba de mandarme un mensaje y dice que tiene a Fernando en casa, neurótico, perdido. Parece ser que ha hablado con Gina y no quiere volver a verla nunca más.

Las voces han enturbiado mi fantástico y relajante recuerdo. Unas nubes de color plomizo se aproximan a toda velocidad, acompañadas de un viento espantoso. Mis preciosos castillos de arena se deshacen al instante y el nivel del agua aumenta por momentos. Ya casi no queda playa, pronto el mar me engullirá y está infestado de tiburones. ¡No! No quiero luchar, ¡no soy más que una niña! Pero miro mi cuerpo y me doy cuenta de que soy una mujer; una chica que ha hecho muchas cosas mal y tiene toda una vida por delante para enmendarlas. Nadie más que yo es culpable de lo que me ocurre. No he hecho más que el vago durante años, me he dejado llevar sin plantarle cara a la forma de proceder de mis padres. Mi actitud no ha sido buena. Me he engañado a mí misma haciendo responsables a mis familiares y su forma de ganarse la vida, ahora lo veo claro. He tenido que pagar un alto precio para llegar a esta conclusión. He perdido a Fernando.

Me incorporo y tomo una gran bocanada de aire. Estoy en el sofá de casa y a mi alrededor están Laura, Juanillo y Roberto. No tengo ni la más remota idea de cómo he llegado hasta aquí.

—¡Gracias a Dios que reaccionas de una vez! —Me abraza mi amiga—. Ya no sabíamos qué hacer. Estábamos a punto de llamar a una ambulancia.

—Lo siento —mi voz sale como un graznido—. ¿Qué hora es? Tengo muchas cosas que hacer. —Me levanto y voy hacia mi habitación ante la absorta mirada de los presentes.

—¿Te encuentras bien? —pronuncia Laura con lentitud, como si tuviera miedo de que no le entendiera.

—Todo lo bien que puedo llegar a estar.

—No te vayas así, tienes que explicarnos qué te ha dicho ese par de matones. Queremos ayudarte y no sabemos cómo.

—No recuerdo nada de lo que me han hablado, salvo que Gabriel le ha dicho a Fernando que yo era su novia después de que Carol le hubiera mandado el sobre antes de hora y no me ha dado tiempo de explicárselo yo primero. Luego ya nada tenía importancia. —Cierro la puerta muy despacio, me apoyo en ella y me deslizo hasta quedar sentada en el suelo.

Como si fuera un autómata, saco mi móvil del bolsillo del pantalón y marco el número de teléfono de mi madre. Me espera una larga conversación en la que tendré que aguantar gritos y reproches de todo tipo, pero no importa, ahora ya estoy preparada para enfrentarme a ellos.

No entiendo por qué antes me daba tanto miedo, ha sido muy sencillo decirle a mi madre todo lo que quería oír: «Os devuelvo el dinero íntegro». Creo que ha notado el cambio en mí, ya no hay titubeo en mis palabras. Me ha ofrecido su ayuda, me he negado y me he sentido estupendamente al hacerlo. Aún estoy reflexionando sobre lo que acabo de hablar cuando alguien llama a la puerta. Voy hacia ella y la abro.

—Hola, cielo —dice Laura, hecha un mar de dudas—. Hemos pedido unas pizzas, ¿te apuntas?

—Claro que sí. —Le doy un beso en la mejilla y la acompaño.

En la mesa están Roberto y Juanillo. Este último está recién duchado y con ropa nueva. Me siento a su lado y le aprieto la mano con afecto. Sonríe y agacha la cabeza, avergonzado. Sirvo agua en los vasos y tomo una porción de pizza. Entre bocado y bocado empezamos a charlar de cosas banales y sin importancia, evitando temas que puedan dañarme.

Al acabar de comer continúo con el plan que he trazado. Aún me queda algo muy importante que hacer; he de liberar a Fernando de todas las formas posibles, así que me pongo a redactar mi carta de renuncia. Al acabarla, se la envío por correo electrónico. No quiero que pase por la incómoda situación de tener que ser él el que me despida. Después, busco cursos en la universidad a distancia, todavía estoy a tiempo de anotarme para el próximo semestre. Es posible que parte de lo que he estudiado me sirva para convalidar algunas asignaturas. Si no es así, empezaré de cero, no me importa. Nunca antes había tenido tan claro que quería estudiar: quiero ser Trabajadora Social.

Cuando los hombres se han ido de casa, todo queda a oscuras. Llega la soledad de la noche y la valentía que creía tener se va por el sumidero. Me hundo en la miseria de mis pensamientos, en mis desdichas y carencias. Añoro cada beso, cada caricia y su olor. Incluso el recuerdo del rítmico sonido de su corazón cuando me apoyaba en su pecho me llena de tristeza. Echo de menos cada pequeño detalle que antes no parecía tener ninguna importancia. La peor de las previsiones se ha cumplido y es horrible saber que lo amaré por el resto de mis días, aunque no lo tenga a mi lado. A partir de ahora las noches van a ser muy largas.

Conseguí quedarme dormida cuando ya despuntaba el alba. Poco después ha sonado el despertador de Laura y ya no he podido conciliar el sueño. Ella se ha ido a trabajar. Deambulo por la casa hasta que me despejo gracias a los cafés que me he tomado. Me pongo delante del ordenador y elaboro un nuevo currículum, simple, directo, veraz. Lo envío a múltiples empresas de la zona. Hago unas cuantas fotocopias y, carpeta en mano, salgo a la calle a entregarlo en todos los comercios, bares y restaurantes que me lo acepten.

Cansada de deambular por las calles, regreso a casa. Son más de las tres de la tarde y aún no he comido. Aunque el estómago me ruge, no tengo hambre. Seguro que seré capaz de tomar un vaso con galleta, no debo perder las fuerzas. La presencia de esos dos matones esperando en el portal termina por ponerme de mal cuerpo.

—Ya era hora de que llegaras —se queja Marco mientras se retira el sudor de la frente con un pañuelo de tela—. Nos ha dicho tu padre que nos vas a dar el dinero.

—Así es —le confirmo—. Acabemos con esto cuanto antes. Esperad aquí, que enseguida bajo.

—No vamos a ser tan tontos como para dejarte escapar otra vez. Iremos contigo —interviene Gabriel con ese aire de chulo que lo caracteriza. No sé qué pude ver en él—. Ayer te hiciste la loca muy bien y te largaste con tus amiguitos, pero hoy no, princesa.

—¡No me llames princesa nunca más! —lo miro con furia—. Harás lo que yo te diga o no os daré la pasta. Ya me importa una mierda lo que me pase, así que no se os pase por la cabeza amenazarme porque no serviría de nada. — Les doy la espalda y meto la llave en la cerradura—. Bajo en dos minutos. Tengo tantas ganas de acabar con esto como vosotros.

—¡Eres una puta loca, no quiero volver a saber de ti en la vida! —grita Gabriel.

—¡Gracias a Dios! No sabes cuánto me alegra oírte decir eso— le digo por encima del hombro justo antes de que se cierre la puerta.

Me reúno con ellos lo más rápido que puedo y hago entrega del paquete que he preparado. Les explico que no podrán manipular el contenido sin que se entere mi padre, por si se les ocurre meter sus zarpas en el dinero y echarme la culpa después. Me he grabado contando el dinero, metiéndolo en sobres y poniendo un precinto al envoltorio final, si después está roto, la culpa será de estos dos zoquetes italianos. En cuanto los veo alejarse me quedo tranquila; un problema menos del que preocuparme.

Al volver al apartamento la soledad vuelve a adueñarse me mí. Siento que me falta el aire y acabo hecha un ovillo en el sofá. Estoy bloqueada. Desde que Fernando se fue no he sido capaz de llorar. El dolor que percibo es tan fuerte que mi cuerpo se niega a soportar semejante carga y la deja a un lado. Tengo miedo de que llegue ese momento y no pueda salir adelante. Por eso supongo que me contengo. Me sobresalta el timbre de la entrada y voy a ver de quién se trata. Como sean esos dos tarugos otra vez, no creo que me queden fuerzas para enfrentarme a ellos.

—¡Gina, soy Sara! Ábreme, por favor. —Oigo al otro lado de la puerta. La abro de inmediato.

—¡Hola! —Me echo a sus brazos.

—¿Qué tal estás? —Acaricia mi espalda.

—Muy mal, para qué negarlo. —Dejo de apretujarla, la invito a entrar y nos sentamos en el sofá.

—No me puedo creer lo que ha pasado. ¿Es verdad eso de que nos has mentido a todos?

—Sí... —agacho la cabeza—. No quería que me juzgarais por mi procedencia.

—¡Qué tontería es esa! Yo soy una huérfana que no tenía ni para pagarme los estudios. Mi miedo a no estar a la altura de Henry casi hace que lo pierda, cuando a él jamás le importó. Al pedirme matrimonio me volví loca, pero de pánico. No entendía que un hombre como él quisiera casarse conmigo, ¡y tan rápido! Y, sin embargo, me equivocaba, me amaba con toda su alma, a mí, a mi persona.

—Pero lo tuyo es muy distinto, tú siempre fuiste con la verdad por delante.

—No te creas... —Sonríe con sarcasmo—. Si mi hijo está en este mundo es porque lo engañé, y no me malinterpretes. Tenía tanto miedo a la boda que, cada vez que me hablaban de ella, vomitaba. Las píldoras perdieron su efecto y me quedé embarazada. Si se lo hubiera dicho, hubiéramos utilizado otro método.

—¿Y qué más daba? Estabais a punto de casaros.

—No daba igual. Él me había dejado muy claro que no quería tener hijos.

—Ah... —Me quedo con la boca abierta.

—Ahora, como habrás podido comprobar, quiere a su hijo con locura. —Se encoje de hombros—. Como te decía; me he peleado dos veces con mi marido y, en ambas ocasiones, fue por culpa de mentiras y no querer escuchar. Te aseguro que no me volverá a pasar. La verdad es mucho más fácil de asimilar, por dura que sea.

—Ya no me sirve de nada hablar con Fernando. Si hubieses visto

su cara, lo entenderías.

—Tienes que darle un tiempo, tardaste demasiado en decirlo y es difícil de asimilar todo de golpe. Lo que debes hacer ahora es centrarte en ti. ¿Hay algo que te motive? ¿Has pensado en dónde vas a trabajar ahora?

—He mandado algunos currículums por correo está mañana y he repartido otros tantos por la zona, la mayoría en comercios y restaurantes. También me he matriculado en la UNED, quiero ser Trabajadora Social.

—Eso está genial. ¿Por qué esa rama en concreto?

—Me gustaría poder echar una mano a las personas con problemas. De hecho, creé un proyecto en el que iba a generar empleo, cubrir necesidades básicas, asesorarlos, apoyarlos, defenderlos... Dedicarme a todo lo contrario de lo que se ha beneficiado mi familia; explotando a mujeres. Mi padre elige jovencitas en el extranjero como si fueran ganado y las trae a España engañadas, endeudadas con un préstamo que él mismo les concede y que tienen que pagar con su cuerpo. Los intereses son tan altos que nunca saldan su deuda. —Me giro hacia la ventana porque no soporto la mirada horrorizada de Sara.

—Tú no tienes la culpa, Gina. —Me agarra de las manos.

—¿Te apetece tomar algo? —Me levanto y huyo de su lado. Cómo no me voy a sentir culpable, toda mi vida me he beneficiado de esas pobres mujeres—. Si quieres puedo hacer té.

—Pues sí, por favor, me encantaría tomar uno. ¿Por qué no me hablas más de ese proyecto? —Viene tras de mí—. ¿Te has informado? ¿Has hecho un estudio de mercado? ¿Lo tienes por escrito?

—Tengo un pendrive con toda la información que he podido recopilar. Ya he

podido comprobar que no es viable. —Resoplo, frustrada.

—¿Podrías enviarme el contenido a mi correo electrónico? Querría echarle un vistazo, si no te importa. —Saca una tarjeta de visita del bolso y me la ofrece.

—Como quieras. —Me encojo de hombros.

Nos tomamos el té mientras seguimos hablando de los posibles beneficios que podría tener para la sociedad un lugar con esas características. Una hora más tarde llega Laura y, Sara se va, no sin antes de asegurarse de que le he enviado el correo con la información. Supongo que lo hace para que esté entretenida y no piense en los problemas que me envuelven. La verdad, es que lo ha conseguido por un rato.

Capítulo 35

Llevo una semana de insomnio y las ojeras ya me llegan al suelo. Noto el cuerpo como si me hubieran apaleado. He convertido mis días en una rutina para no pensar en Fernando, aunque con poco éxito. Le he prohibido a Laura que me explique cosas de él, escuchar lo mal que aparenta estar solo me hace sufrir más. Estoy a punto de salir de casa en busca de trabajo, como cada mañana, cuando empieza a sonar el teléfono.

—¿Diga? —contesto con cautela, es un número desconocido.

—¡Hija, por favor, no me cuelgues! —Es mi madre otra vez. No hace más que llamar con distintos números y yo los bloqueo todos.

—Ya te he dicho que no tenemos nada de qué hablar, no voy a volver.

—¡No seas tan insoportable!

—¿Qué? Esto es el colmo —Me muerdo los nudillos para no gritarle.

—Ven a casa, ya tengo todo resuelto. He buscado un hombre ideal para ti...

—¡Adiós, mamá! —Corto la llamada.

Bloqueo de inmediato el número y, nada más hacerlo, el móvil empieza a sonar con otro distinto. Por un momento se me pasa por la cabeza estrellarlo contra el suelo para no tener que oír a la insufrible de mi madre, pero después recuerdo que, en todos los currículums que he enviado, está este contacto.

—¡Déjalo ya, por Dios! —grito al aparato.

—Creo que no te pillo en buen momento —responde un hombre.

Su voz me resulta familiar.

—¿Henry? —susurro llena de dudas.

—Sí, soy yo. Me gustaría poder charlar contigo de algo importante. ¿Podrías venir a mi oficina?

—¿Ahora? —pregunto perpleja.

—Sí. Envío a Hierro para que te recoja. Nos vemos en breve. —La comunicación se corta y me quedo mirando el móvil con la boca abierta.

¿De qué demonios quiere hablar este hombre conmigo? Además, no me ha dado opción y normalmente esto me cabrea muchísimo, pero me intriga tanto que me da igual. Así que bajo hasta la calle a esperar a Roberto. Mientras aguardo, me retuerzo el pelo sin parar y atrapo el mechón que me coloree antes de llegar a Madrid. Ya ha perdido su tono rosado y ahora es de un rubio desvaído. Ha perdido su vida, como yo. El sonido de un claxon me sobresalta. Levanto la vista y encuentro a Roberto en el flamante Mercedes de su jefe. Corro hacia coche y me subo de copiloto.

—¡Hola, Roberto! —Le beso la mejilla y me abrocho el cinturón.

—¿Desde cuándo no duermes? —me dice con preocupación mientras conduce.

—Apenas puedo conciliar el sueño un par de horas por noche desde que Fernando me dejó —le confieso—. Estoy pensando en ir al médico para que me recete algo.

—Te hará bien, debes descansar.

—¿Sabes por qué me ha llamado el gran jefazo?

—No tengo ni idea, me ha pedido que te recoja y yo obedezco.

No me queda más remedio que esperar a que él mismo me lo diga. Se me pasa por la mente el que quiera echarme la bronca del siglo por haber engañado a su amigo. Lo descarto de inmediato, no creo que se molestara en hacer semejante cosa. Y hacer de alcahueta con nosotros, menos todavía. Los nervios y el cansancio me pasan factura y empiezo a sudar. Tardamos cerca de media hora en atravesar la ciudad y llegar al edificio de oficinas de Empresas Cromwell, lo cual me hace pensar, por lo poco que ha

tardado Roberto en venir a por mí, que ya estaba de camino cuando recibí la llamada. No sé qué quiere, pero Henry no deja nada al azar.

En el *hall* ya aguardan por mí con una tarjeta de visitante y me guían a su despacho. La tensión aumenta cuando lo encuentro detrás de su gran mesa, esperándome. Impone, es como un rey en su trono.

—Buenos días, Gina. Siéntate. —Me indica con la mano las sillas que hay frente a él.

—Buenos días, Henry. ¿Qué hago aquí? —Ya no podía aguantar más. Me sonríe e ignora mi pregunta

—¿Quieres un café?

—No, gracias. Estoy demasiado nerviosa como para tomar estimulantes.

—De acuerdo, vayamos al grano. Cuando salvaste la vida a mi mujer, te di mi palabra de que haría cualquier cosa que estuviera en mi mano para ayudarte. Bien, ese momento ha llegado. Sara me entregó un proyecto elaborado por ti para apoyar y socorrer a los más necesitados. He de decir que me parece muy noble por tu parte querer dedicar tu vida al prójimo, pero creo que sabes de sobra que no es rentable la forma en la que lo planteas. Sin embargo, me gusta la idea de base. Así que te voy a proponer un nuevo plan. Llevo un tiempo queriendo idear algo similar a lo que propones, una fundación de mis empresas para poder desgravar. Tú podrías dirigirla y gestionarla cobrando un salario. Con el importe que consiga reunir de mi compañía y de las de algunos colaboradores, se creará un presupuesto con el que se desarrollará un proyecto social y así contratar al personal en función de lo que sea necesario. No va a ser fácil, ya te lo digo ahora, y más para alguien sin experiencia ni preparación como tú. Pero también te ofrezco asesoramiento profesional en el tema, tendrás un equipo cualificado que te ayude a sacarlo adelante. Te lo ofrezco todo con un par de condiciones. Si estás conforme, firmamos ahora mismo el acuerdo.

—¿De qué se trata? —Resoplo. Era todo tan bueno que alguna

pega tenía

que tener.

—Sé que te has matriculado en Trabajo Social. Voy a darte una beca de estudios para que no tengas problemas a la hora de financiarte los cursos. Cuanto más preparada estés, mejor vas a dirigir la fundación. Si suspendes, te retiraré la beca. Una persona inteligente como tú tiene que sacarlo todo a la primera. Y mi segunda condición es que dejes trabajar en tu equipo a mi mujer. Ella no cobrará salario, lo hará de forma voluntaria. ¿Qué me dices?

—¿Estás de broma? ¿Dónde hay que firmar y cuándo empezamos?

—Sería de inmediato. El trabajo duro empezaría desde mañana mismo.

—Pues, ¡adelante! —Nos estrechamos la mano.

Sé que no va a ser igual a lo que yo había imaginado, pero esto se le acerca bastante. Y para colmo voy a ganar un sueldo fijo y no en función de lo que se recaude. Estoy muy contenta y me encantaría poder compartirlo con Fernando, aunque dudo mucho que a él le importe.

La propuesta de Henry ha sido mi tabla de salvación, estoy ocupada el día entero y parte de la noche. Gracias a los sedantes que me recetó la doctora duermo seis horas y me levanto como nueva para afrontar la jornada. Entre trabajar y estudiar no me da tiempo a nada más, y lo agradezco.

Pensé que tener a Sara en mi equipo iba a ser un problema y no podía estar más equivocada. Es una mujer muy lista, resolutiva y se implica tanto como yo en la fundación. Su formación, junto con sus grandes ideas, son un gran pilar tanto para mí como para el proyecto.

A la primera persona que logramos reinsertar es a mi adorado Juanillo, que ahora prefiere que le llamemos Juan. Forma parte de la plantilla del departamento de asesoramiento jurídico. No puede trabajar como abogado, lo hará de ayudante porque hace mucho que dejó de ejercer y tiene que ponerse al día, pero, si sigue adelante sin recaer en la bebida, seguro que lo conseguirá. Desde

que el dentista le puso las piezas dentales que le faltaban y usa traje y corbata, parece otro. No he conocido a un hombre más fiel y agradecido por todo lo que hemos hecho por él. Ahora que se siente orgulloso de sí mismo, se ha puesto en contacto con sus hijos y los va a visitar los fines de semana.

Los meses van pasando y se acerca la Navidad. Acabo de terminar uno de mis exámenes y me queda un poco de tiempo para poder ir a comprar algunos regalos a los grandes almacenes. Primero empezaré por el de Laura, le voy a coger unas botas de las que se enamoró un día que salimos a comprar juntas. Ella se lo merece todo. Cuando estoy a punto de entrar en el comercio, veo a Fernando que sale de él con Carol agarrada del brazo. Casi se me para el corazón por la impresión. Es la primera vez que lo veo desde que nos separamos. Se ha dejado barba y está un poco ojeroso. Por lo demás, está tan guapo como siempre.

—Hola, Fernando —susurro con las mejillas encendidas.

—Hola, Virginia. —Me mira a los ojos y me quedo hipnotizada. Cómo echaba de menos ese cálido color miel.

—Vamos, Nandy. Tenemos prisa. —Carol tira con fuerza de su manga hasta que él le hace caso y se alejan—. No entiendo cómo te dignas a saludarla.

Tras haber escuchado las últimas palabras de esa arpía de labios rojos, algo me remueve por dentro y empiezo a correr en busca de los baños públicos más próximos. Por suerte, hay un retrete desocupado. Una vez dentro, cierro la puerta y rompo a llorar. Seguro que se tiró a sus brazos para consolarlo en cuanto supo que habíamos roto. Qué tonta fui; con lo mucho que me quería y lo eché todo a perder. Tardo un buen rato en controlar el llanto. Compro a toda prisa los regalos que había venido a buscar y vuelvo a casa.

—¡Hombre, ya era hora! La cena se está enfriando por tu culpa —refunfuña Laura al verme entrar.

—Lo siento mucho, he aprovechado para hacer unas compras navideñas.

Mi amiga se da cuenta de mi triste tono de voz y corre a mi lado

para ver qué me sucede.

—¿Qué te ha ocurrido? —Me agarra por el mentón y observa mis ojos enrojecidos.

—He visto a Fernando. —Hago un puchero y brotan las lágrimas otra vez.

—Anda, no llores. —Me da un fuerte abrazo—. ¿Te ha dicho algo malo?

—No, solo nos hemos saludado. Iba con Carol. ¿Tú sabías que estaban juntos?

—Con certeza, no. Ella se pasa el día yendo y viniendo a la clínica desde vuestra ruptura. Pero no he visto nada que me indique que es su novia, solo lo suponemos. Ya no me pone nunca a trabajar con él y casi ni me dirige la palabra. Me evita a toda costa, supongo que le recuerdo demasiado a ti.

—Ha sido muy doloroso volver a verlo, sobre todo porque iba con esa rubia insufrible. —Me seco la cara con un pañuelo de papel y suspiro—. Solo espero que sea muy feliz y que no le haga ningún daño.

—¿Por qué no me cuentas cómo te ha ido en el examen mientras cenamos? Será lo mejor. —Me besa la mejilla y nos sentamos a la mesa.

No sé lo que haría si no tuviera a Laura. Creo que no se va a vivir con Roberto porque tiene miedo de lo que me pueda pasar.

—Por cierto, me he enterado de que Jess va a trabajar en la fundación. ¡No me la imagino atendiendo a personas sin recursos! —Mi amiga busca otro tema de conversación para que me sienta mejor—. Con esa pinta de finolis que tiene —sonríe con maldad—, espero que no salga huyendo.

—Le daremos una oportunidad, como a todo el mundo. Puede que nos sorprenda. Y va a trabajar de voluntaria como Sara. Ellas no necesitan el dinero, pero sí sentirse útiles. —La miro con tristeza—. Se ha dejado la barba —vuelvo con el mismo asunto. ¡Si es que soy masoquista!

—Si quieres hablamos de Fernando, pero con la condición de que

no te eches a llorar porque, si no, vamos a acabar la dos hechas un mar de lágrimas, ¿de acuerdo? —Primero asiento enérgicamente, después resoplo y niego.

—Me temo que no voy a poder contenerme, no quiero mentirte nunca más. He aguantado todo este tiempo sin hablarlo, casi sin pensar en él y hoy me he dado cuenta de que necesito llorar su pérdida. Tengo que asimilar que ya no está conmigo y ha rehecho su vida. He de eliminar esta presión que tengo en el pecho y dejar atrás el dolor. Quiero saber que está bien para poder seguir adelante.

—¡Vale! —Eleva los brazos al cielo y se levanta—. Déjame que vaya a por una caja de pañuelos porque nos va a hacer falta. —Suelta el paquete sobre la mesa y vuelve a sentarse—. Te voy a contar lo que me parece a mí: creo que lo está pasando tan mal como tú, solo que es un hombre y nos sustituyen a la primera de cambio. Tiene una pinta horrorosa y está siempre de malas pulgas, me lo cuentan las otras enfermeras que trabajan con él. Está triste, ausente y las ojeras le llegan al suelo. Estoy segura de que apenas duerme. No quería decirte todo esto para que no sufrieras más y porque tú me pediste que no te lo nombrara. Y lo que yo me pregunto es ¿por qué cojones no vas y le pides perdón? ¡Maldita sea! Se lo has pedido a todo el mundo menos a él. ¿No crees que, como mínimo, se merece una disculpa?

—Lo he pensado un millón de veces y no tengo valor para hacerlo. Sé que no me va a perdonar, ¡y no le culpo! Porque ni yo misma lo hago.

—Deberías hacerlo, no pierdes nada.

—No creo que reúna el valor suficiente. Me aterra la idea de tener que ver otra vez su mirada de decepción, no podría pasar por lo mismo de nuevo. — Me sueno la nariz—. No he dejado de quererle ni un poquito, ni siquiera al verlo con Carol. —Sollozo—. ¿Por qué no se ha buscado a otra?

—Porque no fue él a por ella, esa bruja ya estaba a la caza. —Saca un pañuelo y se enjuga las lágrimas—. Quieres que te recuerde que fue ella la que mandó el sobre, la que te puso un

detective para seguirte ¡que casi te mata del susto! La muy hija de...

—Bueno, de eso no estamos seguras. Puede que el tío de la gorra calada no fuera el agente.

—¡Y una mierda! ¿Lo has vuelto a ver? No, ¿verdad?

—No.

—¡Pues ya está! Esa mujer no juega limpio. Si no se hubiera metido donde no la llamaban, las cosas podrían haber sido muy distintas.

—Ella solo aceleró lo inevitable, Laura, seamos razonables. —Tiro el pañuelo y saco uno nuevo—. Vamos a dejar que vivan en paz, yo ya no significo nada para él.

—Como quieras, pero estoy convencida de que todavía él siente algo por ti.

—Me encantaría creerte.

Meto la cara entre mis manos y lloro desconsolada, ya no lo puedo contener más. La más mínima esperanza de pensar que él pueda estar sufriendo por mí me remueve el alma. Mi querida amiga me abraza y deja que me desahogue.

Capítulo 36

La Navidad ya ha llegado y Sara nos ha invitado a Laura y a mí a cenar en su casa y quedarnos a dormir. Hemos aceptado porque, si no, íbamos a estar las dos solas comiendo algo precocinado y hubiéramos acabado llorando y borrachas. Parece ser que cada año celebran una gran fiesta con todos sus amigos después de la cena. Ya me han avisado de que va a asistir Fernando. Si me siento incómoda, llamaré a un taxi y me iré. No quiero agriarle la velada a nadie.

Roberto nos ha venido a buscar y ya estamos de camino. Tengo los nervios a flor de piel. Me sudan hasta las manos. Tengo miedo de la reacción que pueda tener Fernando al verme. Puede que incluso no venga al saber que voy a estar presente. Mil y una escenas posibles se me pasan por la mente y ninguna es buena, sobre todo si viene del brazo de Carol. Se me revuelve el estómago solo con pensarlo. Por un lado, estoy deseando verlo y, por otro, que no aparezca.

—¡Feliz Navidad! —Nos recibe una sonriente Sara con su bebé de la mano. Lleva un gorrito de papá Noel y está para comérselo. Este niño cada vez es más guapo. También aparece Henry con una copa brandy.

—¡Feliz Navidad, familia! —les digo mientras nos damos besos y abrazos.

La calidez de este hogar siempre me sorprende. Es una casa enorme y, sin embargo, es muy acogedora. Creo que son las personas que habitan en ella las que le dan ese toque tan especial.

Laura y yo hemos traído regalos para todos y, Rosa, esa mujer encantadora que es como de la familia, nos guía hasta el árbol

para dejarlos debajo. Hay una montaña de paquetes de mil colores ya acumulados, ¡qué bonito! Las dos sonreímos al verlos, por un momento es como si fuéramos niñas de nuevo.

Alrededor de la enorme mesa comemos, charlamos y reímos en plena armonía. Los platos son exquisitos y la compañía más todavía. Con la barriga llena, apenas queda espacio para tomar algún dulce navideño acompañado de un buen licor. Luego pasamos al reparto de regalos. No sé quién me hace más gracia abriéndolos, si Jess o el pequeño Edgar. Yo recibo unos cuantos, más de los que imaginaba. Mientras todavía reinan las sonrisas y los abrazos alrededor del árbol, empiezan a llegar los invitados para la fiesta, entre ellos, Frenando. ¡Solo! Indecisa, me debato entre acercarme y felicitarle las fiestas o esperar a ver cómo reacciona. Cuando reúno el valor para ir a hablar con él, Jess nos pide su atención.

—¡Buenas noches a todos y feliz Navidad! —grita desde encima de una silla. Todos le prestamos atención—. Mi adorable marido, aquí presente —le obsequia con una pícara sonrisa—, me acusa de haberme olvidado de él y no comprarle un regalo. El obsequio que te traigo no se puede envolver, mi amor. Solo espero que sea el más valioso que has tenido nunca. ¡Felicidades, vas a ser papá! —Se pone las manos en el abdomen.

Miguel, sin poder controlar las lágrimas, se abraza a la cintura de su mujer y posa la mejilla sobre su vientre todavía plano. Todos aplaudimos, reímos y lloramos de emoción. Más amigos van llegando y el embarazo de Jess sigue siendo la bomba de la noche. El salón se ha convertido en una auténtica sala de fiestas y la gente bebe y baila por todos lados. Laura está con Roberto, pasándoselo en grande. Yo procuro charlar y divertirme, pero la presencia de Fernando no me deja relajarme. Él no se separa de sus amigos, aunque he visto que me observa de vez en cuando.

—¡Buenas noches a todos! —nos saluda Sara a través de un micrófono—. Antes de que nuestros hombres estén demasiado borrachos como para sacarnos a bailar, propongo un par de baladas y después seguimos con la marcha, ¿de acuerdo? —Henry sonríe y menea la cabeza con diversión mientras se acerca a ella.

Todo el mundo empieza a corretear y dar empujones para encontrar pareja. La suave música empieza a sonar y yo estoy sola. No veo a Fernando en el rincón en que estaba, seguro que ha sacado a bailar a alguna amiga.

—Hola. —Se me eriza el pelo de la nuca al escuchar su voz tras de mí.

—Hola. —Me giro hacia él sin saber qué decir. Tanto que quería decirle y ahora no me salen las palabras.

—¿Te has quedado a cenar o has venido solo a la fiesta?

—Laura y yo hemos venido a cenar. No queríamos estar solas.

—Me extraña que no hayas ido a ver a tu familia en una fecha tan señalada.

—El silencio se hace presente por unos segundos interminables.

—Tengo mucho trabajo en estas fechas y no me daba tiempo a ir. Sin contar con que es el último lugar del mundo donde me gustaría celebrar la Navidad.

—¡Es verdad! Parece que te va bien con la fundación, ¿no? —Ignora mi último comentario.

—Vamos progresando día a día. Y tú ¿has cenado con tu familia?

—Sí, claro.

—¿Qué tal están? Tu sobrinita debe de estar muy grande.

—Todos bien, gracias. Y la pequeña ya camina. —Resopla cansado de la estúpida conversación.

—¿Dónde está Carol? —Frunce el ceño y tarda un poco en contestar.

—Con su familia —responde sin más. Es evidente que se ha visto forzado a hablar conmigo y ya no quiere continuar—. ¿Quieres bailar? —Su pregunta me sorprende tanto que no hago más que boquear como un pez fuera del agua y no respondo.

—¡Vale! —consigo articular.

Me agarra de la cintura y yo le paso los brazos alrededor del cuello. Me mareo. La cabeza me da vueltas sin parar. Su perfume me envuelve y las piernas me flaquean. Apoya su

cabeza en mi frente y su barba me hace cosquillas. No puedo pensar, estoy abrumada y, sin saber cómo, le susurro:

—Lo siento...

Justo en ese momento se acaba la canción y empieza a sonar «Dura», de Daddy Yankee. El cambio al *reggaetón* nos ha dejado descolocados. Ni siquiera estoy segura de que me haya escuchado. Hemos tardado demasiado en empezar a bailar.

—Disculpa, voy a saludar a unos amigos que acaban de llegar. —Me señala una pareja que se están estrechando la mano con Henry.

—¡Oh, claro! —Lo suelto, que aún no lo había hecho, y se aleja.

Mientras observo embelesada cada movimiento de Fernando, Laura viene con mi móvil en la mano.

—Toma, Gina. Fui a por unos pañuelos de papel al bolso y escuché tu teléfono. Te lo traje por si era algo importante.

—Gracias. —Miro la pantalla y veo diez llamadas perdidas. En ese momento se ilumina y comienza a sonar—. ¿Sí?

—¡Virginia, por el amor de Dios! Ya era hora de que contestaras. ¿Dónde estás? —Ya está mi madre otra vez al ataque.

—Hola, mamá, ¡feliz Navidad! —suelto sarcástica. Busco de inmediato una salida al exterior y consigo llegar hasta el jardín. ¡Hace un frío de mil demonios!

—Debes de estar por ahí de juerga, en lugar de estar aquí con tu familia que te quiere. —Se oye a mi abuela de fondo exigiendo que vuelva, que soy una sinvergüenza—. ¡Sí, ya se lo digo! Tienes que volver y seguir con tu terapia, que te hace mucha falta. Hemos encontrado un buen partido para ti, cuando lo veas te vas a enamorar, ¡tiene muchísimo dinero! A él no le importa que seas un poco alocada...

—¡¡Basta ya!! —estallo en mitad del silencio de la noche—. No puedo soportarlo más, mamá. He rehecho mi vida aquí, en Madrid, y no pienso volver para casarme con un hombre que me ha encontrado papá, por mucho dinero que tenga. ¡Me da igual! Sobre todo, si se dedica a lo mismo que él. Llevo una vida honrada, estudio y trabajo duro. Y ya estoy enamorada de alguien

muy especial y único, así que no me busquéis pareja porque no voy a volver con vosotros, ¡no os necesito!

—Así que es eso, ¿eh? —me censura—. Hay un hombre que te mantiene, ¿verdad?

—¡No! No se necesita a un hombre para salir adelante.

—Ya verás como acabarás preñada y sola. Entonces vendrás suplicando el perdón de tu padre.

—¡No necesito el perdón de ese cerdo putero! ¡Antes muerta que suplicarle y pedirle disculpas! ¡¡No se las merece!!

Entre los gritos que empieza a propinarme mi madre a través del aparato, oigo una puerta que se mueve a mi espalda; me giro y, a través de la cristalera, veo que es Fernando el que acaba de entrar en la casa. Estaba fuera y me habrá escuchado. ¿Y si se piensa que lo que he dicho era por él? No puede ser. ¡Ahora que habíamos tenido un pequeño acercamiento! Sin pensármelo dos veces, salgo a la carrera detrás de él y lanzo mi móvil a unos arbustos. Tengo las manos congelas y me cuesta mucho abrir la puerta. Al final lo consigo. Una vez dentro no lo veo por ningún lado. Todos están divirtiéndose, ajenos a mis problemas. Busco entre el gentío y nada. Voy hacia el *hall* y allí encuentro a Jess, que sale de la cocina con un helado enorme.

—¡Hola, Gina! ¿Buscas algo? —me pregunta antes de incorporarse a la fiesta.

—¡Sí! ¿Has visto a Fernando?

—Acaba de salir a por el coche. Creo que dijo que se iba. —Se encoge de hombros.

Tengo que conseguir llegar hasta él antes de que se vaya, así que abro la puerta principal y salgo disparada. A mi espalda, Jess grita que me ponga una chaqueta, pero no tengo tiempo para tonterías. Hay muchos vehículos aparcados delante de la casa y no veo ningunos faros encendidos. Corro desesperada entre ellos hasta que me tuerzo el pie por culpa del tacón. Intento seguir adelante mientras me froto el tobillo, cuando algo me golpea en la cara y caigo de culo.

—¡Au, mi nariz! —me quejo.

—¡Perdona, Gina! No te había visto. ¿Estás bien?

Cuando consigo enfocar la vista, me encuentro a Fernando agachado delante de mí.

—Sí, creo que sí. —Me agarro el tabique entre dos dedos para mitigar el dolor.

—¿Qué haces aquí afuera con el frío que hace? —Se saca la americana y me la pasa por los hombros.

—Quería impedir que te fueras. Necesitaba darte una explicación a lo que has oído antes. ¡No lo decía por ti, lo prometo! Sé que mi palabra no tiene ningún valor, pero te juro que es cierto. —Me pongo de rodillas en la tierra helada, destrozándome las medias—. Necesito que me creas. Si no quieres perdonarme, lo entenderé. Después podrás irte con tu novia si eso es lo que te apetece, pero necesito pedirte perdón por todas las mentiras que te dije.

—¿De qué novia hablas? —suelta sorprendido.

—De Carol. ¿O es que tienes más de una?

—No estoy saliendo con Carol ni con nadie. Tampoco me iba. He venido hasta al coche a buscar algo. Es un pequeño detalle que te he comprado. No estaba muy seguro de sí querrías aceptarlo, así que lo dejé aquí. Al ver lo que le decías a tu madre, que estabas enamorada de alguien muy especial, he pensado que debía venir a por él. Sé que no has salido con nadie en todo este tiempo y pensé que a lo mejor hablabas de mí.

—Sí, tú eres esa persona especial.

—¿Por qué no hacemos una cosa? Empecemos de cero, el destino nos ha hecho volver a chocar entre dos vehículos como el día que nos vimos por primera vez. —Se pone en pie y me ofrece la mano—. Hola, me llamo Fernando Martínez y soy ginecólogo. —Agarro su mano y me levanto.

—Hola, soy Virginia Salas y era una mentirosa. —Con manos temblorosas le rodeo el cuello con los brazos—. Pero, si tú me lo permites, pasaré el resto de mis días demostrándote que no volveré a serlo más.

Con una mano me acerca a su cuerpo y con la otra me agarra del pelo de la nuca en un acto de posesión absoluta. Nos miramos a los ojos, como si nos estuviéramos viendo por primera vez. Nuestros labios apenas se separan unos milímetros y su cálido aliento roza mi lengua. Su olor y su sabor me vuelven loca de deseo.

—Te quiero —susurra justo antes de apoderarse de mi boca.

Pese al aire gélido de finales de diciembre, me derrito entre sus brazos y el calor se apodera de mi cuerpo. Sus insistentes besos se vuelven cada vez más exigentes. Lame mis labios, los chupa y mordisquea. No puedo pensar más que en el deseo tan grande que me provoca. Lo echaba de menos, lo necesitaba. Tan desesperado como yo, Fernando me agarra por la cadera y me empotra contra el capó del coche más cercano. Tira del escote del vestido hasta que quedan los pechos al descubierto y lame mis pezones endurecidos. Su erección palpita enloquecida entre mis muslos. Me retuerzo de placer y arqueo la espalda para ir a su encuentro.

—Vamos al coche, no aguanto más —gruñe sobre mi cuello.

Me agarra de la mano y casi me lleva a rastras. Le tiemblan tanto las manos que no atina a encontrar el mando de su vehículo. Al final lo consigue y entramos a la parte de atrás. Me pongo a horcajadas sobre él sin pensarlo dos veces; con lo alto que es este hombre va a ser bastante difícil escoger otra posición. Le desabrocho el pantalón y él me rompe el tanga directamente. En cuanto tengo su endurecida verga entre mis manos, se estremece de anticipación. Paseo la punta por mi empapada hendidura y dejo que se deslice poco a poco hasta tenerlo por completo dentro de mí. Ya no recordaba lo grande que era. Pronto me adapto y empiezo a moverme con lentitud, apretando cada centímetro de su masculinidad. Por un momento creo estar soñando. Si lo estoy, no quiero despertar. No solo son nuestros cuerpos los que están unidos, es una conexión más profunda. Es como si no estuviera completa sin él. Nos movemos acompasados, absorbiendo cada acometida, disfrutando del placer que siente el otro. Saboreo sus labios con deleite sin dejar de cabalgarlo. El placer es inminente

para ambos. Un intenso orgasmo me atraviesa como un rayo al notar cómo se derrama en mi interior entre gritos de placer. Cuando recuperamos el aliento nos sonreímos y nos damos un tierno beso en los labios.

—¿Quieres ver mi regalo? —me pregunta mientras intentamos adecentarnos la ropa.

—¡Claro! ¿Qué es? —respondo emocionada. Saca un paquete del bolsillo y me lo entrega.

Lo abro a toda prisa y encuentro una cajita de terciopelo azul. Lo miro extrañada. No puede ser que sea un anillo, no se habría arriesgado a comprarlo. Seguro que es otra cosa. La abro y me encuentro una preciosa sortija con un diamante en forma de corazón.

—¿Recuerdas el día en que nos encontramos a las puertas de los grandes almacenes? —Asiento e intento tragar el nudo de la garganta—. Después de nuestro breve saludo, dejé a Carol en un taxi y corrí a buscarte. No pude encontrarte por ningún lado. Me paré delante de la joyería y lo vi claro. Te quería, y deseaba pasar el resto de mi vida a tu lado. Así que le pedí a Henry y a Sara que te invitaran a pasar la Navidad en su casa. De esa manera me aseguraba un lugar agradable en el que poder volver a verte y hablar contigo. Sabía que ellos me iban a ayudar, puesto que llevan todo este tiempo informándome de cómo estás y cuáles son tus progresos. —Se encoge de hombros y se rasca la nuca—. ¿Qué me dices? ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Sí! —Me lanzo a sus brazos entre lágrimas de felicidad. Me besa con ternura la cabeza y me aparta para poder mirarme a los ojos.

—Perdóname por no haber querido escucharte en su momento, pero me sentí traicionado.

—Lo entiendo. —Le acaricio la barba—. Estaba deseando contarte la verdad, pero todo fue tan deprisa entre nosotros que, cuando me quise dar cuenta, ya estaba en casa de tus padres. Fui una cobarde. Me aterraba la idea de contártelo y que me dejaras. Cada día que pasaba lo empeoraba más. Ahora ya no va a volver a ocurrir, no hay necesidad. Ya sabes todo lo malo y parece que no te

importa. —Miro hacia la cajita que me acaba de regalar—. Y se supone que, después de decir «sí, quiero», me tienes que poner el anillo y no ponerte a pedir disculpas. —Suelta una fuerte carcajada.

—Tienes razón. —Agarra la pequeña joya y me la pone en el dedo anular—. ¿Ahora lo he hecho bien?

—Sí. —Sonrío satisfecha.

—¿Te apetece entrar y que se lo contemos a todos?

—Lo estoy deseando. —Nos colocamos la ropa y salimos del coche—. Ahora que estamos juntos te vas a volver a afeitar, ¿verdad?

—¿No te gusta? Me resulta muy cómoda. —Se la rasca.

—Bueno, si a ti te gusta... —Le hago una mueca.

—¡Oye! ¿Eso es tu primera mentira? —Empieza a reírse.

—Las piadosas no cuentan. Esas se pueden decir.

—Eres un caso perdido, mi amor.

Epílogo

Seis meses después...

—¡Date prisa, que vamos a llegar tarde a la boda! —me grita Laura mientras aporrea la puerta del baño.

—¿Quieres tranquilizarte? —le digo una vez que estoy fuera —. No puede ser bueno que grites de esa manera. Estamos a escasos quince minutos de la iglesia y falta media hora. ¿Acaso quieres llegar antes que el novio?

—No... —susurra—. ¡Si es que estoy de los nervios!

—Si ni siquiera ha llegado el coche. ¡Anda, ven aquí! —La abrazo con cuidado de no estropearle el tocado.

—Parece mentira que seas tú la que me tranquilice.

—Hay etapas en la vida y ahora llevo una racha muy zen. —Le beso la frente. En ese momento llaman al timbre. Ya está aquí el chófer—. Recoge los bolsos que yo llevo la maleta y el ramo.

Con mucho cuidado de no arrugar el vestido, conseguimos meternos en el vehículo. Hace un día precioso y la temperatura es excelente. Le pido al conductor que nos lleve despacio, no vaya a ser que mi amiga se maree, ¡y acaba mareada igualmente! Al llegar, vemos cómo los últimos invitados entran en la iglesia. Ya está todo listo. Ahora empiezo a sentir algo de nerviosismo, que intento ocultar para no trasmitirlo, solo faltaba que se pusiera a vomitar. Una vez fuera, estiramos la falda y el velo, y ya estamos preparadas.

—¿Cómo estoy? —pregunta, Laura.

—Preciosa.

—¿Se me nota que estoy preñada? —Se pone las manos en la

cintura.

—¡No! Ya te lo he dicho mil veces. Y, aunque se notara, ¡daría igual! ¡Toma el ramo y entra de una vez o tu novio se va a pensar que te has fugado con otro! —La tomo del brazo y la guío por el pasillo central.

Como era inevitable, se pone a llorar en cuanto ve a Roberto esperándola en el altar. ¡Me tiene negra desde que está embarazada! La prefiero gruñona a que esté en este plan, siempre acabamos a lágrima viva las dos, ¡como ahora! ¡Menuda estampa! Vamos a salir divinas en las fotos. La gente se echa a reír al vernos. La entrego a Roberto entre hipadas y me voy con Fernando, que me espera con una gran sonrisa y un paquete de pañuelos en la mano.

—Espero que no arméis este espectáculo cuando nos toque a nosotros —me advierte mi prometido con burla. Le miro con inquina y le arrebato los pañuelos de la mano.

—¡Cállate! —murmullo entre dientes.

—No me hables así, Gina, que sabes cómo me pongo... —Me acaricia la nalga y termina tirándome del liguero.

—¡Las manos quietas! Y no me llames Gina, que solo lo haces cuando estás cachondo —le regaño, aunque no puedo evitar que se me eleve la comisura de los labios.

—No sé si voy a aguantar hasta la noche para desnudarte y devorarte entera, estás guapísima. —Me besa en el cuello—. ¿Podríamos jugar con el aparatito nuevo que te he comprado? —me habla tan cerca del oído que su voz ronca y provocativa me hace estremecer.

—¿El vibrador? —suelto escandalizada—. Eso es para cuando tú no estés, que te vas mucho de congresos. —Sin embargo, un calor abrasador me recorre el cuerpo y se me encienden las mejillas, y no por timidez.

—Vaya, vaya... tu cuerpo te deja en evidencia. —Me pasa el dorso de la mano por la cara colorada—. Nos vamos a divertir mucho, ya verás... —Me derrito de gusto entre sus brazos solo con imaginarlo.

Un carraspeo nos saca de la burbuja de amor que nos habíamos creado y levantamos la vista. El cura, los novios y los invitados nos están mirando. Le golpeo las manos para que me suelte y me separo de él a toda prisa. Mi gesto les hace gracia y los presentes intentan ocultar la risa, pero no lo consiguen y acaban por contagiarse los unos a los otros. ¡Qué vergüenza! Henry, Sara, Miguel, la embarazadísima Jess, los novios e incluso el sacerdote, no pueden controlarse. ¡Hasta Fernando y yo nos reímos! El cura al final nos pide silencio y conseguimos empezar con la ceremonia.

Poco después, con cara de santurrón, mi novio me ofrece el dedo meñique como tregua. Me niego, menudo mal rato me ha hecho pasar... ¡Qué demonios! ¿A quién pretendo engañar? Le agarro la mano entera y me apretujo a su lado.

Fin

ÍNDICE

Besos a una mentirosa

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo